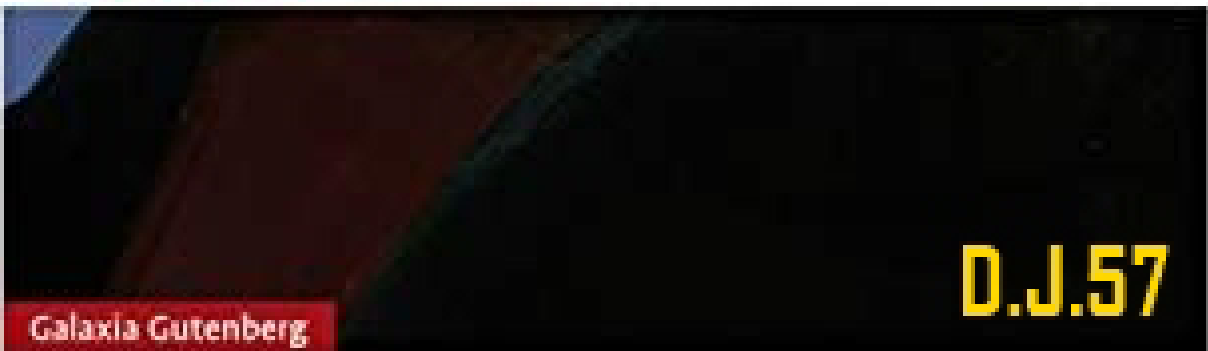


Xavier Güell  
Yo, Gaudí







XAVIER GÜELL

# Yo, Gaudí

Galaxia Gutenberg

Publicado por:  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
[www.galaxiagutenberg.com](http://www.galaxiagutenberg.com)

Edición en formato digital: septiembre de 2019

© Xavier Güell, 2019  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019  
Imagen de portada: © David de las Heras, 2019

Conversión a formato digital: Maria Garcia  
ISBN: 978-84-17971-01-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Lo místico en el arte, lo místico en la vida, lo místico en la naturaleza: eso es lo que busco, y en la grandes sinfonías de la música, en la iniciación del dolor, en las profundidades del mar quizá lo encuentre. Me es absolutamente necesario encontrarlo en alguna parte.

*De profundis*, OSCAR WILDE

El 12 de junio de 1926 es un día especial para Barcelona. La ciudad se despierta preguntándose por quién doblan las campanas. Al final todo el mundo lo sabe: es por Gaudí, a quien van a enterrar esa tarde. Los comentarios sobre las circunstancias de su muerte, que tanta tinta han hecho correr en los periódicos durante las últimas cuarenta y ocho horas, se mezclan con el dolor de la gente que recorre la ciudad vestida de negro en señal de luto, soportando el agobio de un sol plúmbeo, con la intención de acudir a la capilla ardiente levantada en el hospital de la Santa Cruz. Se prevé que el entierro sea todo un acontecimiento. (En aquellos tiempos jamás faltaba el toque ceremonial en los grandes funerales.)

Ajeno a este ajeteo, en el silencio de la capilla ardiente del hospital se encuentra el cuerpo embalsamado de Gaudí cubierto con un manto negro de monje y con un rosario en la mano izquierda, que reposa sobre su pecho inerte. Parece que esté dormido. Los muchos barceloneses que acuden a verle confirman que en ese momento y en ese lugar se revela todo lo que había sido esencial en su vida: su serena rectitud ante el dolor, su inalterable asombro por el goce de la creación artística. Sí, en efecto, ahí, en la capilla ardiente, alcanza lo más alto que su ambición pudo desear: no agasajos ni triunfos mundanos sino el hecho de formar parte para siempre de una realidad inmanente, como las piedras, como los árboles.

A primera hora de la tarde entra en el patio del hospital una carroza de paredes de cristal tirada por caballos con crespones y un cochero vestido de gala con sombrero de copa. Ha llegado la hora prevista para los preparativos del funeral. Dos vigorosos camilleros que apestan a tintura de benzoína introducen en la carroza el sencillo féretro de roble, en cuyo interior se encuentra el cuerpo de Gaudí, y sobre él colocan un paño mortuario de color púrpura que lleva

bordado un ave fénix, ofrecido por la Asociación de Arquitectos de Cataluña. Luego tratan de acomodar unas coronas de flores que alguien ha dejado ahí.

–¡No; no hagan eso! –exclama un miembro de la comitiva que avanza jadeante hacia el patio–. Él no quería coronas de flores. ¡Respetemos su voluntad! –añade para suavizar su imperativo gesto.

Poco a poco el patio se va llenando de gente, incluso llegan las autoridades que van a presidir la marcha. Una multitud en número creciente, contenida por la guardia urbana, se apretuja al otro lado de la puerta. Se escuchan voces de protesta. Por fin, hacia las cinco y cuarto, con un poco de retraso sobre la hora prevista, se abre la puerta del hospital que da a la calle del Carmen. El cortejo comienza a ponerse en movimiento en dirección a las Ramblas. En un par de zancadas un hombre vestido con ropa militar se coloca en la cabecera de la procesión; le siguen dos oficiales que se quedan algo rezagados como obliga el protocolo. El militar de alta graduación se disculpa ante el resto de autoridades alegando que hay mucha tensión en los cuartos de banderas, donde se habla insistentemente de un posible golpe de Estado. (Al final se produjo el día de san Juan.)

La carroza se sitúa en la acera central de Las Ramblas en sentido mar y avanza hacia la calle Fernando mientras la gente se arremolina a ambos lados. Unos con curiosidad en sus miradas, otros realmente compungidos. Todos a la sombra de los plátanos. A paso lento de los caballos, la comitiva pasa por delante del palacio de la Virreina y llega a la Boquería. Allí acuden algunos empleados de las tiendas cercanas con sus delantales de trabajo que acaban de enterarse de lo sucedido.

–¡Es Gaudí! –exclama un anciano alto, huesudo, de cabeza romana, al que se le nota emocionado ante la oportunidad de rendir tributo al creador de la Sagrada Familia.

–¿De verdad es Gaudí? –pregunta uno de los despistados de última hora que se ha quitado la boina y se la ha guardado en un bolsillo de su delantal, y que al parecer trabaja en una lotería cercana.

–¿No le gusta su obra? –inquire a su vez el anciano, que está habituado a vérselas con individuos críticos ante su arte innovador.

–Sí, sí. Me gusta mucho. ¡Es nuestro mejor arquitecto!

El anciano asiente, pero tiene prisa y no quiere que la conversación se



prolongue demasiado. No le va a ser tan fácil. El de la lotería insiste:

–Pero ¿quiénes son los que forman parte del cortejo?

–¡Ah! Esos primeros de ahí son los guardias de seguridad montados para asegurar el despeje de la calle, y eso que se ve allá es la bandera de la Asociación Espiritual de los Devotos de San José, muy influyente en todo lo que se refiere a la construcción de la Sagrada Familia. Aquellos son los alumnos de la Escuela Superior de Arquitectura y esos otros los miembros de las diversas sociedades artísticas barcelonesas: el Orfeó Catalá, el Ateneo y el Círculo Artístico de Sant Lluç. Mire, ahí está Josep Maria Jujol, el discípulo de Gaudí. ¿Lo conoce? He oído decir que va a ser su sucesor en la Sagrada Familia. También es un gran arquitecto. Y junto a él va un joven con expresión apesadumbrada. Sí, aquel, ¿no lo ve? Es el doctor Alfonso Trías, vecino de Gaudí en el Parque Güell.

–¿Y esos con aire distinguido? –vuelve a preguntar el empleado de la lotería.

–¡Las autoridades! Reconozco al alcalde, el barón de Viver, y al nuevo obispo de Barcelona, monseñor Josep Miralles. En cambio no sé quién es el militar que está junto a ellos; parece nervioso.

–Pero ¿qué hacen aquí todos ellos si no es un entierro oficial?

–La verdad es que no lo sé –le responde con sequedad el anciano de cabeza romana, y decide largarse en dirección a la iglesia del Pino.

El cortejo avanza lentamente. Al entrar en la plaza de Sant Jaume, el reloj marca las cinco y media pasadas. Después, con alguna dificultad, enfila la calle del Obispo en dirección a la catedral.

Comienzan a doblar las campanas. Cientos de personas entorpecen el paso en una calle tan estrecha como es la del Obispo, aún sin el famoso puente que conecta el palacio de la Generalitat con la casa de los Canónigos. (Se haría en 1928.) Todos quieren estar presentes en la despedida: es el adiós doliente de una ciudadanía agradecida. ¡Cuántos misterios encierra el alma humana! Gaudí ha muerto; eso ya es inevitable. Y el aire se llena de comentarios mientras los pájaros, alborozados, se unen al tañer de los bronce. La leyenda sobre su muerte crece a medida que pasan los minutos. A las seis menos cuarto el cortejo llega por fin ante la puerta de Santa Lucía. Los alumnos de la Escuela Superior de Arquitectura introducen el féretro en el interior de la catedral. Allí está el cabildo en pleno pavoneándose con aire triunfal, blandiendo los emblemas de sus

respectivos cargos eclesiásticos. Gaudí debe ser exaltado como cristiano, aunque muchos de sus amigos masones hablan también de la necesidad de profundizar en el plano esotérico de su personalidad.

Gaudí, católico, masón, nacionalista, republicano. Esos son los detalles que según a quién incomodan. También aquel día. Pero el ritual continúa. Unos periodistas, fácilmente reconocibles por la libreta de notas que llevan en la mano, registran todos los detalles que luego volcarán en sus gacetillas. (Por ellos conocemos lo sucedido, con más o menos precisión según el diario en el que trabajaban. Los había muy exigentes, como *La Vanguardia*, que cubrió el trayecto incluso con un fotógrafo que sacó varias instantáneas.)

En el interior de la catedral ya se escuchan las voces del coro, que entonan el *Libera me, Domine* del maestro Gargallo. Los dirige con mano firme el maestro Sancho Marracó, que no está dispuesto a saltarse una sola nota. Es un momento de especial dignidad. Todo sea por Gaudí. «Dales reposo eterno, Señor, y que la luz perpetua brille para él.» Los alumnos avanzan hacia el centro del crucero y depositan el féretro en un túmulo preparado a tal efecto. ¡Qué impresionante parece ahora la muerte en su grandeza! El canónigo Bruguera es el encargado de officiar la ceremonia. Gran expectación entre un amontonado gentío en la nave central y en las capillas laterales abiertas para la ocasión. Tarde espléndida para pensar en la otra vida y por qué no en el Juicio Final. Se atiende más a los impulsos del corazón que a las palabras del canónigo, aunque todos se unen en el responsorio *Qui Lazarum*. Las exequias de la Iglesia católica al completo. Dan las seis y cuarto. Es hora de salir de allí.

–Vamos, vamos... –exclama uno de los miembros de la comitiva que parece dirigir todo el operativo (es el mismo que se opuso a que colocaran coronas de flores en la carroza) después de una corta conversación con los estudiantes que deben trasladar de nuevo el féretro fuera de la catedral–. ¡El tiempo se nos echa encima! –les dice con esa forma de hablar de quien domina bien esas situaciones–. ¡Debemos cumplir un horario! La gente que espera en la calle merece todo nuestro respeto. No hay motivos para prolongar el acto.

Doblan las campanas de nuevo. Las autoridades hacen mutis por el foro y el cortejo avanza en dirección a la plaza de Cataluña por la avenida de la Puerta del Ángel pasando frente a las obras del edificio de Can Jorba. (Se inauguraría en octubre.) Al llegar a la calle Caspe, la multitud ofrece una imagen muy diferente

de la del funeral. Ahora se rinde tributo al hombre comprometido, al catalanista convencido, al que ha luchado contra la dictadura de Primo de Rivera en defensa de la tierra catalana. Toda una declaración política. Era de esperar. Para comprobarlo, los periodistas que siguen en la brecha preguntan aquí y allá y siempre obtienen la misma respuesta: Gaudí es un catalán universal. Entre los recién llegados se distingue a los miembros de movimientos catalanistas por sus comentarios y por la forma de aclamar el paso del féretro. Así, la carroza llega frente al convento de los jesuitas, donde las campanas tañen en honor de Gaudí entre murmullos de aprobación. A la altura del número 48 de la calle Caspe, un inmenso crespón negro recubre la fachada de la casa Calvet, uno de los muchos edificios levantados por el gran arquitecto para embellecer la ciudad. Se ve entonces sonreír al miembro de la comitiva que dirige el cortejo, aunque por poco tiempo, pues es consciente de que van a llegar con bastante retraso a la cita en la explanada de la Sagrada Familia.

Toda una historia se teje en esta tarde barcelonesa: el reconocimiento a un hombre señalado para la gloria. ¿Quién lo puede dudar al contemplar el gentío que sigue a la comitiva? Cuando la carroza gira en la calle Valencia para subir por la calle Sicilia hasta la Sagrada Familia se percibe la masa humana que hay detrás de ella. Gaudí está esa tarde en el alma de todo el mundo, y desde entonces queda incrustado en el ser de Barcelona para siempre. (En aquel día se respiraba la devoción por el hombre al que se le rendía honores fúnebres, el mismo hombre que hoy ha alcanzado el privilegio comercial de los grandes elegidos de la historia. Barcelona es un gran almacén giratorio, con retazos de las obras de Gaudí aquí y allá.)

A las siete de la tarde, la carroza con los restos de Gaudí llega por fin a la explanada de la Sagrada Familia. Un cálculo aproximado de la prensa habla de más de cinco mil personas. Gaudí está en el lugar de su destino, en el templo que ha querido convertir en la obra de su vida. También aquí doblan las campanas por él. La gente ha interiorizado el momento: «Dios nos lo dio, Dios nos lo quitó; no lo merecíamos pero nos encanta su obra. Todos somos en cierto modo resultado de él.» Al féretro le cuesta llegar hasta la puerta debido al tumulto. «Hermano Gaudí, ruega por nosotros.» En su templo expiatorio la salmodia une a todos los que lo admiran, católicos o masones.

Los primeros en entrar son los asociados de la Liga Espiritual de Nuestra

Señora de Montserrat, que entonan salmos litúrgicos; después los obreros de la Sagrada Familia con hachones encendidos y finalmente el clero, junto a una abigarrada multitud de curiosos. Demasiada gente, demasiadas disonancias, demasiada escenificación. A un lado del altar mayor, espera desde hace al menos una hora el Orfeó Catalá, sección de hombres y niños, encargado de cantar el responso nada más comience a entrar el féretro. Pero tarda en hacerlo. Hay tensión en el ambiente y los responsables cruzan las miradas. El servicio de orden logra por fin abrir un corredor por donde los obreros de la Sagrada Familia transportan a hombros el féretro hasta un catafalco.

*Libere me...*

El orfeón acaba de iniciar el responsorio del *Officium Defunctorum* de Tomás Luis de Victoria. «Líbrame, oh Señor, de la muerte eterna, cuando los cielos y la tierra tiemblen...»

–¿Y ahora qué pasará? –pregunta uno de los asistentes cuando el orfeón acaba el responso.

–Pues se llevará al difunto a la cripta donde será enterrado –responde otro con los ojos humedecidos por la emoción.

Así se hace. Sin excesivo ritual. En el primer nicho que se encuentra bajando la escalera, el que tiene una hornacina con una imagen de la virgen del Carmen, se deposita el féretro. Luego se procede a sellarlo, tras lo cual se reza un rosario por el alma de Gaudí.

Son las nueve de la noche del 12 de junio de 1926; todo está en calma. Se escuchan tan solo algunos comentarios en voz baja acerca de cómo ha sido este día tan especial para la ciudad de Barcelona. Contrariamente a lo que sucedió durante toda esa jornada, Gaudí es un personaje cuyo centro vital se halla en todas partes, pues pertenece a todos y a la vez a ninguno. Se pertenece a sí mismo, a lo que quiso ser en su vida como arquitecto y ser humano.

De todos modos, se seguirá diciendo tantas veces como sea necesario que su personalidad hay que buscarla siempre en los intersticios de su obra. Es lo que pensaba uno de sus mejores amigos, el doctor Santaló, que le acompañó en los peores momentos aunque no en su despedida, por razones que se explicarán ahora.

En efecto, unas semanas después del entierro, exactamente el tres de julio, el doctor Santaló puede por fin salir de su casa tras una larga enfermedad que le ha

tenido postrado primero en cama y luego en su gabinete.

Es una mañana de verano muy calurosa. Santaló debe ir a la Sagrada Familia y decide hacerlo dando un paseo. En su calidad de albacea de Gaudí tiene la responsabilidad de poner orden en algunos papeles que han quedado sobre su mesa de trabajo, tal como los dejó el día que se topó con la muerte. El aire es sofocante y Santaló siente una repentina presión en el pecho. Se detiene junto a una tienda de artículos deportivos, se apoya en la pared, se aprieta el pecho con la mano y cierra los ojos. No se quita de la cabeza la idea de que Gaudí podría haber vivido muchos años más. Su salud era buena; todo lo buena que cabía esperar en un excéntrico que sometía a su cuerpo a una severísima dieta vegetariana. Santaló había cuidado de él más de treinta años: las caminatas de cinco kilómetros diarios, la buena costumbre de beber agua en abundancia, sus hábitos metódicos, los medicamentos que después de mucha insistencia conseguía que tomase lo mantuvieron en forma; sin embargo, tanto ensimismamiento religioso en los últimos tiempos le había creado un total desapego de la vida. Más de una vez, durante los paseos que realizaban juntos, tuvo la sensación de que estaba más cerca de Dios que de las cosas del mundo. Eso le llevaba a no distinguir la acera de la calzada; en alguna ocasión llegó incluso a sujetarlo porque atravesaba una calle sin mirar.

El doctor es consciente de que Gaudí había sido un ser de ninguna parte, forastero siempre, huésped en el mejor de los casos; sabe también que su mundo interior se enfrentó a una realidad exterior hostil que no quiso aceptar, pero desconoce cómo fueron los instantes previos a su muerte y si su desarraigo le hizo pensar en adelantar su fin. Con un gran artista como él, de prontos imprevisibles, nunca se podía estar seguro del todo. Vuelve a hacer un gesto brusco con la mano para apartar esa idea que no ha dejado de atormentarlo desde que le dieron la noticia de su muerte y, deteniéndose de nuevo, no puede evitar que los ojos se le llenen de lágrimas.

Piensa entonces en la delgada línea que separa la vida de la muerte; en esos breves momentos en los que la razón, los sentimientos, la percepción pasan de fluir a apagarse con un soplo seco. De no ser por la grave operación de próstata que le mantuvo en el hospital durante aquellos días, está seguro de que podría haber evitado el fatal desenlace. No se quita eso de la cabeza, como tampoco el hecho de no haber podido estar con él en su agonía, ni asistir a su entierro, ni

siquiera presenciar la lectura del testamento. Ha tenido que conformarse con una descripción de lo sucedido por parte de todos los amigos que acudían a verle. Poco a poco esos testimonios han ido tomando cuerpo en forma de una verdadera pesadilla que se repite una y otra vez.

Santaló ve a Gaudí salir de la Sagrada Familia, a las cinco y media de la tarde, para asistir a su misa diaria en la iglesia de San Felipe Neri. Camina con el paso lento y el aire despistado de quien se preocupa más de su mundo interior que de lo que sucede fuera de él. Y así, al cruzar la Gran Vía en la intersección de Bailén y Girona, ve cómo un tranvía que cubre el trayecto de la línea 30 lo arrolla. Luego ve claramente cómo el conductor, al pensar que se trata de un vagabundo ebrio, sigue su trayecto sin detenerse. Las imágenes se hacen más nítidas a partir de ese momento: ve a Gaudí de espaldas, aún consciente, mirando al cielo con los ojos tranquilos, casi agradecidos; ve cómo sonríe, cómo intenta meter la mano en el bolsillo de su pantalón, atado con imperdibles, para palpar su pequeña Biblia, y cree escuchar incluso el soplo prolongado, desigual de su respiración, que termina en un borboteo estrangulado; el corazón le late rápido pero la sangre no le llega al cerebro y acaba por desvanecerse. Sigue su pesadilla: ve a dos peatones acudir en su ayuda sin reconocerlo; tampoco lo pueden identificar al carecer de documentos, solo encuentran entre sus pertenencias un pañuelo, una llave, un puñado de nueces en los bolsillos y una pequeña Biblia ensangrentada que sostiene en su mano derecha, cerca del corazón. Paran un taxi y después a tres más. No quieren socorrerlo. ¿Para qué? Solo es un pobre diablo que ensuciaría sus tapicerías. A lo lejos, ve aparecer a un guardia civil y cómo este obliga a uno de ellos a llevarlo al dispensario de la ronda de San Pedro. Rotura de costillas, contusión cerebral, traumatismo a la altura de la oreja derecha. ¿Nada más? No lo saben. Hay que trasladarlo. En el hospital de la Santa Cruz lo confunden de nuevo con un mendigo y lo destinan a una sala común.

Al doctor todo eso le parece absurdo, propio de los desvaríos que el durmiente al despertar sabe que ya han acabado, si bien teme que encubran una verdad espantosa. En el espacio de un segundo se da cuenta de la verosimilitud de su pesadilla. Con los ojos abiertos no puede creerlo y tiene que cerrarlos para sentir su realidad, imposible de contradecir.

La alarma comienza cuando mosén Gil Parés advierte que Gaudí no ha

vuelto a la Sagrada Familia. Junto a Domènec Sugrañes, discípulo del arquitecto, va a buscarlo por el camino habitual que utiliza para regresar de su misa diaria. Ni rastro de él. Entonces buscan por comisarías, hospitales y centros de primeros auxilios. Bien entrada la noche lo encuentran al fin en el hospital de la Santa Cruz. Está inconsciente, con la cara extrañamente iluminada, los labios negros y la mano sujetando una pequeña Biblia ensangrentada. El médico les dice que no vivirá más allá de uno o dos días.

A la mañana siguiente Gaudí recobra el conocimiento y pide que le administren los sacramentos. A ratos está sereno y reza; en otros, sin embargo, es presa de gran agitación: gesticula, balbucea palabras incomprensibles.

Santaló ve entrar a los amigos de Gaudí en el hospital: el obispo Miralles, Alfonso Trías, Puig i Cadafalch, Cambó, Rubió i Bellver, Jujol, el cerrajero Mañach, el poeta Melchor Font...: están todos, todos menos él, retenido también en la cama de otro hospital. El barón de Viver, alcalde de Barcelona, se ofrece a llevarlo a una clínica privada, donde recibirá un tratamiento mejor. Pero Gaudí se niega. Quiere morir como ha vivido siempre, entre gente sencilla.

Durante los dos días siguientes permanece tranquilo; a veces suspira y con la mano aferrada a su Biblia, repite: *Jesús, Déu meu!*

Son sus últimas palabras.

Después de varias semanas de bochorno, los rayos del sol, palpitantes de pequeñas partículas, consiguen por fin atravesar la capa de nubes que vela el cielo. Un resplandor que viene desde el mar se mezcla con el aroma desprendido por los árboles.

Al llegar a la Sagrada Familia, Santaló da un largo rodeo para evitar encontrarse con mosén Gil Parés y se dirige a la habitación de Gaudí. Nadie ha entrado ahí desde su fallecimiento; no se puede hacer sin el consentimiento del albacea. Ese es su privilegio y su obligación.

La habitación está tal como la dejó Gaudí la tarde de la tragedia: la cama sin hacer, rollos de papel, libros, planos, maquetas y fotografías esparcidos en el mayor desorden; de unos ganchos en las paredes cuelgan réplicas de esqueletos humanos sujetados con alambres así como vaciados en escayola, a tamaño natural, de animales, niños, mujeres y hombres, que deben servir para ornamentar el templo.

El doctor no puede evitar que una sonrisa asome en sus labios. Su viejo

amigo no deja de sorprenderle, incluso después de muerto. No era solo un genio, era mucho más que eso: un ciclón, un gigante, una fuerza de la naturaleza capaz de llevar hasta el límite la voluntad creadora. Respira hondo y se dispone a realizar aquello para lo que ha acudido allí esa mañana: ordenar los papeles, reunir los que el notario le ha pedido que lleve a su oficina, referentes a cuestiones relativas a la herencia, y guardar las notas y apuntes para que ingresen en un archivo. Comienza por ordenar la mesa de trabajo, que está repleta de dibujos, trozos de yeso, piedras, alambres, carboncillos, lápices de colores; una vez limpia, deposita sobre ella unas cuantas carpetas y las abre para leer su contenido. Son cosas de Gaudí, opiniones sobre la gente, bocetos, alguna factura y un comentario que le llama la atención porque sale el nombre de Josep Maria Jujol subrayado con un grueso lápiz rojo: «De entre todos mis discípulos Jujol es sin duda el más indicado para sucederme al frente de la Sagrada Familia, pero a pesar de habérselo ofrecido, tengo dudas de proponer su nombre a la Junta. Esa forma de ser tan suya, llena de silencios, como quien en el fondo cree que es mejor que nadie, a veces me irrita. Quizá lo sea y eso me da miedo porque puede cambiar mis planes en la construcción del templo. Ya lo hizo en las casas Batlló y Milà; en esas obras se lo permití, mas no así en mi templo. ¿A quién elegir entonces? ¿A Rubió? ¿Tal vez a Sugañes? Ambos pueden ser opciones más seguras.»

Santaló cierra las carpetas y las coloca junto a las que tienen que ingresar en el archivo. Se queda un momento pensativo. La verdad es que ya está todo hecho; ha sido fácil. Pero recuerda entonces que a Gaudí siempre le gustaron los misterios, en eso era como un niño. ¿Tendrá el escritorio un fondo oculto? Saca los cajones e introduce la mano por las ranuras. En una de ellas percibe una rugosidad que podría ser una trampilla. Presiona con los dedos y ve cómo se abre una gaveta en uno de los laterales. Sí, el escritorio tiene un compartimento secreto. Allí está el original del testamento que redactó en Puigcerdá en 1911. Lo lee. Es el mismo que, según sus noticias, se ha hecho público unos días antes en la notaría. Gaudí lega la casa del Parque Güell, así como sus ahorros y acciones depositados en el Banco Hispano Colonial de los Comillas, a la Junta constructora de la Sagrada Familia. Un codicilo especifica la donación de dos mil pesetas a su discípulo Josep Maria Jujol y varios muebles, libros y dibujos a Alfonso Trías, el hijo de su vecino en el Parque Güell. El doctor coloca el



documento junto a los papeles que piensa llevarse y desliza la mano al fondo de la gaveta, donde encuentra una caja de cartón atada con una cuerda. Son cartas pulcramente dobladas y metidas en sobres abiertos, numerados del uno al veintiuno, en los que no consta el nombre del destinatario ni el remitente. Al sacarlos de la caja para verlos mejor, cae al suelo una nota manuscrita en tinta azul, en la que es fácil reconocer la letra de Gaudí, que dice: «Cartas a Alfonso Trías.»

En su condición de albacea, Santaló se atribuye el derecho de leerlas. Lo hace lenta, pausadamente.

# EL CUERPO

## Carta I

Puigcerdá, hotel Europa

5 de abril de 1911

Mi querido amigo:

Esta primera carta que hoy te escribo desde mi retiro de Puigcerdá, donde la enfermedad y los cuidados del doctor Santaló me obligan a un descanso forzoso, pretende ser el inicio de una larga confesión. Aquí las horas pasan lentas, se prestan a la reflexión y en mi caso, viejo, enfermo y sobre todo cansado, facilitan el repaso de una vida que, a merced de lo que decida el Señor, creo que está cerca de llegar a su fin. Te preguntarás por qué eres tú el destinatario elegido. Podría darte muchas razones, pero pienso que es mejor que las vayas descubriendo a medida que te adentres en la lectura.

Cuanto te he de contar se agarra a mi memoria con tal intensidad que no dudo que mi relato, por mucho que lo interrumpa la inconstancia de mi pluma, me servirá al menos para aliviar la melancolía que me tiene atrapado desde hace algún tiempo.

A pesar de mi lamentable estado físico, me preocupan mi alma y tal vez mi espíritu. Me veo aturdido, temeroso, desposeído del calor que siempre ha bebido de la fuente inagotable de la fe como único medio para entender la eterna batalla que, alimentada por el deseo de retornar a la pura simplicidad, libran en mí las fuerzas de la materia: divergentes, refractarias, tentadoras, sensuales, contra el orden geométrico de la naturaleza, reflejo de la perfección divina que refrena, estructura y formaliza la rebelde energía con la que nací.

Cuando la fe flaquea, tan solo somos pobres seres atribulados que se afanan por descubrir el valor de la vida, levantan la mirada e imploran una respuesta

que vaya más allá de la necesidad del destino. Toda mi existencia, disuelta en la creación artística, preñada de sufrimiento pero también de júbilo y de un ansia infinita de sorber hasta la última gota del saber, demuestra que desde muy joven dejé de preguntarme por cuestiones sin respuesta. ¿Para qué perder el tiempo con un mundo incapaz de dar explicaciones? O lo que es aún peor, con un mundo que no tiene ninguna explicación que dar. Un mundo que, por el contrario, permanece impasible ante la constante ansiedad de sus criaturas.

Sí, Alfonso, amigo, la desesperación producida por el vacío espiritual es muda, como el paisaje que me rodea, como la noche. Es la consecuencia de presentir que el esfuerzo para establecer la unidad del ser humano con Dios e impedir así su descomposición en fragmentos es un asunto imposible de resolver; vanas esperanzas que como las antiguas Furias golpean nuestro cerebro hasta hacerlo estallar. ¿Qué nos queda entonces? Únicamente la nostalgia de lo que pudo haber sido y el deseo insatisfecho transformado en angustia. Solo quien tiene fe puede cerrar el círculo vicioso del anhelo, solo quien tiene fe no necesita huir, solo quien tiene fe puede resistir la desesperación. Entonces la intuición percibe ese rumor lejano en que lo terrenal se vierte en lo desconocido, en la contemplación del infinito, en el abrazo del instante sin tiempo.

Desde hace ya tres semanas padezco esa enfermedad llamada brucelosis; me produce altibajos violentos de humor, depresión, arrebatos de ira, lapsos en la concentración, agotamiento físico, dolores de cabeza, inflamación glandular, sudores nocturnos y artritis. Perdona estos detalles desagradables, pero la verdad es que estoy hecho una calamidad. Menos mal que me acompaña mi leal doctor Santaló. De su paciencia y buen hacer dependo, de su sabiduría y bondad también. Él cree que las virtudes del clima de la Cerdaña y el tratamiento al que me somete pronto me restablecerán. Agradezco su buen ánimo, aunque no me hago demasiadas ilusiones. Al atardecer, como un prisionero recluido entre las cuatro paredes de su celda, mi único consuelo es sentarme en un sillón situado justo enfrente de la ventana, siempre abierta, desde donde veo caer las horas en una cadencia perezosa. A medida que anochece queda un cielo azul oscuro, inmenso. Nunca está la tierra en más íntima vecindad con el hombre que en el crepúsculo adherido a los límites de la noche. Hay un gran alboroto de golondrinas. Las flores de retama exhalan un perfume que se percibe a kilómetros de distancia. El tañer de los grillos, con miles de voces, tiene un solo

tono sostenido, plácido en su regularidad. Las luces mortecinas de las farolas de la plaza desdibujan formas y figuras. Y las personas que pasan por delante de la estatua del general Cabrinetty tienen la tendencia a caminar de puntillas, sin poder evitar que sus pisadas crujan como si anduvieran sobre mendrugos de pan.

Ayer hice testamento. Vino a verme el notario de Puigcerdá y le dicté mis últimas voluntades: la mayor parte de cuanto poseo, incluida la casa en el Parque Güell, lo lego a la Junta Constructora del Templo de la Sagrada Familia. A ti te he dejado una caja con mis objetos personales más queridos y algunas cosas más; espero que te sirvan para que me recuerdes después de mi marcha y, sobre todo, que dejen constancia de nuestra amistad.

¿Cómo ha sido posible la amistad entre un viejo y un muchacho que se asoma por primera vez a la ventana de la vida? No tengo respuesta. La amistad no sabe de edades ni intereses; no tiene reglas, solo impulsos del corazón. ¿Sabes?, últimamente he leído a Platón. Su lectura consigue serenarme de las tentaciones destructivas que sobresaltan mis noches de insomnio. Y es que no puedo dormir. Doy vueltas en la cama sin cesar, angustiado, lleno de presentimientos extraños. De este desasosiego surgen las preguntas más difíciles de responder. El tiempo parece detenido, se dilata y cada segundo se me antoja eterno. A veces veo una pequeña rendija de luz por debajo de la puerta y pienso: «¡Qué bien, dentro de poco el personal del hotel se levantará; llamaré y vendrán a socorrerme!» La esperanza de ser atendido me da valor para seguir soportando el dolor. Oigo pasos por el corredor, unos pasos que se acercan, pero que pasan de largo. Luego la rendija de luz se apaga y me doy cuenta de que aún faltan varias horas para que amanezca. Enciendo entonces la lamparilla de la mesita de noche. Abro el *Fedro* de Platón por la página en la que lo dejé la noche anterior. No puedo mantener la concentración pero el intervalo previo al instante en el que, vencido, dejo caer el libro y cierro los ojos es de una gran intensidad. Parece como si el tiempo y el espacio se dilataran en un túnel de luz, para permitir que mi cerebro sea poseído por ideas de bondad. Cuando era muy joven, leí por primera vez algunas obras de Platón. No las entendí más que a medias; sus verdades se me escurrieron de las manos como agua bendita que no mereciera. Esta vez ha sido distinto y mi alma custodia ya sus certezas. Junto con Jesucristo, Sócrates se ha convertido en el compañero inseparable de mis soledades. En las cartas que tengo intención de ir escribiéndote, a menudo me

dejaré guiar por sus enseñanzas. Hoy quiero simplemente preguntarte: ¿qué se oculta detrás de la amistad? Reflexionemos juntos sobre ello. ¿Es la amistad simpatía? ¿Tal vez afecto o afinidad? Todas ellas me parecen respuestas incompletas, cuyo contenido no basta para que dos personas se mantengan unidas, incluso en las situaciones más adversas. ¿Se trata entonces de una cierta forma de erotismo? Sí y no, al mismo tiempo. Por un lado, la amistad no tiene nada que ver con la atracción de quienes buscan la satisfacción del sexo. Al erotismo de la amistad no le hace falta el cuerpo, puede prescindir de él por completo. Sin embargo, por otro lado, es cierto que en la amistad, como en toda relación humana verdadera, se oculta un fuerte erotismo. Leyendo estas noches a Platón, he descubierto que Eros no es el dios del que hablan los mitos, orientado al deseo sexual, sino un *daimon*, un espíritu intermedio entre los dioses y los hombres. Los dioses poseen belleza e inmortalidad; Eros, en cambio, desea la belleza, y la desea justamente porque no la tiene. No es que sea feo, más bien está en el punto medio entre de la belleza y la fealdad al ser hijo de Poros, la abundancia, y Penia, la pobreza. Eros es una fuerza motriz que empuja al hombre hacia lo divino, pero que también lo inflama del deseo de poseer cosas bellas. Y para el hombre que aprecia la belleza, ¿qué hay más bello que la amistad? Platón dice que el amigo es el que ama, no el que es amado, de igual manera que el enemigo es el que odia, no el que es odiado. El amigo ama aun sin ser amado; no puede sentir desengaño porque no desea nada. La amistad es abnegación, sacrificio, entrega ciega y apasionada.

Quizá, como suele decirme el doctor Santaló, consiga restablecerme y pueda continuar con las obras de la Sagrada Familia, la cripta de la Colonia Güell, la catedral de Palma de Mallorca y el Parque Güell. De todas ellas se encargan ahora mis colaboradores, que trabajan a ciegas al no tenerme a su lado. Nunca me ha gustado utilizar planos, sino maquetas, y eso hace que sus dificultades sean mayores. Un plano es algo desposeído de vida, justo lo contrario de lo que necesita la obra de arte. En esta debes poder improvisar, corregir, añadir, suprimir elementos en un proceso que muchas veces es contradictorio, y eso con un plano, en el que está todo proyectado, no es posible. Permíteme ir más lejos: estoy convencido de que la contradicción es el don más destacable del que disponemos para avanzar, el vértice sobre el que se construye nuestra evolución espiritual. Nadie nos puede sustraer esa posibilidad, porque el ser humano está

formado por contrarios y estos combaten entre sí. Pasa lo mismo con la naturaleza. Lo orgánico se contradice. Mediante la contradicción, o mejor aún, mediante la transfiguración, la tensión deviene relajación; la inestabilidad, equilibrio; el caos, forma. Para que haya redención, tiene que haber pecado; para que exista el bien, debe hacerse presente el mal; para alcanzar la armonía, se precisan dos contrarios. Soy un geómetra, por tanto un sintético. Estoy seguro de que la sabiduría supera a la ciencia, porque aquella se refiere al hecho completo; es síntesis, que es vida; por el contrario la ciencia es análisis, que es muerte. Las columnas de la Sagrada Familia, como hijas de una síntesis, ya lo tienen todo, no precisan de nada más; expresan la fusión del dolor y la alegría, del castigo y la liberación, del tormento y del éxtasis. Aquellos que analizan, mas no son capaces de encontrar la síntesis, desnaturalizan cualquier relación y lo que hallan no tiene sentido, puesto que de la relación surge lo fructífero; de la separación, lo estéril.

Mi padre era un excelente calderero. De niño yo pasaba horas en su taller contemplando cómo transformaba los metales en obras de gran belleza; lo había aprendido de su padre y este del suyo, y así hasta ocho generaciones. Yo soy el producto final de todos ellos, en la medida en que sus procedimientos influyeron en mi propia manera de entender la arquitectura. Mi padre me enseñó a vencer la materia con las manos; las suyas eran rugosas, de dedos fuertes y uñas aplastadas. Las grandes planchas rectangulares de acero y cobre con las que trabajaba las convertía casi sin excepción en formas curvadas. La curva es propia de la limitación y por tanto es humana, mientras que la recta es la encarnación de lo infinito, que solo corresponde a Dios. La curva es la representación de la duda, del dolor, de la lucha, de la contradicción. En la naturaleza también predomina: todo se retuerce, se contrae, se vuelve sobre sí. Si observamos las cosas naturales, entendiendo por natural aquella materia en la que el hombre no ha actuado, veremos que estas son círculos, elipses, hipérbolas, parábolas, como consecuencia del movimiento de los fluidos. El agua, por ejemplo, tiende a adoptar una forma esférica; cuando se presentan fuerzas gravitatorias que la obligan a seguir un camino recto aparece una torsión en espiral, es decir, se manifiesta la forma helicoidal, una de las más presentes en la naturaleza. En la atmósfera se forman borrascas, ciclones, tornados, todos ellos fenómenos helicoidales. Las estructuras vivas de crecimiento lento siempre tienen esa

impronta: las caracolas, los troncos de los árboles, los cuernos del antílope... No hay nada recto en nuestro universo: galaxias, estrellas, planetas tienen todas formas combadas. Te repito: Dios se sirve de estas en la creación y se reserva solo para Él la línea recta. La verdadera arquitectura debe seguir los principios inquebrantables de la naturaleza, por consiguiente no existe mejor columna que el tronco de un árbol y desde luego ninguna cúpula es más perfecta que el cráneo de un ser humano.

Pero hoy hay algo que quiero destacarte por encima de todo lo demás: tengo la convicción de que una obra acabada es una obra muerta. Aunque lo parezca, ninguna de las mías lo está. Son procesos en evolución que crecen como enormes árboles; sus brotes florecen en primavera y se secan en invierno, y así una y otra vez, repitiéndose hasta el infinito. Lo que dio valor permanente a las construcciones de los maestros de la antigüedad clásica fue su persistencia en el esfuerzo, la investigación larga y penosa que realizaron, el sufrimiento que padecieron al llevar a cabo una creación en constante desarrollo, sin detenerse, sin ni siquiera atreverse a vislumbrar el final. Los que no son capaces de entender esto nunca comprenderán mi arquitectura.

Acaba de venir Santaló. Hemos tenido un pequeño altercado: quería cerrar la ventana al advertir que se acerca una tormenta y yo me he opuesto de malos modos. Él sabe bien cuánto detesto esta clase de imposiciones. Nunca, haga el tiempo que haga, he podido soportar dormir en un espacio cerrado. Me produce claustrofobia. Necesito que el aire corra por mis venas; es la única manera de saber que todavía estoy vivo. Le he pedido que saliera de mi cuarto y me dejara en paz. Sí, ya lo sé, soy terco como una mula y brusco como un payés; también lo era mi padre, un catalán de pura cepa como lo soy yo.

Empieza a llover con fuerza. Las gotas, al chocar contra el suelo, suenan igual que mugidos secos. Ahora llegan rachas de viento; soplan cargadas de humedad, alternando la dureza con el desmayo. Ver los rayos tan próximos, sulfurados de amarillo detrás de la densa cortina de agua, es un espectáculo que ni el mejor artista del mundo podría imitar.

Termino por hoy. Necesito descansar un poco. No quiero abusar de la paciencia de Santaló. Es un hombre sabio, además de prudente; su honradez excede con mucho la de cualquier otro médico. Pero antes, una advertencia: me propongo acabar mis cartas con una última reflexión; a veces será mía y otras de



gentes más probadas que yo en el difícil arte de las letras.

Aquí va la de hoy; es de mi propia cosecha:

La creación divina continúa incesantemente por mediación de los seres humanos. El hombre no crea: descubre y parte de ese descubrimiento. Los que buscan las leyes de la naturaleza para formar nuevas obras colaboran con el Creador; los copistas no lo hacen. Por eso la originalidad consiste en volver al origen. Y el origen está en Dios. Quien no entienda la presencia de Dios en la Tierra nunca podrá saber lo que es la creación.

Tu amigo que te recuerda,

Antón

## Carta II

Puigcerdá, hotel Europa

6 de abril de 1911

Mi querido amigo:

Según me contaron, para mí todo empezó a las nueve y media de una mañana de tormenta. Mis tías Rosa y María rezaban el rosario en una esquina del cuarto mal iluminado de mi madre, que asistida por el médico y la comadrona daba síntomas de no poder soportar más el esfuerzo de mi parto. Parece ser que yo estaba a gusto con la cabeza apoyada en un rincón del claustro materno, pero las manos del médico estiraban con tanta decisión que, tras varios intentos, consiguieron sacarme de él, ocasionando una hemorragia a mi abnegada madre que a punto estuvo de costarle la vida y, en lo que a mí respecta, tal quebranto, que mis primeras horas pendieron de un hilo y me dejaron secuelas que marcaron el curso posterior de mi infancia.

A pesar de ello, el alegre desenlace de mi nacimiento fue celebrado por todo lo alto y a partir de ese momento no hubo un solo día en el que los miembros de mi familia –en especial mi hermana Rosa, ocho años mayor que yo– dejaran de prodigarme toda suerte de cuidados, agobiándome hasta el punto de tener que esconderme en los rincones más insospechados de la casa y prolongar ahí mis horas de sueño. No puedo evitar relacionar mi asombrosa capacidad de dormir durante esos primeros años con el comportamiento poco activo que tuve al nacer. La verdad es que siempre sucumbía al abrazo de Morfeo; me perdía en el rumor cadencioso de las sombras y retrasaba así el obligado regreso. No quiero que entiendas esto como una falta de amor a la vida. Todo lo contrario. La alternancia de la vigilia y el sueño nos guía una y otra vez por el camino del

renacer, como si anduviéramos en círculo. A menudo he creído entender que el vínculo entre ambos estados no es en absoluto antagónico, sino que más bien deriva de una misma unidad, a pesar de la diversidad de sus voces. Esas voces se escuchan con mayor nitidez durante el sueño; en ellas están contenidas insinuaciones, designios, propósitos que en los períodos de vigilia debemos atender. ¡Cuántas veces me he inspirado en las imágenes procedentes de mis sueños! A ellas debo una parte significativa de mi obra. Porque lo que en mis sueños se presentaba como algo todavía sin formar, el tiempo de reflexión durante la vigilia lo completaba. Para un creador, las ideas –ese germen inducido por el *daimon* que nos inspira como un ángel de la guarda– son siempre lo más complicado de obtener, y estas, por lo menos en lo que a mí respecta, han llegado muchas veces mientras dormía.

Mi primer consejo de hoy: no desperdicies tus sueños. Cada mañana impone la obligación de reflexionar y escribir sobre ellos; sin duda te enriquecerán.

Si hay algo característico en lo que a mí concierne es que casi todo cuanto en mi vida ha habido de penas y sufrimientos se antojó como algo necesario a una providencia que parecía tenerme reservada una noche de fondo en la cual enmarcar mi existencia. Es cierto que la desigualdad con la que la naturaleza distribuye sus dones es algo que por mucho que lo intentemos no llegaremos a entender. La naturaleza no es autosuficiente, sino expresión de la mente divina, de la presencia de Dios en la creación. Mas ¿por qué hay seres que sufren una desdicha que no cesa de atormentarlos y otros, por el contrario, son bendecidos por una gracia que sin duda no merecen? No tengo respuesta para eso, pero estoy seguro de que detrás de los designios del Señor se esconde una verdad imposible de contradecir.

Releo las líneas anteriores y tengo la desagradable impresión de expresarme con excesiva vaguedad. Quizá sea bueno permitir que mi pluma vuele a través del papel y dejar que sea el azar, esa mano oculta del dueño de todo, el que la guíe.

Ha habido mucha controversia sobre el lugar de mi nacimiento; discusión a la que he contribuido al no definirme con claridad cuando me preguntaban. La verdad es que me divertía avivar una polémica en la que estaban enfrentados dos municipios, Reus y Riudoms, tan próximos como irreconciliables. Es curioso, cuando uno llega a ser alguien en la vida observa con cierta perplejidad cómo

cuestiones que no deberían tener ningún valor pasan a convertirse en asuntos sustanciales. Para no prolongar más esta cuestión te diré que según mis padres afirmaron –cierto que nunca con excesiva rotundidad–, nací en el Mas de La Calderera, perteneciente al municipio de Riudoms. Como el médico aseguró que no viviría más allá de algunas horas, me trasladaron de inmediato a la iglesia de San Pedro Apóstol de Reus, con objeto de bautizarme y evitar de ese modo que mi alma fuera a parar al limbo.

Los malos augurios del galeno fueron constantes durante mis primeros años. No hubo ni una sola visita suya a la masía en la que sus ojos dejaran de mirarme con un cierto aire de reproche por el hecho de seguir viviendo y contradecir así sus doctas previsiones. Le recuerdo todavía bien: era un hombre de edad intermedia, siempre vestido de negro; tenía la cara encendida y la nariz como una bola de sebo, de cuya punta, fuera verano o invierno, caían gotas de sudor. Nada más traspasar el umbral se dirigía hacia mi madre, se inclinaba con respeto y hacía un gesto pausado con la mano, gesto que en absoluto significaba: «La paz sea en esta casa», sino la petición no verbalizada de que se le trajera sin tardanza lo que denominaba «mi frasca misericordiosa», sacrílega forma de llamar al aguardiente de más de sesenta grados elaborado con vino del lugar. Una vez en su poder, sonreía enseñando unos dientes negros y cariados, y se echaba al gatzate vaso tras vaso. Después de cumplir sus obligaciones se despedía no sin antes preguntar por mí, que, escondido en el rincón más apartado de la casa, intentaba pasar desapercibido. Ante la llamada de mi madre acudía cabizbajo y el matasanos, con un acento castellano que denotaba que no era del país, inquiría: «Y bien, Tonet, ¿qué tal vamos hoy?», cuestión que la mayor parte de las veces quedaba sin respuesta. Pasaba entonces a reconocerme y, meneando la cabeza, miraba a mi madre con aire desolado, como queriendo decir: «Es una pena, pero este niño no vivirá mucho más.»

Hace tiempo que no voy al Mas de La Calderera; me temo que esté bastante deteriorado. Situado a dos horas de camino de Reus, apenas traspuesto el límite del término municipal de Riudoms, es una masía construida con ladrillo y yeso. Recuerdo que dos frondosos plátanos daban al patio una sombra permanente y también que sobre la puerta de entrada estaba grabada una *senyera* que yo tenía que volver a pintar cuando los colores se borraban.

En el interior de la casa los espacios eran amplios, o por lo menos eso me

parecía cuando era niño. Lo que es seguro es que debido al escaso grosor de los muros era fría en invierno y calurosa en verano. En un dormitorio contiguo al de mis padres, en la planta superior, dormía junto a mi hermano Francesc, trece meses mayor que yo. Allí afianzamos nuestro afecto, nos hicimos confidencias y comentábamos a menudo que para nuestra madre éramos los sustitutos de sus dos hijos muertos, nuestros hermanos mayores que nunca llegamos a conocer. Mi madre estaba convencida de que la providencia le había compensado de la terrible pérdida a través de nosotros, si bien le embargaba un sentimiento de culpa al pensarlo. No es que no nos quisiera, todo lo contrario, era una mujer cariñosa y solícita aunque, no sé cómo explicarlo, había en ella una cierta contención; no, no era eso, sino más bien un pesar, una especie de astilla incrustada en su carne al creer que el amor que nos profesaba en alguna medida era una traición a los hijos muertos.

De joven era esbelta. Su cabello abundante tenía el tono del maíz tostado, sus ojos, de un gris claro, miraban sin esconderse. La boca era expresiva, con labios bien delineados; el inferior, sin embargo, escondía una extraña dureza, al igual que su sonrisa, que ora se fundía en un destello de alegría, ora se ensombrecía con un rictus de desaliento. La línea arqueada de su espalda y la exuberancia de sus senos contrastaban con los movimientos rígidos de hombros y brazos. En lo que decía y permitía que le dijeran su conducta era irreprochable, lo que provocaba que se le tuviera un gran respeto; pero en todo caso, su dulzura y bondad naturales, al enfrentarse a su no menos cierta tirantez, acababan casi siempre por vencer.

No tuve una infancia feliz. Mi amigo Eduard Toda, del que te hablaré más adelante, decía siempre: «Gaudí es un viejo prematuro; el mayor vejestorio de la faz de la Tierra.» De mis innumerables enfermedades, las más persistentes tenían que ver con los pulmones y la artritis. Por ese motivo fui poco a la escuela. Solían llevarme en burro. A uno de ellos le quise de verdad; se llamaba *Rocinante*, como el célebre jamelgo de don Quijote. Tenía unas orejas enormes que movía de forma circular y unos ojos bondadosos. Era más inteligente de lo que se supone en un animal de su especie y desde entonces me desagradaba escuchar «es un burro», como sinónimo de tonto, ya que he conocido personas mucho más burras que mi burro *Rocinante*. Un día mi padre apareció con otro asno y me dijo que sería él quien me llevaría a la escuela; pregunté qué había

pasado con *Rocinante* pero no me contestó; nunca supe si lo habían vendido o se había muerto. Fue la primera de las dolorosas pérdidas que sufrí.

Mi abuelo materno, del que heredé el nombre, creía en el poder de los astros. Murió siendo yo muy niño pero aún lo recuerdo con claridad: era un anciano flaco y huesudo, de rostro amarillento y ojos saltones que desprendían una fuerza singular. Tenía conocimientos que él creía científicos y esa mezcla de prejuicios antiguos de la gente noble de mi tierra. De joven había surcado los mares, para establecerse después como calderero en Reus. En las noches de verano me llevaba a lo alto de una colina próxima a la masía de mis padres, con objeto de observar el cielo y hablarme de las estrellas; yo lo escuchaba atónito, con los ojos abiertos como platos, hasta que acababa por dormirme acurrucado a sus pies mientras él, posiblemente, seguía perorando y gesticulando como si quisiera arrancar todos los secretos del firmamento. Un día, muy temprano, me despertó excitado y me dijo que me vistiera a toda prisa porque debía acompañarlo. Acababa de amanecer. Al no poder seguir sus pasos, me subió sobre sus hombros. Por fin llegamos a una gran explanada de tierra blanqueada por la escarcha. Dirigió su mirada al horizonte, cuyas luces empezaban a crepitar, y con una voz que parecía dirigirse más al cielo que a mí, exclamó: «Hoy es el día propicio para saber lo que las estrellas te tienen reservado. Extiende la mano izquierda y escucha.» Como si tuviera que predecir una buena o mala cosecha, observó mi mano fijamente. Luego, presa de la desconfianza, arrancó unos sarmientos e hizo con ellos una pequeña hoguera. Esperó a que las llamas se avivaran, se puso un guante y sacó de ellas una tea; la acercó y volvió a leer en mi palma no sé qué confirmación de las líneas inscritas en los astros. Al fin, con un semblante de brujo que todavía recuerdo, me anunció: «El mundo se rendirá ante ti. Llegarás a ser un gran hombre. Júpiter y Venus te son favorables como pocas veces he visto. Pero ¡atención! Tienes un enemigo poderoso: Saturno. Llegará un momento en el que deberás tomar una decisión. De ella dependerá tu destino. Desconfía del consejo de los hombres y sigue siempre tu propio instinto. Una última advertencia: el precio que deberás pagar para alcanzar la gloria será la soledad.» Esas fueron más o menos las palabras que mi abuelo Antón me dirigió hace más de medio siglo. Pocos meses después falleció. En su lecho de muerte me mandó llamar. Tenía el rostro apelmazado, del color de la cera, y los ojos hundidos. Abrió los labios y pronunció unas palabras que

no pude entender. Se agarraba a mi mano, la presionaba con todo el vigor que anidaba en sus ya escasas fuerzas.

Fue la primera persona a la que vi morir.

Mi padre se llamaba Francesc, igual que su primer hijo, el que falleció, e igual también que mi hermano mayor. En mi familia se seguía la costumbre de dar al primogénito el nombre del padre. Era bastante fornido, con una constitución parecida a la de un animal de tiro: ancho de pecho, alto de hombros y grueso de cuello. De piernas cortas pero fuertes y andares pausados pero firmes. Tenía la barba roja y la tez rubicunda, la frente igual a una pared surcada de grietas, la nariz recta y la boca grande. Lo más llamativo eran sus ojos, parecidos a dos pozos de fuego. Duro de oído, aunque le gustaba la música, solía decir que las notas se escuchan con el alma.

A pesar de tener un gran corazón era impaciente y de prontos coléricos. Durante mucho tiempo le tuve un respeto rayano al temor; esto no significaba que no lo quisiese, al contrario, era la persona a la que más quería. Tenía grandes virtudes y algún que otro defecto. Entre las primeras destacaría su amor por el trabajo bien hecho, su honestidad y su insobornable principio de decir la verdad; espero haber heredado estas cualidades. La fama que tengo de brusco y engreído se debe precisamente a que nunca miento, como me inculcó mi padre. No lo puedo evitar, me enerva como a él la complacencia de los hombres, su amilanado esfuerzo por agradar, y al igual que él desconfío de los aduladores pues sus buenos modales esconden el engaño. También era un hombre práctico, eso sí que no lo heredé. Los últimos años de su vida los pasó conmigo y su nieta Rosa en nuestra casa del Parque Güell. Yo le entregaba mis ganancias y él las administraba con celo. Para mencionar algún defecto diré que tenía una cierta dureza en el trato con mi madre, cercana al desamor, y una desmedida obsesión por el ahorro, próxima a la tacañería. La exageración de una virtud la convierte en vicio, y en su caso la diligencia con la que cuidaba el dinero era excesiva. Pero por encima de todo era un hombre bueno.

Pronto me encontré en la soledad que predijo mi abuelo. Mi salud delicada hizo que pasara largas temporadas en la masía. Mis padres y hermanos estaban siempre ocupados y yo, sin ningún objetivo por delante, me refugié en la naturaleza, que desde entonces se convirtió en mi maestra. Sí, Alfonso, a ella debo que mis horas se llenaran de una actividad febril y apasionada por la

emoción que me producía contemplar tanta belleza. El acto de ver es el mayor don que poseemos; solo por él deberíamos dar gracias a Dios todos los días, mas hace falta desarrollar ese sentido difícil, porque muchas veces miramos sin ver nada. Aprender a mirar, descubrir y estudiar los secretos del mundo natural se convirtió en mi principal actividad.

A la sombra, a pleno sol, entre viñedos, en el monte, tumbado en la ribera del río o en la orilla del mar, observé las espirales y volutas de las conchas arrastradas por la marea, los rizos de las algas marinas, la arquitectura asombrosa del erizo de mar, la perfección geométrica de las venas de las hojas, la belleza abstracta de las semillas de girasol; vi a los pájaros construir sus nidos; a las abejas, sus panales, y a los topos, sus madrigueras; a las hormigas trabajar en formación marcial para levantar enormes pesos y la asombrosa estructura de las telarañas. Presencí cómo perros, gatos y cerdos se apareaban en primavera y parían en invierno. El hecho brutal y al mismo tiempo hermoso del alumbramiento me reveló el significado oculto de la transformación del sufrimiento en placer. Contemplé sus ojos salidos de las órbitas, sus cuerpos retorcidos de dolor y, acto seguido, cómo esos mismos ojos y cuerpos se iluminaban y distendían en un gozo indescriptible. Todo sufre y goza en la naturaleza: plantas, insectos, animales vertebrados e invertebrados. Y ese devenir permanente da verdadero sentido a la vida.

Pero como te he dicho antes, se puede mirar y no ver nada. La vida de los hombres, recuérdalo, se nutre de sensaciones tanto o más que de ideas abstractas. Quiero decir con esto algo importante que espero retengas para siempre: la luz que proporciona la máxima armonía para ver las cosas es la inclinada a cuarenta y cinco grados, pues incide en los cuerpos ni perpendicular ni horizontalmente. Esa luz se da de forma especial, quizá única, en el Mediterráneo. Yo creo firmemente en la fuerza creadora de los pueblos del Mediterráneo porque ellos son los verdaderos depositarios de esa luz oblicua. Lo que digo es fundamental y explica mi arte como ninguna otra cosa. La armonía de la luz no existe en los sombríos pueblos del norte, ya que allí esta incide en horizontal, ni en los tórridos pueblos del sur, donde lo hace en vertical. Ni con la poca claridad del norte ni con el deslumbramiento de las zonas cálidas se ven las cosas adecuadamente. Con la luz del Mediterráneo, en cambio, es fácil llegar hasta Dios, el objetivo final de toda búsqueda artística. Acabo de compartir contigo



una certeza que tengo desde hace mucho tiempo, pero quiero seguir con el hilo de mis recuerdos de infancia.

No fui un buen estudiante. Por lo general me calificaban de «mediano», o con una nota baja, o simplemente suspendía. La forma en que se enseñaba entonces me aburría: consistía en memorizar interminables listas de ríos, capitales, reyes y santos; las tablas de multiplicar, al igual que el catecismo, las cantábamos como simples papagayos, sin atender lo más mínimo a la magia que encierran los números ni tampoco a las grandes verdades de la doctrina católica. Recuerdo ahora que te escribo una anécdota que me dio efímera fama entre mis compañeros de la escuela primaria. Durante una clase de historia natural, el profesor, un hombre bajito de enormes cejas negras, nos explicaba el vuelo de las aves con todo tipo de detalles románticos para estimular nuestra fantasía. Interrumpí su disertación con un aire de escepticismo: «En nuestra casa de campo los pollos tienen alas, pero solo las usan para correr más rápido.» Hubo una carcajada general, cortada en seco por el maestro que, sin atreverse a contradecirme, me miró con cara de pocos amigos.

A los once años ingresé en el Instituto de las Escuelas Pías de Reus para cursar los estudios de secundaria. Debió de ser a mediados de septiembre de 1863. En el primer día de clase, la marea de voces se aderezaba con los gallos de los que la estaban cambiando. Éramos por lo menos veinticinco. Con andares desgarbados y las manos metidas en los bolsillos, nos dirigimos a nuestros respectivos pupitres y abrimos las biblias que se encontraban encima de ellos. Entre los alumnos había fisionomías agradables y otras que no lo eran tanto; muchachos robustos y enclenques, vivaces y aturdidos, que no mucho después ejercerían profesiones burguesas o se enrolarían en buques mercantes al encuentro de aventuras. En el escritorio contiguo al mío se sentó un chico que a todas luces parecía menor que los demás. Su corta estatura y su rostro aniñado lo delataban. Tenía la cabeza bien delineada, de la que surgía un pelo largo y castaño, brillante como un espejo. Pero lo que más destacaba en él eran sus ojos oscuros, algo achinados, que parecían observarlo todo con una rebelde extrañeza. Al verse examinado con tanta insistencia, lejos de amilanarse, mantuvo su mirada fija en mí con un aire retador.

Entró el profesor de religión, un hombre barbado con una gran calva. Sacó una libreta de notas y comenzó a hojearla en silencio; mas como la disciplina de

la clase dejaba mucho que desear, alzó la cabeza, estiró el brazo con energía y exclamó a voz en cuello:

–¡Permanezcan en silencio!

Durante unos minutos lo obedecimos, aunque al ver que seguía ensimismado en su lectura reiniciamos el alboroto, convencidos de que carecía de autoridad. Por fin, bajó del estrado, recorrió meditabundo el aula y, con un aire desganado, preguntó:

–¿Alguno de ustedes podría decirme cuáles son las virtudes teologales?

En una de las primeras filas levantó la mano un rapaz que tenía la intención de dejar claro desde el primer momento que no estaba dispuesto a ceder el primer puesto de la clase y contestó con aire triunfal:

–En nuestra doctrina católica, se llaman virtudes teologales a los hábitos que Dios infunde en la inteligencia del hombre para ordenar sus acciones. Tradicionalmente son tres: fe, esperanza y caridad.

–¡Correcto, Ribera! –certificó el profesor, citando el apellido del muchacho que tanta importancia iba a tener para mí en esos años.

En todo caso, tras su acertada respuesta, el resto de los alumnos nos relajamos porque ya lo teníamos a él para que siguiera respondiendo a todas las preguntas del maestro con igual exactitud que la primera.

La segunda hora era la de latín y al fin pude conocer el nombre de mi aguerrido compañero de pupitre.

Es curioso cómo la memoria retiene con cuidado las imágenes de las cosas y las personas que acompañaron nuestra infancia. Son imágenes recobradas de la corriente del tiempo, incrustadas en el alma como sombras a las que nos aferramos frente a los tumultos de la existencia. La vida humana está bendecida por esas imágenes; solo a través de ellas puede comprenderse a sí misma.

El profesor de latín era un tipo en el que predominaban los ángulos rectos. De gran estatura y movimientos afeminados, en su rostro destacaba un toque de crueldad, dibujado sobre todo en el rictus de la boca de labios transparentes que enseñaban al abrirse una lengua morada, de aspecto bífido. A lo largo de ese curso comprobamos que nuestra suerte iba a depender de sus constantes cambios de humor. Sin ninguna razón que lo justificara, tan pronto se mostraba amable como despiadado. Por norma general tenía dos o tres alumnos predilectos – nunca los mejores– que vivían en el paraíso hasta que, de repente, su criterio

cambiaba y eran sustituidos por otros. Los elegidos podían responder lo que les viniera en gana, ya que él encontraba la forma de considerarlo correcto; corregía sus ejercicios tan pulcramente que, por muy mal que estuvieran, conservaban un aspecto aseado; justo lo contrario que los otros, emborronados con rabia de tinta roja. Y como la calificación final dependía del grado de limpieza de los cuadernos y no de las faltas cometidas, sus favoritos obtenían siempre las mejores notas.

Desde el primer momento sentí por él una profunda aversión; no tardaría en comprobar que esa antipatía era mutua.

Su aspecto mefistofélico causó gran impresión el primer día de clase. Nos pusimos en pie más por temor que por respeto. Ignorándonos por completo se dirigió a la ventana con paso blando y permaneció unos minutos en silencio. De pronto se dio la vuelta, se rio sin venir a cuento y, con una voz aflautada, dijo:

–Está bien, pueden sentarse. Sepan que su nuevo profesor de latín es doctor en Lenguas Clásicas, laureado por la Universidad de Lovaina. A partir de hoy deberán llamarme maestro. –Carraspeó dos o tres veces, como si algo se le hubiera atragantado, y con un ligero temblor en las manos, continuó–: Quiero comprobar el nivel de sus conocimientos. Veamos por quién empiezo.

Observó la libreta en la que estaban escritos nuestros nombres y prosiguió con un tono amenazador:

–Empecemos por la letra G... García, no; Garriga, tampoco... Gaudí, ese nombre me gusta, comencemos por él. Le voy a hacer una pregunta que supongo le resultará familiar: dígame el significado de la palabra *gaudium* y declínela en dativo y ablativo del singular y del plural.

Me levanté horrorizado. No tenía ni idea. En el último curso de primaria habíamos estudiado los rudimentos básicos del latín y, más allá de la declinación de *rosa, rosae*, mi conocimiento de esa lengua era nulo. Una voz temblorosa, que no era otra que la de mi compañero de pupitre, vino a socorrerme y me susurró:

–El significado es «alegría, gozo», y el dativo y ablativo singular y plural son *gaudio, gaudii*.

Repetí sus palabras en voz muy alta para disimular mi nerviosismo, moviendo las manos como si estuviera subido a un escenario. El maestro exclamó sin apenas inmutarse:

–¡Correcto, Gaudí! ¡Hace honor a su nombre!, aunque mucho me temo que

las respuestas se las han soplado. –Se interrumpió un segundo, y continuó–: Voy a darle otra oportunidad. Dígame ahora el acusativo.

La voz salvadora, esta vez un poco más alta, volvió a asistirme. Sin permitirme responder, el doctorado en Lovaina, con los ojos inyectados en sangre, vociferó:

–Es usted un zoquete; ni siquiera conoce la etimología de su propio nombre. ¡Qué vergüenza! Ya me encargaré yo de meterlo en cintura. En latín, la letra con la sangre entra. Por el momento siéntese y no me haga perder más el tiempo. Y usted, sí, usted, el que está a su izquierda y parece saberlo todo; levántese y dígame su nombre.

Así fue cómo conocí a Eduard Toda.

Era hijo de madre soltera. Su padre, que pertenecía a una de esas familias que en Cataluña se llaman *benestants*, no tuvo reparos en reconocerlo como hijo natural, aunque se negó a casarse con la madre. Al respecto, me viene a la memoria un desgraciado incidente ocurrido en la escuela pocos días después del episodio que te acabo de contar. Fue al final de la mañana, al terminar las clases, mientras esperábamos en el patio el turno para entrar en el refectorio. A pocos metros de donde estábamos se encontraba un grupo de alumnos algo mayores que nosotros. Me di cuenta enseguida de que su presencia provocaba un fuerte desasosiego en Toda. No podía entender el motivo hasta que uno de ellos, de pelo crespo y tez tostada, con la intención de que lo oyera todo el patio, dijo en voz alta:

–Ahí está Toda, el hijo de la fulana.

Los demás se rieron. Toda cerró los ojos para evitar que se le saltaran las lágrimas, respiró hondo y apretó los puños. Otro chico apostilló:

–Es verdad, hasta las piedras saben que no tiene padre.

Un tercero dio un paso adelante y, encarándose a él, vociferó:

–Eh, tú, gallina; dínos dónde está tu padre.

Los suyos respondieron a coro:

–Toda no tiene padre, Toda no tiene padre. El gallo ha dejado a la gallina sola en el corral.

Toda reaccionó con un gesto de cólera y dolor: cogió un puñado de tierra del suelo y lo arrojó con todas sus fuerzas a los injuriadores. Sin darles tiempo a reaccionar, se abalanzó sobre el muchacho de pelo crespo, un grandullón que le

sacaba por lo menos una cabeza, y haciéndole una zancadilla, lo tiró al suelo. Había sido todo tan rápido que sus compañeros tardaron en darse cuenta. No daban crédito a que semejante renacuajo se atreviera a enfrentarse a ellos. Repuestos de su sorpresa empezaron a descargar golpes y patadas sobre él, que intentaba por todos los medios protegerse la cabeza con los brazos. Yo salí en su defensa y, a empujones, conseguí desviar la atención de los agresores, que dejaron a Toda y la tomaron conmigo. El encargado de vigilar el patio, desapercibido en un principio, vino corriendo hacia nosotros y detuvo la pelea. El resultado fueron dos cejas abiertas –la de Toda y la mía–, algunas magulladuras y un corte en una pierna. Hubo un castigo colectivo; no recuerdo bien en qué consistió pero sí que fue más severo con nosotros dos, al considerar las autoridades del colegio que habíamos iniciado la pelea, sin tener en cuenta la ofensa infringida.

José Ribera, el chico de ojos verdes y voluntad de hierro, al que nadie arrebató el primer puesto de la clase durante todo el bachillerato, se unió a Toda y a mí en un círculo de perfecta fraternidad. Las alegrías eran más frecuentes que las penas; los desengaños, menores que los anhelos. Teníamos el futuro por delante y, como caballeros de la Mesa Redonda del rey Arturo, estábamos dispuestos a asumir la vida con el presentimiento de ser invencibles. No hubo ni una asignación semanal que no compartiéramos, ni un examen que no preparásemos juntos, ni una entrada para un concierto o representación teatral que no pusiéramos a disposición de los otros, ni una canción que no aprendiéramos sin la vigilancia de Ribera, que con su atento oído, nos corregía cada vez que desentonábamos. Sabíamos que lo importante era estar unidos y recibir la vida con el vigor apasionado que solo se experimenta en esos años de generosidad completa. Juntos publicamos la revista *Arlequín*, de la cual yo era editor artístico y principal ilustrador. Juntos montamos diversas obras teatrales, entre las que recuerdo *El puñal del godo* y un *Don Juan Tenorio* en el que Ribera hizo de don Juan, Toda de doña Inés y yo, incapaz de subirme a las tablas, pinté los decorados y diseñé el vestuario. Pero quizá lo que más me marcó durante aquellos años fueron nuestras excursiones arqueológicas.

Estas excursiones resumían la naturaleza de nuestras más profundas inquietudes. Fueron muchas y con muy variados objetivos: desde localizar los restos paleolíticos en Bugar hasta buscar un cementerio de la Edad de Bronce en

Boella; desde rastrear la ciudad amurallada de Montblanc hasta analizar la iglesia románica de La Sang. En la ciudad de Tarragona solíamos visitar el anfiteatro, los baños termales, el foro romano, la necrópolis paleocristiana, los restos del pórtico visigodo y la catedral gótica de Santa María. Entender la textura de la historia, el sentido del paso del tiempo, eso era lo que perseguíamos con ahínco. Las piedras tienen un significado, los estilos marcan la memoria de las épocas pretéritas. En efecto, los capiteles de Poblet, las columnas romanas, los cruceros góticos, labrados, floridos, narrativos como una pastoral del tiempo nos invitaban a emularlos, a superarlos. ¿Puedo decir que soy lo que he llegado a ser gracias a mis dos grandes amigos Ribera y Toda, y a aquellas excursiones de cuando éramos jóvenes? Debo responder que sí. Sin ninguna duda.

En esas excursiones comprobé que me gustaba más el románico que el gótico. Quizá esto te sorprenda porque muchos ven en mi trabajo una especie de recuperación del gótico, pero como tendré ocasión de comentarte, se trata de una mala lectura de mi obra.

Cuando muchos años después viajé a Burgos para visitar la catedral, se dieron cuenta de mi presencia y me rogaron que asistiera a una reunión de intelectuales en el casino, donde me sometieron a un sinfín de preguntas. Yo contestaba con evasivas, intentando pasar inadvertido. Ante su insistencia para que elogiara la catedral, les dije que la encontraba espantosa. Se enfadaron mucho al no entender lo que realmente quise decirles. El arte gótico es imperfecto, resuelto solo a medias: es el estilo del compás, de la fórmula, de la repetición. Su estabilidad se basa en el apuntalamiento por medio de arbotantes y en consecuencia es un cuerpo defectuoso que se sostiene con una especie de muletas. Su estructura no está integrada con la decoración geométrica que la viste y esta podría suprimirse sin que la obra se resintiera en absoluto. La prueba definitiva de que los edificios góticos son de una plasticidad deficiente es que provocan la más elevada impresión estética cuando están mutilados, cubiertos de hiedra e iluminados por la luna.

Mi inspiración viene además de una geografía distinta a la que dio origen al gótico: viene del Mediterráneo. Recuerdo la gran emoción que me produjeron nuestros encuentros con ese mar. Ahí, con los pies hincados en la arena, recibiendo a las olas, Ribera, Toda y yo leíamos en voz alta la *Iliada* de Homero. Unas veces yo era Patroclo, otras, Héctor, otras, Aquiles, el de los pies ligeros.

Fueron mañanas radiantes, en las que el aire batía nuestros rostros, estremecidos de placer al comprobar cómo la espuma se diluía enjabonando el horizonte; noches en las que todo parecía irreal y las aguas galopaban hacia el filo de la playa, enardecidas por la furia repentina del viento.

Pero lo más significativo de aquel tiempo fueron nuestras visitas a las ruinas del monasterio de Poblet.

Ribera y yo teníamos diecisiete años; Toda, quince.

Desde la marcha de los monjes, el monasterio había sido saqueado, sus tumbas profanadas en busca de tesoros más soñados que reales, sus sillares y materiales útiles para la construcción trasladados a otros lugares. Y lo que los expoliadores dejaron quedó arrasado por los elementos. Una de las mayores joyas arquitectónicas de la Cataluña cristiana permanecía sumida en un letargo silencioso ante nuestra mirada.

Y entonces tuvimos un sueño.

Ahora, desde la distancia, puedo afirmar que Poblet fue mi primer proyecto arquitectónico. Me ofreció la posibilidad de analizar los edificios que lo formaban y observar su funcionamiento: ¿Qué porcentaje de mampuesto y revestimiento se utilizaba en un arbotante? ¿Cuánto pesaba un sillar? ¿Cómo se controlaba la diferencia de escalas y proporciones? ¿Qué papel jugaba la arquitectura en el conjunto de la comunidad?

Tras jurar que dedicaríamos el resto de nuestras vidas a su reconstrucción, nos pusimos manos a la obra. Yo estaba encargado de diseñar el plan de rehabilitación de los muros, las bóvedas y el techo. Ribera debía investigar la historia de Poblet y sus monjes y Toda, catalogar su biblioteca, sus archivos y escribir una monografía cuya venta pudiera costear las fases iniciales de la restauración. Eso era solo el principio. Como tres intrépidos empresarios, proyectamos además una hospedería con servicio de albergue y comidas; un casino en el que se jugaría al billar y se vendería café, licores y tabaco; una tienda de artículos de regalo en la que se pondría a disposición de los visitantes reproducciones de Poblet, miel, hierbas, vinagre, moscatel y productos lácteos; un establo para el ganado vacuno y otro para la cría de caballos, un aserradero, un molino de harina, una prensa de aceite, bodegas en las que almacenar el vino y un servicio de transporte desde la estación de La Espluga de Francolí. Para todo ello, haciendo un cálculo modesto, necesitábamos comprar cien cabezas de

ganado y emplear a veinte personas. Concebimos nuestro proyecto siguiendo principios cooperativos. Redactamos un escrito al que llamamos *Manifiesto de Poblet*. Su objetivo era conseguir apoyo para restaurar una de las mayores glorias de la cultura medieval catalana. El manifiesto acababa así: «Poblet debe ser arrancado de las garras del tiempo, que amenazan con sepultarlo en el abismo del olvido; las glorias que entraña, los héroes que lo eligieron para su última morada, el arte escarnecido, la ciencia vilipendiada nos lo demandan a gritos. Ya no puede volver a morar en él ese ominoso poder de buitres negros que un día devoró la conciencia del pueblo, para ahogar así el recuerdo de sus maldades...»

Nadie secundó nuestro manifiesto pero, gracias a Poblet, tomé por primera vez conciencia de que algún día sería arquitecto.

Al acabar el instituto, Toda marchó a Madrid para estudiar Derecho; entró en la carrera diplomática y fue nombrado vicecónsul en China y cónsul en Egipto. Hoy es uno de los mayores egiptólogos de nuestro tiempo. La palabra que mejor lo define es originalidad. Su disposición para la historia, la arqueología, la antropología y las lenguas –domina ocho idiomas– le permite desentrañar el significado de las cosas desde premisas siempre singulares. Ribera también fue a Madrid, en su caso para estudiar Medicina. Ha sido pionero de la cirugía infantil en España y el primero en aplicar las desarticulaciones coxofemorales al método de la compresión de la aorta. Ambos son autores de una obra extensa. Estoy orgulloso de ellos. Nos vemos poco, aunque nuestra amistad permanece intacta.

Va siendo hora de concluir esta carta. Te pido disculpas por su excesiva longitud.

La cita de hoy es de Hecatón, filósofo estoico del siglo II antes de Cristo; la he leído en *Las cartas a Lucilio* de Séneca.

¿Preguntas cómo aprovechar el tiempo? Comienza por ser tu propio amigo. –Séneca le dice entonces a Lucilio–: Si sigues este consejo, nunca estarás solo. Ten presente que un tal amigo es posible a todos.

Siempre tuyo,

Antón



## Carta III

Puigcerdá, hotel Europa

10 de abril de 1911

Mi querido amigo:

La primera impresión que tuve al llegar a Barcelona, en septiembre de 1868, fue mala. Encontré una ciudad sucia, llena de estridencias. El oleaje del mar, encerrado entre las moles de buques mercantes y el pesado armazón del muelle, escupía sin cesar a canallas que, huidos de la justicia, tiraban pronto de navaja y dejaban tras de sí gritos que estremecían a los vecinos. En las calles próximas al puerto, pululaban prostitutas cuyos rostros se iluminaban al escuchar el tintineo de las monedas de plata de dos pesetas con la esfinge de la reina que acababa de ser destronada; ladrones agazapados en agujeros, dispuestos a asaltar al primer transeúnte desprevenido; mendigos de cejas polvorientas que no sabían dónde podrían caerse muertos; niños que trabajaban como esclavos por una perra gorda y dormían en sótanos gélidos; obreros que se levantaban de madrugada del jergón de paja que compartían con sus mujeres y a menudo también con sus hijos, salían de sus pocilgas con el frío pegado a los huesos y se encaminaban hacia las fábricas, donde bregaban catorce horas. No lejos de este mundo, en la calle Ancha y alrededores, la vida tenía un color muy diferente para aquellos que, habiendo malgastado el día divirtiéndose y la noche en teatros y salas de baile, dormían sobre colchones de pluma y se despertaban al ruido de las sirenas de los barcos con la conciencia tranquila, dispuestos a dilapidar su tiempo de nuevo.

Un polvo blanco, igual que la nieve, producido por las obras del Ensanche cubría la mayor parte de la ciudad. El viento lo arrastraba de aquí para allá,

formando nubes espectrales. ¿Qué hacía yo en un lugar como ese? ¿Era el precio que tenía que pagar para ser arquitecto? ¿Por qué había renunciado a la luz, las líneas, los tonos y colores del campo de Tarragona? ¿Por qué había abandonado la forja de mi padre, en la que podía seguir ejerciendo el noble oficio de mis antepasados? Yo no era más que un payés que amaba la tranquilidad de una vida sencilla. No quiero que me entiendas mal, deseaba estudiar Arquitectura, pero al mismo tiempo había algo en mi interior que me atormentaba. ¿Falta de valor? No lo creo. ¿Miedo ante un reto excesivo? Tampoco. ¿Era entonces una orden de las fuerzas ineludibles vaticinadas por mi abuelo, de la que no podía sustraerme? Quizá fuera eso. Estaba dividido entre un pasado que se resistía a abandonarme y un porvenir que no veía claro. Y el único tiempo real del que disponía, el presente, se me escapaba de las manos sin saber qué hacer para remediarlo.

En Barcelona también estaba mi hermano Francesc. Vivíamos en el número 12 de la plaza Montcada, en el Borne, encima de una carnicería. Francesc tenía la constitución robusta de mi padre y los ojos tristes de mi madre. Sus mejillas eran pálidas, en contraste con el pelo ensortijado, grueso como la crin de un caballo. La barbilla era prominente y una enérgica convulsión en los movimientos de la cabeza le daba autoridad; en cambio su voz era templada; más que decirlas, susurraba las palabras.

Amaba la poesía. Para él los versos encerraban una honda sabiduría en la que el dolor, la alegría y la compasión formaban un caleidoscopio revelador de la dimensión humana. Su vocación por la medicina nacía de su firme compromiso de ayudar a sus semejantes. Se dedicaba a ellos con una generosidad que en ningún momento se vio atenuada ni por el sentimentalismo ni por la complacencia. Era humilde por naturaleza, al contrario que yo, para quien la humildad es algo que se alcanza con la razón y el sacrificio. Fue un segundo padre para mí a pesar de ser poco mayor que yo. Intentó corregir mi tendencia a la moda del nihilismo, con consejos que no siempre supe valorar. Solo mi obstinación y una cierta ceguera afectiva impidieron que pudiera entenderle mejor. Su afán de protección muchas veces me resultó incómodo; mas no por ello se amilanaba, y me cantaba las cuarenta con frecuencia. Su muerte, a los veinticinco años, me dejó con una sensación amarga por no haber aprovechado mejor su breve paso por la vida.

Mientras te escribo, frente a la ventana, sopla un viento suave. Respiro

hondo y sonrió al recordar a mi hermano. La rugosidad de la luz, salpicada por destellos que desde arriba declinan hacia el gris, me produce una sensación de bienestar. Los últimos rayos se mudan, doblándose unas veces hacia dentro y otras hacia fuera, como láminas de cobre. A lo lejos, una bandada de pájaros, muy empequeñecida por la distancia, vuela de izquierda a derecha. Igual que una alucinación sonora, la voz de mi hermano abraza el aire. Siento su mano apoyada sobre la mía, veo sus ojos mirándome con una intensidad que parece querer iluminarlo todo. A veces, por la noche, íbamos juntos a la playa y nadábamos bajo la luz de la luna. Después nos sentábamos sobre la arena y me recitaba versos de Walt Whitman. Sabía vivir con igual intensidad el placer de la soledad y el bullicio del tumulto. Pensaba que la Tierra está inundada por millones de soles y que todos ellos nos pertenecen, que la bondad es la mayor obra de arte, que no hay ni principio ni fin, ni cielo ni infierno, ni perfección ni imperfección, solo anhelo y nada más que anhelo procreador de un mundo que no ha tenido, ni tendrá jamás, más comienzo que el ahora. Hace más de cuarenta años, en una de esas noches, me dedicó un poema: «Nunca digas no al camino que te espera. Si te cansas, sube a las montañas, mira a las estrellas y piensa: Ese es mi camino. No está lejos. Nadie lo puede recorrer por ti.»

He estado reflexionando varios minutos sobre el poema que me escribió mi hermano y me anima pensar que, al igual que a mí, te ayudará a encauzar tu vida. La mía se forjó decididamente cuando entré en la Escuela de Arquitectura situada en ese año de 1874 en el segundo piso de la Torre del Reloj, el edificio que Elías Rogent había construido para albergar la Universidad de Barcelona. Un estudio reglado pretende vencer las quimeras, y en mi caso eso nunca fue fácil de conseguir. Lo cierto es que en la Escuela de Arquitectura fui un estudiante perezoso como antes lo había sido en el Instituto de Reus. Asistí poco a clase pues para mí la regularidad era entonces la antesala del aburrimiento. A la vez altivo y tímido, carecía de disciplina y me sobraba arrogancia; creía ser más inteligente que los demás y estaba convencido de que mi destino me llevaría a conseguir grandes logros arquitectónicos. Que me suspendieran de forma reiterada fue el resultado lógico de esa forma de ser.

Había excepciones.

Cuando un profesor era capaz de estimularme, daba lo mejor de mí mismo. Recuerdo las clases de Rovira Rabassa sobre superficies alabeadas y

perspectivas. Era un hombre sabio, entrado en años, que a pesar de la opinión general me tomó afecto. A menudo me decía:

–Persevere, Gaudí, persevere. Si los ruidos y provocaciones del mundo no lo distraen, llegará usted lejos.

Con él aprendí que las estructuras continuas son las únicas perfectas, que la distinción que se hace entre elementos sustentantes y elementos sostenidos es errónea, ya que tanto unos como otros forman parte de un mismo organismo. Esta revelación, sobre la que medité largo tiempo, condicionó mi obra posterior. Rabassa nos decía:

–En las aberturas, al pasar del montante al umbral, los malos arquitectos ponen adornos (capiteles, impostas, cartelas) para distraer la atención de algo no resuelto por la mecánica. Esconden una deficiencia de concepto con un detalle agradable a la vista y desvían la cuestión del campo estructural al decorativo.

O también:

–Las formas poliédricas y las que se llaman equivocadamente geométricas abundan poco en la naturaleza; incluso las que el hombre hace planas (puertas, mesas, tableros), con el tiempo se vuelven alabeadas.

Llegué a la escuela en un momento en que la fotografía había hecho posible el acceso a la herencia arquitectónica universal. Las horas en las que faltaba a clase las pasaba devorando libros de fotografías en la biblioteca de la universidad. Era un auténtico festín. Tenía el mundo en mis manos. Imágenes de monumentos islámicos y egipcios; reproducciones en daguerrotipo de las ruinas mayas; obras maestras asirias y persas, como la Sala Hipóstila de Jerjes y las Cien Columnas de Darío en Persépolis; estupas budistas y templos camboyanos; monumentos chinos y japoneses. También me interesaron construcciones más modestas: viviendas de arcilla de la parte alta del Nilo parecidas a palomares que acababan en punta, igual que cucuruchos invertidos; fortificaciones construidas en Melilla que utilizaban un arco alargado en forma de huevo; cabañas de adobe marroquíes similares a esculturas; pueblos fortificados en las cumbres del Atlas; extrañas casas cavadas en la roca de Capadocia, en Turquía, y en Petra. Ninguna generación anterior había tenido la posibilidad de sumergirse en ese océano de estilos diversos. Era imposible no sacar partido de ellos. Solo había que aprender a mirar.

El acceso a las grandes construcciones de todos los tiempos a través de la

fotografía me permitió además evitar algo que siempre he detestado: viajar. De los pocos viajes que recuerdo, uno fue a Carcasona, en el sur de Francia, para visitar la obra de Viollet-le-Duc, que me resultó demasiado escenográfica, a pesar de su riguroso criterio arqueológico. Viajé también a Astorga, León y Palma de Mallorca, para supervisar la marcha de mis edificios. Eso es todo.

A partir del tercer curso de carrera, mis resultados académicos empezaron a mejorar. Los profesores parecían acostumbrarse a mi forma de proceder y yo, por mi parte, dulcifiqué el carácter.

Era consciente del esfuerzo que significaba para mis padres costear mis estudios y busqué un trabajo para aliviar la carga. No me resultó fácil.

En la facultad existía lo que por entonces llamábamos «bolsa de estudios.» Era una ayuda, en forma de trabajos esporádicos, destinada a aquellos alumnos que se habían distinguido por sus altas calificaciones y buen comportamiento, virtudes que, en lo que a mí respecta, estaban lejos de atribuirme.

Josep Fontseré i Mestre había sido elegido para diseñar el nuevo parque de la Ciudadela, regalo del general Prim a los barceloneses. Su taller estaba sobrecargado de trabajo y no disponía de suficientes ayudantes para llevar a término un proyecto de tal envergadura. Fontseré, también profesor en la escuela, me había suspendido en repetidas ocasiones sin esconder la opinión negativa que yo le merecía. Por esa razón me sorprendió cuando, al acabar una de sus clases, dijo que quería hablar conmigo. Ya en su despacho, con un tono que no presagiaba nada bueno, exclamó:

—Gaudí, sabe usted que nuestros desencuentros han sido constantes; le he recriminado muchas veces su falta de interés y esa arrogancia suya que nunca he sabido bien a qué responde. Si su actitud no cambia, tenga la seguridad de que este año le daré de nuevo calabazas. Por extrañas circunstancias, que no voy a revelar, ha tenido usted mucha suerte. Como supongo sabrá, me han encargado el nuevo proyecto de la Ciudadela y no dispongo en este momento de suficiente personal para atender a todos sus detalles. Le voy a encargar la tarea de resolver los complejos cálculos hidrológicos del embalse, necesarios para alimentar la fuente ornamental y el lago para botes de remo. —Sonrió, como si adivinara mis pensamientos, y continuó—: Le repito que no he sido yo quien ha tomado la decisión de escogerle para un cometido que, pienso, está por encima de sus capacidades. —Respiró varias veces y concluyó—: No dispongo de más tiempo.

Tiene usted una semana, ni un día más. Si al cabo no consigue resolverlos, deberé buscar otra alternativa; no me faltan candidatos para ello.

Una semana después nos volvimos a encontrar y le presenté mi trabajo.

Fontseré comprobó los cálculos durante más de una hora sin pronunciar una sola palabra. Al fin, levantó los ojos y, asintiendo, dijo:

—¡Impecable! Pocas veces he visto algo tan bien hecho. Tiene usted mi consideración y respeto. Pero le diré algo más: no hace falta que vuelva por clase; tiene aprobado el curso. Una última cosa: si le parece bien, puede empezar hoy mismo a trabajar conmigo. Le contrato a media jornada para que pueda asistir a las asignaturas de la escuela que más le convengan, aunque, conociéndole como le conozco, sé que lo verán poco por aquí.

Efectivamente, apenas entré en la escuela, mis pecados fueron tantos que el tener que confesártelos me ruboriza. Pero te he dicho que no faltaría a la verdad y debo cumplir mi palabra.

Me consuela pensar que también san Pablo y san Agustín fueron durante un tiempo grandes pecadores. La diferencia entre la doctrina católica y la protestante está en el poder salvador de la confesión. Hay tantas muestras de redención en los evangelios: el pastor abandonando al rebaño para buscar a la oveja extraviada, el regreso a casa del hijo pródigo, las lágrimas de María Magdalena. Dios no impide que nos equivoquemos, al contrario, nos otorga la libertad de decidir.

Por entonces iba a menudo al cenáculo del café Pelayo, una tertulia formada por alumnos de la escuela, algún que otro artista exaltado e individuos con opiniones extremas. Nos reuníamos allí para despotricar contra la burguesía, las políticas reaccionarias del gobierno y, especialmente, para blasfemar. Éramos tan soberbios que no vacilábamos ante las más ruidosas manifestaciones anticlericales. Nos deteníamos ante las puertas de las iglesias para abuchear a los feligreses al grito de: «¡Lanudos!»

Una vez visitamos un burdel en la calle Avinyó. Debió de ser a comienzos de 1875.

Nos recibió una señora entrada en años, cubierta de colorete y con un collar de perlas en el cuello. Sonrió con satisfacción y nos condujo a través de una serie de puertas con cortinajes, hasta llegar a un salón que resplandecía de luces coloreadas. Las paredes estaban tapizadas de terciopelo y había multitud de

espejos y candelabros. En el centro serpenteaba un largo diván en el que podías sentarte a uno u otro lado, sin tener que girar la cabeza para ver a tu acompañante. En la parte derecha del diván, siete u ocho señoritas envueltas en tules y gasas esperaban a los clientes. Unas con el pelo caído sobre la espalda, empolvadas y con los brazos llenos de brazaletes, otras con el pelo corto y rizado, las uñas de las manos pintadas y abalorios prendidos del cuello. El más atrevido de nuestro grupo pidió copas y champán. Como un prestidigitador de circo, construyó una pirámide sustentada por una base de ocho copas, que se alzaba en progresivas superficies hasta conquistar el vértice, en el que reinaba una única copa roja. Vertió el champán sobre ella y permitió que se derramara en cascada hasta conseguir que todas las demás se llenaran. El efecto, debo reconocerlo, era cautivador y pensé que se trataba de una buena idea para aplicar a la Gran Cascada que me había pedido diseñar Fontseré. Mi timidez natural me impidió participar en la fiesta. Temía que los demás advirtiesen mis dudas ante las mujeres. Busqué con la mirada un lugar en el que protegerme y me dirigí al extremo de la sala, donde un pianista con chaqueta negra de lentejuelas tocaba la marcha nupcial del *Sueño de una noche de verano* de Mendelssohn. Sorprendido por el interés que causaba su interpretación, me miró con una expresión triste y me dijo:

–Detesto esta música; me obligan a tocarla. Si no le gusta puedo ofrecerle otra; tengo un amplio repertorio.

Estaba a punto de irme cuando vino a colocarse a mi lado una morenita de ojos almendrados y nariz respingona, vestida con una chaquetilla española. Me rozó con la mano y, con un aire malicioso, sin dejar de sonreír, exclamó:

–¡Qué buen mozo eres! ¿Cómo te llamas?

La sangre se me agolpó en las sienes; sentí un fuerte dolor de cabeza. Al ver que no contestaba, continuó:

–¿Te ha comido la lengua el gato? Me llamo Esmeralda y si quieres podemos subir.

Di media vuelta, de forma tan brusca que tropecé con el pianista y lo tiré al suelo. No quería subir sino bajar. Todos me miraron. Al pasar por delante de la patrona, esta exclamó:

–Por el amor de Dios, ¿adónde va usted con tanta prisa? Seguro que Esmeralda le ha dicho alguna impertinencia.

Salí precipitadamente de aquel infierno de lujuria. No podía respirar. Cegado por la vergüenza, me golpeé la cabeza contra un muro. Lloré. Pedí perdón. Me sentía sucio, perdido, angustiado. Deambulé por las calles como un sonámbulo, sin sentir mi cuerpo. Esa noche soñé con su cuello blanco de paloma, con su boca igual que una granada abierta. Ella sonreía, repitiéndome: «Si quieres podemos subir.» Me era imposible quitarme esas palabras de la cabeza. Transcurrieron varias semanas. Me resistía a volver a verla. Sin poder aguantar más, una noche de verano, después de haber trabajado para Fontseré en el diseño de la Gran Cascada, regresé al local. Esta vez tenía la intención de subir. Pregunté por ella. No estaba disponible: debía esperar a que acabara el servicio. La cabeza me daba vueltas, el corazón parecía querer romperse. Pasaban los minutos. Una muchacha muy guapa se sentó a mi lado. Le rogué que me dejara solo. Por fin apareció Esmeralda. Se aproximó lentamente como si fuera un viejo cliente y con una voz melosa me susurró al oído:

–Te esperaba.

Subimos las escaleras y, al final de un largo corredor, entramos en una habitación.

Lo que allí pasó fue algo parecido a un soplo de amor.

Sí, Alfonso, el amor a veces se esconde en los lugares más insospechados. No tiene reglas, solo afinidades del corazón. Un destello de espiritualidad unió nuestros dos cuerpos: en mi caso significó redención; en el suyo, sacrificio. Esta idea consoladora es inseparable de otra que me produjo vértigo durante mucho tiempo: el sufrimiento de un ser humano lleno de calor, rebajado a la condición de oscuro objeto de deseo. Por encima de su miserable existencia, había en Esmeralda algo de pureza y levedad, de renuncia y compasión, de turbación y éxtasis, sustanciados en la experiencia del acto humano, más humano, en el que la disolución es huida.

Volví a verla tres o cuatro veces más. Al cabo, me dijeron que había abandonado el local sin dejar una dirección en la que poder localizarla. Pregunté a la gente que frecuentaba; nadie supo decirme nada. Tardé mucho tiempo en olvidarla. Todavía hay veces, por las noches, en que mis ojos, sin mirar nada más, ven los suyos.

Pero entonces no tuve tiempo para seguir pensando en Esmeralda, ya que me informaron de que mi madre estaba muy grave. Llegué justo a tiempo para



despedirme de ella. Una hemiplejía le había paralizado todo el lado izquierdo de la cara; conservaba intactas sus facultades mentales, pero no podía hablar. Hacía casi un año que no la veía. La masía estaba más húmeda de lo habitual. La lluvia había refrescado el verde de los pinares; los campos de labor, de colores fuertes y rugosos, me recordaron a las pinturas de los primitivos. Fui a su habitación y me senté a su lado. No reaccionó. Sus ojos estaban huecos. Balbuceó unas palabras incomprensibles. Se agitaba como si algo le atormentara. Empezó a llorar. Le acaricié la frente, tratando de que se calmara. Lejos de conseguirlo siguió convulsionándose cada vez con mayor fuerza. Al cabo de unos minutos, se serenó. Seguía moviendo los labios. Acerqué mi oído a su boca y me pareció escuchar: «No quiero morir.» Asustada antes de partir, sin saber lo que le esperaba, apretaba mi mano como si fuera el último reducto al que aferrarse. Su rostro expresaba un miedo sin velos, preñado del último misterio, imposible de descifrar. De repente su mano se distendió; respiró con dificultad y, dejándose llevar, expiró.

Un buen día de marzo de 1878, obtuve el título oficial de arquitecto. Mi graduación, sin embargo, no transcurrió sin incidentes. No sabría precisarte en qué consistió el proyecto final de carrera; puede que fuera el diseño de un hospital, de un paraninfo o la iluminación eléctrica de la muralla del Mar, todos ellos trabajos escolares realizados durante ese año; en todo caso lo que sí recuerdo es que la víspera de la entrega no lo había acabado y tuve que trabajar en él hasta bien entrada la madrugada. Unos días más tarde, Elías Rogent, el director de la escuela, nos dio los resultados. Con afectada satisfacción, dijo:

–Debo informarles de que todos ustedes han aprobado... –Se detuvo un instante y mirándome a los ojos, añadió–: A excepción, por supuesto, de Gaudí.

A pesar de ello conseguí la graduación por voto mayoritario. En el aula magna de la facultad se entregaron los diplomas. Cuando llegó mi turno, Rogent se dirigió a los presentes:

–Caballeros, nos hallamos hoy en presencia de un genio o de un loco. Solo el tiempo dirá si se trata de lo uno o de lo otro.

Fue Fontseré quien me informó de que el veredicto del claustro de profesores había sido de siete votos a mi favor y uno en contra; no quiso revelar, sin embargo, la identidad del verso suelto. No hacía falta. Estaba seguro de que se trataba de Domènech i Montaner, arquitecto de cierto valor, solo dos años mayor

que yo, con el cual he tenido diferencias a lo largo de mi vida. Pero había algo por lo que sí sentía curiosidad: el nombre de mi benefactor en el parque de la Ciudadela. Fontseré acabó por confesar:

–Ha pasado ya tiempo y creo no faltar a la memoria de un gran hombre si le revelo quién fue. Sí, amigo mío, se trató ni más ni menos que del propio general Prim. Poco antes de ser asesinado en Madrid, coincidí con él en un homenaje que le dieron en el Ayuntamiento. Conversamos un rato y al final me dijo: «Si tiene usted ocasión, eche una mano a un muchacho que acaba de llegar a Barcelona y que al parecer quiere estudiar Arquitectura. Se llama Antoni Gaudí. Es de Reus como yo. Y ya sabe, los paisanos tratamos de ayudarnos.»

Mi primer encargo oficial me llegó de la mano del Ayuntamiento de Barcelona. Se trataba de construir las farolas de la plaza Real. En principio estaban destinadas al arquitecto Jaume Serra, aunque su repentina muerte hizo que el proyecto recayera en mí. Las diseñé como árboles que atraviesan el cielo en forma de candelabros de tres y seis brazos, instalados sobre un soporte de mármol coronado por el casco alado de Mercurio, símbolo de la vocación comercial de la ciudad. La serpiente que se abraza y enrosca en la parte superior del cuerpo central está superpuesta al mismo, excepto en su nacimiento, puesto que la cola del ofidio surge directamente del hierro y no puede verse su cabeza. Deseaba fusionar imágenes alegóricas sobre la muerte y la resurrección con la estructura de una pieza urbana, y así conseguir la fusión de arquitectura y escultura.

Quiero que lo entiendas: mi obra está sostenida por la escultura como parte indisociable de la propia construcción. La escultura nunca debe ser ornamental, sino la consecuencia necesaria que brota de la propia obra arquitectónica. Es la sangre que corre por sus venas. Como buena parte de los constructores del pasado, me considero arquitecto y escultor. Es más, no concibo una cosa sin la otra.

Tuve una batalla campal con el Ayuntamiento a causa de mis honorarios. Presenté un presupuesto detallado de tres mil seiscientos cinco pesetas, que fue aceptado. Mi sorpresa fue mayúscula cuando, concluido el trabajo, me dijeron que solo pensaban pagarme trescientas treinta y seis. ¡Diez veces menos de lo acordado! Después de largas discusiones con el director de obras municipal, acepté a regañadientes ochocientos cincuenta, cifra muy inferior a los gastos que

había tenido, compensada gracias a la ayuda recibida de mi padre. El agravio sufrido no quedó solo en eso. Las quinientas catorce pesetas de diferencia entre lo que tenían previsto y lo que al final pagaron me salieron caras: nunca más he vuelto a recibir otro encargo municipal en Barcelona.

Hay que tener un amor ordenado al dinero. En eso siempre fui un desastre. Sé que las cosas llevadas a cabo por vocación no se hacen por la retribución, y también que nada es fructífero sin sacrificio: el sacrificio es la disminución del yo, sin compensaciones. Algo bien distinto a dejarte pisotear por los poderosos y opulentos.

La Cooperativa Mataronense, dirigida por sus obreros, fabricaba géneros de algodón. La gestionaba Salvador Pagés, al que había conocido en los tableros de ajedrez del Ateneo. Nuestras partidas congregaban a un buen número de aficionados, dispuestos a seguir las tácticas de ataque y defensa de ese juego que durante un tiempo llegó a apasionarme. No sabría decirte cuál de los dos era mejor porque solíamos acabar en tablas. Lo que sí recuerdo es que cuando uno ganaba, el otro, con un sabor amargo en la boca, le retiraba la palabra durante varios días. Al margen de nuestra rivalidad, compartíamos las mismas ideas a favor de la clase obrera. Los edificios de la cooperativa ocupaban una extensión de veinte hectáreas. Disponía de uno de los primeros generadores eléctricos al sur de los Pirineos, de su propio almacén de alimentos, de una escuela diurna para los niños y otra nocturna para los obreros, de una biblioteca, de un comedor y de un casino. Pagés me pidió que diseñara una nave de blanqueo de algodón y dos alas residenciales para treinta y cinco obreros y sus familias. Di a la nave forma de granero, elevando su tejado sobre doce arcos catenarios de madera, que no eran piezas continuas sino tablas cortas atornilladas que distribuían uniformemente su carga a lo largo de toda la superficie. Una catenaria es una curva similar a la parábola que traza una cadena colgante. Carece de curvatura, es pura tirantez, como un puente suspendido; si se coloca al revés, igual que un arco, es pura compresión. Sí, Alfonso, el arco catenario –o parabólico, como prefiero llamarlo– fue un hallazgo, posiblemente el mayor de mi carrera, aunque entonces aún no sabía que se iba a convertir en la marca distintiva de mi arquitectura. Para la cooperativa, asimismo, esculpí una abeja de bronce que coronaba el asta de la bandera, situada en la entrada de la fábrica como emblema del trabajo. Además, decoré la sala con lemas libertarios: «¡Camarada, muestra

solidaridad; practica la bondad!» «Nada es tan poderoso como la fraternidad.» «¿Quieres ser hombre de ciencia? Sé generoso.» De las casas para los obreros no llegaron a construirse más que dos, una de las cuales sirvió de vivienda al propio Pagés. No mucho tiempo después la cooperativa hizo suspensión de pagos, confirmando mi convicción posterior de que las colectividades humanas se mueven por sentimientos, mientras que el equilibrio y la reflexión son propios del individuo. Por este motivo no creo en las masas, solo en la acción personal.

La experiencia de la cooperativa me dejó con los bolsillos vacíos; cuando un amigo de Madrid, fabricante de paños de algodón, me propuso llevar a cabo un proyecto parecido, le escribí: «Como sabes muy bien, vivo de mi trabajo y no puedo comprometerme en encargos vagos y experimentales. Tú mismo nunca dejarías una cosa segura por otra incierta.»

Jugué de farol.

¿Qué seguridad tenía? Ninguna. ¿Incertidumbre? La más completa. Casi dos años después de haber acabado la carrera, mi horizonte era borroso, como lo es ahora mi recuerdo de ese tiempo. Me viene a la memoria un hombre que deambula por las calles de Barcelona planteándose la posibilidad de volver a la masía y trabajar con su padre en la forja. Pero de nuevo, cuando estaba a punto de tirar la toalla, apareció un ángel salvador que, como Luis II de Baviera con Wagner, cambió mi existencia para siempre. Es una historia de amistad, generosidad y visión de futuro que te contaré en mi próxima carta. Hoy deberás contentarte con un poema de Walt Whitman, el poeta preferido de mi hermano Francesc.

Este era uno de sus favoritos. Lo había traducido él mismo:

¡Oh, capitán! ¡Mi capitán! Nuestro espantoso viaje ha terminado,  
la nave ha salvado todos los escollos,  
hemos ganado el anhelado premio,  
próximo está el puerto, ya oigo las campanas,  
el pueblo entero que te aclama,  
siguiendo con sus miradas la poderosa nave,  
la audaz y soberbia nave;  
más ¡ay! ¡Oh, corazón! ¡Mi corazón! ¡Mi corazón!  
No ves las rojas gotas que caen lentamente,  
allí, en el puente, donde mi capitán  
yace extendido, helado y muerto.

Piensa en todo lo que te acabo de escribir.

Antón

## Carta IV

Puigcerdá, hotel Europa

12 de abril de 1911

Mi querido amigo:

Ayer por la tarde, la fiebre me subió casi a cuarenta grados. La culpa la tuvo Wagner.

Santaló me dijo que había escuchado cantar a una muchacha con una magnífica voz en el casino de Puigcerdá. Se me hizo la boca agua y le pedí que me la trajera para consolar alguna de las horas que paso en esta celda de castigo.

Reconozco que la razón se confunde frente al prodigio de la música, esa extraña vibración del aire que nos pone en contacto con las fuerzas ocultas de la naturaleza y nos inspira un deseo apasionado de transcendencia. Hay en ella algo que nos sobresalta al provocar un hechizo en los sentidos que la razón no sabe explicar. Lo que no se puede decir con palabras, lo que está más allá del saber, pertenece a su reino. Platón advertía del peligro de escuchar música en exceso. Pensaba que era como visitar el cielo antes de tiempo.

El doctor entró en mi habitación acompañado de la cantante. Tenía el pelo largo y ondulado de ese color encendido que tanto entusiasmó a los prerrafaelitas. Alta, de espaldas anchas y caderas estrechas, ojos azules que podían pasar por negros y una boca igual que una herida abierta.

Le pregunté cómo se llamaba. Sin contestar, abrió el estuche de su guitarra y afinó las cuerdas. Después, sonriendo, repuso:

–Es un honor cantar para usted, maestro. Cada vez que rezo en la cripta de la Sagrada Familia, siento una profunda emoción. Me llamo Cristina Andreu. ¿Qué le gustaría escuchar?

La pregunta hizo que me ruborizase; como tantas otras veces en mi vida me sentí cohibido ante una mujer de gran belleza. Le dije que prefería que fuese ella quien eligiese.

—¿Le parecen bien los *Wessendonk lieder*?; los tengo que cantar en mi próximo concierto.

Asentí con entusiasmo. No los había oído nunca, mas estaba seguro de que al ser de Wagner me gustarían.

La voz de Cristina, susurrante en un principio, fue tomando forma: era como si un ángel descendiera a la tierra para consolar a un pecador arrepentido. La segunda canción, más agitada, hablaba de la rueda del tiempo, mediadora de la eternidad. En la tercera dejé de seguir los poemas y me concentré en la música. Era demasiado triste para que un corazón cansado como el mío pudiera escucharla sin que las lágrimas se precipitaran. No había más que duelo, impotencia y dolor. ¿Por qué no le había sido concedido al espíritu que emitía esos lamentos penetrar en el saber legítimo del que se puede esperar la salvación? ¿Por qué toda canción verdadera es deudora del sufrimiento? Sí, la melodía encerraba un abismo de perdición, causado por un dolor sordo a los palpitos de la eternidad, necesarios para comprender la vida en su conjunto. Al igual que el sol abandona el esplendor del día, aquel que sufre se envuelve con un manto de silencio. Me incorporé a medias de la cama. Santaló me observaba con inquietud. Le hice un gesto con la mano para impedir que interrumpiera la interpretación. Cristina continuaba abstraída en su música, sin percibir el efecto que esta me estaba causando. Respiró hondo antes de iniciar la cuarta canción. ¿O era la quinta? Se trataba en todo caso del dolor visto desde otro lado, donde una artificiosa felicidad trataba de amortiguar los estragos producidos por la canción precedente. Impresión pasajera, ya que estos persistían en forma de sueños retenidos en el alma y terminaban marchitándose en la frialdad del sepulcro.

Permanecimos en silencio, dejando que los rayos del sol de primavera recompusieran nuestras fuerzas. Sin decir nada, extendí las manos. Cristina dejó su guitarra, se aproximó y me abrazó. Sentí su cara humedecida. Le hice la señal de la cruz en la frente y pedí al doctor que me diese papel y lápiz. Escribí: «A Cristina Andreu, en agradecimiento por la hora inolvidable que me ha hecho pasar. Su devotísimo, Antoni Gaudí.» En uno de los márgenes dibujé al ángel de

la primera canción.

Después de acompañarla, Santaló regresó y me tomó la temperatura. Alarmado porque empecé a tiritar, comprobó que la fiebre había subido a treinta y nueve y medio. Me dio una píldora para bajarla y otra para que pudiera descansar.

Caí en un profundo letargo. Y comencé a soñar. Me vi a mí mismo caminando por un largo corredor que, por alguna razón, me resultaba familiar. Las puertas del pasillo estaban cerradas. Llamé a la última y me abrió mi madre. Tenía una expresión sombría. Con un tono impaciente, exclamó:

–¿De dónde vienes Tonet? ¿Te has vuelto a perder? Las cosas no pueden continuar así.

En una esquina, sentada con su guitarra, Cristina abría y cerraba la boca sin emitir sonido alguno. A su lado, un ángel le susurraba unas palabras que no pude entender. Mi madre daba vueltas alrededor mientras repetía:

–Ya está bien Tonet; ¿no te da vergüenza?

Yo temblaba. De pronto empecé a gritar:

–¿Dónde está el conde? Quiero que venga. Él es el único que puede arreglar esto.

Lo busqué por todas partes. Debajo de la cama vi a Wagner y a Luis II de Baviera. El primero agarraba por la garganta al segundo y vociferaba:

–¡Bribón, no me das lo suficiente! ¡Con lo que recibo no tengo ni para empezar!

A lo que Luis II replicaba:

–No se altere, maestro, mañana le traeré más.

Me levanté del suelo con la intención de abandonar el cuarto pero, justo antes de traspasar el umbral, apareció el conde. Juntando las manos y arqueando su ceja izquierda, exclamó:

–Ah, Gaudí, menos mal que lo encuentro. En el parque tenemos problemas; Jujol no es capaz de terminar el banco sin usted y la visita del rey está programada para mañana. Debemos ir ahí sin perder un minuto.

Me desperté bañado en sudor.

Era medianoche. Había dormido más de seis horas. Respiré, manteniendo el aire en los pulmones para luego expulsarlo poco a poco. La fiebre había remitido. Recé los cinco misterios gozosos del rosario; la oración entró en mí



como un bálsamo reparador.

Después, con el ánimo ya sereno, me dispuse a escribirte.

Te confieso que me es imposible pensar en mi juventud sin ruborizarme. Mi ignorancia del mundo, que creía conocer, era completa. A pesar de las leyendas que me rodean, he amado muy poco ese período de la vida en el que se prefieren las palabras a los hechos, se confía en exceso en las fórmulas y se juzga mucho más de lo que se observa. Tardé tiempo en aprender que todas las cosas merecen atención, pues son complejas y en el fondo siempre se hallan recovecos en los que nuestra limitación se pierde. Para penetrar las cosas conviene perseguirlas con paciencia; la paciencia lo alcanza todo, pero lleva implícita la constancia en lo penoso; hay que hacer y repetir, pues la razón es una fuerza interna y debe aplicarse desde dentro, no desde fuera. El único camino fértil es el de la repetición: en Beethoven se hallan repeticiones de temas escritos diez años antes; en Bach lo mismo; Verdaguer copiaba y corregía sus poemas sin cesar. La paciencia consiste en esperar no de forma pasiva, sino trabajando con persistencia, aun cuando la solución no se vea cercana. Creer que la inspiración llueve del cielo sin esforzarnos es una *bobería*, como decía Santa Teresa. Los hombres se miden por la voluntad, no por la inteligencia. He cansado a mis colaboradores al procurar siempre enriquecer las cosas sin darlas por buenas hasta que estaba convencido de que ya no las podía mejorar.

Durante mis primeros años de profesión me atormentaron múltiples impaciencias. Como las cien cabezas de Ladón, el dragón que guardaba el jardín de las Hespérides, cuando se cercenaba una, otra crecía de inmediato. Albergaba así al joven ansioso de presente, incierto ante el porvenir, y por ello mismo deseoso de atraer la atención; al intrépido soñador de mundos por primera vez conquistados, cuyos secretos no quería compartir; al creador dispuesto a todo por un instante de inspiración; al artesano ávido de moldear cualquier material que tuviese en las manos; al diseñador poco juicioso que cree en la verdad de unos planos, proyectados a la luz de la lámpara, hasta altas horas de la madrugada. No me olvido tampoco del adulador que para no desagradar a sus clientes consentía en perder el tiempo con ellos; del inexperto que sin pudor opinaba sobre cualquier cosa, con ridícula seguridad; del presuntuoso que pensaba que la vida era una fiesta y él, su anfitrión; del tímido que buscaba una frase ingeniosa para sentirse un poco más seguro y, en fin, de ese personaje anónimo, tan común en

todas las épocas, tendido en su lecho, ocupado por alguna trivialidad, que deja escapar las horas sin otro objeto que llegar sano y salvo al día siguiente.

Un hombre, sin embargo, puso fin a ese tumulto de ansiedades. Cuando lo conocí, en 1878, él tenía treinta y un años y yo, veintiséis.

Nuestro primer encuentro, como tantas otras cosas en mi vida, se debió a la casualidad.

Eusebio Güell estaba en París y aprovechó su tiempo libre para visitar la Exposición Universal, inaugurada en mayo de ese año. En el pabellón español, entre la profusión de productos industriales y artesanos, destacaba una vitrina de tres metros de altura que yo había hecho por encargo del señor Comella. Tenía una base de madera con contrafuertes decorativos en los ángulos, un volumen paralelepípedo formado por seis vidrios y una cubierta de dos vertientes, todo ello unido por pequeñas piezas metálicas. A modo de cresta, unos espigados florones de hierro decorados con motivos vegetales, y en su interior un templete donde se exhibían guantes, con una disposición que permitía contemplarlos en trescientos sesenta grados.

Al regresar a Barcelona, Güell se dirigió a la guantería de Esteban Comella para averiguar el nombre del diseñador de la vitrina. Le dijeron que se trataba de un joven arquitecto llamado Antoni Gaudí; lo podía encontrar en el taller del ebanista Eudald Puntí, en la calle de la Ceniza.

Efectivamente yo estaba allí, ultimando la construcción de un escritorio destinado a mi uso particular en el cual desarrollaba las ideas ornamentales que tenía por entonces. Su pesada forma de ataúd, asentada sobre cuatro patas afiladas y unidas por una placa de apoyo, buscaba el equilibrio entre la función y la forma. Revistiendo la madera, metales coloreados formaban un conjunto animal y vegetal: águilas, halcones, serpientes, una ardilla, un lagarto, un gallo joven y mariposas y abejas que hormigueaban en hiedras trepadoras y ramitos de laurel.

De repente sentí una mano sobre mi espalda. Puntí, con su peculiar voz nasal, exclamó:

–Gaudí, le presento a don Eusebio Güell. Está interesado en su obra; ha venido al taller para conocerle.

Güell me pareció a primera vista un personaje de la Biblia, mezcla de Noé, Abraham y Moisés. Alto, bien proporcionado, sus facciones tenían un fuerte

contraste entre la dureza y la suavidad, la impaciencia y la templanza, la autoridad y la dulzura. Su cabello era rubio, ligeramente rizado, con profundas entradas que dejaban a la vista una frente poderosa. Los ojos azules, muy despiertos, un poco saltones, le daban una expresión soñadora, endurecida sin embargo por una tupida barba; la nariz prominente era quizá demasiado larga, la boca tenía una curva pronunciada entre el labio inferior y la barbilla, y la piel, muy blanca, estaba salpicada por pequeñas pecas, característica frecuente en buena parte de los rubios. Pero lo que más me llamó la atención fueron sus manos, que seguían el compás de sus palabras, y su forma de andar: parecía que flotase, ya que pisaba el suelo casi de puntillas, con el cuerpo echado hacia delante.

Ante mi silencio, que Güell interpretó como una muestra de desagrado por haber interrumpido mi trabajo, dijo:

–Disculpe, no quisiera molestarlo. He visto su vitrina en París; me ha gustado mucho. Si no tiene inconveniente quisiera hablar con usted, aunque quizá no sea este el momento más oportuno. –Y con ese toque propio del mundo al que pertenecía por dinero y convicción, me propuso–: ¿Qué le parece si cenamos hoy mismo juntos? Tengo algunas ideas y quisiera comentárselas. –Sin esperar respuesta, con una familiaridad que me resultó extraña, añadió–: Si me lo permite, antes de irme desearía ver su escritorio.

Observó durante un buen rato los detalles del mueble y preguntó cuestiones referentes al mismo: ¿Cómo conseguía aplicar en la madera esos colores tan vivos? ¿Batía el metal para obtener la pátina uniforme que recubría los contrafuertes? ¿Con qué se lograba la fijación? Al final, levantó los brazos y asintiendo varias veces, exclamó:

–¡Es maravilloso! Me recuerda a las obras de los antiguos egipcios y griegos. Si algún día quiere venderlo, sepa que tiene un seguro comprador.

Esa noche cenamos en Las Siete Puertas. En aquel tiempo era uno de los mejores restaurantes de Barcelona. Nunca había estado ahí, pero no tardé mucho en frecuentarlo.

Nada más sentarnos Güell me preguntó si me gustaba Barcelona. Asentí.

–No me extraña –declaró–, a mí también, más que nada en este mundo. Por supuesto que existen otras grandes ciudades: París, Londres, Roma... He residido largas temporadas en ellas y le aseguro que siempre llega un momento

en el que deseas volver. Nuestra ciudad es especial; en este momento tiene grandes posibilidades... Por cierto, ¿le apetece un poco de champán? Hoy es un gran día y debemos celebrarlo. Tengo la impresión de que aquí se inicia una larga amistad.

Güell había acudido a la cena vestido con una levita de color azul marino de solapas amplias y mangas que no se ceñían hasta pasada la muñeca. Los pantalones, gris oscuro, tenían ribetes negros en las costuras exteriores. Alrededor del cuello, alto y almidonado, se anudaba una corbata de seda clara con mucha caída. Comparé su traje con el mío y sentí vergüenza. Después de más de treinta años, recuerdo esa sensación. Deseaba vestir como un señor, comer en buenos restaurantes, tener encargos bien pagados que me permitiesen llevar una vida regalada. No era consciente de que la riqueza te complica la existencia. Para mantener su equilibrio, el artista ha de pasar por el dolor y la pobreza. Todos tenemos que padecer. Solo los muertos no padecen; el que no quiere padecer está perdido. Pero yo, en aquellos días, solo deseaba triunfar.

Al llegar a los postres, Güell quiso saber qué obras había hecho. Cuando le confesé lo poco que hasta entonces había construido, pareció decepcionado:

—Pensaba que su experiencia era mayor. —Mas no tardó en añadir—: No importa, eso tiene fácil arreglo. Al fin y al cabo yo me encuentro en una situación similar. Los negocios familiares no van mal, me acaban de nombrar diputado provincial y es posible que el rey me haga senador. Todo eso está bien, pero no me satisface más que a medias. ¿Sabe, Gaudí?, yo creo en el impulso creador; en mí es una necesidad, una ambición más fuerte que las demás. Pinto, escribo, aunque soy consciente de no ser más que un diletante, un hombre de buen gusto e imaginación que no posee ni el tiempo ni acaso el talento para crear algo que valga la pena de verdad. Necesito encontrar... ¿cómo le diría? Necesito encontrar a alguien con el que pueda materializar las ideas que bullen en mi cabeza, una persona en quien pueda confiar por completo. El arte es una lucha agotadora para la cual muy pocos están llamados. La vida del artista se basa en el autodomínio y en la obstinación; es una vida ardua, hecha de perseverancia, renunciaciones y arrebatos. Perdóne mi exaltación. Desde pequeño me han enseñado a controlar mis sentimientos; en ocasiones, sin embargo, la naturaleza es más fuerte que la educación y te ves obligado a saltarte las barreras de la prudencia.

Se interrumpió un momento como si algo lo preocupara; miró cómo el

camarero le llenaba de nuevo la copa y de repente me interpeló:

—¿Es usted fiel, Gaudí? —No me dejó responder y continuó cada vez más encendido—: La fidelidad es lo más importante. Fidelidad a unos principios, a las personas que quieres, a los ideales que dan sentido a tu vida, a los compañeros con los cuales compartes tu trabajo. El secreto está en tener amigos duraderos. Vivimos en una época marcada por la ambición, en la que todo es pasajero. Sí, ya sé que me va a decir que esta puede ser positiva, pero la de hoy es una ambición huérfana de valores, basada exclusivamente en el afán de lucro. Me preocupa la especulación que ha invadido como una plaga nuestro país. El objetivo es hacerse rico lo antes posible, no importa a qué precio. La estructura industrial se resiente, es débil, carece de consistencia. La bolsa da unos bandazos alarmantes, en cualquier momento entraremos en recesión. Y después está el sempiterno problema con España. ¿Sabe usted lo difícil que resulta ponerse de acuerdo? ¿Lo sabe? Llevamos demasiado tiempo recelando unos de otros. Tenemos que aprender a convivir y a no despreciarnos mutuamente. En la diversidad de sus múltiples tradiciones, culturas y lenguas está la grandeza de España. ¿Qué país de nuestro entorno tiene tal diversidad? Ninguno, Gaudí, ninguno. Para bien o para mal, llevamos siglos de relación, de disputar y sufrir las mismas bienandanzas y los mismos desastres; la situación geográfica que nos manda a todos, la trabazón de nuestros intereses económicos, todo hace que España no sea solo un poder, sino una sustancia viva.

Se detuvo para servirme un poco más de champán. Su rostro había enrojecido al calor de las palabras; me pareció que sus ojos se cubrían de una pátina vidriosa como consecuencia de la emoción. Sabía que desde posiciones enfrentadas iba a ser imposible encontrar la armonía en una nación tan asimétrica como España. Amaba al país por razones profundas; sometido a un arduo trabajo ante la exigente pluralidad de los problemas con los que cada día debía enfrentarse, deseaba encontrar personas que, como él, estuvieran dispuestas a llevar adelante un proyecto transformador. Es cierto que en un principio su afán de reconocimiento predominaba sobre lo demás, pero el joven que obedecía a ambiciones personales aprendió a superarlas, a valorar mejor a las personas, a influir en ellas y, lo que resulta más difícil, a extraer de cada una lo mejor de sí misma. Sin caer en el error de tratar de obtener de uno cualidades que no posee y descuidar el cultivo de aquellas que sí tiene, comprendió que casi

todos atesoran alguna virtud: este embaucador toca bien el violín, aquel insolente dispone de buena inteligencia, ese idiota te entregaría su último mendrugo de pan, ese mendigo, en otras circunstancias, podría sorprenderte con un gesto de generosidad. Y así, examinando el calidoscopio humano, en el que las virtudes y los defectos se repartían de forma inesperada, con modales de lord inglés y gustos de príncipe del Renacimiento, atrajo en torno a él a toda una pléyade de artistas, escritores, industriales, secretarios y religiosos que se pusieron incondicionalmente a su servicio para diseñar su ciudad soñada.

Y en ese sueño, yo he sido el principal protagonista.

Güell levantó la mirada y me preguntó:

—¿Conoce a Verdaguer? ¿No? Tengo que presentárselo. Es un poeta extraordinario. Admiro a mi suegro en muchas cosas, pero hay una sola por la cual lo envidio: que Verdaguer le haya dedicado su *Atlántida*. Es una obra definitiva, una de las pocas sobre las cuales basar la identidad de un pueblo. — Miró su reloj y continuó—: Es tarde. Hace una noche espléndida, salgamos a pasear un rato. Si le parece podría acompañarme a mi casa en la rambla de los Capuchinos. Es obra de su profesor Joan Martorell. Al volver de París, estaba tan sorprendido con su vitrina que quise conocer su opinión. Me dijo que no sabía si era usted un genio o un loco. Tendremos que sacarlo de la duda, ¿no cree? En todo caso no estoy contento con ella; un día tendrá que construirme una nueva.

Ha pasado tanto tiempo que no recuerdo bien si sus palabras fueron exactamente esas; lo que mi memoria retiene con claridad es que antes de despedirnos me encargó el mobiliario para el panteón y la capilla de su suegro, el marqués de Comillas, y la construcción de un pabellón de caza en su finca de Garraf.

Esa noche no pude dormir.

A propósito de dormir, creo que ya va siendo hora de concluir esta carta. En la próxima te seguiré contando las desventuras de un joven lleno de sueños que, gracias a Güell, empezó su verdadera carrera de arquitecto.

La cita de hoy vuelve a ser mía.

Toda experiencia es rica en consecuencias. Nada hay que no sea utilizable, que no sirva, que no tenga precio. No hay nadie que carezca de valor. El caso es saber aprovechar experiencias, cosas y personas.

Tuyo,

Antón

## Carta V

Puigcerdá, hotel Europa

13 de abril de 1911

Mi querido amigo:

Esta pasada noche he dormido tranquilo, sin sueños que me perturbaran. Agradezco la tregua y me dispongo a escribirte sobre algo difícil, para lo cual se deben medir bien las palabras y no caer en exageraciones. Sí, Alfonso, hoy voy a hablarte de las pasiones. Mas no de aquella que enaltece nuestro espíritu al ponernos en relación con el Señor, sino de esas otras, múltiples, variables, incontenidas, que tienen que ver con el amor propio. A esa pasión por uno mismo le traen sin cuidado los argumentos y tampoco forma parte de su naturaleza calibrar las fuerzas que tensan el arco de la voluntad. Todas las pasiones, incluso las buenas, son atormentadas, pero la pasión por uno mismo se alimenta de un impulso sordo a los consejos de la razón. Es impaciente consigo misma, implacable con los demás; quiere avasallar, que prevalezca su tiranía; no le basta con recibir a cambio amistad, buenas maneras y paciencia, pues al igual que el criminal, no se aviene con el orden establecido y pretende sacar provecho de cualquier confusión. Sí, Alfonso, esa pasión termina en tormento porque no encuentra salida y da vueltas sobre sí misma. ¿Preguntas cómo vencerla? Te lo diré: con templanza, humildad y tenacidad; desdeñando lo pasajero, evitando ir de un propósito a otro a merced de las circunstancias, impidiendo el vaciamiento del ser en una vida disuelta en el exterior.

Es necesario conformarnos con lo que somos y ser conscientes de que a cambio no recibiremos ningún galardón. Soportar nuestro carácter, corregir sus fallos, egoísmos y ansiedades. Soportar que nuestros deseos no sean atendidos,



que las personas que amamos no siempre nos amen o que no lo hagan como nos gustaría y, lo más difícil, culpar a nuestros errores de nuestras insatisfacciones. El enemigo es siempre uno mismo, por eso debemos dominarnos, aunque de momento no obtengamos resultado.

Te confieso que a mí me costó mucho esfuerzo dirigir la exaltación de mi corazón hacia metas más altas que el amor propio y el disfrute de un mundo que me seducía con sus tentaciones. Hay un viejo proverbio que dice: «La naturaleza desea muy poco, el capricho, demasiado.» Epicuro añade: «Si vives conforme a la naturaleza nunca serás pobre, si lo haces según las pasiones, nunca serás rico.»

Tardé en hacer caso a esas dos sabias advertencias.

Gracias a Güell pude trabajar de forma continuada; empecé a ganar más dinero del que nunca había soñado y me dejé atrapar por las cosas materiales. En el fondo de mi alma habitaba una emoción: el deseo de ser diferente a lo que uno es. Esa es la mayor desgracia con la que nos podemos castigar.

Alquilé un nuevo piso que decoré con suntuosidad y un coche de caballos para ir a las obras de mis edificios; sin bajar del carruaje, desde la ventanilla, daba las órdenes precisas a los encargados. Como un ridículo dandi, me convertí en un maniático al que solo satisfacía lo mejor: trajes, camisas y abrigos hechos a medida por los sastres de confianza de Güell, guantes de cabritilla, pañuelos y corbatas de seda, bastones con empuñadura de plata y de marfil, canotiers de paja y sombreros de copa. Llegué hasta tal punto de presunción que pedía a los dependientes que calzaran durante unos días los botines de piel marrón que encargaba, para evitar que me salieran ampollas. Degusté manjares, vinos y habanos, frecuenté veladas musicales en el palco seis del teatro del Liceo, propiedad de la familia Güell, perseguí la compañía de hombres y mujeres en reuniones y banquetes, y mantuve cerca a muchos que se decían amigos aunque en el fondo no lo fueran. En mi interior, sin embargo, había soledad y silencio: era la calma del desierto, donde por simple bravuconería desafié a lo desconocido y luché cuerpo a cuerpo contra mi principal enemiga: la timidez.

En una ocasión, Salvador Pagés, gerente de la Cooperativa Mataronense, me pidió que decorara su sala de blanqueo con objeto de dar una fiesta en honor de un alto comisionado del gobierno español, de paso por la ciudad, que había sido la mano derecha de Emilio Castelar, presidente de la República, hasta el golpe de Estado del general Pavía.

Adorné el local con ramas de sauces colgadas en el techo y las paredes, y levanté en el centro una fuente iluminada por antorchas. La fiesta congregó a las fuerzas vivas de la ciudad y estuvo amenizada con música y baile hasta bien entrada la madrugada. Pagés, acompañado de una muchacha, me dijo:

–Todo ha funcionado a la perfección. Tengo al comisionado en el bolsillo; está dispuesto a ayudarme para que me den un empréstito. En gran parte te lo debo a ti. Hoy, Gaudí, me has hecho un gran favor. No lo olvidaré. –Se detuvo un momento y, sonriendo, agregó–: Por cierto, quiero presentarte a Pepeta Moreu; está deseando conocerte. Da clases de música en la escuela de la cooperativa.

La miré detenidamente. Era de esas mujeres que encandilan a los hombres.

Llevaba un vestido azul oscuro ceñido alrededor de la cintura, el pecho y los brazos. Un pañuelo de seda encarnado, cuyas puntas desaparecían por el escote, cubría su cuello y sus hombros. Su cabello abundante, adornado con una flor, tenía el tono del cobre y se rizaba a medida que se acercaba a la espalda. Sus ojos esmeralda se irisaban por el juego de sombras producido por las pestañas. Miraban igual que los de mi madre: abiertamente, sin esconderse, libres de aquellas ojeadas de soslayo tan típicas en mujeres conscientes de su propia belleza. Los labios, sobre todo el inferior, tenían el rubor de la cereza. La gran exuberancia de sus senos producía una impresión provocadora, a la vez que te disuadía, por respeto, de mantener la mirada sobre ellos. Su silueta, de formas turgentes pero apretadas, se erguía con un aire resuelto, dejando bien a las claras que cualquier comentario sobre su aspecto sería considerado de mal gusto. Mas, precisamente por esta razón, uno no podía dejar de preguntarse qué se escondía detrás de ese rostro en el que el fuego crepitaba bajo la nieve.

El día siguiente era domingo.

Había dormido mal. Una corriente de frío se había colado a través de la puerta y el sonido de unos pájaros picoteando en la ventana me despertó. Invadido por la inquietud, mis manos no me respondían y tuve dificultades para vestirme y asearme. Di vueltas a la habitación como un animal enjaulado al recordar que la víspera, antes de despedirnos, Pepeta nos había invitado a almorzar a Pagés y a mí.

Esto fue más o menos lo que Pagés me contó en el camino hacia Cal Panxut, la casa de los Moreu en Mataró:

–Hay personas que soportan su dolor con entereza y no consideran que la violencia que les inflige el destino sea un castigo, sino algo normal que hay que aprender a sobrellevar; por el contrario, los más débiles se abandonan al sufrimiento y son incapaces de luchar. Pepeta forma parte de los primeros. –Se interrumpió un momento y, con un brillo en los ojos que denotaba admiración, prosiguió–: Muy pronto se comprobó que tanto su belleza como su inteligencia iban a destacar. Esto, unido a su carácter extrovertido, un tanto dominante, la convirtió desde pequeña en el centro de atención de una familia regida con mano de hierro por doña Antonia, la madre. Ya sabes que en nuestro país son frecuentes los matriarcados; el matrimonio Moreu es uno de ellos.

»La gran ilusión de Pepeta era llegar a ser concertista de piano, aunque las circunstancias de la vida la llevaron por otros derroteros. Recuerdo que de adolescente fue la primera en atreverse a nadar con un bañador que dejaba al descubierto cuello, brazos y piernas; doña Antonia montó en cólera, mas una cosa era que ella la regañara y otra bien distinta que la criticaran los demás. Habló con quien quiso escucharla y, con un par de eso que hay que tener, les dijo que no estaba dispuesta a tolerar un solo comentario fuera de lugar sobre su hija. Todo el mundo conocía cómo se las gastaba la señora y los rumores desaparecieron de la noche a la mañana. El asunto del bañador fue un primer aviso que indicaba que Pepeta no iba a conformarse con la vida que veía a su alrededor, en la que las mujeres se limitaban a coser, hacer dobladillos, cuidar de la casa y tener relaciones sociales insustanciales.

»Pero la tormenta estalló cuando estaba a punto de cumplir dieciocho años. En aquellos días, llegó a Mataró un antiguo capitán carlista llamado Joan Palau. Para el que tuviera dos dedos de frente, estaba claro que se trataba de un sinvergüenza dispuesto a sacar partido de cualquier ocasión que se le presentara. Conoció a Pepeta en el casino y, con exageraciones y falsedades, le contó sus hazañas en el ejército. Carne de cañón para un tipo como ese, ella no tardó en enamorarse. Cuando expresó su intención de casarse con él, su padre, a pesar de no ser el más indicado para censurarla ya que vivía envuelto en continuas infidelidades, puso el grito en el cielo. Doña Antonia, mordiéndose la lengua, intentó que entrara en razón. Ante su testarudez, acabó por perder la paciencia y amenazó con quitarle la dote. No sirvió de nada, Pepeta estaba decidida a salirse con la suya y afirmó que si se negaban a dar su consentimiento se fugaría con él.

»Después de muchos tiras y aflojas, doña Antonia se avino a entregarle tres mil duros y dejarla marchar. Con ellos, los dos enamorados se compraron un paquebote de segunda mano, cruzaron el mar y se establecieron en el norte de África. Ahí se casaron y empezaron a tratar con vino y esparto en Ceuta, Melilla, Tánger y Orán. Pepeta ayudó a su marido con una determinación que rayaba el fanatismo; gracias a su inesperado olfato para los negocios no tardaron en prosperar, si bien al cabo de dos años estos empezaron a torcerse y Palau recayó en uno de sus antiguos vicios: la bebida. Broncas, palizas, lágrimas se sucedieron y un embarazo complicó las cosas aún más. Un buen día, el capitán, asustado de la responsabilidad que se le venía encima, puso tierra por medio y desapareció llevándose el poco dinero que quedaba.

»Encinta de tres meses, sin un real en el bolsillo, Pepeta se vio obligada a malvivir en Orán. Limpió casas, tocó el piano en tugurios infectos y, según dijeron las malas lenguas, llegó al extremo de vender su piel. Al final, pensando más en su hijo que en ella misma, se tragó su amor propio y escribió una carta a su madre explicándole la situación. Esta mandó el dinero para el pasaje y le aseguró que sería recibida con los brazos abiertos.

Pagés terminó su relato:

–El hijo de Pepeta murió a los tres años de difteria; una desgracia de la que ella todavía no se ha recuperado. Ahora espera el fallo del tribunal eclesiástico sobre la nulidad de su matrimonio. Entre las pruebas presentadas hay un documento que acredita que Palau, antes de conocerla, estaba casado con una argentina. Lo han acusado de bigamia; eso facilitará las cosas.

Se detuvo en seco y mirándome a los ojos, sentenció:

–Antes de que entremos quiero decirte una cosa más. Sabes que te tengo en gran consideración. Te veo siempre solo y ya es hora de que encuentres a una mujer. Pepeta podría ser la solución a tus problemas. Tiene chispa, es artista como tú y te alegraría la vida, que buena falta te hace. No creas que trato de comportarme como un vulgar casamentero, aunque deberías pensar en lo que te acabo de decir. Pero démonos prisa, a doña Antonia no le gusta que le hagan esperar.

En esa primera visita a Cal Panxut hablé poco, escuché, observé con avidez y sentí más de lo que le estaba permitido a un corazón tan sentimental como el mío.

Doña Antonia presidía la mesa. Era una mujer entrada en carnes, de ojos expresivos y cabello encanecido. Estaban también Magdalena y Agustina, las dos hermanas menores. Me gustó más la segunda. Algo rolliza, de mofletes sonrosados y nariz un poco respingona, se reía igual que una niña. Magdalena, por el contrario, tenía la expresión sombría y se tocaba constantemente el moño, en forma de coronita, para volver a poner en su sitio un rizo que se resistía a obedecerla.

Pagés se encontraba ahí como pez en el agua. Achispado por los muchos vinos que se sirvieron, provocaba a doña Antonia con bromas irreverentes. Esta tocó la campanilla para que sirvieran el plato de pescado y con una sonrisa que denotaba que la amistad con Pagés venía de lejos, exclamó:

–Ya está otra vez burlándose de lo más sagrado. Es usted un ateo y un masón incorregible; no comprendo por qué lo dejo entrar en esta casa; llena la cabeza de pájaros a mis hijas y lo que es aún peor, nos trae a personas que en cualquier otro lugar no serían bien recibidas. –Al darse cuenta de que podía sentirme aludido, se sonrojó y me dijo–: No hablo por usted, Gaudí, Dios me libre. Es un honor tenerle entre nosotros; espero que nos visite tantas veces como su trabajo se lo permita.

Pepeta se mantenía al margen de la conversación, sumida en sus propios pensamientos; tuve la impresión de que de vez en cuando me miraba. Cerca ya del final del almuerzo, Pagés le hizo una pregunta que tensó el ambiente:

–¿Cómo van las cosas en la asociación? Estoy seguro de que a Gaudí le interesará conocer vuestras reivindicaciones.

Sin dejarla responder, terció doña Antonia:

–Tengamos la fiesta en paz, Pagés. Mi hija ya ha sufrido bastante con todo lo que le ha caído encima. Hoy nos hemos enterado de que el fallo de la Iglesia va para largo. Debemos esperar más de lo previsto.

Echando el cuerpo para delante, como si la hubieran despertado clavándole un alfiler, Pepeta dijo:

–Te ruego, mamá, que no saques un tema que solo me concierne a mí; no hay por qué ir propagándolo a los cuatro vientos. Sabe, señor Gaudí, yo he sido siempre rebelde; a pesar de ello no he podido evitar la brutalidad de los hombres. Desde nuestra asociación en Barcelona reivindicamos el respeto a nuestro sexo; es ya tiempo de actuar contra los prejuicios y las leyes que nos humillan.

Tenemos que aunar esfuerzos como hacen los proletarios; nos traen sin cuidado las normas hechas por los hombres, que solo a ellos sirven. Nosotras situamos la libertad y la dignidad por encima de lo demás; no hacemos más que continuar la lucha que iniciaron hace tiempo mujeres valerosas. Vamos a enseñarle al mundo cómo reformar sin violencia, sin matar a gente y volar edificios, sin hacer esas barbaridades a las que los hombres nos tienen acostumbradas.

Doña Antonia, con expresión resignada, intervino:

—Ya ve, Gaudí, qué clase de elemento tengo en mi casa. Es impulsiva, terca y emocional; siempre lo ha sido y me temo que siempre lo será. No tiene remedio; supongo que la culpa es mía por no haber sabido educarla mejor. —Y dirigiéndose a su hija con un tono de voz más duro, añadió—: Si hubieras elegido al hombre adecuado todo habría sido diferente. Lo siento, pero tú misma te creas tus propias dificultades al ser incapaz de juzgar desde un punto de vista más razonable. Tal vez con el tiempo aprendas las lecciones que todos debemos...

Su hija no le dejó terminar:

—Tú tienes tus propias ideas y yo las mías. No comparto vuestros prejuicios y miedos. Sí, mamá, al final todo consiste en tener miedo o no tenerlo. Miedo a cambiar las cosas, miedo al qué dirán, miedo a los demás y a nosotros mismos, miedo a dejar salir lo mejor que llevamos dentro. Sabe, Gaudí, yo he visto a niñas de doce años obligadas a prostituirse por sus padres; a mujeres embarazadas haciendo trabajos más duros que los hombres, casi hasta que sus bebés llegaban al mundo; muchos no superaban los primeros días de vida. Se habla de la explotación de los hombres; créame, es peor la que se ejerce sobre las mujeres y los niños... Pero se ha puesto usted pálido. ¿Quiere un vaso de agua? ¿No?... Pues entonces, me gustaría conocer su opinión.

Recuerdo ese instante.

La sangre apretaba mis sienes y un sofoco me impedía respirar con normalidad. Me habían gustado sus palabras, sobre todo aquellas que se referían al sufrimiento y al miedo. El miedo es ignorancia y el sufrimiento es lo que más nos acerca al prójimo. Entonces estaba convencido de que el socialismo era el único sistema que podía traer la paz y la felicidad al mundo. Ahora pienso de manera distinta, pero más allá de sus palabras, con las cuales no estaba del todo de acuerdo, sentía un estremecimiento, difícil de explicar, que me impulsaba a decirle que conocía su dolor y que quería compartirlo con ella. Hice un esfuerzo

para superar mi turbación y después de una larga pausa, en la que todos permanecieron en silencio, dije algo que ahora ya no recuerdo, pero que sirvió para que los ánimos se templaran.

Al concluir el almuerzo, doña Antonia se despidió de mí:

–Espero que sepa disculparme. Soy demasiado vieja para tantas emociones; mi corazón ya no da mucho más de sí. Me gustaría verlo por aquí a menudo. Estoy segura de que su presencia nos traerá un poco de paz y sensatez; créame, las necesitamos.

Una vez se hubo retirado, Pagés pidió a Pepeta que tocara el piano. Esta me miró de reojo, y preguntó:

–¿A usted también le gustaría escucharme, Gaudí?

Le dije que sí.

Se sentó al piano, colocó en el atril una sonata de Beethoven y empezó a tocar. A medida que la obra avanzaba, su cuerpo se iba tensando por el esfuerzo de vaciarse en la música. Era la batalla a muerte entre la materia y el espíritu, la sonrisa que se dirigían el ángel y el demonio.

Al finalizar, me puse en pie con la intención de despedirme. Había vacilado sobre qué decir. Palabras cálidas, de afecto y admiración. Hice de tripas corazón, me acerqué y besé a Pepeta en la mejilla.

Me ofreció la otra.

Y entonces no dije más que:

–Buenas tardes.

La cita que te incluyo es del pensador francés Jean-Jacques Rousseau: «Las cartas de amor empiezan sin saber lo que vas a decir y terminan sin saber lo que has dicho.»

Hoy te siento muy cerca.

Antón

## Carta VI

Puigcerdá, hotel Europa

14 de abril de 1911

Mi querido amigo:

La carta de ayer estaba escrita con un pulso intranquilo, en el que se mezclaban el deseo de contar demasiado con el temor a sufrir las insuficiencias de la memoria. Mala combinación, ya que existe el riesgo de adulterar unos hechos que el paso del tiempo ha difuminado. Mas ¿qué es eso que llamamos realidad? ¿Lo que vivimos entonces? ¿Lo que recordamos ahora? ¿Quizá una mezcla de las dos cosas? La memoria selecciona, proyecta en la distancia y transforma lo que experimentamos en el pasado. Su propósito no es distorsionar la realidad sino, por el contrario, exponerla de manera que revele su otro lado, aquel que en su momento no pudimos percibir. Los recuerdos son realidades idealizadas, fragmentos de vida que podemos discernir por primera vez en toda su pureza ya que, cuando los vivimos en el pasado, no estaban presentes en nuestra imaginación, sino rodeados de sensaciones que los oscurecían y perturbaban.

Soy apasionado por naturaleza, por tanto más romántico que clásico. A menudo he caminado por esa franja peligrosa que separa la razón de la temeridad. Para crear algo que valga la pena es indispensable transgredir, romper, violentar las normas sin preocuparse de la opinión de los demás. Llenar la obra de sentimiento trágico, de intensidad dramática, de goce de los sentidos ha sido siempre mi objetivo, incluso en aquellos días en los que intentaba emular a los arquitectos del pasado.

Lo primero que diseñé para Eusebio Güell fue el mobiliario de la capilla del palacio de Sobrellano, propiedad de su suegro Antonio López, marqués de



Comillas. Consistía en un trono, un reclinatorio y un banco con adornos vegetales, flósculos, florones en forma de águila, dragones y arcos en punta. Su estilo estaba próximo a Pugin, constructor del palacio de Westminster, que al igual que Viollet-le-Duc en aquel tiempo me interesaba mucho.

El marqués quería transformar Comillas, su lugar de nacimiento, y quería hacerlo como él mismo solía decir «de la mano de arquitectos modernistas». Ese calificativo, que considero impreciso, nunca me ha gustado, ni entonces, cuando lo oí por primera vez, ni ahora cuando lo oigo por todas partes. ¿Qué significa ser moderno? ¿Algo que te distingue de los creadores de antaño? ¿Una forma de ver las cosas que se adelanta a tu época? ¿Es acaso un sinónimo de originalidad? A esto último sí que puedo responder: para ser original hace falta volver al origen. Quien persigue la originalidad rara vez la consigue. La originalidad se debe alcanzar sin prisas, en un proceso que necesita tiempo para madurar. Implica ser uno mismo, con independencia de estilos. Llegar hasta la médula de las cosas y saber interpretarla es el secreto de todo el que pretende ser original. Yo no aspiro a ser moderno, sino eterno, por eso no puedo evitar sentirme incómodo cuando me incluyen dentro de ese grupo al que califican de «modernista». Paciencia. El tiempo se encargará de poner las cosas en su sitio. Y si no es así, no importa en absoluto. El que tiene que construir no debe cuestionar las obras de los demás, tampoco defender las suyas, sino dirigir las críticas a sus propias creaciones, para depurarlas y mejorarlas.

Con objeto de celebrar la visita de Alfonso XII a Comillas, diseñé a petición expresa de Güell una pérgola en forma de turbante, inspirada en *Las mil y una noches*. El marqués trasladó todas las piezas de Barcelona a Comillas en uno de sus trenes y mis ayudantes las montaron en su jardín. De hierro, bronce y vidrio, estaba recubierta de azulejos y tenía gran cantidad de globos de cristal y de púas móviles que sujetaban campanas y carrillones.

Me gustan las campanas; cuanto más viejas, mejor suenan. La nostalgia que produce su sonido al atardecer procede de la cadencia del día que muere mezclada con la voz del bronce. El oído no es tan perfecto como la vista porque necesita del factor tiempo. Las artes del espacio son superiores a las del tiempo. Parafraseando las palabras de san Pablo, se puede decir que el oído es el sentido de la fe y la vista el de la gloria, ya que la gloria es la visión de Dios. La vista es el sentido de la luz, del espacio, de la plasticidad; la visión es la inmensidad, ve

lo que hay y lo que no hay. Mas es verdad que esta se acentúa cuando va acompañada por la música; ambas se complementan porque lo que se ve incide en lo que se oye y viceversa. He tenido en cuenta esta reciprocidad a la hora de proyectar. La pérgola fue mi primer experimento: al penetrar en los globos, la luz se fragmentaba en los colores del arco iris, uniéndose a los sonidos de las campanas activadas por el viento.

En el centro de la pérgola, sobre una alfombra turca, había colocado un disco de cristal tallado de dos metros y medio de diámetro que servía de comedor. Pocos días antes de la visita real, un obrero, después de alisar una arruga del tapiz, levantó la cabeza e hizo añicos el cristal. Resultó ileso y yo expresé mi alivio: siempre se podía hacer una mesa nueva, pero no un obrero nuevo. Mis operarios decidieron prescindir de unas cortas vacaciones en Madrid a fin de volver a Barcelona y preparar otra superficie, que completaron y enviaron a Comillas.

Fiel a mi costumbre de viajar lo menos posible, sorteé como pude la invitación del marqués para que acudiera a la inauguración de la capilla, presidida por los reyes, que iba a tener lugar el 28 de agosto de 1881. Quizá mi ausencia sirvió de excusa para que mi nombre no apareciera en el número de la revista *La Ilustración Española* que por esas fechas dio pormenorizada noticia del acto litúrgico y de los autores de la obra. Reconozco que la omisión me molestó; tardé tiempo en aceptar que la vanidad y el ego insatisfecho son siempre enemigos peligrosos a los que uno debe enfrentarse con decisión. En cualquier caso, convine con el marqués en vernos en el palacio Moja, su residencia en Barcelona.

Allí me dirigí una tarde de otoño de ese mismo año.

Al verme, don Antonio, como yo lo llamé hasta que murió, se levantó de su escritorio y me dijo:

—Ya era hora de que nos conociéramos, Gaudí. Se hace usted rogar más que un ministro. Aunque ya se sabe que los artistas tienen la mala costumbre de creer que todo les está permitido. Deberían ser más sensibles a los deseos de sus benefactores, ¿no le parece? —Y con un tono seco que me desconcertó durante unos minutos, añadió—: En fin, cada uno es como es, lo importante es que está aquí y puedo transmitirle personalmente un encargo del hermano de mi cuñada.

No pregunté de qué se trataba; me quedé en silencio en medio de la sala

observándole atentamente.

No era alto. Tenía los ojos negros, la nariz grande, los labios carnosos y la mandíbula igual que la quijada de un toro. Ahí plantado delante de mí, con las manos en los bolsillos, hablando con esa resonancia gutural tan frecuente en los hombres acostumbrados a mandar, resultaba muy vigoroso. Su expresión era tensa, más que eso, denotaba una concentración absoluta, como si cada una de sus palabras y pensamientos estuvieran conducidos por una voluntad de hierro. No era presuntuoso pero uno no podía cerrar los ojos a la evidencia: su mente abarcaba más campos que los demás mortales, o por lo menos esa era la impresión que transmitía.

Recordé entonces lo que me habían dicho de él: sin llegar a ser culto, tenía una gran intuición, y utilizaba a los artistas para dar mayor lustre a su inmenso poder. Campechano en el trato, se metía en el bolsillo a todo aquel que, por una u otra razón, le interesaba. Desde el último obrero de sus fábricas hasta el mismísimo rey se plegaban a sus deseos, sin poder hacer nada para remediarlo. Prueba de ello es que Alfonso XII había aceptado pasar con él su descanso estival en Comillas. No solo eso: durante esta estancia se llevó a cabo un consejo de ministros presidido por el rey, en el que se firmó un decreto por el cual se transfería a su nueva Compañía Transatlántica de Vapores la concesión del Correo de las Antillas. Una de sus principales cualidades era saber escuchar; otra, rodearse de personas que, según decía, tenían que ser mejores que él. En el fondo seguía siendo un hombre del pueblo, hecho a sí mismo. Terco, apasionado, sagaz, a las personas las calaba en un segundo y, una vez se había formado una opinión de ellas, era muy difícil que la cambiara. La impostura, viniera de quien viniera, la recibía con una sonrisa de reconocimiento fatal, que llevaba al desgraciado interlocutor a sentirse como la mosca atrapada en un panal. Su risa era franca, contagiosa; su mal genio podía llegar a ser feroz. Hablaba rápido, con el tono de voz autoritario que se usa para dirigirse a los niños. Más tarde me llamó la atención el respeto que Güell sentía por él; no se trataba de la diferencia de edad, tampoco de su condición de suegro, ni mucho menos del hecho de ser el hombre más rico de España; esto último a Güell le traía sin cuidado: él era ya lo suficientemente rico como para dejarse impresionar, mas era sensible a aquello que tiene que ver con la sumisión animal, porque en el fondo el marqués recordaba al jefe de una tribu, al cual se obedece sin rechistar.

Don Antonio me acompañó a una sala contigua, donde tenía la costumbre de recibir a sus visitas. Una vez sentados, con un tono más distendido, me dijo:

–Estoy muy contento de cómo ha quedado la pérgola en mi jardín de Ocejo; es una pena que no haya querido verla. Por otra parte, la inauguración de la capilla fue todo un acontecimiento; los reyes destacaron la belleza de sus bancos y reclinatorios.

Hizo una pausa. Era la ocasión para comentarle lo de la revista y expresar mi disgusto por el hecho de que se hubiera omitido mi nombre. No creo que él fuera ajeno a ello porque dudo que se hiciera en España algo que no controlase directa o indirectamente. Al final me contuve, pero no pude evitar que mi expresión reflejara un cierto abatimiento, y lo digo porque el marqués, al que no se le escapaba una, me sonrió como dando a entender que comprendía mi decepción y con una familiaridad que rompió de golpe la tensión precedente exclamó:

–Por cierto, ¿le apetece un puro? Tengo unos regalías que hacen especialmente para mí. Fumar nos relajará; así podremos charlar con mayor confianza.

Después de ayudarme a encender el habano, continuó:

–Mi yerno va a apostar por usted. Me ha dicho que tiene pensado encargarle su nueva residencia. Hace bien; no hay nada mejor en este mundo que la decisión. Yo, como usted, soy un hombre del pueblo y creo que nos vamos a entender. A los doce años, con una mano delante y otra detrás, tuve que salir de Comillas para labrarme un porvenir. La verdad es que no me fue fácil. Mi madre lavaba la ropa y fregaba los suelos en la casa de unos hidalgos; ahora todos ellos trabajan para mí. ¿Quién lo hubiera dicho en aquellos días? Cuando me vi obligado a coger el barco hacia Cuba me juré a mí mismo que algún día regresaría rico. Sí, Gaudí, mi familia era la más humilde de unos de los pueblos más desamparados de un país empobrecido; eso eran entonces los López, Comillas y España. ¿Entiende lo que quiero decir? Ahora todo es distinto. El dinero tarde o temprano cambia de manos, es muy difícil retenerlo indefinidamente, por eso es necesario aprovechar los buenos momentos. Mi hijo Claudio sabe que deberá trabajar duro para mantener su posición. Es posible que perdamos nuestras posesiones en las Antillas y Filipinas; cuando esto suceda deberemos estar preparados para afrontar nuevos objetivos.

Guardó silencio durante unos minutos.

Su mirada profunda, llena de resolución, infundía temor. Su ojo, como un juez severo, parecía llegar al fondo de todas las cuestiones, las conciencias, los sentimientos. Sabía o adivinaba los asuntos de cuantos lo rodeaban, mientras que nadie podía averiguar lo que de verdad pensaba él. Su rostro ofrecía signos de dureza que sus maneras afables no conseguían disimular. ¿Qué experiencias habían llegado a curtirle de ese modo? ¿Era el miedo? ¿Miedo a ser juzgado por un pasado turbulento? ¿Miedo a no ser entendido? ¿Miedo ante una muerte más próxima de lo que podía esperar?

—¿Sabe, Gaudí? —continuó con un tono de voz firme—. Al inaugurar la capilla, postrado en su reclinatorio, pensé en la vacuidad de la existencia y en el desenfreno con el que tratamos de prosperar. ¿Para qué tanto esfuerzo cuando nos arrebatan lo que más queremos? La pérdida de Antonio, mi hijo mayor, cambió muchas cosas en mi vida. ¿Tiene usted hijos? ¿No? Entonces es difícil que me entienda. Era un muchacho excelente, el mejor que uno pueda desear; tan bueno como yo para los negocios pero mucho mejor persona. Tenía puestas en él todas mis esperanzas; podría haber acrecentado mi patrimonio y destinarlo a fines más nobles que los que yo he perseguido. Su muerte me trastornó por completo; lo que hasta entonces había considerado sustancial perdió su valor. No desprecio las debilidades de los hombres, si así fuera no habría tenido ningún derecho a querer gobernarlos. Conocer sus limitaciones, saber conducirlos es sin duda la puerta del poder. Abrí esa puerta hace tiempo. Tenía la llave. ¿Quién me la dio? No sonría, yo también conozco la respuesta. Sé que los hombres son vanidosos, ignorantes, inseguros, ansiosos, capaces de cualquier cosa para triunfar, para hacerse valer o simplemente para evitar el sufrimiento. En el fondo me hubiese gustado seguir los designios marcados por el Todopoderoso sin pensar en nada más, pero Él nos abandona a nuestra suerte y tenemos que actuar. Venimos a este mundo sin haberlo pedido y nos encontramos en una jungla en la que hay que luchar. Resistir a toda costa, esa es nuestra obligación. Y en el camino nos vemos forzados a tomar decisiones difíciles. ¿Me entiende, amigo mío? Estoy seguro de que sí, ya que tengo la sensación de que los dos sabemos cosas que los demás ignoran.

Se interrumpió para dar una larga calada a su habano. Después, con la mirada perdida y un tono de voz tembloroso, continuó:

—El sufrimiento provocado por la muerte de mi hijo me acercó a Dios. Antes

le tenía miedo. Me peleaba con Él a brazo partido en un pequeño rincón de mi alma. Intentaba escabullirme cuando oía su voz. No me gustaba lo que me decía: cuestionaba mis afanes de riqueza, de poder, de gloria, que no tenían otro objeto que dar estabilidad a mi familia y, por qué no decirlo, a mi país. ¿Estaba equivocado? He hecho muchas cosas buenas en mi vida; deseo que se me juzgue por ellas y no por esas otras de las cuales me arrepiento. Espero que la misericordia de nuestro Señor pueda perdonar mis pecados; si no es así, estoy dispuesto a pagar. Si algo he aprendido es que todo se paga caro en este mundo. Quiero decirle una última cosa: peor que el dolor, peor aún que el miedo a la muerte, es perder la confianza en uno mismo. Cuando eso pasa todo se tambalea, te cuestionas lo que antes dabas por bueno, tienes que responder a nuevas preguntas y no poder hacerlo te quema por dentro y nada puede extinguir el fuego. Me gustaría volver a empezar, estar solo, sin bienes, sin prestigio, sin ninguno de los privilegios que he conseguido, exponiéndome de nuevo entre hombres desconocidos, entre acontecimientos imprevistos. Vivir es un privilegio y le aseguro que yo he disfrutado de mi existencia. Ahora estoy muy unido a mi hijo Claudio. ¿Lo conoce? Es un santo. Su espiritualidad me ayuda a soportar mejor mis últimos años.

Me sentía abrumado ante tanta confianza. ¿Cómo era posible que el hombre más poderoso de España abriera su corazón a una persona a la que no conocía? Había algo turbador en su forma de hablar; era como si sus palabras, miradas y gestos quisieran ir más lejos de lo que a simple vista parecía. Sí, Alfonso, es verdad que por un lado me intimidaba su presencia pero, por otro, me producía un sentimiento próximo a la ternura. Estaba delante de un ser que se acercaba a su final, cuya riqueza y poder no servían para amortiguar la tristeza, el dolor que sentía. Me pareció que se daba cuenta de lo que estaba pensando, porque después de varios minutos de silencio, continuó con un tono de voz más duro:

–Disculpe, le estoy haciendo perder su tiempo; confío en que sabrá perdonarme. Pocas veces me sincero como he hecho con usted. Pensará que soy igual que esas personas que desconfían de quienes les rodean y se entregan al primero que llega. Tengo mis razones.

Se levantó, volvió a encender el habano y ya con un ánimo más sereno, pasó a explicarme el motivo de haberme llamado:

–Vayamos a lo nuestro; el hermano de mi cuñada Benita, Máximo Díaz de Quijano, alguien a quien aprecio mucho a pesar de sus ideas carlistas, me ha pedido que le transmita su deseo de construir una casa en Comillas. Tiene un pequeño solar junto a la capilla. Es un gran aficionado a la música y amigo íntimo del gran novelista José María de Pereda. De hecho fue en una de las cenas que ofrecí a los reyes en la pérgola que usted me construyó, al tañer las campanas con los últimos rayos de luz, cuando me dijo que nunca había visto algo tan hermoso y que quería encargarme su residencia de verano. Ama las óperas de Wagner. ¿Le gustan también a usted? A mí no, prefiero las de Verdi. Al fin y al cabo era un hombre del pueblo como usted y como yo.

De todas mis obras, *El Capricho*, como bauticé la Villa Quijano, es la única que no he visitado. Mi aversión a viajar resultó más fuerte que mi curiosidad. Así que construí una maqueta y proyecté unos planos hasta tal punto detallados que Cristòfor Cascante, mi viejo compañero de universidad, no tuvo dificultad en seguir mis indicaciones y dirigir la obra.

*El Capricho* evoca una composición musical libre y fantasiosa. Tiene forma de U, para abrigar el viento del norte. Lo estructuré sobre la base de una serie de franjas horizontales de sillares ocres, en contraste con otros verdes, decorados con girasoles. Rematé los muros de ladrillo visto sobre un zócalo de piedra almohadillado y revestí con cerámicas de colores el tejado a dos aguas. ¿Por qué razón los tejados de un edificio no deben estar tan llenos de color como las paredes o el interior? ¿Acaso no es en las copas donde radica la mayor belleza de los árboles?

Para contrastar su horizontalidad levanté una torre de veinte metros de altura, semejante al minarete de Isfahán, desde donde se puede ver el mar. Tiene planta cilíndrica y está formada por tres cuerpos: la terraza situada sobre el pórtico de entrada, la parte central, revestida de azulejos verdes y de girasoles dispuestos en forma ajedrezada, y el mirador, con una barandilla de hierro forjado, que está rematado por un templete de formas geométricas.

De igual manera, diseñé los jardines de la finca, de unos dos mil quinientos metros cuadrados. Quería respetar el entorno a toda costa, así que solo me serví de materiales autóctonos. La principal modificación del terreno se debió a su desnivel, lo que me llevó a extraer piedras de la zona más elevada que utilicé para construir caminos, muros y escaleras. Asimismo construí una gruta, situada

en el extremo occidental, que elaboré con bloques de piedra sin desbastar. En la parte sur proyecté un invernadero, destinado a almacenar las plantas exóticas que le traían de ultramar a Quijano hasta su fallecimiento, ocurrido, por desgracia, poco después de inaugurar la casa.

Distribuí el espacio interior a partir del recorrido del sol y decoré la vivienda sin reparar en gastos, como me había pedido Quijano. Siempre he contado con la generosidad de mis clientes, y en este caso se me permitió emplear los materiales más caros. Numerosas soluciones estructurales y ornamentales responden a la afición del propietario por la música: las cenefas en el exterior de la casa imitan un pentagrama; las barandillas de la torre tienen forma de clave de sol y de semicorchea; en las ventanas correderas del salón principal instalé campanas tubulares de diferentes tamaños y en uno de los cuartos de baño diseñé dos vidrieras, con una libélula tocando la guitarra y un gorrión tocando el órgano.

*El Capricho* es un jardín de los sentidos, un homenaje a la naturaleza, una explosión de formas, colores, texturas, sonidos y olores. Para hacerlo me inspiré en construcciones indias, persas y japonesas, así como en el arte islámico, especialmente el mudéjar y el nazarí. A pesar de su influencia wagneriana, pienso que no es la música sino la arquitectura el medio para llevar a cabo la obra de arte total. Sí, Alfonso, con *El Capricho* experimenté, por primera vez, el poder de la arquitectura, sus posibilidades infinitas pero también sus riesgos, su capacidad de conmover pero también su funcionalidad, su dimensión humana pero también divina.

Las obras duraron más de tres años.

Durante ese tiempo, todos los domingos sin excepción visité a Pepeta en su casa de Mataró. Después de almorzar, hablábamos de arte, de arquitectura, de sus actividades en la asociación, de la dilación del fallo eclesiástico. Tocaba el piano, paseábamos por los alrededores, en alguna ocasión asistíamos a la ópera en el teatro del Liceo, invitados por Güell a su palco. Todo el mundo daba por hecho que esperábamos la anulación de su matrimonio para formalizar nuestra relación. La verdad es que no tuve el valor de confesarle mis sentimientos. La duda de no saber si mi amor era correspondido me consumía. Había veces en las que una mirada, una palabra más cálida de lo habitual bastaban para darme esperanza; otras, por el contrario, pensaba que solo amaba lo que nunca podría conquistar. A pesar de ello, nuestra relación estimuló mi creación. Fue en esa



época cuando empecé a trabajar en la cripta de la Sagrada Familia, la casa Vicens y los pabellones de la finca Güell. Mis avances en la profesión, sin embargo, no conseguían serenarme. Los domingos por la noche, cuando volvía a casa, me tumbaba en la cama, cerraba los ojos y seguía viendo el rostro de Pepeta; extendía las manos para alcanzarlo, pero sus formas se me escapaban. Sí, Alfonso, el deseo por esta mujer llegó a ser una fuerza superior, el móvil de mi existencia, el estímulo de mi imaginación.

Por fin la Iglesia concedió la esperada anulación.

Recuerdo ese día con toda claridad.

Decidido a abrirle mi corazón, tras pasar por el barbero me dirigí a su casa vestido con una levita color crema, una camisa blanca con chorreras, un sombrero de copa gris perla y unos botines de cabritilla recién estrenados para la ocasión. En Cal Panxut reinaba la alegría. Madre, hijas y amigos celebraban la buena nueva. La verdad es que no me prestaron mucha atención. Yo estaba ahí, con un ramo de flores en la mano, sin atreverme a intervenir. Al cabo de un buen rato, Pepeta se acercó y me dijo:

–Le agradezco que haya venido, Gaudí. ¿Se ha enterado ya de la noticia? Llevo más de seis años esperándola. Por fin me han dado la libertad. Créame, esta vez haré buen uso de ella.

Le dije que quería hablar con ella a solas. Me sonrió.

–Sí, yo también quiero hablar con usted. Tengo una gran noticia que comunicarle. Dentro de poco todos se marcharán. ¿Le parece que hablemos entonces? ¿Podrá aguantar? Por primera vez en mi vida soy completamente feliz.

Sus palabras me alentaron. No tenía dudas: iba a declararme. De pronto sentí una gran serenidad interior. Estaba convencido de que todo saldría bien. Era un buen partido, contaba con la aprobación de doña Antonia, expresada en más de una ocasión, y Pepeta iba a darme una buena noticia. ¿Qué más podía pedir?

Los invitados tardaron en irse. Observé varias miradas de soslayo de doña Antonia. Era una buena señal.

Finalmente nos quedamos solos.

Nunca la había visto tan hermosa.

No recuerdo bien cuáles fueron mis palabras. Debieron de ser atropelladas, turbulentas, exaltadas, iguales que las de cualquier enamorado que expresa con torpeza sus sentimientos. En todo caso concluyeron con una propuesta formal de

matrimonio.

Durante mi declaración mantuve la mirada baja. Al levantarla, me di cuenta de que su expresión había cambiado. Con una respiración entrecortada, exclamó:

–La verdad, Gaudí..., nunca pensé que le gustaran las mujeres. No esperaba... ¿Qué puedo decirle?... No sé... Pero ¡cálmese, se lo ruego! No se lo tome así. ¿Me escucha? Se ha puesto usted pálido. Si quiere podemos dar un paseo por el jardín. Necesita respirar aire fresco.

Y entonces cometí el error de insistir. Insistí sin dignidad, rebajándome. Perdida la seguridad, balbuceé, supliqué, le dije que no necesitaba una respuesta inmediata, que se lo pensara el tiempo que quisiera, que ya hablaríamos más adelante, que solo deseaba tener un atisbo de esperanza.

Su rostro se endureció. Y con un tono de voz impaciente, me dijo:

–Le voy a ser sincera. Me pregunta si hay esperanza: no; no hay ninguna. Mis sentimientos hacia usted han sido de amistad, respeto y admiración, de complicidad en muchas cosas que sin duda nos han unido, pero de todo ello no ha nacido el amor. Siento hacerle desdichado... No ponga esa cara, por el amor de Dios, hace que me sienta culpable y no lo soy. Además, estoy segura de que encontrará a alguien más digno de su adoración que yo. Hágame caso, no le faltarán ocasiones.

Le pregunté por la noticia que quería darme.

El brillo volvió a iluminar sus ojos. Apretó los dientes, elevó la cabeza con orgullo y lanzó la perdigonada:

–Es igual..., si no se lo digo yo, se enterará por otro y eso sería peor. Acabo de comprometerme con Joaquín Caballol. ¿Lo conoce? Hemos hablado con frecuencia de usted. Lo admira mucho. –Y levantando la mano, me dijo con un tono meloso que se clavó en mí como el peor de los puñales–: Mire el anillo de pedida. Es bonito, ¿no?

Te preguntarás qué sentí entonces. ¿Tristeza, desconsuelo, desesperación? Sobre todo, amor propio herido. No hace falta que te repita lo que pienso de él.

Años después, me enteré de que los Caballol iban a visitar el Parque Güell y querían saludarme. Me refugié en mi taller de la Sagrada Familia y no regresé a mi casa del parque hasta pasada una semana.

Nunca más he vuelto a poner los pies en Mataró.

A veces, cuando me cuesta sobrellevar la soledad, pienso en una frase que

escribí hace tiempo:

Uno de los beneficios que Dios me ha concedido es el don de la castidad. Además de las ventajas que reporta espiritualmente, nos preserva de muchas tribulaciones y amarguras; una de estas es la de no tener que sufrir la pena de quedar viudo.

Que duermas bien, querido mío.

Antón

EL ALMA

## Carta VII

Puigcerdá, hotel Europa

18 de abril de 1911

Mi querido amigo:

Desde hace algunos años dicen de mí que gozo de una misteriosa clarividencia que me ha permitido desvelar secretos impenetrables. Creo que se exagera, aunque te confieso que en estos días de reclusión, las certezas sobre la vida se me presentan con mayor rotundidad que antes. Es curioso, cuando el cuerpo se estremece por la fiebre, el alma se vuelve impaciente, como si quisiera emparentarse con la muerte para obtener un definitivo discernimiento de la verdad. Además, escribir me ayuda a recordar; ya te he dicho que la memoria no solo selecciona sino que también nos muestra el lado oculto de las cosas, aquel que en el momento de vivirlo no supimos valorar.

Sí, Alfonso, hoy no tengo ninguna duda de que la predicción de mi abuelo Antón se cumplió el día en el que Josep Maria Bocabella me encargó la construcción de la Sagrada Familia. Me comprometí con simulado entusiasmo, sin ser consciente de las consecuencias que tendría. Uno marcha por la vida a zarpazos hasta que un rayo de luz te traspasa, alcanzando el mismísimo centro de tu ser. ¿Recuerdas la conversión de san Pablo? Había recibido el mandato de las autoridades judías de perseguir a los cristianos de Damasco. Mientras se dirigía a su destino, un resplandor del cielo le hizo caer del caballo dejándolo ciego. Oyó entonces una voz que le decía: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» En Damasco se encontró con Ananías, que le impuso las manos en nombre de Jesús, devolviéndole la vista. Poco después fue bautizado. ¿Predestinación o destino? Llámalo como quieras. Yo creo que son acontecimientos que alumbran de pronto

nuestras noches, abren espacios desconocidos, se extienden en la inmediatez de lo comprensible y hablan a través del continuo rumor del sueño. En ese fluir, que brota del corazón y llega al entendimiento, se impone un mensaje solo comprendido más tarde, detrás del cual, estoy seguro, se esconde la mano del Señor.

Si no hubiera aceptado la invitación de sustituir al arquitecto diocesano Francisco de Paula del Villar en la construcción de la Sagrada Familia, cosa que estuve a punto de hacer, mi vida habría sido distinta. ¿Más tranquila? Por supuesto. ¿Mejor? De ningún modo. Después de trabajar en ella durante veintiocho años –el mismo tiempo que empleó Wagner en componer su tetralogía *El anillo del nibelungo*– soy consciente de que no la acabaré. No me importa en absoluto; es más, casi lo prefiero.

La Sagrada Familia ha de ser hija de una larga época; cuanto más se dilate en el tiempo, mejor. Debe conservarse siempre su espíritu, pero su construcción ha de depender de las generaciones que se la transmiten y con las cuales vive y se encarna. Si la catedral de Tarragona, la mejor de todas las catedrales góticas, la hubiera hecho un solo arquitecto, no tendría tanta riqueza. Con el tiempo dejaron en ella sus obras diversos artistas de talento y todo resulta bello: el retablo mayor, la capilla de los Sastres, la de Santa Tecla... A pesar de que hay diversos estilos no carece de unidad, porque los que trabajaron allí tuvieron en cuenta esta condición.

La Sagrada Familia ha supuesto para mí un auténtico laboratorio arquitectónico, un campo de experimentación que me ha permitido estudiar concienzudamente los numerosos problemas que se iban presentando. Soy un hombre al que le gusta la improvisación y a la vez el control absoluto de los detalles. ¿Es esto una contradicción? Posiblemente, aunque ya te he dicho que en la contradicción anida el genio del artista. La arquitectura implica la construcción de las mayores superficies, pero también de los objetos mal llamados decorativos. Nada debe ser ornamental: lo grande y lo pequeño forman parte de un conjunto indisoluble y es así como lo entiendo. En un principio no tengo la obra completa en la cabeza, sino que la voy construyendo, reelaborando, corrigiendo sin prisas, por consiguiente hay una gran distancia entre lo imaginado y el resultado final.

Esa manera de entender el trabajo parece incomodar a todo el mundo. Sí, es

verdad que puede resultar extraña, mas te reconozco que siempre ha sido así. Las ideas brotan de mi mente a medida que el trabajo avanza; esto significa que son la propia obra y su necesario desarrollo los verdaderos generadores de estas ideas. Muchas veces he pensado que no surgían en mí de forma espontánea, sino que llegaban al dictado de algo superior. ¿Entiendes lo quiero decir? He sido solo el instrumento, el transmisor de una potencia mucho más fuerte que yo mismo. Pero esta fuerza me hablaba despacio, con largos intervalos entre sus mandatos. Si la Sagrada Familia avanza lentamente es porque su único dueño no tiene prisa. El Señor y no yo ha sido quien ha impuesto los tiempos en su construcción.

La evolución de mis ideas me ha distanciado del gótico. Por supuesto que esto no se debe a que no sepa apreciar su belleza, pero hay algo que me incomoda: su rigidez, su artificialidad, su distanciamiento de lo orgánico.

Al encargarme de la Sagrada Familia, después de los primeros tanteos mi objetivo fue corregir lo que no me gustaba en el proyecto heredado de Villar. En mi estudio inicial, la estructura era aún gótica: mantuve la verticalidad de las columnas aunque suprimí los contrafuertes y peralté los perfiles de las naves para disminuir las reacciones horizontales. Pero no estaba satisfecho del todo con el resultado, por eso cuando tomé definitivamente las riendas del proyecto decidí que las columnas soportasen la parte de cubierta que les correspondía, con independencia de las demás, y así el peso de la nave central, al igual que el de las otras, recayó directamente en la tierra sin necesidad de recorrer el largo y tortuoso camino a través de arbotantes y contrafuertes, que como se sabe es el rasgo principal de un edificio gótico. Esas medidas supusieron una innovación que jamás había sido probada en la historia de la arquitectura. Y eso me obliga a salir al paso de algunas ideas que corren sobre este edificio que no se atienen a la realidad, al menos tal como yo lo concebí.

Sí, Alfonso, la comparación de la Sagrada Familia con una catedral gótica nos demuestra la superioridad de la primera, puesto que su diagrama de fuerzas da una sensación de reposo y de naturalidad que satisface el alma; por el contrario, una catedral gótica es un edificio ingenioso y rebuscado, donde el alma queda insatisfecha; te diría más, causa espanto considerar que su permanencia depende tan solo del hecho de que no se rompa el hilo del amanerado tejido de formas que constituyen su organismo y, sobre todo, asusta

pensar que la mayor parte de este tejido queda, en el exterior, sin protección.

Precisamente por eso, suprimí los arbotantes y contrafuertes dando a las columnas la inclinación de las fuerzas que sobre ellas gravitan; es lo mismo que hace el tronco de un árbol que se inclina según la masa del follaje que las ramas han de sostener. En todos los estilos arquitectónicos, las columnas se han asociado con la idea del árbol, y se ha comparado una catedral gótica con un bosque en el cual los árboles entrelazan sus ramajes; sin embargo esa comparación tiene solo un valor literario, porque en el estilo gótico las columnas y los arcos no tienen nada que ver con los árboles. El árbol posee una individualidad que subsiste con independencia de los demás que lo rodean, puesto que tiene en su disposición los elementos de equilibrio sin necesitar ayudas ni puntales, justo lo contrario de lo que ocurre en los pilares y las bóvedas de las catedrales góticas.

Lo confieso con orgullo y que Dios me perdone por tanta altivez: el árbol auténtico, real e individual, aparece en arquitectura por primera vez en mis construcciones.

La Sagrada Familia culmina mi estilo naturalista, es una síntesis de lo que he ido probando a lo largo de toda mi vida. Logra una perfecta armonía entre los elementos estructurales y los ornamentales, la contención y el desbordamiento, la función y la forma, el contenido y el continente. Todas las artes se integran en un conjunto estructurado y lógico. ¿No se debe llamar a eso una obra de arte total?

Yo creo que sí.

Te he dicho que estuve a punto de rechazar el encargo. Tenía razones para ello. La principal era que no me gustaba el proyecto original de Villar, pero es que además me consumía entre la ansiedad y la fatiga, pues la casa Vicens, *El Capricho* y el pabellón de caza de Garraf absorbían por completo mis fuerzas y mi imaginación. Por otro lado, en ese momento no estaba particularmente interesado en vincularme a los edificios religiosos. Sé que pensarás que para un arquitecto joven era una oportunidad de oro a la vez técnica y creativa, y que nada hay más grande que ser llamado para construir una catedral. No puedo negarlo. Pero las circunstancias dejaban demasiadas cuestiones abiertas.

Es indispensable que mencione aquí a Josep Maria Bocabella, un hombre obstinado, con la mirada de un visionario mesiánico. De constitución fibrosa,



movía las manos de forma desmedida, como un agitador que invade el espacio ajeno. Excéntrico y de encendido patriotismo, estaba preocupado por la crisis de valores morales y religiosos, lo que le llevó a fundar la Asociación de Devotos de San José, conocida popularmente como los Josefinos, organización católica de corte conservador puesta al servicio del restablecimiento espiritual.

En aquellos años, Barcelona, como todas las grandes ciudades industriales, tenía serios problemas. A la fiebre amarilla, el cólera y otras enfermedades contagiosas se sumaban el hambre, el hacinamiento, la mortandad infantil, el analfabetismo, el alcoholismo, la violencia y una prostitución de dimensiones epidémicas. Una inmensa mayoría de la población vivía en condiciones miserables, en contraposición a unos pocos privilegiados que hacían ostentación pública de su riqueza. Todo ello supuso un caldo de cultivo para que la asociación de Bocabella se esparciera como una mancha de aceite. En pocos años pasó a tener seiscientos mil afiliados, cifra enorme si tenemos en cuenta que entonces la población de Barcelona llegaba apenas a los trescientos mil habitantes. A través de su revista *El propagador de la devoción a san José*, cuyo primer número de veinticinco mil ejemplares se agotó a los pocos días de ponerse a la venta, Bocabella llegó a tener una influencia creciente dentro de la Iglesia y su asociación fue bendecida por el propio Pío IX, un papa temeroso de todo lo que significase socialismo y revolución, que veía con buenos ojos el culto a san José.

Librero de profesión, Bocabella era un lince para los negocios. La venta de certificados de afiliación, opúsculos, estampas y más de medio millón de medallones con la figura del santo le reportó pingües beneficios. Como desconfiaba de los bancos, dicen que lo que recaudaba lo escondía debajo de las baldosas de su casa. Al cabo de pocos años había obtenido tanto dinero que pudo comprar un solar en los límites del Ensanche, de doce mil ochocientos metros cuadrados. Eran tierras baldías que albergaban chabolas y huertos donde pastaban cabras y ovejas.

Después de haber visitado el santuario de Loreto en Italia, aquel que alberga la Santa Casa de Nazaret en la que vivió la virgen María, milagrosamente transportada hasta ahí por los ángeles, Bocabella decidió construir una sede para los Josefinos. Su primera idea fue reproducir el santuario. Escogió para ello al arquitecto diocesano Villar, y el 19 de marzo de 1882, festividad de san José, se

puso la primera piedra en una ceremonia litúrgica presidida por el obispo de Barcelona, a la que asistí acompañado de Güell y Joan Martorell, mi maestro en la Escuela de Arquitectura.

Las fricciones entre el librero y su arquitecto, sin embargo, no tardaron en llegar. Al rechazo inicial de copiar el santuario se añadieron su desacuerdo respecto a la excesiva anchura de las columnas de la cripta y sobre todo a la insistencia de Villar en utilizar en toda la obra sillares de piedra de Montjuic, material muy costoso, en vez de seguir la costumbre más económica de rellenar los huecos con mampuesto. La tensión creció hasta que Bocabella despidió a Villar.

Un día de finales de 1883, Martorell vino a verme para decirme que Bocabella quería hablar conmigo. Nos dirigimos a su casa, en la oscura callejuela de los Cotoners. Lo primero que me sorprendió fue el lujo de su gabinete, ya que el aspecto humilde de la casa, la escalera y el inhóspito pasillo hacían esperar cualquier cosa menos aquella decoración de aire irreal, sacada de un cuento de hadas. Era una estancia amplia, que a pesar de las estanterías repletas de libros y el escritorio no parecía un cuarto de trabajo, sino más bien la guarida donde un sultán esconde sus tesoros. Había tanta seda de color rojo púrpura que resultaba agobiante. De seda eran los cortinajes que ocultaban las puertas, así como los doseles de las ventanas y los múltiples tresillos y sillones con brazos almohadillados que se distribuían por toda la habitación. Las librerías que ocupaban las paredes eran de madera de cerezo, igual que la mesa y las sillas situadas entre las dos ventanas. Llamaba la atención un pedestal, también recubierto de seda roja, sobre el que se erguía una piedad de madera policromada. Los rasgos de la virgen María, tan primitivos como expresivos, producían una impresión inquietante. Una toca negra cubría el rostro desencajado por el dolor y unas lágrimas demasiado gruesas en relación a los ojos se apelmazaban en torno a sus mejillas; el Cristo yacente, de tamaño desproporcionado en comparación al de su madre, daba la sensación de haber sido mermado de tal modo al expirar que ya solo le quedaba el alma.

Observamos la piedad mientras Bocabella, sin prestarnos atención, escribía sentado a su mesa. Al cabo de varios minutos levantó la vista y exclamó:

—¡Ah, Martorell, qué gusto verlo! ¡Por fin me ha traído al nuevo arquitecto de la Sagrada Familia!

Dejó su asiento, se dirigió hacia nosotros y, mirándome fijamente a los ojos, comenzó una prédica que con el tiempo aprendí a soportar porque no fue esa la única vez que la oí:

–El conocimiento puro no existe. La afirmación de san Agustín: «Creo para poder conocer» está fuera de toda duda. ¿No piensa usted lo mismo? Estoy seguro de que estará de acuerdo conmigo en que la fe es el único órgano del conocimiento; por el contrario, el intelecto es algo secundario. Al fin y al cabo la fe es voluntad de creer y el objetivo de la razón es saber interpretarla. Los escolásticos no se equivocaban al supeditar la filosofía a la teología. Durante los siglos gloriosos de hegemonía cristiana, se sostuvo la idea de que las ciencias naturales no tenían el más mínimo interés para el hombre. La única sabiduría válida era la que conectaba a este con Dios. ¿Recuerda a Lactancio, a quien el gran Constantino confió la educación de sus hijos? Él fue el primero en preguntar qué felicidad reportaba a los seres humanos conocer dónde estaban las fuentes del Nilo o responder las cuestiones que planteaban los físicos. Si la filosofía de Platón se prefirió durante mucho tiempo a cualquier otra fue porque no tenía por objeto conocer la naturaleza, sino a Dios y el alma humana. En el hombre está comprendida toda la naturaleza; esta fue creada solo para él. El hombre es la medida de todas las cosas y su única fuente de felicidad es su relación no abstracta, sino empírica, con Dios...

Mientras hablaba tuve ocasión de fijarme en sus ojos.

Nunca había visto algo parecido. Eran ojos claros, vidriosos, llenos de fuego; recordaban a los de una serpiente cuando hipnotiza a sus víctimas antes de precipitarse sobre ellas.

Bocabella seguía hablando con una calma exaltada:

–... Los pilares de la humanidad se construyeron a partir del catolicismo, única religión merecedora de tal nombre. Las demás, créame, son o bien un puro antecedente o bien derivaciones incompletas, corruptas de aquel. Pero el catolicismo está hoy en peligro. Si no somos capaces de reaccionar a tiempo la catástrofe llegará en todas las formas en las que se esconde el maléfico: liberalismo, anarquía, socialismo, masonería... Su trabajo en la Sagrada Familia, Gaudí, tendrá un único fin: servir de anestesia a la desvergonzada infamia de nuestro tiempo. De ningún modo buscará el progreso, ni mucho menos la modernidad; ambos son peligrosos porque nos desvían de nuestro verdadero

origen, y este no es otro que la comunión con Dios. Déjeme insistirle en una cosa: el resultado de la Sagrada Familia deberá ser más ascético que estético, como parte de la disciplina de la penitencia y remedio a los males que nos abruman. Constituirá un muro de contención frente a las tentaciones de la carne y sanará al *homo Dei* de todas las enfermedades que lo contaminan.

De repente enmudeció. Pocas veces en mi posterior relación con él lo escuché hablar con tal vehemencia, aunque repitiera a menudo las mismas ideas que en aquel momento nos lanzaba como dardos. No demostró interés por conocer lo que yo pensaba. Daba por hecho que aceptaría su encargo sin condiciones. Martorell, hombre contenido pero de soberana inteligencia, permaneció en silencio durante su monólogo, sin prestar excesiva atención.

Bocabella me sonrió de forma afectuosa y prosiguió:

–Siento parecerle un iluminado que habla de manera demasiado elocuente. Si piensa así, se equivoca. Ante todo soy fiel a mis principios; también lo soy a las personas a las que por una razón o por otra respeto. Y yo a usted, Gaudí, lo respeto. Más aún, creo que es la persona providencial que Dios me ha enviado para ponerse al frente de la Sagrada Familia. ¿Sabe?, desde el primer momento supe que Villar no era el arquitecto adecuado. Lo supe mas no dije nada; dejé que las cosas cayeran por su propio peso. Después, no estaba seguro del camino que debía seguir. Le voy a revelar algo que le sorprenderá. Hace unos días tuve un sueño. Soñé con mi templo. Sus obras estaban a punto de concluir. Un ángel descendió del cielo y al extender sus alas sobre el edificio, este se derrumbó como un castillo de arena. Entonces el ángel me dijo: «Lo que habías construido no tenía valor. El Señor te va a enviar a un nuevo arquitecto; lo reconocerás por sus ojos azules y su pelo rojo; vendrá armado con un compás y un transportador. Él será quien levante el nuevo templo.» No soy supersticioso, pero atiendo a los mensajes que me envían del más allá. Recordé de pronto que Martorell me había presentado a un joven el día que colocamos la primera piedra de la Sagrada Familia. Sus ojos azules me habían llamado la atención. Eran ojos que tenían la profundidad de la videncia y acusaban con su serenidad a nuestros defectos. ¿Sabe a quién pertenecían? Eran los suyos, Gaudí. Su calma muestra una intensidad especial. No se trata de fuerza, pasión o vida, sino de éxtasis; un éxtasis capaz de transportar a las cosas y a las personas. Y además usted es pelirrojo. ¿Qué más señales puedo pedir?

Sus palabras me resultaban extrañas y aún más la estridencia de su voz, parecida al cristal cuando se rompe al estrellarse contra el suelo. Estaba decidido a rechazar su oferta. Tenía ya suficientes encargos como para verme obligado a atender a semejante iluminado.

Como si hubiera adivinado mis pensamientos, Bocabella continuó:

–Tranquílese Gaudí, se lo ruego; confíe en mí. Una vez alcanzado un acuerdo le apoyaré en todas sus decisiones. Le doy mi palabra de honor de que no interferiré en su trabajo; usted y solo usted decidirá cómo se debe construir el templo. Lo único que le pido es que nos haga cuanto antes una capilla en la cripta; es importante que los devotos de san José dispongamos de un lugar de recogimiento y oración. Quiero decirle por último que no debe preocuparse por el dinero: estoy convencido de que la providencia nos socorrerá, siempre ha sido así... Es tarde; seguro que tendrá cosas importantes que hacer. Hágame saber a través de Martorell cuándo le vendría bien que firmásemos el contrato.

Al salir, Martorell me dijo:

–Bocabella es un comediante magistral. Ya has visto que no soporta a Villar; le ha hecho la vida imposible hasta conseguir que renunciara. Una vez resuelto ese problema, me ha ofrecido el puesto. Cuando le he dicho que no me parecía oportuno responsabilizarme de las obras al ser el asesor de la junta constructora, me ha preguntado a quién podía elegir. Le he propuesto tu nombre y se ha mostrado de acuerdo. Seguro que piensa que al ser tú un joven arquitecto le saldrá más barato; es muy astuto para los negocios. Toda esa historia del sueño y los ojos es un puro disparate, digno de él. No tengo la menor idea de cómo os llevaréis; es un tipo de reacciones imprevisibles.

Le comenté que no tenía intención de aceptar; se detuvo en medio de la calle y me dijo:

–Espero que no cometas ese error. Es una oportunidad única para tu carrera. De la noche a la mañana te convertirás en el centro de atención de nuestra profesión. ¿Quién tiene la posibilidad de construir una catedral a los treinta años? Además, no creas que Bocabella carece de buenas alternativas. Sé de buena tinta que ha sondeado a Domènech. Seguro que él no se lo piensa dos veces. Hazle caso a tu viejo profesor, acepta el encargo.

Ese mismo día hablé con Güell para pedirle consejo. Pensaba que me pondría algún inconveniente al considerar que un compromiso de esa

envergadura podría retrasar nuestros proyectos. Nada más lejos de la realidad. Sus argumentos fueron parecidos a los de Martorell.

Pocas semanas después firmé el contrato. En lo que a mí respecta, las condiciones económicas fueron muy modestas; ya sabes lo torpe que soy con el dinero. Para celebrar el acuerdo, Bocabella ofreció una recepción en mi honor a la que asistieron los miembros de la junta. Antes de acabar me dijo:

–La Sagrada Familia ya es suya. Espero que su trabajo satisfaga nuestras expectativas. He dado la cara por usted.

Mi primer objetivo fue contentar a los miembros de la junta con objeto de ganarme su confianza y poder así plantearme todo el proyecto con libertad y sin prisas. Para ello les construí la capilla de san José en el interior de la cripta en menos de un año y de ese modo los Josefinos pudieron celebrar por fin sus misas allí.

Hecha la capilla, quise acabar cuanto antes las obras de la cripta.

No me fue posible.

Los cimientos estaban mal colocados y el trabajo realizado por Villar carecía de vuelo. Las columnas, como postes cosidos a la tierra, culminaban en capiteles que abrazaban la bóveda de manera harto pedestre. Además no tenía luz natural y, lo peor de todo, el eje, de forma incomprensible, no seguía la diagonal de la manzana. Cuando pregunté a qué se debía tan extraña disposición, nadie supo responderme. Para corregir este defecto, prolongué las naves irrumpiendo con una escalinata hasta la manzana vecina y dejando cubierta la calle Mallorca. Sin quedar contento, pasé muchas noches en vela asaltado por la tentación de proponer a Bocabella derrumbar lo construido y empezar de nuevo. Cuando un miembro está gangrenado, es mejor amputarlo. Lo hizo Miguel Ángel en la Capilla Sixtina: la pintó primero y, no satisfecho con su trabajo, destruyó lo realizado para volver a empezar, ante la irritación del papa Julio II. Y si lo hizo Miguel Ángel, ¿por qué no podía hacerlo yo?

Durante los cinco años siguientes trabajé en la cripta. Transformé pilares, sustituí capiteles corintios por otros con motivos naturalistas, elevé la bóveda, rodeé el espacio con un foso para tener iluminación y ventilación directas, y trasladé el altar mayor a la ubicación prevista para la escalera principal, en el centro del crucero.

Dispuse las siete capillas dedicadas a la Sagrada Familia en forma de

rotonda, frente a otras cinco en línea recta: la central, que alberga el altar; la de Nuestra Señora del Carmen, donde tengo previsto que me entierren; la de Jesucristo, la de Nuestra Señora de Montserrat y la del Santo Cristo, donde yace Bocabella, que murió poco tiempo después de concluirse la cripta.

Necesité casi seis años para finalizarla. Fue un tiempo de dudas, luchas y tribulaciones, también de arrebatos, certezas y esperanza; sentimientos concentrados en el deseo de dar comienzo cuanto antes a un proyecto que fuera solo mío y que pugnaba por salir de mi imaginación y hacerse realidad. ¿Sería capaz de hacerlo? Esa pregunta me atormentó durante todos esos años y lo sigue haciendo cada vez que debo enfrentarme a un nuevo problema constructivo.

Hay un viejo proverbio chino, muy a propósito para entender mi disposición de ánimo sobre la Sagrada Familia: «Un viaje de diez mil kilómetros empieza por un solo paso.»

Adiós, querido mío, piensa en el valor de la paciencia.

Antón

## Carta VIII

Puigcerdá, hotel Europa  
21 de abril de 1911

Mi querido amigo:

No podría llamarte de este modo si no te contara mi trabajo diario. Sí, tienes que saber que mi vida se compone de trazos, cálculos y estructuras que me persiguen durante el día y también por las noches. Mis obras no duermen, no descansan jamás. Cada una de ellas quiere ser más que las otras y no deja de reclamar mi atención, aun en el caso de estar concluida. Si bien es cierto, te lo he confesado ya, que en el fondo ninguna lo está. No importa que sean mayores o menores, civiles o religiosas, ya que todas desean que las escuche: unas me preguntan por qué las prolongo con tal exasperante morosidad, si son ellas las que mayor gloria me darán; otras se lamentan, en cambio, por el poco tiempo que les he dedicado; si no son mejores, me acusan, la culpa es mía al no haberlas atendido como se merecían. Y así, entre un torbellino de voces que atormenta mi mente hasta el punto de hacerla casi estallar, me refugio en las cartas que te escribo, con la esperanza puesta en contar mi vida sin faltar a la verdad.

Te digo todo esto para disculparme por darte una información que puede resultar fatigosa. Pero mis obras, que son como mis hijas, paridas con dolor y alegría, exigen su lugar en estas páginas y no seré yo, padre tantas veces ingrato, quien me oponga a sus deseos. Por lo tanto, si te cansas, si encuentras complicados los argumentos que de manera torpe me veo obligado a explicar – cómo surgieron, qué luchas tuvieron que librar hasta hacerse realidad–, sáltate las líneas a ellas dedicadas y continúa la lectura sin volver la vista atrás.

No te lo reprocharé.



Al mismo tiempo que la cripta de la Sagrada Familia, edifiqué mi primera vivienda en Barcelona, la casa Vicens, situada en la calle de las Carolinas del barrio de Gracia.

La casa Vicens y *El Capricho* son dos obras gemelas llenas de color que, sin embargo, tienen una diferencia sustancial: en la primera predominan las formas rectas y en la segunda, las curvas. Se suele comentar que ambas están inspiradas en el arte del próximo y lejano Oriente, así como en el mudéjar y nazarí. Me disgusta escuchar tal afirmación. Yo no copio estilos, sino que los analizo y transformo, los *gaudinizo* mediante la disolución de sus fundamentos, en la búsqueda de una arquitectura propia, alejada de dogmatismos y más próxima por tanto a las maneras que tiene de crear la naturaleza. Si hay algo de lo que estoy orgulloso es de seguir sus dictados.

En la primavera de 1883, Manuel Vicens, corredor de comercio con éxito en los negocios, vino a verme para que me hiciera cargo de la construcción de una casa en un solar de su propiedad en el barrio de Gracia. Como el solar era pequeño –no llegaba a los mil metros cuadrados–, planifiqué un inmueble adosado a la pared medianera de un convento vecino, para aprovechar mejor el espacio y obtener así un jardín que rodease las tres fachadas, en la principal de las cuales construí una tribuna que se cierra con unos paneles de madera, en forma de celosía. Los muros exteriores alternan filas de azulejos en los que imité clavelones amarillos de India, mientras que para el motivo principal de la verja que sella el recinto utilicé la hoja de palmita, tan nuestra.

En la planta baja proyecté un recibidor, un comedor central, cuyo mobiliario diseñé yo mismo, y una sala de fumadores de la que me siento especialmente satisfecho. Quise recrear en ella el ambiente de un oasis oriental: su techo está formado por mocárabes de yeso policromado que presentan hojas de palmera con racimos de dátiles, y las paredes están revestidas con baldosas de cartón piedra de tonos verdes, azules y dorados, sobre los cuales pinté rosas amarillas y rojas.

Dispuse las estancias de uso privado: baño, dos habitaciones y sala de estar, en la primera planta. En el techo del dormitorio principal modelé pámpanos con papel maché prensado y policromado en verde, y recubrí las paredes con dibujos de cañas y juncos a un lado, y helechos a otro. Sobre el fumadero de la planta baja proyecté una salita cubierta por una falsa cúpula dorada con un trampantojo

que simula pájaros y plantas trepadoras, como si la sala estuviera conectada al exterior.

En la parte alta de la casa creé mi primera cubierta transitable, un área de evasión y contemplación que permite bordear los cuatro planos inclinados, cubiertos por tejas que recogen el agua. Una pequeña cúpula corona la torre y tres estructuras de ladrillo iguales entre sí sirven de sombrero a las chimeneas, revestidas con cerámicas verdes y blancas.

La casa Vicens es uno de los edificios más sensuales y vitalistas que he realizado. Ahora sería incapaz de proyectar algo parecido, aunque te confieso que las pocas veces en las que la he vuelto a visitar, me ha invadido una cierta nostalgia al comprobar la fuerza, suficiencia y determinación que tenía en aquellos días.

Me gustaría detenerme ahora en los pabellones de la finca Güell en Pedralbes, porque supusieron un cambio sustancial en mi obra: el proceso de fusión de arquitectura, naturaleza y símbolo mediante un programa que los identificaba con el jardín de las Hespérides, descrito por Verdaguer en su *Atlántida*, que leí en un ejemplar que me regaló el propio autor.

Güell y Verdaguer habían visitado juntos Roma, París, Londres y San Petersburgo. A su regreso, el primero me citó en su finca de Pedralbes.

Nada más verme, me dijo:

–Ah, Gaudí, ha sido un viaje magnífico; es una pena que no haya querido acompañarnos. Cada vez que salgo de Barcelona tengo ideas nuevas, ya que dispongo del tiempo necesario para pensar sin el agobio de mis obligaciones cotidianas. Estar junto a Verdaguer ha sido una agradable sorpresa; uno aprende a conocer mejor a las personas cuando viaja con ellas. Además, he tenido ocasión de leer el manuscrito de su nuevo poema, *Canigó*, donde combina un mundo mágico de hadas con los combates entre guerreros catalanes y musulmanes. La descripción que hace de los Pirineos y la montaña de Canigó es magistral; estoy decidido a costear la edición. Al margen de ser el mayor poeta de nuestra lengua, aquel que la ha llevado al lugar que merece, lo que más admiro de él es su capacidad para compartir el sufrimiento ajeno. Le confieso, sin embargo, que durante este viaje me ha dado algún que otro quebradero de cabeza. En San Petersburgo desapareció durante tres días. Llegué a preocuparme de tal modo que avisé al embajador español para que me ayudara a encontrarlo.

Finalmente apareció en el hotel con la mirada risueña y la sotana rota; me dijo que había visitado uno de los barrios más pobres de la ciudad y que en la calle Sadovaya, famosa por su delincuencia, había visto a una niña llorando que se había perdido. Sin hablar una palabra de ruso, se las ingenió para encontrar su casa. La madre de la niña tenía tuberculosis y el padre era un borracho; pasó dos noches con ellos socorriéndoles y antes de irse les dio todo el dinero que llevaba encima... En fin, ya lo conoce.

Permaneció un momento en silencio, como si reflexionara sobre lo ocurrido en San Petersburgo; luego con su habitual gesto de mesarse la barba, añadió:

—En nuestras conversaciones hablábamos a menudo de usted; durante una de ellas pensé: ¿por qué no llevar a término un proyecto que reúna a los dos mayores genios de la cultura catalana? ¿No cree que es una excelente idea? No me conteste ahora, solo dígame: ¿cómo va su trabajo en la cripta de la Sagrada Familia? Se ha metido usted en un buen lío pero no se preocupe, estoy seguro de que sabrá salir de él. Le reconozco que cuando me pidió consejo sobre si debía aceptar el encargo, a pesar de que no se lo manifesté tuve mis dudas. Era consciente de lo que significaría para un joven arquitecto un proyecto como este, si bien me inquietaba que pudiese interferir en nuestros planes. Fue solo un momento de vacilación, no crea; estoy seguro de que la Sagrada Familia será la gran obra de su vida. Si alguien puede construirla, es usted. Aunque eso no significa que no podamos llevar a cabo otras grandes obras, ¿no le parece? Le doy mi palabra de que haré lo que esté en mi mano para que nuestros nombres se unan en una relación de la que espero se hable durante muchas generaciones.

Güell miró hacia arriba y respiró hondo. Cambió de postura, y sin dejarme intervenir, según su costumbre, añadió:

—A propósito de eso, me gustaría enseñarle la finca. Mi padre la compró unos años antes de morir; pasó muy buenos ratos en ella. Era también el lugar preferido de mi suegro; después de la muerte de su hijo Antonio, venía con frecuencia; siempre decía que aquí encontraba la paz para leer y reflexionar. Fueron dos grandes hombres, de los que aprendí muchas cosas. Ahora quisiera rendirles el homenaje que merecen y para ello cuento con usted.

La finca era enorme, sobre todo teniendo en cuenta lo próxima que estaba del centro de la ciudad. En el lugar más elevado se levantaba una gran masía rodeada de jardines que Martorell había convertido en un palacete estilo

Segundo Imperio y, junto a ella, una capilla neogótica dedicada al Sagrado Corazón.

Mientras paseábamos, Güell me dijo:

–Verdaguer ha encontrado un calificativo magnífico para la finca: torre Satalia. No alude con ello a la ciudad del Asia Menor famosa por sus huertos de naranjos, sino a la variedad de rosa blanca que en catalán se conoce con este nombre. Mi intención es que usted remodele toda la propiedad, ya que tengo interés en urbanizarla. Construya miradores, caballerizas, picaderos, una portería y varias puertas de entrada. Me gustaría que su proyecto fuese una síntesis de arquitectura, arte, poesía, historia y leyenda. Vuele, Gaudí, vuele como solo usted sabe hacerlo. Inspírese en *El oro del Rin* hasta que arda su imaginación. A menudo he pensado que su arquitectura tiene mucho de la música de Wagner. A Verdaguer se le ocurrió el otro día que podría seguir los pasos del décimo canto de su *Atlántida*. ¿No lo recuerda? Seguro que sí. Diseñe un jardín en el que puedan reposar los espíritus de mi padre y de mi suegro. Ya le he dicho que quiero rendirles un homenaje y nada mejor que un espacio que contenga los valores que me inculcaron. Pero atienda también las voces del pueblo catalán que despierta en una nueva *renaixença*; muestre aquí la alegría, la lucidez, el valor de la historia de Cataluña; más aún, la conciencia imperativa de que todas nuestras energías van dirigidas a forjar un futuro a la altura de su pasado. Y sobre todo, le repito, libere su imaginación; en ella tiene, además de en mí, su mejor aliada.

Cuando le dije que andaba mal de tiempo, puesto que la cripta me estaba dando más problemas de los previstos, y que por tanto necesitaba unos meses para presentarle el proyecto, levantó los brazos y exclamó:

–No importa, puedo esperar. Ya me advirtió Martorell que pronto se convertiría en el arquitecto más solicitado de la ciudad. Estoy orgulloso de que así sea. Pero no olvide una cosa: yo soy su único mecenas; no me gustaría compartir este privilegio con nadie más. Le ruego que lo tenga presente.

La actividad de aquellos días fue frenética. No daba abasto y tuve que contratar a nuevos colaboradores para llevar a cabo los tres proyectos que estaban en marcha. Durante el día dirigía las obras de la cripta y la casa Vicens, y por las noches construía la maqueta de la finca Güell. Es cierto que en su diseño había cosas originales, incluso insólitas, si bien las dudas sobre cómo

conjugar poesía y arquitectura eran mayores que las certezas y retrasaban mi trabajo.

Por fin pude presentarle la maqueta.

En el jardín, cerca de la casa, proyecté un banco elíptico de piedra de cuyo respaldo surgía un caño de hierro forjado con forma de dragón. Sobre ese respaldo se levantaba un pedestal con un busto de Hércules con el casco que se hizo con la piel del león. De las fauces del dragón caía un chorro de agua, cuyo reposadero eran las cuatro barras del escudo de Cataluña.

Situé la puerta principal de la finca entre la portería, las caballerizas y el picadero. De un solo batiente de hierro forjado, tenía la forma de un dragón policromado con las fauces abiertas y las garras extendidas, que se movía amenazadoramente al abrirse y cerrarse. La verja se apoyaba en un alto pilar de ladrillo rojo, coronado por un remate de piedra y un naranjo de antimonio. El dragón y el naranjo eran la representación literal del décimo canto de *La Atlántida*, tal como Güell me había pedido.

La portería, a la izquierda, estaba formada por un cuerpo octogonal cubierto con una cúpula. Adosadas a dos de sus lados, proyecté sendas alas, entre las cuales dispuse el acceso a los dos pisos. A las caballerizas, situadas al otro lado de la verja, se llegaba a través de un pequeño zaguán. En su interior, unos delgados arcos parabólicos dividían el espacio diafragmáticamente, de modo que una luz difusa entraba por las ventanas trapezoidales abiertas entre arco y arco. Finalmente, ubiqué el picadero en el extremo de las caballerizas y lo cubrí con una cúpula que se abría en una ancha linterna.

Quiero destacar algo que puse en práctica por primera vez en la finca Güell y que ha tenido a partir de entonces una importancia clave en mi trabajo. Me refiero al *trencadís*, técnica consistente en romper cerámicas y vidrios para después recomponerlos. Como tantas cosas en la vida, el azar fue determinante. Un día me encontraba alicatando baldosas en las cúpulas y linternas del picadero. Sin que pudiera evitarlo, dos de ellas se desprendieron y cayeron al suelo. Observé los pequeños fragmentos dispersos y quedé sorprendido del efecto que producían; era algo próximo a los cuadros de los impresionistas franceses, que había visto en reproducciones fotográficas. Jugué con esos trozos de colores, componiendo formas y figuras, y me di cuenta de las inmensas posibilidades que tenían. Era una señal que no podía desatender y que me

permitió aplicar técnicas propias de la pintura a mis obras posteriores.

Es curioso; ahora, mientras te escribo, me vienen a la memoria las manos de Verdaguer. Eran pequeñas, pero las movía de forma tan apasionada que resultaba difícil no caer bajo su hechizo. Al margen de ellas, era un hombre muy bello. Alto, ancho de espaldas, con la cadera estrecha, igual que un joven Apolo esculpido por Praxíteles, tenía la piel muy blanca y los ojos de un azul tan intenso que parecían fragmentos caídos del cielo; los labios eran carnosos y al sonreír, los pómulos se levantaban, hundiendo dos pequeños hoyuelos en el centro de las mejillas. Aunque lo más notable era la serenidad que irradiaba, como si los rasgos de su cara, los movimientos de su cuerpo y las cualidades de su alma estuvieran en justa armonía. A menudo, en las personas hay una diferencia entre lo que son y lo que reflejan, mas en él no existía tal disparidad y su bondad contagiaba a todos los que se le acercaban.

Era la misma bondad que impregnaba su poesía, por la que desde muy joven sintió una poderosa vocación. Las palabras fluían de su pluma con tal ritmo, color y expresión que llegaron a convertirle pronto en el protagonista indiscutido del renacimiento de la lengua y la cultura catalanas. Su gran secreto fue recoger la abundancia y vitalidad del lenguaje popular. Sí, Alfonso, Verdaguer fue el poeta, el trovador del pueblo. Sus versos se difundieron por todos los rincones de Cataluña y las gentes de cualquier condición, ricos y pobres, cultos e ignorantes, leyeron sus obras y memorizaron largos fragmentos de ellas.

Junto a la poesía, la religión fue el otro pilar que vertebró su vida. A los veinticinco años se ordenó sacerdote y ejerció su ministerio en una pequeña iglesia próxima a Vic; su salud, sin embargo, afectada por una anemia cerebral, lo llevó a seguir el consejo de los médicos y a enrolarse como capellán en un buque de la Compañía Transatlántica, propiedad de don Antonio, que hacía el trayecto de Barcelona a Cuba. En el transcurso de esas travesías compuso su primer poema épico, *La Atlántida*, y con él obtuvo el reconocimiento esperado. Fue tres veces consecutivas ganador de los Juegos Florales y, al cabo, Maestro del Gay Saber, máximo honor literario concedido en el país. Recuperada su salud gracias al aire del mar, entró a formar parte del servicio de don Antonio en calidad de consejero espiritual y limosnero de su familia. Fue una fructífera relación de amistad, dedicación y respeto que duró más de tres lustros, interrumpida tan solo cuando una tormenta de proporciones descomunales

involucró no solo a las dos partes en litigio, sino a toda la sociedad catalana.

A lo largo de esos años, nuestros encuentros fueron frecuentes. De ellos recuerdo uno que me causó honda impresión. Lo mantuvimos en su aposento del palacio Moja, a su regreso de un largo viaje por Tierra Santa.

Cuando entré estaba rezando, arrodillado delante de su cama. No advirtió mi presencia, así que esperé a que terminara. Al cabo, se levantó y, con unos ojos tan brillantes que parecían haber tenido algún tipo de revelación, me dijo:

–¡Ah, Gaudí, hace días que quería hablar con usted y explicarle lo que ha significado mi viaje a Tierra Santa! Sí, este viaje ha saciado mi sed por completo; ya no espero hacer otro que el de la eternidad. Doy gracias a Dios por haber puesto este oasis en el camino estéril de mis días y haberme permitido besar sus huellas en la tierra. Le aseguro que he sentido renacer una llama que ya creía apagada. –Se interrumpió para servirse un vaso de agua, me ofreció otro y prosiguió–: ¿Se ha preguntado alguna vez por qué Dios permite el mal en la tierra? Estoy seguro de que la decisión más difícil a la que se enfrentó al abordar la creación fue determinar si lo consentía. Le hubiera sido más fácil hacer un mundo en el que el mal no existiera, pero eso hubiera implicado suprimir la libertad de su criatura más perfecta. Sí, ya sé que me dirá que, en cierto modo, la omnipotencia y la bondad infinita de Dios entraron en conflicto en el momento de la creación, puesto que al ser que Él desprendió de sí mismo no pudo otorgarle la capacidad de elección y a la vez el don de no poder pecar. Es obvio que Dios atribuyó una importancia capital a la idea de libertad, por ello debemos valorarla como el mayor de nuestros atributos, aquel que prueba el amor que nos profesa.

Se levantó de la silla y recorrió de arriba abajo el reducido espacio de la habitación. Movía las manos con una extraña excitación, pero lo que más me llamó la atención fue su forma entrecortada de respirar; parecía que le faltara el aire. Luego se colocó delante de mí, me puso la mano sobre el hombro y dijo:

–Ahora sé que la alianza entre lo malo y lo bueno desempeña un papel fundamental en las contradicciones que encontramos en el ser humano y en la justificación de Dios, a despecho de la presencia del mal. ¿Entiende lo que quiero decir? El mal contribuye a la plenitud, a la perfección del mundo; así se explica que Dios lo permitiera ya que, siendo Él perfecto, ha de querer lo perfecto y no solo lo perfectamente bueno, sino la perfección entendida como

elección, como afirmación de la existencia. La función del mal consiste en realzar el bien, ya que sin la cualidad que lo contradice, este carece de valor.

Levantó la mirada como si pidiera un signo de aprobación por mi parte, pero pronto desistió, volvió a bajarla y continuó su plática, mientras los últimos rayos de luz penetraban a través de la ventana:

–El viaje a Tierra Santa me ha provocado una crisis de conciencia. No deseo recibir más aplausos. Me he cansado de ellos. La vanidad ha sido uno de mis mayores enemigos. ¡Jesucristo no quiere cánticos ni poemas! ¡Quiere obras de caridad! Estoy seguro de que la felicidad no se logra sino ocupándose de los demás. Nada es más miserable que esos hombres insensibles al dolor ajeno. Usted es mejor que yo: trabaja en silencio sin pedir reconocimiento. Mi propósito a partir de ahora es no desear ser objeto de atención alguna. Estudiaré la ciencia de ignorarme y mortificarme a través de la penitencia, el sacrificio y la oración.

Estaba tan delgado que su sotana no parecía cubrir un cuerpo, sino colgar de una percha. Tenía una expresión tensa, proyectada a través de unos ojos enrojecidos. Después de una larga pausa, con una voz poco firme, como si le costara abordar una cuestión que consideraba espinosa, continuó:

–Mi experiencia como sacerdote me ha obligado a estar muy cerca del mal. Muchas veces he pensado que su poder es superior al del bien. No recuerdo quién dijo: «Dios es Uno; el diablo, legión.» ¡Hay tanto sufrimiento en este mundo! Mi deber es amortiguarlo: ante la pobreza, mediante la limosna; ante el pecado, en el confesionario; ante la posesión, exorcizando. Sí, sobre todo con esto último. Misas pueden officiarlas muchos, confesiones también, pero exorcismos, muy pocos. Yo creo ser uno de ellos, por consiguiente mi obligación es atender a los poseídos con toda la fuerza que el Señor me ha dado para ello.

En ese momento tuve la sensación de que dudaba entre seguir hablando o rezar, por eso me levanté con la intención de dejarle solo; pero él me agarró del brazo y, mirándome a los ojos, me pidió:

–No se vaya todavía, por favor; me gustaría contarle algo más. Desde la primera sesión de exorcismo que presencié, conducida por el padre Pinyol, mi instructor en esta materia, supe que ahí había una verdad incontestable. Se trataba de una mujer joven, de gran belleza, que sostenía haber tenido trato íntimo con Satanás.



»Al entrar en la sala tuve la nítida sensación de una presencia demoníaca. Sentí que el demonio me examinaba, moviéndose a mi alrededor. El aire era gélido. Ya me habían advertido de estos cambios bruscos en la temperatura, mas una cosa es oír hablar de la experiencia y otra vivirla. Intenté concentrarme; cerré los ojos y recé.

»El padre Pinyol me dijo: “Tenemos que filtrar las respuestas. El Señor a veces impone que el diablo diga la verdad, para mostrar que Cristo lo derrotó y que está obligado a obedecer a los ministros que actúan en su nombre”.

»Unció los santos óleos en la frente de la mujer y exclamó: “Sal, rebelde. Sal, seductor lleno de artimañas y mentiras, enemigo de la virtud, perseguidor de los inocentes. Deja este cuerpo para Cristo, en quien no hay ninguna de tus obras”.

»La mujer no se movía en absoluto, no se la oía respirar; parecía muerta.

»Le colocó entonces un rosario sobre el pecho y ella reaccionó de inmediato, convulsionándose y retorciéndose como un pez que acaba de morder el anzuelo. Empezó asimismo a gritar en un idioma para mí incomprendible, que después supe que era arameo. Las convulsiones eran tan fuertes que Pinyol, alarmado, retiró el rosario, lo que hizo que estas remitieran. A continuación se produjo un diálogo pausado entre el sacerdote y Satanás, que hablaba a través de la mujer. En el transcurso de la conversación, el rostro de ella se transformó hasta adquirir una palidez extrema. De pronto, abrió los ojos, levantó el brazo y dirigiéndolo hacia mí, dijo con una voz suave y persuasiva: “Antes, con tus versos, complacías los oídos de grandes y pequeños, de sabios e ignorantes; agradabas a muchos corazones. Ahora debes agradar a un solo corazón: el mío”.

»A partir de ese día, primero como ayudante del padre Pinyol y después por mi cuenta, me he dedicado a realizar exorcismos. ¿Le extraña? No debería. Combatir al Maligno es mi principal obligación.

Igual que un niño que soporta una carga mayor de lo que permiten sus fuerzas, me sonrió con inquietud. En ese momento tuve la sensación de estar delante de un santo. Las palabras de Jesucristo: «Amaos los unos a los otros» se encarnaban en él como en ningún otro ser que haya conocido.

En esos años, Verdaguer gozaba del enorme prestigio de sus éxitos literarios; ejercía una influencia decisiva entre los miembros de la familia de Claudio López, segundo marqués de Comillas, y disfrutaba de cuantas comodidades

podía apetecer. Sin preocupaciones por el presente, hasta el porvenir quedaba atendido con los beneficios que le reportaban las acciones y obligaciones del Ferrocarril del Norte, invertidas en su nombre por la administración del marqués.

Todo eso cambió de golpe cuando estalló la tormenta.

Pero esta es una historia desgraciada y cruel que te explicaré en otro momento.

Te mando el inicio de un poema suyo. Una vez lo oí cantar en el campo de Tarragona.

Medio siglo hace que por el mundo  
voy, camina que camina,  
por escabrosos senderos  
junto al gran río de la vida.  
Veo ir y veo venir  
las olas resbaladizas:  
las que vienen llevan flores  
y alguna hoja marchita,  
mas las olas que se van  
esas todas llevan ruinas.  
De las que me pasan por encima otras  
las traspasarán enseguida.

Duerme bien,

Antón

## Carta IX

Puigcerdá, hotel Europa  
23 de abril de 1911

Mi querido amigo:

La música es el elemento que inspira el palacio Güell. Nunca había estado tan cerca de ella como durante su proceso de construcción. Güell me pidió que su nueva residencia albergara una gran sala de conciertos. Hice más que eso, puesto que no me propuse solo proyectar un espacio que tuviese las mejores condiciones acústicas –lo cual me llevó a estudiar las leyes físicas del sonido, una ciencia que hasta entonces desconocía–, sino que el propio edificio en su conjunto respondiera a una estructura musical. Es verdad que el reto era enorme, dado que la arquitectura y la música, pese a estar próximas en muchas cosas, tienen una diferencia sustancial: una es un arte del espacio; la otra, del tiempo.

Mi objetivo al proyectar el palacio fue fusionarlas.

La pregunta que me hice entonces fue: ¿cuál es el principio generador de una obra musical, aquel sobre el que se asientan sus cimientos? Sí, ya sé que me dirás que la respuesta es sencilla y que este es el sonido. Pero ¿te has detenido alguna vez a pensar en el asombroso mundo que se encierra dentro de un sonido? Un sonido se expande, se ramifica en otros muchos que, como los puntos de una circunferencia, están en relación con su centro. Si tuviéramos un oído absoluto – cosa que el Creador no tuvo a bien concedernos–, al pulsar una cuerda tensada en sus dos extremos escucharíamos un primer sonido y después, en cascada, otros, llamados armónicos naturales, que brotan de él, en una secuencia que se prolonga hasta el infinito. En un solo sonido está contenido el universo entero. Eso lo supo ver con claridad Pitágoras en su teoría de la música de las esferas.

En ella afirmaba que el modelo para la creación del cosmos se basaba en el uso de las proporciones musicales. Los cuerpos celestes producían sonidos que al combinarse formaban la música de las esferas. Para Pitágoras y sus seguidores, la música era la ciencia de la armonía, y esta debía ser entendida como el orden de los sonidos, pero también como el orden del universo.

La segunda cuestión que me planteé fue: ¿cómo aplicar la estructura física del sonido a la arquitectura? O dicho de otro modo: ¿cuál debería ser el motor, la idea que relacionase ambos mundos? Créeme, Alfonso, por las noches no dormía asediado por preguntas que no sabía responder. Deseaba encontrar el principio sobre el que sustentar mi arquitectura. Un principio igual a ese primer sonido, que convirtiese mis proyectos en secuencias sonoras, en armonías, en melodías.

Hasta entonces, al margen de la Sagrada Familia, los edificios que había construido eran modestos en comparación con el palacio. Se trataba de mi obra más difícil, no solo porque aspiraba a resolver una ecuación casi imposible, sino también porque la ubicación del inmueble, de tres mil metros cuadrados, estaba en lugar sombrío, húmedo y angosto de Las Ramblas, muy cerca del Barrio Chino. Para facilitar mi trabajo, intenté convencer a Güell de trasladarlo al Ensanche, donde la burguesía edificaba por entonces sus casas, pero él estaba decidido a permanecer en su entorno natural: ahí había vivido junto a su padre hasta que este murió, ahí residía también su familia política. Además, ya disponía de la finca de Pedralbes, a menos de una hora del centro, como segunda residencia.

Cuando comprobé que no era capaz de dar respuesta a mis preguntas, le dije que no encontraba la inspiración necesaria para diseñar el palacio y que por tanto comprendería muy bien que contratase a otro arquitecto. Era mi amigo, mi compañero de sueños, y no quería ocultarle mis dudas.

Güell me miró con ojos de sorpresa y exclamó:

–No pierda la paciencia, Gaudí; ya le dije una vez que el arte es un camino difícil, lleno de padecimiento; lo sabe usted mejor que yo. Estoy convencido de que la inspiración le vendrá cuando menos se lo espere, y si esta se retrasa, construiremos primero las bodegas de Garraf, lo que le permitirá disponer de más tiempo para seguir pensando en el palacio.

Sabía que no era del todo sincero, puesto que tenía interés en hacer coincidir la inauguración de su nueva residencia con la Exposición Universal de

Barcelona y poder así mostrarla a las personalidades que pasarían por la ciudad, incluida la reina regente.

Al adivinar lo que yo pensaba, dijo:

–No quiero ocultarle que me gustaría disponer del palacio cuanto antes. Ya conoce la razón que me motiva a ello. Tenemos una buena oportunidad y sería una pena desaprovecharla. Aunque le advierto que de ningún modo pienso recurrir a otro arquitecto. Podremos ganar o perder, pero siempre lo haremos juntos. Desde pequeño me enseñaron que saber perder es una de las condiciones indispensables en toda persona que pretenda tener distinción.

Decidí concentrarme en la cripta y olvidar por un tiempo el palacio. Durante esos días profundicé en la música de Wagner. La asombrosa lógica de sus dramas se sustenta en sus *leitmotivs*, término alemán que significa «motivo conductor». Cada una de sus óperas tiene temas específicos que identifican a sus personajes. En la *Tetralogía*, sin ir más lejos, hay decenas de ellos: el inicial de las hijas del Rin; el del enano Alberich, que renuncia al amor para apoderarse del anillo y obtener así el poder que lo llevará a dominar el mundo; el de Wotan, padre de los dioses; el de las Valquirias, que recogen los cadáveres de los héroes para llevarlos al Walhalla... Todos los protagonistas de *El anillo del nibelungo* tienen un motivo determinado que los define; no solo eso, también los sentimientos y los objetos se exponen mediante unas notas concretas que los definen: la venganza, el poder, la maldición, el anillo, la espada, el filtro del amor, los pactos, el oro..., de tal manera que la estructura de la obra se organiza a través de ellos, en un universo cerrado en sí mismo.

Un día, supervisando las caballerizas de la finca Güell, me detuve delante de los arcos parabólicos que dividen el espacio. El efecto que producía la luz natural al proyectarse sobre ellos tenía profundidad de campo; quiero decir con esto que su secuencia se dilatava de tal manera que la percepción del primer arco, en vez de disminuir, aumentaba en el siguiente y así de forma sucesiva. Los arcos cumplían una función similar a las notas de una melodía dispuestas en bucle, repetidas hasta el infinito. Allá lejos era igual que aquí; ahora, igual que antes y después. El tiempo se sumergía en la monotonía del espacio, el desplazamiento de un punto a otro ya no era movimiento, y donde no hay movimiento no hay tiempo.

Asentí con la cabeza cuando tomé conciencia de ello y soporté con agrado el

calor que notaba en la cara, los temblores de brazos y piernas y la embriagadora mezcla de excitación y agotamiento que experimentaba.

Me mantuve delante de los arcos parabólicos en un estado febril y me di cuenta de que la respuesta que había buscado durante tanto tiempo la tenía delante de mis ojos.

La superficie para construir el palacio era demasiado reducida: un solar cuadrado entre medianeras de unos veinte metros de lado. Su desarrollo debía ser por consiguiente vertical, igual que una torre que abrazara el cielo; igual también que la *Comedia* de Dante: del infierno al paraíso, ascendiendo a través del exceso, el riesgo y la imaginación, donde los espacios se abriesen, uno tras otro, como escenas en una obra de teatro y donde el arco parabólico reinase como leitmotiv unificador.

En la planta baja dispuse el vestíbulo general. Desde su fondo se accede al sótano, destinado a las caballerizas. Dos rampas permiten el descenso: una rectilínea y suave, para los animales, la otra helicoidal y rápida, para el servicio. El sótano está ocupado por pilares que se ensanchan en su parte superior formando inmensos capiteles, cuya agobiante presencia se resalta por el dramatismo de la luz que desciende de los tragaluces y por la textura caliente del ladrillo.

Una escalera de un solo tramo en el centro del vestíbulo, proyectada sobre el eje que pasa entre los dos grandes arcos parabólicos de la entrada, conduce al entresuelo, en el que empecé la biblioteca y el despacho desde el que Güell dirige sus negocios. Atravesando un distribuidor, una nueva escalera asciende a la planta principal, cuyas estancias se organizan alrededor de un gran salón de casi veinte metros de altura, cubierto por una cúpula parabólica que ilumina el espacio a través de pequeños orificios y un óculo central.

El salón es el corazón alrededor del cual se configura el edificio y a la vez un lugar de relaciones musicales y visuales con los pisos superiores. Así, cuando se celebran conciertos, los invitados se sitúan en la parte baja, en torno al órgano; un piso más arriba se coloca la orquesta, en el siguiente los conjuntos corales, y más arriba aún, cerca ya de la cúpula, los tubos del órgano. De esta forma, la música surge de todas partes y envuelve a los espectadores de igual forma que sucede en el teatro de Bayreuth, proyectado por el propio Wagner para la exclusiva representación de sus óperas.

En uno de los lados del salón, tras unas puertas de palo santo, hueso y marfil, con cuarterones pintados que representan a los apóstoles, ubiqué la capilla. Esta produce el efecto de un enorme armario: cuando se abren sus puertas, la superficie se transforma en un templo y, al cerrarse, pasa a ser un lugar de representación profana.

Una escalera transversal conduce a una entreplanta que sirve de balcón sobre la gran sala. En una de sus esquinas, proyecté otra escalera que permite acceder a la planta de los dormitorios familiares. Tanto en esta como en la superior, destinada al servicio, las habitaciones se disponen en torno al vacío creado por la gran sala que, convertida en patio interior, atraviesa el edificio entero, emergiendo en la terraza con un copulín cónico rodeado de chimeneas de colores, recubiertas por trozos de vidrio y cerámica en *trencadís*.

Como me pidió Güell mi imaginación se desbordó en la terraza. Proyecté un mundo lleno de sugerencias simbólicas a través de las dieciocho chimeneas para humos y ventilación, que rodean una aguja central cónica parecida a un minarete. Son formas y figuras revestidas de trozos coloreados de cerámica que, como un jardín poblado de imágenes oníricas, tienden a fundirse con el cielo estrellado.

Termino con un extenso fragmento de *Las confesiones* de san Agustín, referido al tiempo.

¿Qué es, pues, el tiempo? Si nadie me lo pregunta, lo sé; mas si quiero explicárselo al que me lo pregunta, no lo sé. Lo que sí digo sin vacilación es que sé que si nada pasase no habría tiempo pasado; y si nada sucediese, no habría tiempo futuro; y si nada existiese, no habría tiempo presente. Pero aquellos dos tiempos, pretérito y futuro, ¿cómo pueden ser, si el pretérito ya no es y el futuro todavía no es? Y en cuanto al presente, si fuese siempre presente y no pasase a ser pretérito, ya no sería tiempo, sino eternidad. Si, pues, para que el presente sea tiempo es necesario que pase a ser pretérito, ¿cómo deciros que existe este, cuya causa o razón de ser está en dejar de ser, de tal modo que no podemos decir con verdad que existe el tiempo sino en cuanto tiende a no ser?

Léelo varias veces, hasta que extraigas de él la fuerza de su mensaje. Reconozco que es difícil; te pido que no desesperes, pues el esfuerzo merece la pena. Es el regalo que te hago esta noche.

Antón

## Carta X

Puigcerdá, hotel Europa  
24 de abril de 1911

Mi querido amigo:

El caso Verdaguer, del que supongo habrás oído hablar a tu padre, me afectó mucho. Creo que ha llegado el momento de contarte mi interpretación personal de unos hechos que enturbiaron mi relación con los protagonistas de una lucha fratricida que desangró a la sociedad catalana. El duelo fue largo, terco, sin consuelo y puso de manifiesto que la obstinación, en la mayor parte de los casos, se impone al entendimiento. A veces pienso que mi mediación pudo haber sido mayor, pero era un tema tan espinoso, tan intrincado y embarazoso, que encontrar el punto de juicio intermedio resultaba casi imposible. Por una parte estaban los miembros de la familia Comillas y la situación a la que Verdaguer los había llevado con sus exorcismos. Del palacio Moja entraban y salían menesterosos y poseídos, y su presencia, su aspecto y comportamiento perturbaban la vida ordenada de sus residentes. Por otra, estaba la irreductible convicción de Verdaguer de que él solo había obrado con la intención de hacer el bien y que en ningún caso había desobedecido las órdenes de don Claudio, el marqués, al que había servido fielmente durante dieciocho años.

¿Cómo ser imparcial y exponer la sucesión de acontecimientos de forma objetiva? Creo que lo mejor será que te relate lo que mi memoria retiene de las conversaciones que mantuve en aquellos días de crisis con Verdaguer, Güell y don Claudio, y que seas tú quien valore si consigo la imparcialidad a la que aspiro en este caso.

Fue en la recepción posterior a un concierto celebrado en el palacio Güell



cuando Verdaguer me pidió ayuda. El salón estaba atestado de invitados que charlaban y bebían distendidos, ajenos al drama que se tejía a su alrededor. Cuando la experiencia te enseñe a evaluar a los hombres, te darás cuenta de que por lo general estos se muestran de forma afectada. Su artificio tiene por objeto ocultarnos sus secretos o, lo que es aún peor, hacernos creer que los tienen. Sé que se precisa de gran determinación para diferenciar lo que creemos ser de lo que en realidad somos, aunque más difícil que eso es descubrir aquello a lo que podemos, a lo que debemos aspirar a ser.

Verdaguer vagaba por el salón como un alma en pena hasta que se acercó a mí y me dijo a bocajarro:

–No aguanto más; salgamos de aquí; necesito respirar aire fresco.

La noche era fría. Las luces de gas que alumbraban Las Ramblas parpadeaban a causa del viento. Verdaguer gesticulaba con las manos, como queriendo expulsar a los demonios que llevaba dentro y que tanto lo atormentaban; por su frente, pese a la baja temperatura, corrían gotas de sudor. Llegamos sin cruzar palabra a la plaza Real. Un policía lo miró con desconfianza y un mendigo, que salió de debajo de una arcada para pedir limosna, se asustó al ver su cara desencajada y pasó de largo al comprobar que había encontrado una miseria mayor que la suya. La plaza, silenciosa, parecía una esfera reluciente, salpicada aquí y allá por los oscuros arabescos de las sombras. Seguimos caminando y al pasar junto a un puesto de flores en Las Ramblas, vimos a una mujer con mitones de lana y un mantón que le cubría la cabeza, esperando al cliente que le comprase su último par de rosas. Yo fui ese cliente. Luego continuamos calle arriba en dirección al palacio Moja; antes de entrar, Verdaguer se detuvo y con los ojos apagados por la tristeza, me dijo:

–¡Malos postres he tenido hoy, Gaudí! Después de comer, el obispo Morgades me ha dado las gracias por los servicios prestados y, sin más preámbulos, me ha dicho que trabajaba demasiado, que me convenía reposar lejos del confesionario, del hospital, de los pobres y enfermos que me mareaban, y que estaba dispuesto a ofrecerme una habitación en el palacio episcopal de Vic para que pase allí un par de meses. Al no sentirme dispuesto a aceptar el ofrecimiento de ese reposo obligado, que por otra parte no me conviene en absoluto, he rechazado su invitación, detrás de la cual, lo sé bien, se esconde una trampa. Al escuchar mi negativa, Morgades ha endurecido el tono y me ha

advertido que no se trataba de una sugerencia sino de una orden, que me era necesario el descanso para fortalecer mi cerebro debilitado y que si me obligaba a ello era con la aprobación de los médicos y movido solo por el gran afecto que me tenía. Y así, quieras o no, de grado o por fuerza, el señor obispo me ha hecho prometer que mañana saldría con él hacia Vic en el tren de la tarde.

Me miró fijamente, inclinando la cabeza con aire de fatalidad; luego, con un tono de voz desacompañado, como el de alguien que descubre una realidad que rompe de golpe todos sus sueños, continuó:

–Siento que mi vida se derrumba, que todo por lo que he luchado, mis ansias de ayudar al prójimo, no solo han resultado en vano, sino que ahora se vuelven en mi contra. Sé bien quién está detrás de esto. No se trata de don Claudio, incapaz de hacer daño a nadie, cuya amistad y confianza me han acompañado durante casi veinte años. Él es como yo, una víctima en este desgraciado asunto, pero está mal aconsejado por jesuitas que han acabado por influenciarlo. Jamás he recibido un reproche, una palabra suya que demostrase descontento. Muy al contrario. Permítame leerle la carta que me escribió hace pocas semanas para acallar las habladurías que empezaban a circular sobre el mal uso de las donaciones que repartía en su nombre. Espere, la llevo conmigo... Aquí la tengo, escuche lo que me dice: «En cuanto a que examine usted su conciencia acerca de si ha distribuido bien o mal mis limosnas, se lo prohíbo, si es que puedo prohibírselo, y en cuanto a que en mi casa no haya hecho nada bueno, solo diré que nunca podremos pagarle todo el bien que con su ejemplo nos ha hecho, todos los consuelos que nos ha dado y todo el cariño que le debemos.»

Con manos temblorosas leyó dos veces el fragmento de la carta para recalcar que la razón estaba de su parte y que todo lo demás no eran más que habladurías.

–¿Ve lo que le digo? ¡Este asunto no es más que una canallada! El marqués es bueno; más que eso, es casi un santo, en la medida en que un hombre de su condición puede llegar a serlo. Si alguna cantidad entregué de más, fue con su beneplácito, cuando no por disposición suya. En eso tengo la conciencia tranquila. La miseria que rodea al limosnero es inmensa. No sabe usted cómo he aborrecido tener que desempeñar ese cargo. Le pedí muchas veces que me liberara; ya tenía bastante con mis libros y mis funciones de capellán, mas él insistía en que nadie podría hacerlo mejor que yo y que debía por tanto aceptar ese sacrificio. Constantemente me he visto asaltado por pobres y necesitados: en

casa, en la calle, en el confesionario, por cartas y recomendaciones, y la lista de los socorridos ha ido creciendo hasta las trescientas familias. Las Ramblas se llenaban de colas interminables cuando la gente me veía salir para repartir los óbolos. Cuantas más necesidades atendía, más aparecían. Solía percibir mensualmente unos mil o mil quinientos duros, y había veces que al llegar a mitad de mes no tenía un céntimo. Se me presentaban casos ante los que el corazón se me encogía y para remediarlos pedía cantidades prestadas, con la esperanza de abonarlas más adelante, fuese con los fondos del marqués o con los míos propios. Cada mes se repetía la misma historia, y así, sin darme cuenta, me he ido enredando entre las mallas de la caridad y las trampas de los prestamistas; enredo del que ahora no sé cómo salir. Dicen que me he dejado engañar como un bendito, que he empobrecido a la casa Comillas con tanta caridad, que con las limosnas he sostenido a gente perdida y de mal vivir. Soy consciente de que mis fuerzas se acaban, de que todo se desmorona a mi alrededor y no tengo a nadie que venga a socorrerme. En cuanto pierda el apoyo del marqués, y me temo que así será, caerá sobre mí una avalancha de acreedores de la que no podré librarme.

La luz de la luna iluminó su sotana descolorida y el manto de bordes deshilachados. Tenía la tez amarillenta y la mirada desconsolada. Su cabeza, antes tan derecha, le pesaba como la fruta llena que tuerce la rama. Con el cuerpo ablandado, parecía como si la tierra lo llamara.

–El reproche de malversar los fondos –continuó aún más encendido– no es mi mayor problema. Se me acusa de ser un loco, de llenar el palacio de poseídos, de haber incluso recomendado a la marquesa que se separara de su marido. Son calumnias que se extienden gracias a tres jesuitas: los padres Goberna, Vinuesa y Sanz. ¿Los conoce? Ellos son los principales responsables de la situación en la que me encuentro. Lo que más me duele es que se piense que yo he sugerido a la marquesa que se separase de don Claudio. Es una maledicencia tan infame que me resulta ofensivo tener que justificarme. Ya sabe usted cómo es doña María: su hermosura, entendimiento y distinción han sido la alegría de todos los Comillas, a quienes aprecio de corazón, pues al fin y al cabo me siento como de la familia. Cuando se casó con don Claudio era casi una niña, acababa de cumplir diecisiete años. Nunca he visto a un hombre más enamorado. Está pendiente de ella en todo momento. La mayor desgracia que han padecido es no haber tenido hijos. Doña María siempre me decía: «¡Estimado Verdaguer,

cuántas gracias daría yo a Dios si me quitara toda la fortuna, con tal de que me diera un hijo, aunque para criarlo tuviera que ir pidiendo limosna de puerta en puerta!» En una ocasión, medio en broma, medio en serio, me propuso que la exorcizara para arrancarle el demonio que le impedía ser madre. Divagaciones de una mujer angustiada, a las que no presté mayor atención. En la carta que tantos sinsabores me está causando, lo único que le dije es que tal vez Dios no le daba hijos con objeto de que apadrinase a niños huérfanos, que no desesperara y de momento se centrara en asistir a esas pobres criaturas. Le hablé de caridad, de compasión, de lo mucho que podía hacer por ellos, dada su privilegiada situación.

No sabía bien cómo tranquilizarlo ya que era consciente de la difícil situación en la que se encontraba. Recuerdo que le dije que tanto el asunto de las limosnas como el de la carta no me parecían motivos suficientes para haber llegado a tal extremo, si bien el hecho de practicar exorcismos en palacio sí podía haber desestabilizado la paz familiar de los Comillas.

Me respondió con un tono seco:

–Los exorcismos han sido y confío en que sigan siendo mi principal misión en los años que me quedan de vida; lo único que siento es no haberlos practicado antes. Al fin y al cabo curar a enfermos, confesar a pecadores, dar de comer a hambrientos es mucho más sencillo que salvar a esos desgraciados. Es verdad que podría haberlos llevado a cabo fuera de palacio, de hecho en la mayor parte de los casos así fue. Jamás he ocultado mis actividades y si he perturbado con ellas la paz de los Comillas, lo siento con toda mi alma. Además, quiero que sepa que no se arriesga nada exorcizando, aunque se trate de personas largo tiempo poseídas. El exorcismo, si no produce el bien, tampoco hará nada malo. Puede estar seguro de ello, se lo dice alguien que sabe de qué habla.

Se expresaba con tal agitación, que me resultaba difícil seguirlo. Le pedí que se calmara, que dejara amainar la tormenta, ya que a fin de cuentas, dos meses de reposo junto al obispo no eran algo tan grave. Después, las aguas volverían a su cauce y...

No me dejó continuar; nervioso, elevó de nuevo el tono de voz para exclamar casi chillando:

–¡Se equivoca, Gaudí, se equivoca; las cosas no volverán a ser como antes! Todos se apartarán de mí como de la peste; de hecho ya lo están haciendo.

Después de la conversación con el obispo he tratado de hablar con don Claudio. No ha sido posible. Se me ha dicho que había salido de viaje a Madrid. ¡Ya es casualidad!, ¿no le parece a usted? Estoy convencido de que quiere desentenderse y dejar el asunto en manos de mis superiores. Debo reaccionar antes de que sea demasiado tarde. Pero ¿cómo? ¿A quién recurrir? ¿Quién me puede echar una mano?... ¿Quizá usted?...

No hace falta mucha imaginación para entender la cara que puse. Aun sintiendo una profunda devoción por Verdaguer, me estaba pidiendo algo que quizá no debería haberme pedido nunca. Pero en su desesperación insistió:

–Sé que le pongo en un compromiso, mas no veo otra salida. Tiene una relación privilegiada con don Eusebio y con don Claudio; ellos le respetan; es posible que le escuchen. ¿Podría hacerme este favor?... Le estaría eternamente agradecido.

El problema me había atrapado de lleno. No sabía qué decir. Veía a Verdaguer tan desencajado que me asusté. La desesperación a veces es la realidad misma de las personas. ¿Quién podía permanecer impávido ante una petición semejante? Desde luego yo no. Le dije que hablaría con ellos, que su caso era excepcional, que un hombre como él no podía desesperarse de este modo. Entonces, Verdaguer rompió a llorar; luego me abrazó y sentí un nudo en la garganta, pues desconfiaba del resultado de mi mediación.

No me equivocaba. El asunto era aún peor de lo que había sospechado.

Para comprender mejor lo que sucedió a continuación debo decir que por primera y única vez en mi vida mantuve con Güell una conversación tensa que resultó muy desagradable. Le expuse las razones que me llevaban a pensar que era necesario encontrar una solución al caso Verdaguer y así reconducir un conflicto que podía desbordarse y perjudicar no solo al poeta, sino también a su familia y a la propia jerarquía eclesiástica, ya que su popularidad dividiría a la sociedad y no serían pocos los que tomarían partido por él.

Güell, que me había escuchado atentamente, dio un paso atrás, me miró de arriba abajo y, con tono agrio, exclamó:

–Mire, Gaudí, quiero que sepa que hemos tenido más paciencia que un santo con Verdaguer. Mi suegra lleva meses aterrorizada, sin atreverse a salir de su cuarto al comprobar que en su casa entraban y salían todo tipo de personajes siniestros. Se me erizan los cabellos al pensar los peligros que ha pasado. El

portero, ex guardia civil, me confesó que se había visto obligado a apuntar con su carabina a un sujeto que sin permiso intentaba subir la escalera del palacio para ver al limosnero. Mi cuñado Claudio debería haberlo cortado de raíz hace tiempo, y si no lo ha hecho no ha sido por falta de carácter, sino por el extraordinario cariño que siente por Verdaguer. Cariño que, dadas las circunstancias, en mi opinión ya no merece.

Se hizo el silencio. Quise intervenir, pero Güell hizo un gesto seco con la mano para impedírmelo; después, sin dejar de mirarme con una frialdad desconocida, apostilló:

—¿Quiere más pruebas? Se las daré. Mi suegra me reveló que Verdaguer le había dicho que sabía de cierto que su madre estaba en el cielo, si bien no podía decir lo mismo de su padre, quien estaba detenido en el purgatorio y para salir de él era preciso que diese una limosna de cinco mil pesetas a una determinada familia. ¿Cómo se llama a eso? ¿Me lo puede usted decir? ¡Eso es extorsión! ¡Pura y simple extorsión! ¿Quién puede pedir más a Claudio en su consideración por Verdaguer, en su temple ante la invasión de toda clase de gente que turbaba su vida y la de los suyos? Ha procedido con perfecta justicia y solo cuando no le ha sido posible negar el problema, cuando las vivencias taumáticas han llegado incluso a su casa de Madrid y han alcanzado la salud de María, cuando se ha convencido de que no seguía sus consejos, rehuyéndolos un día tras otro, ha considerado poner el problema en manos de la Iglesia, del obispo Morgades, a cuya diócesis pertenece Verdaguer, y del obispo Estalella, de cuyo criterio se fía y cuya autoridad moral cree indiscutible. —Se interrumpió unos segundos y, con una expresión impaciente que indicaba que no quería prolongar más la conversación, concluyó—: Le ruego por todo lo dicho que se abstenga de intervenir.

Escuché con respeto a Güell, tratando de entender el dolor que Verdaguer había causado a la familia; sin embargo, había dado mi palabra, y una vez que don Claudio regresó a Barcelona le pedí audiencia. No tardó ni una hora en responderme y ese mismo día me dirigí al palacio Moja. Su secretario personal esperaba en la puerta y me acompañó a la misma habitación en la que su padre, años atrás, me había recibido por primera vez.

Al verme, don Claudio, me abrazó y me dijo:

—No sabe, Gaudí, las ganas que tenía de hablar con usted. En momentos

difíciles como estos es bueno saber que cuentas con personas cercanas con las que puedes sincerarte.

Había envejecido.

Su rostro, de facciones delicadas, enmarcado en una barba encanecida que le daba un aire aristocrático, tenía ahora un rictus de tristeza. No; no era tanto eso como una cierta desfibración de los músculos de la cara que hacía que sus labios, finos y transparentes, se hundieran y cayeran más de lo acostumbrado. Además, su palidez, ya de por sí llamativa, se había acentuado y contrastaba de forma acusada con unos ojos que siempre habían sido de un azul profundo. Sus gestos pausados, casi blandos, no carecían ni mucho menos de energía y su manera de hablar, asimismo tranquila, daba la impresión de soportar una carga no apetecida. Recordé entonces el viaje que habíamos hecho juntos años atrás, cuando me invitó a acompañarlo a Tánger para estudiar la posibilidad de construir una misión franciscana. Mi consumada alergia por los viajes había sido abatida por su convicción de que podía tratarse de un proyecto que llevaría las enseñanzas del santo, del cual los dos éramos fervientes devotos, a tierras necesitadas. El proyecto no se realizó, pero guardé un dibujo que demuestra que habría sido una especie de Sagrada Familia a escala reducida: envueltas por un muro con torrecillas de forma elíptica, un puñado de atalayas se erguían como estalagmitas en el interior de una empalizada de Benin, a modo de cinturón coralino.

—Sé que los dos queremos hablar de lo mismo —continuó don Claudio—. Desde hace tiempo tengo un nudo en el estómago y la dolorosa decisión que he tenido que tomar no ha hecho más que agravar mi malestar. Yo, Gaudí, nací para ser pobre. ¿Lo duda? No lo haga; le estoy diciendo la verdad. Siempre pensé que mi hermano Antonio heredaría el patrimonio y las responsabilidades de la familia, y que yo, libre de ataduras terrenales, podría dedicarme a la meditación, la oración y el sacrificio. Quería averiguar para qué venimos a este mundo, qué sentido tiene nuestra vida, responder a las preguntas que desde muy joven me atormentaban. Eran los cómo, por qué, para qué, hacia dónde que todo ser humano se plantea, y que en mi caso azuzaban mi alma con gran intensidad. Me imaginaba en el seno de alguna orden religiosa, consagrado a hacer el bien a los demás. No pudo ser y le aseguro que lo siento, puesto que esa era mi verdadera vocación. La muerte de mi hermano mayor lo cambió todo para mí. De la noche

a la mañana me vi rodeado de gentes que no conocía, al frente de asuntos para los cuales no estaba motivado en absoluto. He tratado de hacer las cosas lo mejor posible. ¿Sabe quién fue una de las personas que más me ayudó a no caer en la tentación de dejar de cumplir las obligaciones que habían puesto en mi camino? Esa persona fue Verdaguer. Mi hermano Antonio y yo lo conocimos a través del doctor Estalella, nuestro profesor de Derecho en la universidad. Yo tenía dieciocho años y él unos cuantos más. Congeniamos de inmediato. Nos unía el amor por la poesía, que él ha llevado a las más altas cotas de expresión; nos unía también una salud delicada, la piedad y caridad que sentíamos ante la miseria, un idéntico desapego por la riqueza y las comodidades y, sobre todo, una misma concepción de la vida, basada en un amor incondicional a Jesucristo. He venerado a Verdaguer por sus virtudes, ha sido mi consejero en las dudas, mi sostén en las desgracias, el guardián de mis secretos, mi mejor compañero; en su compañía he pasado lo mejor de la vida; sus glorias literarias, sus penas, sus temores y esperanzas han sido también los míos... Pero de repente, todo cambió.

Hablaba arrastrando las palabras, algo del todo inusual en él. Permaneció en silencio durante unos segundos y al cabo prosiguió:

—Cuando empezó a tratar a los endemoniados, pensé que sería algo pasajero, una experiencia nueva en su afán de combatir el mal. A pesar de que ese mundo me resulta incomprensible, incluso peligroso, no me opuse a que practicase sus exorcismos; pero lo que en principio parecía una actividad complementaria de sus obligaciones como sacerdote se convirtió en una obsesión. No hablaba de otra cosa, no estaba interesado en nada más. Quiso arrastrarnos a María y a mí a sus conjuros, aduciendo que presenciarlos tendría para nosotros gran interés; de ningún modo me dejé convencer ya que temía que alterasen mis nervios, mucho más que mi razón. Él no se detuvo ante mi resistencia y sus endemoniados nos asaltaron como espectros salidos de la noche. Venían a casa para oír misa primero y para que los tratase en su habitación después. Y así, ese mundo en el que Verdaguer se había sumergido invadió nuestras vidas. Mi madre y Eusebio me pidieron que pusiera fin a esas sesiones. Hablé con él, pero no quiso escucharme; estaba convencido de que su principal misión era salvar a esas almas poseídas. Es verdad que no le dije de forma clara que interrumpiera sus prácticas; el respeto que siempre le he tenido me lo impidió, si bien le sugerí que las llevara a cabo en otro lugar. Durante un tiempo las cosas mejoraron, hasta



que los posesos volvieron a aparecer. Peor aún: María, desconsolada por el hecho de no tener hijos, me sugirió la posibilidad de realizar una sesión con él, no fuera a ser que el demonio estuviera detrás de nuestra esterilidad. Me la llevé una larga temporada a Madrid. Un día la visitó una muchacha de parte de Verdaguer y le dijo que yo estaba al borde de la muerte y que en nuestra casa iban a ocurrir cosas terribles si no hacíamos exactamente lo que ella dijera. María tuvo una crisis nerviosa y cayó enferma. Esa fue la gota que colmó el vaso. Decidí cortar por lo sano y hablar con los obispos Morgades, Catalá y Estalella para que pusieran término a una situación que se me había ido de las manos. Accedieron con la condición de que no interviniese y de que bajo ningún concepto volviera a dar dinero a Verdaguer, al considerar que eso había sido la principal causa de todos los males. Sé que Verdaguer cree que los jesuitas, así como la carta que envió a María, han influido en mi decisión, pero no es verdad. Los jesuitas no han tenido nada que ver y la carta, aunque inoportuna, estaba escrita con buena intención. Mi deseo sería asistir a Verdaguer, librarle de sus deudas y encontrar una nueva manera de relacionarme con él. Créame, lo desearía de todo corazón, pero me veo atado por la palabra dada. Le ruego por último que le traslade el contenido de nuestra conversación, ya que a mí, de momento, no se me permite hablar con él.

Salí de la entrevista con la impresión de que Verdaguer estaba perdido. Los acontecimientos que siguieron me darían la razón.

Después de permanecer dos meses en su obispado, Morgades le impuso que residiera, sin precisarle por cuánto tiempo, en el santuario de la Gleva, lugar destinado a sacerdotes enajenados. Verdaguer se rebeló contra esta decisión, que consideró injusta y humillante. Desobedeciendo al obispo, huyó a Barcelona y pasó a residir con la familia de doña Deseada Martínez, viuda de Durán, a cuya hija Amparo, una joven de extrema fragilidad emocional, había exorcizado. Con objeto de contener la avalancha de sus acreedores, se dejó engatusar por la viuda, quien lo convenció de venderle los derechos de todas sus obras y de hipotecar a su favor la pequeña finca Els Penitents, que tenía en Horta, por la suma de veintisiete mil pesetas; cantidad exigua, dado el monto de la venta, y en todo caso insuficiente para pagar sus deudas. Ante sus reiteradas muestras de desobediencia, Morgades decidió suspenderlo *a divinis*, pena canónica que le privaba de administrar los sacramentos. Verdaguer contraatacó e hizo público su

caso a través de una serie de artículos publicados en la prensa, en los que se defendía y al mismo tiempo atacaba a personas influyentes, sobre todo a su prelado y a don Claudio.

Aún recuerdo cómo empezaba uno de ellos:

Pido justicia y protesto delante de la ley, delante de la gente honrada de Barcelona que me conoce, delante del cielo y la tierra y del mismísimo Dios que nos ha de juzgar, por la iniquidad de la que es víctima este pobre sacerdote.

Las cartas abiertas del poeta surtieron efecto. Hasta entonces, en el mejor de los casos, se lo había compadecido; después de su publicación lo empezaron a temer. Sí, Alfonso, la pluma es un arma peligrosa, y mucho más si quien la utiliza se llama Verdaguer. Los poderosos se vieron obligados a encontrar una salida que fuera digna para ambas partes. El poeta viajó a Madrid para entrevistarse con el nuncio del Vaticano y los padres agustinos del monasterio de El Escorial lo acogieron y se ofrecieron a intermediar. Verdaguer escribió al obispo, disculpándose por el sufrimiento causado, y Morgades levantó la suspensión y le ofreció la parroquia de Belén en Las Ramblas, con un pequeño estipendio adjunto al cargo. Según me contaron, Verdaguer dijo entonces: «Tantos trabajos, tantos afanes, tantas angustias, para al final, pasar de un lado a otro de Las Ramblas.» Deshecho, con un gran deseo de paz, los cuatro años que aún vivió estuvieron presididos por el doble signo de la tristeza y la conformidad.

En junio de 1902, acudí con Güell a su entierro. Fue la mayor consagración oficial y apoteosis popular que jamás haya visto. Lo presidieron el conde de Romanones, ministro de Instrucción Pública, y el cardenal Casañas, obispo de Barcelona. En Las Ramblas, las floristas vaciaron sus puestos y formaron una alfombra de colores al paso de la comitiva. Pero lo más impresionante fue ver cómo las personas lloraban al pasar el féretro. Eran los conmovidos por el recuerdo, los necesitados y socorridos en otros tiempos por el limosnero de la casa Comillas. El grito de: *Mossèn Cinto ha mort!* recorrió la ciudad de un extremo a otro, como una ráfaga estremecida. *Mossèn Cinto ha mort! Mossèn Cinto ha mort!*, resonó entre las alturas de Montjuic y el Tibidabo, y lo repitieron hasta las piedras y su eco se extendió más allá y alcanzó a todos los pueblos de la tierra catalana.

Un día, alguien me dijo: «Verdaguer adoraba las tormentas. Se iba en busca de relámpagos cuando empezaba a tronar.»

Que esta última frase sirva como final.

Te quiere,

Antón

## Carta XI

Puigcerdá, hotel Europa

28 de abril de 1911

Mi querido amigo:

Ayer salí a dar un paseo con Santaló. El aire de la mañana era tan intenso que me costaba respirar. Lo inhalaba lentamente, para después expulsarlo con una cadencia precisa. Mi alma era como un globo vacío al que inyectaran un soplo vivificador. La naturaleza se desplegaba ante mis ojos y cuando ya creía desvelada la luz más pura, esta se desprendía aún de un último velo: el color verde de los árboles, con toda suerte de tonalidades, se agitaba con un suave ronroneo; el cielo iba cayendo en limpios pedazos de azul, salpicados por destellos de plata, y a lo lejos, nieves rezagadas envolvían las crestas de las montañas. Era todo tan hermoso que las lágrimas velaban mi vista. Anduve despacio, midiendo cada paso, con la sensación de que me costaría llegar hasta el lago a pesar de estar próximo.

No habíamos recorrido ni treinta metros cuando salió a nuestro encuentro el alcalde de la localidad. Era un hombre fornido, con los ojos saltones y las cejas como la cresta de un gallo. Su nariz parecía el pico de un águila y sus mandíbulas tenían tal firmeza que inspiraban temor. El alcalde se quitó el sombrero, e inclinando la cabeza, me dijo:

–Señor Gaudí, si bien las circunstancias no son las mejores, es un honor tenerle con nosotros. Espero que con los aires de la Cerdaña recupere pronto la salud. Cuente con nosotros para lo que sea necesario.

Santaló le informó de mis progresos, advirtiéndole, no obstante, que todavía debería permanecer en Puigcerdá varias semanas más, a lo que el alcalde repuso:

–Hace un día espléndido, aunque dentro de poco refrescará y es posible incluso que llueva. ¿Se dirigen al lago? Si quieren puedo mandarles ahí un coche para que los traiga de vuelta.

Caminamos por el estrecho sendero que rodeaba al lago. El final de la mañana parecía desgajado del tiempo. Si yo pudiese imaginar, crear otro mundo, imaginaría y crearía uno igual a este. La brisa acariciaba el agua a rachas, produciendo pequeños remolinos que se oscurecían y se aclaraban de manera alterna; un trémolo, como un escalofrío, se disolvía en la neblina que flotaba sobre la superficie; los árboles, despeinados, rezumaban tristeza; de sus miradas parecían brotar misterios, abatimientos, ilusiones arrastradas años y años. Pasada la euforia inicial, sentí un estremecimiento. Pedí a Santaló hacer un alto en el camino y nos sentamos en un banco al borde del lago. A medida que el sol descendía, se difuminaba el brillo de las cosas y el murmullo del agua se alargaba en el gorjeo de los pájaros. Cerré los ojos y permanecí durante unos minutos perdido en ensoñaciones. De pronto te vi aparecer por la izquierda, bordeando la orilla, con la cara moteada por la luz que se filtraba entre las hojas de los árboles. Como una estatua griega, tu cabellera, del color de la miel, se ensortijaba en la frente, sobre las orejas y más abajo aún, en la nuca, enmarcando tus facciones. Te sentaste a mi lado y apoyaste el codo en el banco y la mejilla en el cuenco de la mano, en una actitud indolente que, sin embargo, no mostraba la menor afectación. Tus ojos, medio cerrados, evitaban mirarme, con objeto de disimular el desasosiego que sentían. Luego alzaste la cabeza y con el brazo extendido señalaste un punto en el horizonte. Era tu forma de despedirte, reflejada en los músculos de tu cara, dispuestos a arrancar de cuajo cualquier vacilación. Un aura de color anaranjado te envolvió por completo, como si con ello se transmitiese el carácter inapelable de tu decisión. Sí, Alfonso, tú querías huir de mi lado, dirigirte hacia ese lugar donde el amor, esa suprema energía que colma el corazón de los hombres, es consumado.

La fiebre me había subido y Santaló, al percatarse de ello, me sacó de mi ensoñación y me subió al coche que nos esperaba.

Una vez en el hotel, me metí en la cama. Mi cuerpo ardía. Intenté rezar. No era capaz de concentrarme. Deliraba. Quizá pronuncié tu nombre; no lo recuerdo. Comencé a tiritar. Quise levantarme para cerrar la ventana, mas no me vi con fuerzas para hacerlo. La habitación empezó a resplandecer con una

luminosidad morbosa. Sin poder conciliar el sueño, me senté en un sillón, enfundado en una manta. Todo me daba vueltas. El perfume de la noche parecía emanar de los reflejos de la luna, proyectados sobre la estatua del general Cabrinetty. Abrí *El año litúrgico* de Dom Prosper Guéranger, que el obispo Joan Baptista Grau me había recomendado, y leí lo siguiente: «Estamos en tiempos en que no podemos dormir. La voluntad de Dios no nos quiere inactivos...» Era una señal; estaba convencido. Te prometo que este pasaje me hizo pensar. Por cierto, ¿te he hablado ya de Grau? ¿No? Da igual, lo haré ahora.

El obispo Grau fue mi consejero espiritual, además de mi amigo. Antes de conocerlo, mi fe estaba diezmada por distracciones que ahuyentaban al Gran Espíritu –como él lo llamaba– que toda persona, aunque no lo sepa, guarda dentro de sí. A partir de nuestro encuentro, muchas de las cosas que me habían parecido sustanciales dejaron de serlo y, por el contrario, aquellas cuya luz no se me había revelado mostraron toda su intensidad. Grau me enseñó que en todo ser humano hay grandeza y que por consiguiente hay que tener confianza en uno mismo. «Si te dicen que el futuro es irrevocable –argüía–, no lo creas. El pasado, el presente y el futuro no son más que un instante en la mente de Dios. El tiempo y el espacio, la sucesión y la extensión son meros accidentes de nuestro pensamiento limitado y por tanto carecen de valor. La sociedad, tal como la hemos forjado, no tiene sitio para el hombre que pretenda encontrar la verdad; no hablo de su verdad individual, sino de esa otra que lo relaciona con el cosmos y más allá aún, con el Creador. Hay algo que debemos aprender: la vida y el arte no pueden entenderse hasta que comprendamos el significado del dolor y su belleza.»

Su promoción en la Iglesia católica, sin embargo, no fue tan sobresaliente como en un principio se esperaba; esto se debió a que su temperamento enérgico y apasionado muchas veces resultó un obstáculo para la jerarquía eclesiástica. Formidable conversador, le gustaba polemizar, especialmente con sus superiores, y como su capacidad dialéctica era mucho mayor que la de estos, no tardaba en derrotar sus argumentos sin disimular su impaciencia, lo cual, tarde o temprano, acababa por pasarle factura. Solo así se explica que una de las principales mentes de la Iglesia no hubiese ascendido a sus más altos grados, debiendo conformarse con el obispado de Astorga, realmente modesto si se tenían en cuenta sus cualidades. Pero la envidia es uno de nuestros grandes vicios y, por desgracia,

casi nadie está exento de ella. Con el tiempo aprendí que a pesar de su intemperancia, tenía un corazón de oro, y más allá de eso que en cualquier situación, por difícil que fuera, podías confiar en él. Lo que te voy a contar te descubrirá el perfil de este gran hombre.

Me encontraba trabajando en el palacio Güell cuando se presentó un emisario suyo, quien me informó de que Grau tenía interés en hablar conmigo y me proponía cenar esa misma noche en Las Siete Puertas.

Al llegar al restaurante, me dijeron que el obispo me esperaba en un reservado. En cuanto me vio, se levantó de su asiento como un resorte, extendió sus brazos y exclamó:

—¡Estaba impaciente por hablar con usted, Gaudí! Tengo un problema y no sé bien cómo resolverlo.

La papada le cubría parte del cuello, y sus manos, de dedos cortos y ensortijados, estaban infladas como globos. A pesar de la obesidad, su cuerpo era bastante ágil. No sé bien cómo describírtelo: había algo elástico en sus gestos; daba la sensación de que era capaz de abrazar todo lo que le rodeaba y que, por consiguiente, bajo su protección no tenías nada que temer. Pocas veces a lo largo de mi vida he conocido a una persona que transmitiera mayor simpatía.

Me sirvió un vaso de burdeos rojo como el jugo de la granada y prosiguió contrariado:

—Llevo mucho tiempo esperando a que me nombren obispo y cuando por fin el Papa tiene a bien concederme tan gran honor, dos meses después de acceder al cargo, el palacio episcopal de Astorga ha quedado reducido a escombros. El incendio se inició durante la noche. Vino a avisarme uno de mis ayudantes y llamamos a los bomberos, pero estos tardaron en llegar y cuando lo hicieron el fuego ya se había propagado de forma alarmante. Órdenes y contraórdenes, caos e incompetencia. Al cabo, sin encontrar el modo de remediarlo, las llamas, de más de veinte metros, envolvieron el edificio, mientras nosotros permanecíamos impotentes, contemplando la imagen misma del infierno. En fin, veamos qué podemos cenar. ¡Ah, veo que en la carta hay hortolanos! ¿Los ha probado alguna vez? Son exquisitos.

Decliné su invitación aduciendo que me había hecho vegetariano al comprobar que abstenerme de tóxicos excitantes y de carne me hacía sentir los olores y sabores con mucha mayor intensidad.

Sin prestarme atención, dio un largo y lento sorbo a su copa hasta acabarla; luego la dejó en la mesa, alzó la cabeza e insistió con cierta amargura:

–¿De verdad no quiere probarlos? Desde la antigüedad se considera a estos pajaritos el más fino de los manjares. Disraeli escribió una vez que le dejaran morir comiendo hortolanos y escuchando música suave. La tradición dice que se debe meter entero en la boca y masticarlo cuatro o cinco veces; luego se toma un buen sorbo de burdeos rojo y tibio, y se cubre uno la cabeza con un paño para evitar distracciones. Son necesarios unos minutos para que el hortolano se derrita. Créame, es un regalo de los dioses.

Le observé con cierta extrañeza. Grau se dio cuenta y con un tono de voz más apagado, dijo:

–Disculpe, tengo la impresión de que lo estoy aburriendo, aunque la verdad es que no puedo evitar sentir un gran respeto por los alimentos que la naturaleza nos ofrece. Sí, ya sé que el hombre en su infinita arrogancia piensa que todo en ella está dispuesto para su disfrute; es un error tan extendido que cuesta trabajo desprenderse de él. Mis enemigos tienen razón al decir que soy un gran pecador. ¿Sabe?, Dios aprecia a los pecadores más de lo que creemos; en las escrituras hay constantes pruebas de ello. Sin pecado no puede haber arrepentimiento; este es la sustancia primera de nuestra religión.

El camarero le volvió a llenar la copa; mientras miraba cómo lo hacía, continuó:

–Pero vayamos a nuestro asunto. Quiero construir un nuevo palacio cuanto antes. Las ordenanzas dicen que debo contar con un arquitecto que pertenezca a la diócesis de Astorga. Gracias a Dios no ha sido posible encontrarlo, por consiguiente puedo escoger a quien quiera. Una vez le oí decir que para edificar el templo de la Sagrada Familia se proponía seguir la tradición mediterránea; afirmaba asimismo que el verdadero arte había surgido en el Mediterráneo y que las regiones del norte, encerradas por montañas, no eran aptas para ello, debido a lo cual no habían tenido más remedio que buscar las obras de los autores meridionales. Eso es justamente lo que me propongo hacer... ¡Ah, aquí llegan mis hortolanos! Hace tiempo que no los pruebo. Le ruego que me disculpe unos minutos; sería imperdonable no prestarles la atención que merecen.

Dejé al obispo con su deleite. Yo nunca he amado el placer de la mesa; hay algo en él que me disgusta y me inquieta al mismo tiempo; las veces que me he



dejado arrastrar, he sentido de inmediato un amargor de conciencia, solo extinguido al volver a la sobriedad que me exige mi trabajo. Aproveché la pausa, sin embargo, para cavilar una excusa que me librara del encargo que, a esas alturas de la conversación, estaba seguro me iba a proponer. A decir verdad me atraía la idea de trabajar para Grau, un hombre tan refinado y culto, si bien el palacio Güell y la Sagrada Familia me tenían absorbido y no podía trasladarme a Astorga para iniciar un nuevo proyecto. Además, la experiencia de *El Capricho* me había enseñado lo complicado que era dirigir obras a cientos de kilómetros de distancia y no quería repetirla. Una vez que hubo terminado de saborear sus ansiados hortolanos, me adelanté a él para sugerirle que contratara a Martorell o, en caso de que este no pudiera, a Domènech i Montaner. Me empleé a fondo en elogiar sus virtudes: eran dos brillantes arquitectos capaces de construirle con total garantía su palacio episcopal.

Unos minutos de silencio, movimientos de platos en la mesa, más vino en su copa, y yo esperando y pasándolo francamente mal. ¿Cómo se tomaría mi rechazo? En situaciones así lo normal es aceptar agradecido. Te confieso que no sabía adónde mirar. Pero lo peor vino a continuación. Grau, con una calma propia de un obispo con conciencia de tal, me miró a los ojos y dirigiéndose a mí como si fuese un feligrés más me dijo:

–Conozco bien el trabajo de ambos; son excelentes arquitectos y estoy de acuerdo en que podrían realizar mi palacio con garantías. Pero no es en ellos en quien he pensado. Quiero que sea usted, Gaudí, quien edifique el palacio. Le diré algo más: no pienso levantarme de esta mesa hasta que acepte mi proposición. No hace falta que me diga que no dispone de tiempo; eso ya lo sé. Estoy dispuesto a esperar lo que haga falta, mas tenga presente una cosa: el palacio episcopal, mi palacio, lo construirá usted.

Di un respingo que casi me hizo saltar de la mesa, ante el cual Grau, sonriendo, exclamó:

–No ponga esa cara, hombre, estoy seguro de que encontraremos una solución aceptable para los dos. Dios aprieta pero no ahoga. Se lo pido como un favor personal y ya sabe que las gentes de Reus no solemos negarnos cuando un paisano nos pide ayuda; al fin y al cabo nos une una misma tierra roja bañada por el mar y similares impulsos del temperamento. –Tras esta invocación al compromiso que implica haber nacido en un mismo lugar, prosiguió con un tono

más grave—: Permítame decirle algo más: el espíritu del arte se encuentra en todo aquello en que lo exterior se hace expresión de lo interior. Cada obra de arte es el cumplimiento de una profecía que advierte que a la transmutación más perfecta de la idea en imagen únicamente se llega a través del dolor. La verdad en el arte es la unión de la forma y la sustancia, el alma encarnada, el cuerpo impulsado por el espíritu. Los únicos artistas que me interesan son aquellos que han sufrido, los que saben, porque lo han aprendido en carne propia, que lo bello, para ser sublime, tiene que estar penetrado por el dolor. Usted todavía no ha sufrido, pero le aseguro que pronto aprenderá. No tendrá más remedio si quiere que a sus obras las fecunde el Gran Espíritu. Este le conducirá mucho más lejos de lo que imagina. Tiene un enorme potencial, Gaudí; le reconozco que no he visto uno mayor desde hace mucho tiempo. Al contemplar sus edificios me doy cuenta de la enorme distancia que lo separa de sus coetáneos. Sus obras abrasan, transmiten, o mejor dicho, podrían llegar a transmitir la vida en su totalidad: lo complejo y lo sencillo, el gozo y el dolor, lo bello y lo siniestro, la claridad y las sombras, la idea y la imagen. Una idea no tiene valor hasta que se encarna en imagen y usted dispone de las dos. Estoy seguro de que entiende lo que le digo.

Sus palabras vencieron a mis argumentos. A excepción de Güell, nunca había recibido una prueba de reconocimiento mayor. Sí, Alfonso, acepté el encargo de construir el palacio episcopal de Astorga. Dejaría mi impronta en aquellas lejanas tierras leonesas. No obstante puse dos condiciones: retrasar la obra hasta que hubiera terminado el palacio Güell y recibir mientras tanto cuantas fotografías fuera posible obtener de los edificios y monumentos de Astorga, así como libros sobre la historia de la localidad, detalles del emplazamiento e impresiones sobre los estilos vernáculos. Sabía que, como buena parte de ciudades españolas, Astorga rebosaba de barroco y debía considerar todos los aspectos de su larga tradición artística antes de llevar a cabo el proyecto.

Con un aire de triunfo, el prelado me sonrió y exclamó:

—Ya puedo volver tranquilo a las brumas del norte. No sabe lo que cuesta vivir lejos de nuestro Mediterráneo. Le estoy muy agradecido, Gaudí, se lo digo de todo corazón. Pronto tendrá noticias mías.

Meses más tarde le envié los planos. Me contestó con un telegrama: «Recibidos planos. Magníficos. Gustan muchísimo. Enhorabuena. Sigue carta.»

La carta se hizo esperar y, cuando llegó, empecé a sospechar que mi aventura

astorgana no iba a ser un camino de rosas. En ella se me informaba de que el palacio episcopal dependía –en tanto que monumento nacional– del Ministerio de Justicia, que contaba con expertos en arquitectura en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando de Madrid; era indispensable tener en cuenta sus sugerencias, ya que de no ser así no concederían los fondos para su construcción; debíamos por tanto aguardar a recibir su dictamen. Me alarmé al saber que la Academia había designado como ponente al marqués de Cubas, autor de la catedral madrileña de La Almudena, la persona en mi opinión menos indicada para valorar mi trabajo. Cuando enviaron el informe, confirmé mis sospechas. Los académicos consideraban que en el proyecto había muchos defectos: las escaleras eran demasiado angostas; el foso, no lo bastante ancho; las columnas, excesivamente finas; las bóvedas, muy rebajadas, y no se había prestado atención a los riesgos de incendio.

Viajé a Astorga bastante enfadado, con la intención de decir al obispo que no estaba dispuesto a llevar a cabo las modificaciones exigidas y que, en consecuencia, no seguiría adelante. A mi llegada, sin embargo, quedé sorprendido al descubrir sobre el terreno que mis cálculos iniciales, llevados a cabo a través de fotografías, estaban equivocados. No me costó reconocerlo, y en lugar de presentar mi renuncia, le dije que haría las rectificaciones oportunas.

Grau me miró complacido.

–Compruebo que además de tener gran talento es usted humilde. Alabado sea Dios por ello. La verdad es que tenía mis dudas sobre cuál sería su reacción. Quisiera decirle al respecto una cosa importante: la realización última del artista es imposible sin la humildad, porque el arte es autodesarrollo y por ello enemigo de aquel que no sabe interpretar sus propias experiencias y aceptarlas con franqueza. La humildad es una revelación. Con ella la vida se ve de otra manera y lo que sabemos por instinto llegamos a comprenderlo intelectual y emocionalmente. Lo contrario de la humildad no es la soberbia, como se piensa, sino el empecinamiento. Hay tantos tercos en este mundo. Por desgracia en estas tierras abundan y se propagan como las setas en la nuestra. Me temo que no tardará en comprobarlo.

No estaba de acuerdo con la última parte de su reflexión, aunque no comenté nada. Nunca me ha gustado discutir; de las discusiones no surge la luz, sino solo el amor propio. A ti, sin embargo, no puedo ocultarte lo que de verdad pienso.

Para mí, lo opuesto a la humildad sí es la soberbia. Esta es siempre gratuita y no reporta satisfacción alguna; cuando uno tiene la desgracia de creerse superior es que no lo es en absoluto. Por el contrario, la obstinación, cualidad si no igual al menos parecida a la de la terquedad, en múltiples ocasiones procura beneficios. Mi vida es un claro ejemplo de ello. He sido avaro en riesgos y peligros, como lo fue el rey Midas con su oro; he intentado conocerme y para ello he tenido que diferenciar las voces de los ecos; he tratado por igual la fama y el desprecio, ya que son las dos caras de una misma moneda; he vivido conforme a los principios de la naturaleza y desconfiado de los hombres que la miran y no son capaces de ver nada en ella; he luchado por ir más allá de lo permitido, por dar más valor a las causas que a los efectos. Todo eso habría sido imposible sin obstinación. Te diré algo más: estoy convencido de que sin ella no se puede crear. No enfrentarse a las cosas con obstinación implica pereza, falta de carácter. Cuando uno sabe lo que quiere se apodera de él el entusiasmo, en cambio, cuando duda, no encuentra nunca la hora de empezar.

Me invitaron a hacer un palacio episcopal en Astorga y lo hice, más por obstinación que por gusto, pues muy pronto sentí el vértigo del viaje. Ya sabes cuánto detesto viajar; me resulta incómodo para el cuerpo y dañino para el alma. Y aun así en los siguientes cuatro años, de 1889 a 1893, me desplazé a Astorga once veces para dirigir las obras del palacio que le prometí construir a Grau. A menudo pienso en él, en sus arrebatos místicos, en su clarividencia humana, en su destino final.

Todo lo referente al palacio episcopal de Astorga fue una tortura para mí. Lo diseñé con planta de cruz griega, sobre la que superpuse otra cuadrada, con cuatro torres en las esquinas, que rodeé con un foso. Una escalinata circular, situada en un puente, da acceso al edificio. Lo más destacable en él es el triple arco abocinado del pórtico, que hice con sillares separados entre sí por contrafuertes inclinados con largas dovelas, que se precipitan hacia delante para sostener un balcón igual a una torreta medieval; era una innovadora estructura que arquitectos de toda España consideraban descabellada y cuyo fracaso daban por descontado. Media ciudad se congregaba alrededor de las obras para contemplar el espectáculo. Un día, sin que pudiéramos evitarlo, las dovelas se cayeron por dos veces y se hizo de noche. Comenzó a nevar y a soplar el viento. Ausente de cuanto me rodeaba, me subí al andamio y, con mis propias manos y

la ayuda de un operario leal, el astorgano Pedro Luengo, rehíce los arcos. Después de conseguirlo, nos fundimos en un abrazo.

Quería que la cripta tuviera una atmósfera medieval, así que la proyecté en un único espacio con columnas de piedra tosca y capiteles que recuerdan a los del arte micénico. En la planta baja no me fue posible utilizar los arcos parabólicos, mi marca más reconocible, pues los académicos de Madrid consideraron que no eran adecuados para esa región; opinión errónea, solo avalada por las ganas de fastidiar. Al final opté por emplear arcos ojivales que sostienen un vestíbulo con bóveda de crucería del que parte la escalera noble, cuya gran altura me permitió abrir amplios ventanales triangulares, que además de proporcionar gran luminosidad recuerdan al modelo utilizado en el palacio Güell.

El vestíbulo permite el acceso a todas las demás dependencias. A la izquierda dispuse el Salón del Trono, al que se llega a través de tres puertas con arcos decorados con cerámica y vidrieras. La silla del trono está enmarcada por un baldaquino que forma un cuerpo con el muro exterior de la fachada. La capilla, con arcos apuntados, carece de columnas, y el altar, de mármol blanco, contiene una imagen de la virgen de la Azucena.

Y así construí el palacio, paso a paso, durante meses, durante años. Te aseguro que si me piden cualquier obra, por difícil que sea, no me da miedo aceptar, pero esta fue, te repito, un verdadero calvario. Solo la mirada agradecida de Grau y su plática reconfortante me ayudaban a seguir con mi trabajo. Todo lo demás fue amargura y decepción. La cadena de clérigos por debajo del prelado trató de hacerme la vida imposible; desde mi llegada demostraron una antipatía manifiesta, debida al hecho de verse obligados a aceptar las disposiciones de su superior. Eso fue, sin embargo, lo de menos. El alcalde de la localidad, que a su vez era el contratista de las obras, se opuso a que dispusiera de mi propio equipo. De ningún modo consentí tal atropello y me vi forzado a amenazar con dimitir si no podía contar con mi gente. Cedieron a regañadientes, pero la fractura se hizo cada vez mayor. Los pagos se retrasaban. Mis honorarios no me importaban, si bien debía pensar en mis colaboradores, así que envié una carta al obispo en la que le rogaba que se hiciera cargo de la situación. Grau intervino pero, aun así, siguieron sin pagarme y cuando lo hicieron, las cantidades recibidas fueron menores de las acordadas. En el imaginario colectivo de la España profunda, los

catalanes éramos equivalentes a los judíos: una raza que encarnaba los contravalores del español de bien —como la afición al dinero— y que con su lengua particular se infiltraba en todos los resortes de la patria para destruirla desde dentro. Llegué a presenciar una batalla campal entre Grau y su vicario, el arzobispo de Oviedo, en el que este criticó sin ambages el alto dispendio que estaba suponiendo llevar a la práctica su proyecto. Mi amigo no se dejó amilanar y rebatió uno por uno sus argumentos, lo que dio como resultado que las cosas fuesen aún a peor.

Cuando mi desánimo me abatía, hablaba con Grau. Él fue durante ese tiempo mi sostenedor, la roca sobre la cual edificué mi fe. Todavía hoy me vienen a la memoria nuestros paseos por los alrededores de Astorga, captando la inmensidad de aquel páramo seco aislado por las montañas. Recuerdo que una vez, en uno de ellos, se paró en seco y me dijo:

—Tenga por seguro, Gaudí, que la única fe que vale es la del carbonero. A la fe no se llega a través de la razón, sino solo a través del deseo. Las ansias de amar a Cristo deben prevalecer sobre todo lo demás. Rece, amigo mío, rece sin preguntar. Quizá no sea hoy ni mañana, pero algún día obtendrá los resultados esperados. La oración es para el hombre el mayor de sus bienes. Es su luz, su alimento, su misma vida, ya que ella posibilita la comunicación con Dios. Ahora bien, nosotros, por nuestra parte, somos incapaces de orar como conviene y por ello es necesario que nos dirijamos a Jesucristo para decirle como los apóstoles: «Señor, enséñanos a orar.»

Grau estaba cerca del éxtasis; abrió sus enormes brazos como si quisiera abarcar toda la naturaleza que nos rodeaba; luego dirigió el índice de su mano derecha hacia un punto indefinido del horizonte y me dijo:

—Únicamente Él es capaz de desatar la lengua de los mudos y de hacer elocuentes los labios de los niños. No son palabras mías, sino de Dom Guéranger. ¿Ha leído su *Año litúrgico*? ¿No? Debe hacerlo sin demora. Ahí están los secretos de la oración y sus consecuencias. El hombre no ha venido a la tierra para preguntar sino para actuar, para luchar bajo la bandera de Cristo y extender su mensaje de amor y de olvido de lo propio. Usted dispone de una gran capacidad espiritual. ¿No me cree? Puede estar seguro de lo que le digo. Sé apreciar quién tiene ese don y usted, Gaudí, lo tiene, por consiguiente debe desarrollarlo hasta sus extremos más absolutos. Entonces construirá obras

maestras que irán mucho más allá de lo que han ido hasta ahora. Siempre he sabido lo que las personas llevan dentro de sí, el destino que late en su interior, y el suyo, Gaudí, es grandioso. Pero antes de que eso ocurra debe aprender a rezar. Rezar para qué, se preguntará. Sencillamente para combatir su rebeldía. Ese es su mayor defecto y, por tanto, su mayor enemigo.

Me sobresalté al suponer que me juzgaba con severidad. Pero eran palabras de ayuda, de comprensión. Por eso al ver mi cara añadió:

–No se sorprenda; es usted rebelde por naturaleza, uno de los mayores que he conocido, y deberá luchar contra esa inclinación. Tiene que someterse, porque tanto en la vida como en el arte, la rebeldía cierra las puertas del alma. La creación artística se asemeja a la creación del Señor. Él entiende a los artistas ya que de algún modo siguen su ejemplo. Fausto se equivocó de interlocutor al pactar con el diablo; le habría salido mucho más a cuenta hacerlo con Dios. Todo artista, si quiere alcanzar lo sublime, tiene que establecer con Él un acuerdo que implique sometimiento, entrega absoluta. No valen las medias tintas. Es todo o nada.

Con conversaciones como estas pasaba el tiempo en Astorga junto a Grau. Solo ellas me compensaron de los sinsabores que padecí durante mis largas estancias ahí. Sus palabras me dieron ánimo para reflexionar sobre el alcance de mi trabajo y separar el grano de la paja. Una vez concluido mi viaje interior, el fracaso, la pobreza, la desesperación, la desgracia, las dudas, el sufrimiento, incluso la timidez dejaron de atormentarme. Y más allá de eso, una luz, por vez primera, iluminó mi corazón y me dijo que si quería vivir como Cristo, tenía que ser entera y absolutamente como Él.

Pero un día la providencia me arrebató a mi amigo. En una visita pastoral a caballo a la localidad zamorana de Tábara, Grau se hizo un corte en la pierna con la rama de un árbol. En un principio no parecía grave, pero la herida se gangrenó y se pusieron en contacto conmigo para decirme que el obispo estaba muy enfermo y deseaba verme. Al llegar a Tábara, lo hallé tan transformado que tuve la certeza de que se iba a morir. Estaba hermoso, demasiado hermoso. ¡Todo lo personal había desaparecido! Las líneas de la cara, el color, la voz... No quedaba de su ser más que algo sin relación con las cosas. Y la belleza perfecta solo pertenece a Dios.

Me cogió la mano y me dijo:

–Gaudí, quiero pedirle un último favor; considérela la parte final de mi deuda con usted. Me gustaría que esculpiera mi lápida; que sea sencilla, apenas cincelada por la gubia para poner mi nombre, mi escudo y la fecha de mi muerte. Una cosa más: no creo que le permitan terminar el palacio episcopal. No pierda el tiempo enfrentándose a ello; tiene cosas más importantes en las que pensar. Le esperan grandes proyectos; si nuestro Señor, en su misericordia infinita a pesar de mis pecados, tiene a bien acogermé en su seno, las veré desde el cielo y estoy seguro de que me sentiré orgulloso de haberme podido llamar su amigo. Y ahora, si me disculpa, debo prepararme para el examen final. La muerte no es más que el umbral que todos debemos cruzar hacia el silencio de la paz eterna.

Trasladamos su cadáver a Astorga.

Nada más llegar, tal y como me había vaticinado el obispo, se me informó de que iban a prescindir de mis servicios. Cuando pedí que me dejaran al menos construir su tumba, me respondieron que ya se encargarían ellos también de eso. De ninguna manera podía irme sin cumplir el último deseo de Grau y solicité una audiencia con el arzobispo. Me la denegaron. A los pocos días, sin embargo, abrieron su testamento, en el que se especificaba que yo debía construir su sepulcro.

No tuvieron más remedio que ceder.

En una pequeña capilla de la catedral de Astorga, a la izquierda del altar mayor, levanté un templete en cuyo fondo dispuse el túmulo. Después preparé el sepulcro: una urna compuesta de seis losas de granito blanco. En ellas grabé el escudo del prelado, una cruz y la inscripción: «Ioannes 1893.»

Expulsado por el cabildo y la opinión pública, el día de mi marcha no pude contener mi lengua y dije a un grupo de religiosas que habían tenido la cortesía de venir a despedirse:

–Serán incapaces de acabar el palacio, y muy capaces de dejarlo interrumpido.

En efecto, las autoridades buscaron nuevos profesionales, pero estos no pudieron vencer las dificultades que entrañaban los elementos arquitectónicos incompletos; sin entender lo que yo había querido hacer, se equivocaron una y otra vez. Así, al retirar una pared se derrumbaron las bóvedas, circunstancia que se aprovechó para divulgar que yo era un incompetente.

Las obras quedaron interrumpidas indefinidamente.



Muchos años después, vino a verme a Barcelona una delegación astorgana con el ruego de que finalizara el palacio episcopal. Lo único que se me ocurrió responder fue:

–No volveré a poner los pies en Astorga. Ni subido en globo volvería a cruzar esa ciudad.

El insomnio que he padecido durante esta noche es la causa de la exagerada extensión de esta carta. Gracias a ella, las horas se me han pasado volando. Muchas veces recordar inquieta, otras nos colma de sosiego.

No creas que olvido la cita de hoy. Es de mi propia cosecha; la he estado pensando mientras te escribía:

Los artistas se dejan llevar por la vanidad porque son autores de un pedazo de gloria, pero lo que han de hacer es procurar que sea gloria verdadera y satisfacer su espíritu en ella misma, sin envanecerse de haberla hecho.

Gracias por atender a este viejo solitario.  
Siempre tuyo,

Antón

## Carta XII

Puigcerdá, hotel Europa

29 de abril de 1911

Mi querido amigo:

Se supone que las palabras escritas reflejan el pensamiento con mayor precisión que las habladas. No tengo la seguridad de que eso sea cierto. Tanto en uno como en otro caso nos expresamos con poca claridad, sobre todo al intentar describir el conjunto de emociones que componen nuestra existencia. Es verdad que en estas cartas estoy haciendo un esfuerzo de sinceridad, también de concreción, aunque soy consciente de que si la vida es difícil, mucho más lo es explicarla. Cada palabra que escribo me aleja un poco más de lo que quisiera decir. Trato de recordar mis ideas, mis sensaciones, incluso mis sueños; los analizo desde todos sus ángulos, para ver si encuentro en ellos un detalle que no fui capaz de percibir entonces, si bien realidad y memoria se entremezclan de manera tan confusa que, al final, solo me queda una cierta impresión de desconcierto. Me gustaría alcanzar la espontaneidad de aquellos que no están aturridos por una razón que los cuestiona. Te habrás dado cuenta de la naturalidad asombrosa que se esconde en el salto del tigre cuando abate a su presa, en el vuelo del águila cuando otea el horizonte, en el restallido del caballo al galope, en cualquiera de los actos de esos seres que carecen del sentido de culpa y no se preguntan por el significado de las cosas. Nuestras tormentas son consecuencia de la lucha sin tregua a la que nos vemos abocados, de nuestra necesidad de cumplir un destino. Mas ¿en qué consiste ese destino? Todos, Alfonso, tenemos una vida particular, una vida que nos pertenece solo a nosotros y que no viviremos más que una vez, condicionada, sin embargo, por un pasado

que nunca podremos recuperar y por un futuro incierto; en medio está el presente, la única realidad que nos está permitida. Pero el presente es difícil de asir; en cuanto creemos poseerlo, se nos escapa de las manos como por encantamiento. Pasa igual con la música: en el mismo instante que es, deja de ser; nos sentimos tan próximos a ella porque es el arte que mejor refleja la levedad del momento. Y así, aturcidos por esos tres tiempos siempre equívocos, siempre huidizos, dudamos. Te reconozco que yo he dudado más de lo que la gente piensa. Se me atribuye una fuerza igual a esa roca solitaria en medio del mar que resiste las tempestades. Nada más lejos de la verdad. Mi vigor es limitado; mi incertidumbre, constante.

Presiento que lo que escribo se vuelve cada vez más confuso, que me pierdo en divagaciones alejadas de lo que hoy me he propuesto explicarte: las causas que me llevaron, después de la muerte del obispo Grau, a reducir al máximo mi vida exterior para concentrarme en el trabajo y en la oración. ¿Fue una necesidad?, ¿acaso una coincidencia?, ¿o más bien una advertencia que venía desde fuera y me decía que en esa introspección sin concesiones encontraría lo que buscaba? Me inclino por esto último, aunque debo reconocer que mi timidez me ayudó a alejarme de este mundo. Desde niño había sufrido a causa de ella y la posibilidad de librarme de tan pesada compañera no dejaba de suponer un alivio.

Me convertí en un asceta que trabajaba al borde de la extenuación, curvado por una carga excesiva; en un fanático del esfuerzo que, endeble de constitución mas rebosante de energía, lograba administrar sus fuerzas y someter su voluntad; en un visionario que llegaba a olvidarse de que aún tenía un cuerpo y vivía en un mundo habitado por seres solo exteriormente semejantes a él; en un desertor del pasado y del futuro, en fin, que se ensimismaba en el aquí y en el ahora, convencido de que el pasado y el reproche suelen ir de la mano, de la misma manera que lo hacen el futuro y el temor. Más allá de eso, la decisión que había tomado: renunciar a toda experiencia que quedara al margen del arte y de Dios, ¿no ocultaba las dos caras de Jano? Quiero decir: ¿no era moral e inmoral al mismo tiempo? Moral en cuanto resultado y expresión de una disciplina férrea que perseguía el cumplimiento estricto de la liturgia católica y la entrega a la obra creativa sin desviación alguna, pero inmoral en la medida en que implicaba una indiferencia a todo afecto externo, que debía ser apartado para que no

interfiriera en el camino que me había trazado. Pensé entonces en las palabras de mi abuelo Antón, cuando me vaticinó que mi vida transcurriría en soledad como condición necesaria para que se cumpliera lo que los astros le habían revelado. ¡Cuánto desafío y gozo concurren en la aceptación de la soledad! ¡Cuánto dolor y sufrimiento, sin embargo! Nada exalta tan rápida y radicalmente las capacidades del espíritu como la amarga y al mismo tiempo dulce fascinación de lo irrevocable, sustanciada en mi caso por el quehacer artístico que todas las mañanas ofrecía a nuestro Señor.

¿Fue acaso una consecuencia de ese renacimiento espiritual lo que me permitió conseguir la consolidación de mi sentido estético, una sencillez y simetría constructivas, un sello personal que a partir de entonces ya nunca me abandonaría?

Yo así lo creo.

Las obras que siguieron al palacio episcopal tienen la impronta de los cuatro elementos. Así, el aire se cuele por los pasillos de arcos parabólicos del colegio Teresiano, purificando a las almas que anhelan redención; así, la casa Botines es castillo, fortaleza, ciudadela, muralla que contiene los arrebatos del agua, escupida por las tempestades; así, la tierra roja de las bodegas Güell, bruñida por la luz meridional, rinde homenaje a Dionisos, dios de la danza, del éxtasis y del vino; así, de esa otra tierra que permite el comercio, la paz del hogar, el progreso de la ciudad emerge el espíritu burgués de la casa Calvet; y así el fuego, la llama en la torre de Bellesguard, es bandera del noble pueblo catalán, que asume su destino y no vacila en entregar su sangre para alcanzarlo.

Mi aspiración de estructurar los estados de la materia hasta hacer de ellos una morfología que aúne lo orgánico y lo inorgánico, que fusione lo físico con lo psíquico, está ya presente en todas esas obras y no dejaría de crecer hasta alcanzar su mayor expresión en la cripta de la colonia Güell, en la casa Milà y en el Templo Expiatorio de la Sagrada Familia. Desde el palacio Güell, el arco parabólico pasó a vertebrar mi arquitectura; junto a él, la distribución en planta de un conjunto que define simbólicamente la idea de totalidad, como centro rodeado por cuatro o siete elementos, adquirió cada vez mayor protagonismo.

En el colegio Teresiano, al igual que en la Sagrada Familia, tuve que hacerme cargo de un proyecto ya iniciado. El padre Enrique Ossó, supervisor de la orden, me pidió que terminara un convento, colegio e internado situado en la

calle Ganduxer de Barcelona, que había quedado interrumpido como consecuencia de sus desavenencias con el arquitecto Joaquín Codina. En un principio dudé en aceptar la propuesta, sin embargo, la insistencia del sacerdote –uno de los hombres más tercos que me he encontrado a lo largo de mi vida– consiguió vencer mi resistencia.

Cuando empecé a trabajar en el edificio se habían construido unos ochenta centímetros de altura de todo el perímetro de la fachada. A pesar de que este factor me impuso una planta rectangular muy alargada, pude modificar la mayor parte del proyecto y acabarlo en poco más de un año.

Siguiendo las indicaciones de Ossó y las religiosas, diseñé un inmueble sobrio, de muy bajo coste, con planta baja y cuatro pisos de altura decreciente, realizado sobre todo con ladrillo, aunque también empleé cerámica, así como elementos de forja y carpintería. La insistencia del sacerdote para que me ciñera al presupuesto acabó por resultarme fatigosa y un buen día le dije:

–Cada cual a lo suyo, mosén Enrique: yo, a hacer casas; usted, a decir misas y predicar sermones.

En la fachada principal construí un cuerpo en saledizo, con un pórtico de ladrillo visto y mampostería en forma de arco parabólico, que se convierte en mirador en las plantas superiores. Delante de la puerta de acceso, yo mismo forjé una reja de hierro de tres hojas, con motivos geométricos y vegetales, así como el escudo de la compañía, el monte Carmelo, una estrella y los corazones de Jesús y Santa Teresa, sobre los que se posan unas palomas de la paz. En los ángulos de la cubierta, levanté unas columnas salomónicas de cerámica rojiza de dos metros y medio de altura que traspasan el cielo con una cruz de cuatro brazos.

El interior está dividido en tres crujías que recorren toda la longitud del colegio. Es posible que los blancos pasillos de arcos parabólicos de escayola del primer piso, que se prolongan en una sucesión ininterrumpida hasta donde la vista alcanza, sean los espacios más espirituales que jamás haya construido; los diseñé para que las monjas pudieran dar lentos paseos mientras meditaban sobre la pasión de Cristo. A lo largo de la crujía central, dispuse siete rectángulos que se abren alternativamente al cielo y permiten que la luz se expanda tanto vertical como horizontalmente. Santa Teresa, en su última obra *El castillo interior*, utilizaba la metáfora arquitectónica de las siete moradas para describir los siete

estratos de la búsqueda espiritual; de igual modo mis siete rectángulos, cerrados al bullicio del mundo si bien abiertos al espíritu por un aire purificador, son lugares para la contemplación y producen una sensación de empuje hacia lo alto.

Güell me pidió que atendiera a dos familias de León –los Fernández y los Andrés–, socios suyos, que querían construir un almacén comercial y residencia particular en el casco antiguo de la ciudad, junto al palacio de los Guzmanes y la plaza de Santo Domingo. Debido a la proximidad de Astorga con León, decidí aceptar el encargo y compaginarlo con el palacio episcopal.

Proyecté un edificio a cuatro vientos, de planta rectangular y aspecto de castillo medieval, teniendo en cuenta las bajas temperaturas, las lluvias y las nevadas de la zona. Quería que la fachada armonizara con su entorno, en especial con la catedral y el palacio de los Guzmanes. Así, diseñé las puertas y ventanas con arcos lobulados, acentué la horizontalidad con cornisas bien marcadas, rodeé la casa con reja de forja, entramada de espirales dispuestas en forma de rombo, y levanté en cada uno de sus lados cuatro torres cilíndricas sobre ménsulas, rematadas con chapiteles cónicos hechos de pizarra que culminan con una veleta. En la puerta principal, de hierro forjado, colocamos la figura de un león, como homenaje a la ciudad, y sobre ella una escultura de san Jorge y el dragón de casi tres metros, que cinceló Llorenç Matamala. El modelo para el santo fue el propio escultor y para el dragón utilizamos una de las gárgolas del ábside de la Sagrada Familia.

Desde el principio, la construcción de la casa Fernández y Andrés –o casa Botines, como popularmente se la conoce, por el nombre del fundador de la sociedad– estuvo rodeada de intrigas y malos augurios. Un grupo de ingenieros, saturados de conocimientos teóricos, divulgaron por cafés y tertulias que el inmueble estaba mal cimentado, ya que el terreno no era franco y se tenían que haber empleado pilotes y martinetes. Lo que yo había hecho era aumentar la superficie de la cimentación, procedimiento que ya se había utilizado al construir la catedral, así como en un edificio romano próximo cuyas ruinas había observado detenidamente. Al colocar unas ménsulas de piedra muy salientes, que debían soportar los torreones, tuvimos que valernos de apuntalamientos. Como el ambiente estaba enrarecido por tanta información mal intencionada, la gente pensó que si la casa se apuntalaba es que estaba a punto de caerse. Incluso la chiquillada, al salir de la escuela, se acercaba a las obras y vociferaba: «La

casa de los Botines se cae.» Las críticas llegaron al extremo de inquietar a los propietarios, con lo cual no dudé en intervenir y pedí que me mandaran por escrito y firmados todos los informes técnicos contrarios para, una vez terminada la obra, exponerlos en un sitio visible del vestíbulo.

No recibí ninguno.

En general mi relación con los leoneses fue mala. Debo reconocer, no obstante, que hice poco por ganarme su simpatía; mi carácter huraño y el disgusto que me provoca cualquier tipo de simulación que tenga por objeto ocultar lo que pienso no contribuyeron a facilitar las cosas.

Sin la ayuda de mis colaboradores me hubiera sido imposible abordar la cantidad de proyectos que se acumulaban sobre mi mesa. A lo largo de mi carrera he tenido la suerte de contar con excelentes profesionales que, además, han soportado mi mal genio. Siempre me ha gustado trabajar en equipo, dirigir el esfuerzo colectivo hasta tener la certeza de que se interpretaban mis deseos de manera correcta. La arquitectura se fundamenta en saber que el miedo al error desaparece en cuanto admitimos que hay que empezar de nuevo las veces que haga falta, que toda caída es consecuencia de haberse confiado en exceso y que solo acierta aquel que repite con humildad y obstinación. Siempre se puede mejorar y si no lo hacemos es por pereza o incapacidad; una obra de arte, te lo he repetido muchas veces, nunca puede alcanzar la perfección, ya que esta es propiedad de Dios, si bien nosotros debemos acercarnos lo más posible a ella. Esa es nuestra obligación; el que no sea capaz de entenderlo que se dedique a otra cosa.

Un día vino a verme un antiguo profesor de la escuela de Reus. Se trataba de Francesc Berenguer, aquel a quien durante mi infancia, en más de una ocasión, había exasperado llevándole la contraria. Me comentó que tenía un hijo que había estudiado Arquitectura y que si podía echarle una mano me lo agradecería. Como habían hecho antes conmigo, esa vez me tocó a mí ayudar a un paisano. Recibí al muchacho, de igual nombre que su padre, y desde el primer momento sentí por él una simpatía que no ha dejado de crecer.

Recuerdo nuestro primer encuentro.

De estatura inferior a la media, era bastante grueso. Una oscura y abundante cabellera, peinada hacia atrás, enmarcaba su cabeza. La frente era alta y despejada, y la boca, de labios abultados, tenía un rictus tenso, suavizado, sin

embargo, por unas mejillas sonrosadas y un hoyuelo que dividía su bien moldeada barbilla. Torcía el cuello hacia la izquierda con una cierta expresión de agobio, como si las cosas, que ya se veía que se tomaba en serio, se le mostraran por su lado menos propicio. Sus ojos, pequeños, desprendían un destello que inspiraba ternura; al fijarse en ellos, uno tenía la sensación de que escondían esa fantasía característica de aquellas personas con aliento poético que, reservadas, piensan con cautela antes de hablar. Con cierto rubor me confesó que había abandonado la carrera antes de acabarla y que por consiguiente no podía firmar proyectos; esa circunstancia no dejó de sorprenderme, dada la diligencia con la que parecía tratar toda materia que estuviese relacionada con la arquitectura. Le pregunté a qué se debía ese hecho y él, con naturalidad un poco seca, dijo:

–A los veinte años me enamoré de la que hoy es mi mujer. Éramos apasionados y pronto quedó embarazada, así que tuvimos que casarnos. Debía trabajar para alimentar a mi familia y opté por dejar la carrera. En el fondo fue una liberación, ya que nunca me gustaron las asignaturas técnicas.

Sonreí ante su franqueza y repuse:

–Amigo Francesc, conozco a muchos arquitectos que, a pesar de tener sus certificados en regla, harían mejor en dedicarse a otra cosa. Si, como espero, todo va bien, aquí le garantizo un trabajo continuado; no tiene usted que preocuparse por eso.

Con el tiempo Berenguer se convirtió en mi mano derecha y parte de la izquierda. Delineante, contable y jefe de obras, he delegado en él múltiples funciones y, como en el caso que nos va a ocupar, edificios enteros.

Güell me dijo que quería poner en marcha su antiguo proyecto de Garraf. Era el mismo del que me había hablado en aquel ya lejano primer encuentro en Las Siete Puertas pero que, por una razón u otra, habíamos pospuesto. Su finca de Garraf, de casi novecientas hectáreas, está situada entre Castelldefels y Sitges: tiene viñedos, una cantera de piedra caliza y vistas sobre el Mediterráneo. Güell había desestimado su primera idea de hacer un pabellón de caza –cuyos planos y dibujos dormitan en algún cajón de mi escritorio– y me pidió que construyera en su lugar unas bodegas para elaborar su propio vino, con objeto de exportarlo a América.

Al no disponer del tiempo necesario, pedí a Berenguer que se hiciese cargo del proyecto. En un principio se mostró inseguro, aunque se tranquilizó al saber



que yo apoyaría de cerca su trabajo. Güell tenía gran estima por mi joven ayudante y no puso objeciones, si bien me advirtió que quería ver los planos y la maqueta antes de dar su visto bueno definitivo.

Las bodegas Güell fueron proyectadas por Berenguer, bajo mi supervisión. Su planta rectangular tiene un perfil frontal poliédrico, con cubiertas verticales y pendientes pronunciadas de losas de piedra, rematadas por un juego de chimeneas y dos puentes que la unen a un antiguo edificio que tenía la finca. De sus cinco plantas, las dos subterráneas están destinadas a la bodega; la planta baja, a las cocheras y al servicio; la primera, a la vivienda, y la superior alberga una capilla cubierta con bóveda parabólica y un mirador que da al mar. Debido a la estrechez de los pisos superiores, Berenguer diseñó unos pasillos laterales que sobresalen del cuerpo principal del edificio, rematado por un campanario coronado con una cruz metálica y unas chimeneas de aspecto oriental que recuerdan a las esbozadas en mi proyecto irrealizado de las misiones franciscanas de Tánger.

Al inaugurar las bodegas, Güell ofreció a sus invitados la primera cosecha de su vino embotellado —cuya etiqueta yo mismo había diseñado—, con objeto de conocer su opinión. Como soy abstemio me había limitado a mojar los labios en una copa, sin embargo tenía interés en saber si aquel vino era realmente bueno y pregunté a mi ayudante Rubió, experto en la materia. Su respuesta no pudo ser más clara: «Nunca he probado un vino peor.»

Algo menor que Berenguer, Joan Rubió es otro de mis discípulos predilectos. Su capacidad para el cálculo de estructuras es excepcional. Al acabar sus estudios vino a verme y me pidió trabajo. Igual que yo, había sido un alumno díscolo e indisciplinado. En esa primera entrevista, despotricó contra sus profesores, algunos de los cuales habían sido también míos; estaba especialmente indignado con Domènech i Montaner, al que responsabilizaba del tiempo de más que había tenido que emplear para conseguir el título. Me gustó su espontaneidad y la seguridad que demostraba en sí mismo. Era alto y bien proporcionado. Su cabeza, grande sin desmesura, tenía la gravedad pensativa propia de esos jóvenes que se asoman por primera vez a la ventana, aspiran el aire fresco de la mañana y se preguntan qué les deparará el futuro.

Decidí ayudarlo y le ofrecí, a modo de prueba, que me asistiera en un nuevo proyecto que, como todos durante aquel tiempo, me había llegado de forma

imprevista de la mano de Eduard Calvet, fabricante de algodón y senador por un partido republicano que defendía la independencia de Cataluña.

La casa Calvet está ubicada entre medianeras; tiene cinco plantas y doble fachada, la que da a la calle y la que mira al patio interior de la manzana. Creo recordar que su superficie no llegaba a los setecientos metros cuadrados, pero puede que fuese mayor. Empleé sillares de marco liso en los muros exteriores y ladrillo en el interior. Los techos de las plantas bajas están sostenidos por vigas metálicas, mientras que los de las plantas superiores presentan una estructura de bóveda catalana. Decoré la tribuna del primer piso con la inicial del apellido del propietario, un ramo de olivo –símbolo de la paz–, un ciprés –símbolo de la hospitalidad– y el escudo de Cataluña. Tengo la costumbre de reflejar con algún detalle los intereses de mis clientes y en este caso, dada la afición del señor Calvet por la micología, cincelé hongos en la barandilla de la tribuna.

Calvet era un representante destacado de esa burguesía catalana deseosa de lucir su poder y riqueza, por consiguiente ornamenté el interior con todo lujo de detalles: bancos adosados con maderas exóticas, espejos con marcos de estilo barroco, baldosas labradas con remolinos, columnas salomónicas en los ángulos del patio central y arcos con relieves de yeso en forma de parra, así como la inscripción «Fe, patria, amor», lema de los Juegos Florales. Recuerdo que Calvet estaba muy interesado en el diseño del ascensor. Le hice varios bocetos, mas no acababa de decidirse por ninguno; al final lo convencí para construir uno amplio, de madera y cristal, con un banco en el fondo y una puerta de hierro forjado. Asimismo diseñé el mobiliario utilizando un sistema de machihembrado, sin clavos ni tornillos. Muchos de los elementos decorativos –tiradores, picaportes, mirillas– los modelé primero en arcilla con objeto de obtener formas orgánicas; en el caso de las mirillas, hundí mis propios dedos en el barro hasta conseguir que tuvieran el aspecto de un panal.

Al presentar los planos a las ordenanzas municipales, nos dijeron que la fachada principal sobrepasaba la altura permitida y que por tanto debíamos rectificarla. Me negué en rotundo a modificar el proyecto, si bien añadí que no tendría inconveniente en cortar horizontalmente el remate de la casa, por la línea que marcará el consistorio. Calvet me miró horrorizado. No sé bien qué hizo, pero lo cierto es que al cabo de pocos días vino a mi estudio con los permisos en regla. A pesar de las tensiones que tuvimos durante su proceso de construcción,

la casa Calvet recibió el premio al mejor edificio del año concedido por el Ayuntamiento de Barcelona. Es el único galardón que me han concedido en mi vida.

Doña María Sagués es una mujer menuda, de carácter dulce y rasgos frágiles. Sus ojos son capaces de expresarse con mayor claridad que sus palabras ya que estas, a veces balbuceantes, chocan contra el muro de un entendimiento limitado. A pesar de que hace tiempo que debe de haber franqueado los cincuenta, tiene un aspecto juvenil, acentuado por su tez sonrosada, su nariz respingona y dos hoyuelos en las mejillas, características todas ellas indiferentes a los estragos del tiempo. Su marido, al fallecer, le había dejado las ruinas medievales del castillo de Bellesguard, situadas al pie de la sierra de Collserola, cuyas esplendidas vistas sobre Barcelona y el mar hacían honor a su nombre. Cinco siglos atrás había sido la residencia de verano de Martín I el Humano, último rey de la dinastía de Aragón y Cataluña. Ahí había contraído segundas nupcias con Margarita de Prades, perteneciente al linaje de los condes de Prades, en una ceremonia oficiada por Benedicto XIII, más conocido como el papa Luna. No tuvieron tiempo de disfrutar de su amor ya que seis meses después de la boda el rey murió sin dejar descendencia y la reina, transida por la pena, se retiró a un convento de clausura.

Doña María me dijo que su marido, antes de abandonar este mundo, había expresado su deseo de restaurar Bellesguard. Quería que yo me encargase de las obras y volviese a dar al castillo su antiguo esplendor: un lugar destinado a la contemplación, el reposo y los goces estéticos, donde las miradas se perdiesen en la lejanía del mar y el aliento se confundiese con la fragancia de sus jardines.

Te confieso que nunca he proyectado tantas formas rectas como en Bellesguard; todo en él es vertical, todo tiende hacia lo alto, todo converge en sus vértices orientados a los cuatro puntos cardinales. Su torre tiene más de veinte metros de altura y está coronada por una cruz de cuatro brazos con los colores de la bandera catalana y una corona real.

Siguiendo mi costumbre de estudiar la geología y la topografía del entorno, revestí sus muros con piedra de pizarra, propia del lugar. La piel exterior, de tonalidades grises, marrones, amarillas y verdes, mantiene un diálogo con la naturaleza y permite generar múltiples juegos de luz, que resplandecen de forma diversa en los días soleados o lluviosos.

Proyecté la torre de Bellesguard en cinco niveles: semisótano, plantas baja y primera, y dos desvanes, el segundo en calidad de buhardilla, con arcos de ladrillo macizo visto que aligeran el peso de esa parte alta de la casa. La buhardilla está rodeada por un paso de ronda almenado sobre el que se eleva una cubierta parecida a la faz de un dragón. El interior contrasta con el tono gris de la pizarra exterior. Me siento especialmente satisfecho del espacio que creé en la caja de la escalera, pintado de blanco y alumbrado por un vitral que sobresale hacia fuera en forma de Venus, la estrella del ocaso.

Además de la torre, la restauración de la muralla y el diseño del jardín, edificué un viaducto en el camino que conducía de la villa de San Gervasio al cementerio y que pasaba por la finca; lo estructuré con unos pilares inclinados con forma de «pata de elefante», que más tarde emplearía en el Parque Güell.

A veces, por las tardes, cuando el sol ya declina, tomo el tranvía y me acerco a Bellesguard para charlar un rato con doña María y pasear con ella por sus jardines. Ahí me siento transportado a un lugar donde jamás hay invierno, ni tempestades, ni luchas ni fatigas, solo la brisa suave y refrescante del Mediterráneo, que sopla sobre aquellos que se consagran al sol y a sus festividades.

Hoy te he atormentado más de lo habitual con los procedimientos de mi ciencia. No puedo evitarlo ya que en mis obras se encuentra la verdadera sustancia de mi alma. Aquellos que me busquen solo me encontrarán en ellas. Te prometo, sin embargo, que en la próxima no mencionaré ni una sola vez la palabra «arquitectura».

Cien años antes de que Martín I el Humano mandara construir Bellesguard, Ramon Llull escribió:

Soy hombre viejo, pobre y menospreciado,  
no tengo ayuda de hombre nacido alguno  
y me he empeñado en una tarea demasiado vasta.  
He buscado en este mundo un gran proyecto,  
muy buen ejemplo a muchos he dado,  
poco conocido soy, y poco amado.

Hasta muy pronto, Alfonso; ¡cómo me gustaría que me quisieras a través de mis obras!

Antón

## Carta XIII

Puigcerdá, hotel Europa  
2 de mayo de 1911

Mi querido amigo:

–El catalanismo no desaparecerá, por muchas ilusiones que se hagan los del centro. Tendrá, como ha tenido, sus altos y sus bajos; mandará o no mandará diputados a las Cortes, formará coaliciones como Solidaridad Catalana siempre que se dé causa para ello y las deshará cuando cese la causa y volverá a hacerlas y a deshacerlas cien veces y cien veces cantarán victoria sobre ellas y otras cien tocarán a rebato: todo parecerá que ha concluido y todo volverá a empezar. Nos esforzaremos unos y otros en borrar diferencias, en olvidar agravios, en buscar un ideal común que nos una, que nos funda, que nos haga una sola cosa..., pero siempre, siempre, siempre volverá a levantarse este impulso, esta fuerza, esta cosa viva, aguda, inmortal que es el espíritu catalán, que es nuestro genio particular, que es nuestra lengua, que es el Mediterráneo, o el Pirineo, o la raya del Ebro o la raya de Dios... La borrarán y volverá a salir, la apagarán y volverá a encenderse, la ahogarán y volverá a respirar, la mudarán y volverá a ser ella misma, porque la raya de Dios, el genio particular, el espíritu, la lengua nunca, nunca, nunca morirán.

»¿Lo entendéis bien?...

Escuché estas palabras sentado en la última fila de la sala de actos del Ateneo barcelonés. Las pronunció un hombre de talla mediana y bien proporcionado; gesticulaba con tal vehemencia que el público, sobrecogido, contenía la respiración. La expresión de su rostro, ensombrecida por un velo de reserva, ora se encendía por una inspiración repentina, ora se apaciguaba en una

meditación profunda. Sí, Alfonso, en ese hombre había más alma que cuerpo. Sus palabras parecían querer traspasar los límites del mundo, eran indiferentes al cálculo de la razón, iban más allá de los tumultos de la cultura y la civilización, y evidenciaban las contradicciones entre el ideal perenne y la realidad contingente.

Ese hombre era Joan Maragall, nuestro mayor poeta junto con Verdaguier.

A veces, cuando siento la necesidad de una conversación estimulante o de escuchar un poco de música, me acerco a su casa en San Gervasio. Está a poco más de cuarenta minutos de la Sagrada Familia, así que puedo ir dando un paseo. Rodeada por un hermoso jardín, tiene colores cálidos en las paredes y estanterías abarrotadas de libros. Siempre me ha llamado la atención que Maragall –el hombre más despistado que uno pueda imaginar– y su mujer, Clara, hayan tenido trece hijos. Cuando conocí a Clara se encontraba en eso que se llama la flor de la vida. Su belleza producía una impresión de equilibrio: tenía los ojos azules, la cara redondeada, las cejas y los labios finos, y su cabello cobrizo, que siempre llevaba recogido, correspondía por entero a su tipo de piel blanca, salpicada por pequeñas pecas. Pero sobre todo ello destacaba una voluntad de hierro que, sin darse respiro, regía las innumerables obligaciones del hogar, así como las vidas de los suyos.

Recuerdo que en cierta ocasión llegué a su casa más tarde de lo acostumbrado. Debían de ser casi las ocho porque la familia, que seguía horarios británicos, ya había cenado y los niños se disponían a irse a la cama. Clara me acompañó al despacho de su marido. Este estaba escribiendo. Al verme, se levantó y extendiendo los brazos me dijo:

–¡Ah, Gaudí, un poco de compañía era justo lo que necesitaba! El texto en el que trabajo se me ha atragantado y cuando la musa se muestra esquiva no hay nada mejor que relajarse y olvidarse de lo difícil que resulta escribir. ¿Le apetece un jerez?... Perdona, se me olvidaba que es usted abstemio. ¿Quizá una camomila? ¿Sí?... –Se volvió hacia su mujer y le dijo–: Querida, tráele una infusión a nuestro gran arquitecto y a mí un poco de oporto; me sentará bien. –Y dirigiéndose de nuevo a mí, añadió–: Pero, por favor, siéntese y charlemos un rato. Cuénteme, ¿cómo va nuestro templo?

Me encontraba en una situación difícil.

Las donaciones a la Sagrada Familia habían disminuido de forma alarmante y necesitábamos un revulsivo que concienciara a la gente de la necesidad de

seguir aportando fondos. Primero nos dieron sesenta mil duros, después setenta mil; eso nos permitió construir el portal y el modelo de yeso de la archivolta, que costó una barbaridad. Pero en el momento del que te hablo las obras casi se habían paralizado. La junta directiva se había quedado sin recursos y las instituciones públicas, como siempre, permanecían al margen. Quería pedir a Maragall que escribiese un artículo en el *Diario de Barcelona*, del que era asiduo colaborador, para dar a conocer la situación de precariedad que padecíamos. Era uno de los poetas más respetados del país y estaba seguro de que su intervención surtiría efecto. Se lo planteé con una cierta turbación; sin dejarme acabar, dijo:

–Por usted y su templo haré lo que haga falta; para mí es un honor contribuir a su causa. La Sagrada Familia está en manos de Dios y en la voluntad del pueblo catalán, por consiguiente este debe responder cuando se le necesita. Además podemos proponer a Prat de la Riba que escriba también algo; es sensible al tema y estoy seguro de que responderá a la llamada.

Terminó su copa de oporto y lanzándome una sonrisa, como quien cuenta de antemano con una respuesta afirmativa, me propuso:

–Antes de seguir, si lo desea, podría tocarle algo de Schubert. ¿Le apetece?

Sin pensárselo dos veces, se dirigió al piano. Abrió la tapa, que estaba cerrada con llave, y se acomodó. Pasaron unos minutos mientras buscaba entre las partituras del atril. Al fin encontró la pieza que quería y empezó a tocar un *Impromptu* de Schubert. Me gustó su elección. No sé muy bien por qué motivo Schubert me recuerda al príncipe Mishkin, el personaje principal de *El idiota* de Dostoyevski. Jamás he logrado averiguar a qué se debe esa analogía; quizá a que los dos tienen una misma ingenuidad llena de sabiduría y nos hablan con profundidad de las cosas más sencillas. La interpretación de Maragall era más pasional que técnica. Bendito sea por ello. Detesto a esos músicos pendientes de la perfección exterior que olvidan aquello que no está escrito en las notas: el espíritu, la sustancia, el alma misma de la obra. Maragall cometía algunos errores. Pese a ello su ejecución era hermosa y sus manos, delicadas y tensas al tiempo, recorrían el teclado sin seguridad pero con dulzura. Cuando terminó, me miró con ojos vidriosos, debido a la emoción que le había provocado entrar en el jardín secreto de Schubert, y con una voz quejumbrosa exclamó:

–Perdone..., es una pieza tan endiabladamente difícil que soy incapaz de tocarla como es debido, pero es tan hermosa que me resisto a abandonar y lo



intento una y otra vez. Schubert y Mozart son mis compositores preferidos. No hay un solo día en que no aprenda algo de ellos...

Cerró la tapa del piano y retiró la llave, que guardó en una cajita que estaba encima de una repisa. Se acomodó en un sillón junto al mío y en un tono de confianza me dijo:

–Por cierto, Gaudí, pese al tiempo que ha pasado, nunca he tenido ocasión de contarle que estuve presente la noche del célebre atentado en el Liceo. La bomba estalló a pocos metros de mí; fue horrible, no solo por las más de veinte personas que fallecieron, sino también porque supuso una seria advertencia de lo que vendría después.

Hizo una pausa, se sirvió otro oporto y continuó:

–Escenificaban la última ópera de Rossini. ¿Le gusta su música? Yo pienso que si bien su indudable brillantez en un principio puede llamar la atención, acaba por resultar fatigosa. Hay gente que lo compara con Mozart. Creo que es una equivocación. Sus mundos son distintos, casi le diría que antagónicos. Mientras que la satisfacción que provoca el primero no traspasa la piel, la del segundo alcanza honduras mucho mayores. Mozart fue uno de los mayores genios, no solo porque creara con absoluta maestría, sino también porque a través de su música retrata, con penetración psicológica inigualable, todos los estados del alma humana en sus múltiples y contradictorias facetas.

Temiendo que la conversación derivara exclusivamente hacia la música –una de sus grandes pasiones de la que nunca se cansaba de hablar–, le pedí que me explicara su versión del atentado. Había oído contar muchas historias sobre él. Algunas veraces, otras cargadas de fantasía; llegué incluso a hojear las páginas que le dedicó Baroja en una de sus novelas. Pero la opinión de un testigo presencial de la talla de Maragall me ayudaría a entenderlo mejor. Bien dispuesto a relatar una experiencia que había estado a punto de costarle la vida, Maragall me miró fijamente a los ojos y dijo:

–Sí, amigo mío, es un tema de gran importancia, aunque confuso. Tras el atentado de esa infausta noche de noviembre de 1893, no me fue difícil recabar información dada mi relación con el *Brusi*. Así me enteré de que la esposa del anarquista Santiago Salvador había adquirido para su marido una localidad de la quinta planta –«el paraíso» o «gallinero», como suele denominarse–, para la velada inaugural de la temporada del Liceo. Se representaba *Guillermo Tell* de

Rossini, ópera ambientada en el siglo XIII que trata sobre la patriótica resistencia de los suizos a un tirano austríaco. En el segundo acto, Guillermo y dos amigos juran liberar a su pueblo del yugo extranjero. Salvador eligió ese momento para levantarse de su asiento, asomarse a la barandilla y sacar dos bombas Orsini que llevaba escondidas bajo su chaquetón. Arrojó la primera a la parte delantera de la platea, donde estaban los ricos. Estalló en la fila 14; lo recuerdo perfectamente porque mi mujer y yo estábamos en la séptima y la onda expansiva no nos alcanzó de milagro. El estrepito producido por la detonación, la nube de humo, los gritos de terror, el desconcierto general, los cadáveres esparcidos a nuestro alrededor, el miedo a que estallase otra bomba provocaron una impresión apocalíptica, que me es muy difícil describirle. Pero Salvador no tenía bastaste y lanzó la segunda bomba, que por suerte cayó sobre el cadáver de una señora cuya carnosidad impidió que explotara. El terrorista se mezcló entonces con la muchedumbre que bajaba despavorida por la escalera y desapareció en las callejuelas de detrás del teatro. La policía peinó los cafés frecuentados por anarquistas y arrestó a cinco. Ninguno de ellos había tenido nada que ver. Al final los agentes consiguieron dar con el paradero de Salvador; se le condenó a garrote vil y lo ejecutaron en Montjuic, junto con los otros cinco.

Maragall me miró con un aire de pesimismo, como si lo que iba a decir a continuación le pesara hasta el punto de no haber podido quitárselo de la cabeza durante mucho tiempo, y prosiguió:

—Como bien sabe, Gaudí, el atentado del Liceo fue el comienzo de una serie de calamidades que culminaron con la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas. La guerra hispanoamericana evidenció que España era un imperio con pies de barro. De la noche a la mañana todas sus ínfulas de grandeza desaparecieron y su inconsistencia emergió con crudeza. Los norteamericanos aprovecharon nuestra debilidad para declararnos la guerra a través de una artimaña: hundieron su acorazado *Maine*, en el que perecieron más de doscientas personas, y nos hicieron responsables del sabotaje. Necesitaban a toda costa una excusa para iniciar el conflicto y así, con una victoria que daban por segura, expandir su poder colonial. Mientras las potencias europeas aumentaban el número de sus colonias, España perdía los últimos restos del imperio. Dos razones explicaban lo sucedido: la primera era que España, como nación, no podía asumir los retos de la modernidad como otros Estados europeos; la segunda era que el pueblo

español había sido traicionado por políticos corruptos y generales incompetentes. Esta última es especialmente cierta. La crisis no afectó solo al orgullo nacional herido, también tuvo graves implicaciones en la economía; la industria española, en la práctica la industria catalana, se vio privada de sus tradicionales mercados de ultramar. ¿No ha hablado de esto con sus amigos los Comillas? Ellos fueron los principales damnificados, aunque ya se sabe que los ricos se sobreponen pronto a sus reveses. Poco después del desastre vimos riadas de soldados veteranos abandonados y febriles pululando por la zona portuaria de Barcelona. Sus rostros vencidos, el miedo de sus ojos, eran el reflejo del final de una época, el término de los sueños de gloria de una nación desnortada que había cometido un error tras otro. Y es una pena, Gaudí, créame, porque España, si tomara de una vez por todas el buen rumbo, tendría un potencial extraordinario.

Se interrumpió de repente. Tuve la sensación de que las palabras se le amontonaban en la boca. Tomó aliento, observó que ya no le quedaba oporto en la copa, se resignó a ello y continuó:

—¿Alguna vez se ha preguntado qué país tiene la diversidad del nuestro? ¿No? Es importante hacerse esa pregunta. Diversidad significa progreso, aire, esparcimiento, dialéctica, futuro, riqueza... Quizá Suiza tiene rasgos parecidos, si bien Suiza es más una organización administrativa que un país en el sentido estricto, por tanto no se puede tomar como modelo. España dispone de recursos formidables. No; no me refiero a esa España vieja, autoritaria, sorda a sus propios impulsos, sino a esa otra con sus diversas lenguas, tradiciones y culturas que por desgracia han vivido siempre de espaldas unas a otras, enfrentadas, sometidas por su hermana mayor, Castilla, que ha sido incapaz de dar cohesión a ese espacio político plural, moderno que me gusta llamar Iberia.

»La pregunta que todos deberíamos plantearnos es: ¿cómo ha de vivir España? No arrastrándose por las callejuelas provincianas del caciquismo, no agarrotada como hasta ahora en las ataduras de una uniformidad contraria a su naturaleza y a su historia, ni en la vaciedad sin sentido de los viejos partidos ni en el aire corrompido de un centralismo cerrado a toda penetración del aura popular... No, ha de vivir a los cuatro vientos de los mares que la rodean, ha de vivir en la libertad de sus pueblos, libre cada uno en sí mismo, extrayendo de la tierra propia su propia alma y de su propia alma el gobierno propio, para rehacer, todos juntos, una España viva que se gobierne por sí misma. Así ha de vivir

España. Y entonces podremos estar orgullosos de haber cumplido nuestro verdadero, nuestro único destino. Porque España ya no será un grito trágico, ya no será un eco de vaciedad, ni el símbolo de políticas funestas ni el lugar común de un patriotismo encubridor de toda clase de flaquezas y codicias, sino que España querrá decir que los pueblos se levantan y se mueven, que hablan y plantan cara a los que hasta ahora han vivido de su muerte aparente.

Intentó sonreír, pero su rostro solo adoptó un rictus de dolor. Como si estuviera apretando los dientes, los músculos de su frente se tensaron y acabó por agachar la cabeza, dando la sensación de soportar una carga superior a sus fuerzas.

Era casi medianoche; los dos sabíamos que a medida que las fuerzas se debilitan, más ágil se siente el espíritu. Le dije que los españoles nunca podrían unirse; que los puntos de apoyo del pueblo eran el gobierno, el comercio y el arte, todo cosas sintéticas; que las gentes del centro eran abstractas y la abstracción conducía siempre a los extremos, y así veíamos cómo el gobierno central iba de la violencia cuando actuaba colectivamente a la inconsistencia cuando asumía el poder un solo individuo. Añadí que Cataluña ya tenía bastante con ponerse de acuerdo en la manera de solucionar sus propios problemas. Le reconocí, sin embargo, que a mí nunca me había gustado hablar de política, ya que pensaba que era perder el tiempo. Me levanté con la intención de marcharme, pero Maragall quería seguir hablando.

—Por favor, no se vaya; es pronto todavía. ¿Sabe?, Miguel de Unamuno, con el cual mantengo una larga correspondencia, me ha escrito diciéndome que los catalanes deberíamos esforzarnos en catalanizar España en castellano; que de este esfuerzo simultáneo con el de cada región para imponer su espíritu en el conjunto había de resultar la verdadera nación española. Yo creo que esto, por lo menos de momento, no es posible. No estamos en condiciones de emprender este camino; sería nuestra ruina definitiva y España no sacaría provecho alguno de ello. La prueba son los cinco siglos pasados: Cataluña se incorporó espiritualmente al Estado hispano castellano, fue olvidando su propia lengua en sus más altos usos, entregó su aristocracia a la corte castellana; sus ingenios, a la cultura central; dejó caer sus instituciones, aceptó de lleno la unidad del régimen constitucional, aportó a la política española su espíritu particular, sus capacidades morales, intelectuales y económicas, sus mejores hombres, sus

multitudes, su sangre y su dinero. Y ¿qué ha quedado de ello en el conjunto de la evolución hispana? O dicho de otro modo: ¿dónde está el rastro de catalanidad en el pueblo español? ¿Dónde están los hombres, las obras, los hechos políticos, las leyes, los partidos de los que se pueda decir: esto es lo catalán de España; este es el sello, el rastro, la aportación que los catalanes han dejado en el espíritu hispano? ¿Qué sustancia ganó España con tenernos? Ninguna. ¿Qué ganó Cataluña con tal incorporación? Nada.

Maragall expresaba con palabras claras aquello que otros pensábamos con más sentimiento que razón. Su rostro, de hecho todo su cuerpo, transmitía tal pasión y convencimiento que uno tenía la impresión de que las cosas no podían ser de otra manera a como él las planteaba.

–Déjeme añadir –continuó, aún más exaltado– que desde que el catalanismo se levantó como reivindicación de una personalidad nacional propia y habló en su lengua, Cataluña empezó a significar algo por sí misma y, lo que resulta sorprendente, empezó a significar algo para España. Hoy, aquí y fuera de aquí, se sabe que Verdaguer, Torras i Bages, Prat de la Riba, Güell, Cambó, Gaudí (y permítame también incluir mi nombre) son catalanes, y como catalanes representan algo en la cultura y en la política españolas. Y si algún caso se ha hecho de lo dicho por ellos ha sido sencillamente por contraste, al saberse que aquellas palabras tenían fermento catalán. Por eso no estoy de acuerdo con Unamuno; no puedo estar de acuerdo con los intentos de intervención ni con los ensayos de imposición mutua, puesto que no lograríamos más que estorbarnos unos a otros en la gran obra nacional, en la única eficaz, que es ir hurgando cada pueblo en su alma particular hasta llegar a la raíz común, la raíz ibérica que indudablemente existe en todos ellos. Allí hemos de encontrarnos, allí hemos de entendernos y por cierto hablando cada uno en su lengua; allí hemos de unirnos valorando cada uno su elemento y su fuerza, allí está la Iberia en la que sueño – catalana, castellana, vasca, portuguesa–; allí está el alma peninsular aún por descubrir, la gran civilización ibérica aún por hacer y por la que seremos algo importante en el mundo. Esta es mi fe y todo lo demás me parece, como decía usted antes, perder el tiempo y malgastar energías. *Catalunya i avant* fue nuestro antiguo lema; restaurémoslo de modo que entendamos que «adelante» por de pronto quiere decir «hacia dentro».

Se levantó del sofá y dio una vuelta alrededor de la sala. Supuse que

necesitaba hacer una pausa para desentumecer el cuerpo; luego se sentó de nuevo y con una voz tan enérgica que en ocasiones resultaba atropellada continuó:

–Me gustaría decirle una última cosa que me temo quizá pueda considerar el reverso de la moneda. Soy un convencido federalista. Estoy seguro de que el federalismo es la mejor opción para todos. Aunque a veces me entra un desánimo, una tristeza, un dolor, algo que me dice que mi sueño jamás se hará realidad, porque España, políticamente, no es nada, y haría bien en no preocuparse más de cómo y por quién ha de ser gobernada, ya que es igual. Toda su fuerza está en su alma, y esta nadie en la tierra se la gobernará. Toda su fuerza está en el individuo pequeño, seco, oscuro, reconcentrado, pero que estalla violentamente en alma, en luz, en brillo, en genio, en santidad, en valentía. Lo mismo puede ser un mendigo que un duque de Osuna, un loco que un profeta, un tahúr que un Velázquez, un bandido que un santo; todo puede serlo menos un ciudadano. La mediocridad ciudadana no ha sido hecha para el celtíbero: él quiere conquistar en cada momento su bien o apurar su mal, que no le den nada hecho. A este hombre, pues, a este mendigo, a este duque, a este idiota, a este profeta, a este bandido, a este santo, ¿qué le importa quién gobierna ni cómo? A él no le gobierna nadie. Cuando parece que se interesa y que interviene en política, en el fondo su interés se halla en algo muy particular de su tribu o en algo muy recóndito de su alma. En España, la pasión política no es sino un disfraz de pasiones más primitivas que buscan en aquella satisfacción disimulada; por esto se presenta una violencia que parece excesiva a su objeto: y es que el objeto es otro. Así puede afirmarse que no existe ni un solo español, si lo es verdadero, con derecho a llamarse liberal; entre nosotros el liberalismo es una ficción, una hipocresía, un distintivo de tribu para luchar contra otras tribus. Nada más. Aquí todos queremos hacer nuestra santa voluntad y que los demás se sometan a ella. Así es que nuestra libertad solo se ejercita en la opresión o en la rebeldía. En fin, ya está bien por hoy; creo que los dos nos merecemos un descanso. Déjeme un par de días para escribir el artículo. Si le parece nos podríamos volver a reunir aquí y así lo comentamos.

Cuando regresé, al cabo de unos días, lo encontré excitadísimo. Me abrazó y con una sonrisa generosa, exclamó:

–He hablado con Prat de la Riba; está dispuesto a ayudarnos. Escribirá un

artículo en *La Veu*. Yo he acabado el mío; se llama «En la Sagrada Familia».  
¿Me permite que se lo lea?

Recuerdo el final:

...Porque la cuestión no está en que yo me explique mejor o peor, sino en recordar que nuestro espíritu está empeñado en la obra de este templo; de modo que mis palabras no son para el halago del sentido, sino que pueden reducirse a este imperativo de nuestra conciencia: «Dad más.» Y el que no quiera escucharlo en vano se tapaná los oídos, porque con una sola vez que haya visto la obra, dentro de él quedará el imperativo incesante y tendrá bastante para sentir la punzada de un deber tanto más espiritualmente apremiante, cuanto menos materialmente exigible.

Nada mejor para acabar esta carta que uno de sus poemas más hermosos, «La vaca ciega»; está traducido por su amigo Miguel de Unamuno.

Tropezando en los troncos de cabeza,  
hacia el agua avanzando vagarosa,  
del todo sola va la vaca. Es ciega.  
De una pedrada harto certera un ojo  
le ha deshecho el boyero y en el otro  
se le ha puesto una tela: es vaca ciega.  
Va a abrevarse a la fuente a que solía,  
mas no, cual otras veces, con firmeza,  
ni con sus compañeras, sino sola.  
Sus hermanas, por lomas y encañadas,  
por silencio de prados y riberas  
hacen sonar la esquila mientras pastan  
yerba fresca al azar, ella caería.  
Topa de morro en la gastada pila,  
afrentada se arredra, pero torna,  
dobla la frente al agua y bebe en calma.  
Poco y casi sin sed; después levanta  
al cielo, enorme, la testuz cornuda,  
con gesto de tragedia, parpadea  
sobre las muertas niñas, y se vuelve  
bajo el ardiente sol, de lumbre huérfana,  
por sendas que no olvida vacilando,  
blandiendo en languidez la larga cola.

*Adeu*; acuérdate de mí en tus oraciones.

Antón

## Carta XIV

Puigcerdá, hotel Europa  
4 de mayo de 1911

Mi querido amigo:

Las imágenes que guarda la memoria del hombre solitario son siempre penetrantes y su reminiscencia nunca está exenta de un cierto halo de tristeza. No, Alfonso, no resulta nada fácil desprenderse de ciertas imágenes ya que estas, con el paso del tiempo, en vez de atenuar su intensidad se agrandan. Quiero consagrar la carta de hoy a explicarte el gran secreto; lo que fue, lo que es y lo que será está perfectamente claro para mí, pero para nadie más. Te lo quiero contar como una muestra más de mi confianza en ti.

A pesar de que ha pasado mucho tiempo –tenía entonces veinticinco años–, recuerdo bien el día en que entré en la casona que albergaba en Reus la Gran Logia Simbólica, de la mano de Eduard Toda. Subimos una escalera poco iluminada y atravesamos un largo corredor hasta llegar a una sala que estaba vacía. Al rato, apareció un hombre corpulento con los labios hundidos. Susurró unas pocas palabras al oído de Toda; luego me observó con el semblante serio y, bajando la mirada, abandonó la habitación. Toda abrió un armario repleto de ropajes que parecían destinados a un ritual, sacó un pañuelo blanco y me vendó los ojos. Traté de disimular mi nerviosismo, mas las piernas me traicionaban. Mi amigo me atrajo hacia sí, me besó en las dos mejillas y tomándome de la mano me condujo a otra sala. La venda me apretaba, así que rogué que la aflojara. Lo hizo al tiempo que me decía con una voz inusualmente grave:

–Tranquilízate, todos hemos tenido que pasar por lo mismo. Cuando oigas que llaman a la puerta, quítate la venda y espera a que vengan a buscarte.



No me es posible precisar el tiempo que permanecí ahí solo, sin moverme. Debió de ser bastante ya que recuerdo que en más de una ocasión tuve la tentación de quitarme la venda y marcharme. Me pesaban los brazos, mi respiración era irregular y una sensación de frío y rigidez recorría mi espalda. Por fin oí los golpes en la puerta. Me quité la venda. A pesar de la oscuridad que reinaba a mi alrededor, pude ver un objeto blanco iluminado por una pequeña lámpara en una esquina del lado opuesto al de la puerta. Me acerqué y comprobé que se trataba de una calavera colocada sobre una bandeja que contenía también azufre, pan y sal. Junto a ella había un libro abierto. Leí las primeras palabras: «En el principio era el Verbo y el Verbo estaba en Dios.» Eran símbolos de la muerte iniciática, a la que seguiría una nueva vida del cuerpo y el alma. Llevaba varios minutos dejando que las miradas de mi espíritu se perdiesen en ensoñaciones cuando, al girar la cabeza, vi a un hombre de mediana estatura. Un mandil blanco le cubría el pecho y buena parte de las piernas; llevaba guantes, blancos también, y un suntuoso collar. Nos sostuvimos unos segundos la mirada sin decir nada. Algo iba a pasar que tenía que ver con la luz del Oriente, según me había comentado Toda al sugerirme que me hiciera de los suyos. El hombre del mandil blanco rompió su silencio y con voz seca me preguntó:

—¿Por qué has venido? ¿Qué quieres de nosotros? Si es la curiosidad la que te ha traído hasta aquí, márchate. Si crees en las distinciones de raza o religión, márchate. Si pretendes disimular, tiembla, porque acabaremos descubriéndote. Pero si perseveras en tu decisión de unirme a nosotros y atiendes a nuestros preceptos, tu alma saldrá de las tinieblas y verá la luz.

Después de una breve pausa, volvió a preguntar:

—¿Estás satisfecho con tu vida?

Negué con la cabeza.

—Y bien, ¿a qué esperas entonces para cambiarla? Recibiste unos dones. ¿Cómo los has empleado? ¿Acaso han servido para mejorar a tus semejantes?

Aturdido por sus preguntas, experimentaba un sentimiento de temor y veneración, igual al que me acompañaba de niño cuando iba al confesionario. Al observarlo más de cerca, caí en la cuenta de que se trataba de mi antiguo profesor Josep Fontseré, aquel con el cual había trabajado en el proyecto del parque de la Ciudadela. La penumbra, sus vestiduras y su pose en la sala me habían impedido reconocerlo. Me sentí incómodo. Nunca le había tenido

simpatía y la verdad es que ese era el último lugar donde esperaba encontrarlo.

Fontseré me examinó con desconfianza y, con un tono que desde luego no denotaba fraternidad alguna, dijo:

–¿Estás seguro del paso que quieres dar? Tienes aún tiempo de rectificar.

Levantó la mano, señaló una inscripción tallada en una de las paredes y exclamó a voz en cuello:

–*Visita Interiore Terrae Rectificando Invenies Occultum Lapide Veram Medicinum.* ¿Comprendes su significado? Es el símbolo de la muerte y el renacimiento. Muerte del hombre efímero que, una vez ingresado en la Orden, deja atrás su vieja naturaleza para revestirse de una nueva. Te encuentras en la Cámara de Meditación de nuestra Logia. Este lugar evoca el Santo Sepulcro en el que Cristo estuvo enterrado durante los tres días previos a su resurrección. Ahora debo dejarte para que reflexiones.

Al cabo de un buen rato, regresó para enseñarme las virtudes correspondientes a las siete gradas del Templo de Salomón; luego me pidió que me quitase la chaqueta, el chaleco y el zapato izquierdo. Me abrió la camisa sobre la parte izquierda del pecho y me arremangó la pernera izquierda del pantalón hasta la rodilla.

Casi inmediatamente, apareció Toda. Vendó mis ojos de nuevo y me condujo hasta donde iba a tener lugar la ceremonia. Llamó a la puerta. Escuché tres golpes de martillo. La espera se me hizo eterna; estaba muy nervioso. Por fin, las puertas se abrieron. No podía ver nada más que sombras recortadas, si bien voces próximas siguieron haciéndome preguntas: quién era, dónde había nacido, qué pretendía de ellos. Mientras daba vueltas a su alrededor, en medio de un ruido persistente, hablaban sobre la dificultad de mi viaje, los riesgos que entrañaba, el valor, la amistad y el eterno Arquitecto del Universo. Se dirigían a mí como «el que busca», «el que sufre», «el que pregunta»... De repente el ruido cesó; las preguntas también. Uno de ellos tomó mi mano derecha, la apoyó sobre un objeto blando y me dijo que con la otra sujetara un compás y lo llevara a la parte izquierda de mi pecho. Entonces, me pidió que me arrodillara y pronunciara el juramento de fidelidad a la Orden, repitiendo las palabras que iba a escuchar. Luego me quitó la venda. Lo que vi me dejó sorprendido. En torno a una mesa estaban sentados diez hombres con mandiles blancos. Además de Fontseré y Toda, reconocí a Salvador Pagés, el de la Cooperativa Mataronense.

Todos guardaban silencio y escuchaban las palabras del Gran Maestro, que llevaba en el pecho una cruz mayor que los demás y sostenía un martillo. En un extremo de la mesa había un tapiz con diversos dibujos: el sol, la luna, el martillo, la plomada, la paleta, la piedra labrada, la columna, las tres ventanas, y en el otro, una especie de altar rodeado por siete candelabros como los de las iglesias. Dos hombres me condujeron hasta ahí y me ordenaron que me echara en el suelo con los brazos extendidos.

Sentí la piedra fría en mi cara y las dudas volvieron a aparecer. Esta vacilación, sin embargo, duró solo un momento al comprender que ya no había vuelta atrás. ¿Por qué seguir dudando? ¿No formaban parte de la Orden muchos de mis mejores amigos? ¿No habíamos encontrado Toda, Ribera y yo, en las ruinas de Poblet, la tumba del duque de Wharton, fundador de la masonería española, y jurado ante ella que un día ingresaríamos en la Hermandad? ¿No habían sido sus miembros quienes me habían ayudado proporcionándome mis primeros encargos como arquitecto, consiguiendo que mi servicio militar se acabara para que no interrumpiera mi trabajo? ¿No eran sus símbolos –el compás, la escuadra, la plomada, el cincel– las herramientas de mi oficio? ¿No respondíamos todos a la llamada del Gran Arquitecto?

Sí, ya sé que te preguntarás por qué no he mencionado antes esto; lo cierto es que esperaba el mejor momento para hacerlo. Mi memoria se alimenta del libro de los recuerdos y este está permanentemente abierto; al fin y al cabo, yo, aquí y ahora, solo soy la mano que sujeta la pluma. La verdad nunca es escandalosa, o lo es solo en la medida en que toda verdad exenta de artificio tiene algo de tumultuoso.

Confieso que ahí, echado sobre el suelo, acabó por invadirme una felicidad que no sentía desde niño; era como si todo lo que me rodeaba: símbolos y personas, se armonizase en un acorde perfecto que retumbaba en mi interior y aumentaba mi deseo de vivir. Hasta entonces había caminado por los bordes de la vida, paralizado por la insatisfacción; había sido un hombre que perseguía su propia sombra, que rastreaba su propia obra, que amaba y que no obstante temía al amor; un hombre a merced de pasiones que, en el vértigo de su fuga, buscaba un refugio donde poder cobijarse. ¡Qué dicha compartir la soledad! Soledad hecha de suspiros, de sufrimientos sin lágrimas ni compasión, de impulsos que brotan de una energía derrotada. Todos sufrimos a causa de la soledad. Todos

queremos liberarnos de ella. Yo no pude. Pero lo cierto es que durante los años en que estuve en la masonería, sentí como nunca antes la satisfacción de formar parte de una fraternidad universal, y eso amortiguó la dureza de mi soledad.

Después de permanecer tumbado durante un largo tiempo, me ordenaron que me levantara. El Gran Maestro me colocó un mandil blanco igual que el de los otros y me dio una paleta y tres pares de guantes blancos. Tenía que esforzarme en no manchar el mandil, símbolo de la firmeza y la castidad; en cuanto a la pala, era el instrumento para purificar mi propio corazón y aplacar con paciencia el corazón del prójimo. Del primer par de guantes no podía de momento conocer su significado aunque debía, eso sí, conservarlo a buen recaudo; el segundo era para que lo llevara en las tenidas y el tercero tenía que entregarlo a la mujer que más estimase, evitando a toda costa que adornase manos impuras.

Una vez acabada la ceremonia, agradecí las muestras de afecto que todos me mostraron. Cuando le llegó el turno a Toda, me dijo:

–Bienvenido a la Orden, hermano. Volvemos a estar tan unidos como en aquellos días en los que descubrimos la tumba de Wharton en Poblet. Para nosotros dos, hoy se cierra el círculo.

¿Por qué, Alfonso, la necesidad de cuestionar nuestras decisiones forma parte de nuestra naturaleza? ¿Es esa confrontación entre lo que creemos bueno y lo que intuimos que es mejor la que nos provoca insatisfacción? ¿Por qué el afecto se transforma en desafección y aquello que ha sido significativo un buen día deja de serlo? ¿Por qué lo que en un principio me sedujo –el vínculo entre los miembros de una orden secreta–, acabó por serme indiferente e incluso molesto? Si me preguntas cuáles fueron las causas de mi distanciamiento de mis «hermanos» no sabría bien qué responder. La respuesta quizá esté en mi naturaleza, incapaz de cualquier compromiso que vaya más allá de mi propio trabajo. También debo decir que ese distanciamiento fue directamente proporcional a mi aproximación a la Iglesia católica, si bien esta no se produjo de forma completa hasta que conocí al obispo Grau.

Cuando, cuatro años después de mi ingreso en la Orden, le confesé a Toda que tenía intención de abandonarla, me dijo con un tono pausado, sin inmutarse:

–Ya sabes que la masonería considera que un iniciado sigue siendo masón hasta la muerte; en el momento que uno de sus miembros se aleja de ella, pasa a ser un «durmiente». Nadie te presionará para que rectifiques, muy al contrario,

respetarán tu decisión, pero ten presente que la iniciación otorga una especie de carácter indeleble que dura toda la vida.

Lo que me dijo Toda puede ser verdad, pero lo cierto es que mi ruptura fue definitiva; a veces, sin embargo, me pregunto qué significó en mi vida aquel día en que fui iniciado. Nunca lo sabré del todo.

La cita de hoy es de Johann Wolfgang von Goethe. Él también fue masón. «A ti te debo todo mi vigor, pasión, inclinación, culto y locura.»

Eso pienso yo también de ti,

Antón

# EL ESPÍRITU

## Carta XV

Puigcerdá, hotel Europa

7 de mayo de 1911

Mi querido amigo:

Fue después de un concierto en el palacio Güell cuando el conde me habló por primera vez de construir un parque en Barcelona. Se habían interpretado los himnos de Apolo: dos fragmentos musicales descubiertos en 1893 entre las ruinas de Delfos. Era una de las poquísimas muestras de música griega, atribuida a un compositor ateniense que, según aseguraban, había vivido hacia el año 140 a.C. Los himnos habían sido escritos en una losa de mármol, conservada en el museo de Delfos, y Güell contrató a un musicólogo para que hiciese una versión adaptada a instrumentos modernos. Nunca había visto el palacio tan lleno de músicos y cantantes: debieron de intervenir al menos doscientos. A mí, esos extraños himnos a un dios antiguo me parecieron convencionales y no tuve la sensación de estar oyendo sonidos llegados de la lejanía de dos mil años atrás. Mas esta impresión personal –que nadie parecía compartir– no es significativa y es de otra cosa de la que te quiero hablar. Al acabar el concierto, Güell me comentó que la rudimentaria música de esos himnos, con una melodía que se movía en cortos intervalos y regresos constantes a una nota central, le había parecido fascinante.

–Lo de hoy –dijo– solo ha sido un indicio del que va a ser nuestro próximo proyecto. –Hizo una pausa y añadió emocionado–: Sí, Gaudí, vamos a construir un nuevo santuario de Apolo... ¿Sonríe? No lo haga. Ya sabe que cuando se me mete una idea en la cabeza, no hay nadie que pueda convencerme de no llevarla adelante. Ni siquiera usted. Recuerde lo que pasó con esta sala y las dificultades

que tuvimos para conseguir una buena acústica. –Y sin dejarme intervenir, concluyó–: Ahora, si me disculpa, debo ocuparme de los invitados. ¿Le parece que nos veamos aquí mismo mañana temprano para tratar este asunto?

En esta ocasión Güell tenía prisa. Contaba con una buena idea que quería convertir en otra de sus obras y naturalmente deseaba que la hiciera yo. Estábamos en 1900, un año para emprender grandes proyectos, pues era el pórtico de un nuevo siglo que entonces vislumbraba magnífico. Tenía el ánimo tan alegre que me precipité a primera hora de la mañana en su despacho con enorme curiosidad y me quedé sentado delante de él mirándole fijamente. Había aprendido a interpretar cualquier modulación en la expresión de su cara, por leve que esta fuera. Si, por ejemplo, se mordía el labio inferior, significaba que estaba inquieto; si, por el contrario, arqueaba la ceja izquierda, quería decir que algo o alguien lo sorprendían. Si los músculos de la cara se le aflojaban, hasta el punto de difuminar por un momento sus arrugas, es que se sentía contento, en paz consigo mismo. Y cuando sonreía con los labios y los ojos al mismo tiempo – uno de sus rasgos más característicos–, implicaba que su cerebro estaba en ebullición. Sus grandes momentos, aquellos que conjugaban la voluntad y la imaginación, iban acompañados por ese tipo de sonrisa. Y esa sonrisa era precisamente la que mostraba esa mañana.

Agitó las manos, igual que un director de orquesta que ataca el primer compás de una sinfonía, y exclamó:

–Permítame preguntarle: ¿cree que soy un buen empresario?

No supe qué decir.

Ante mi silencio, insistió:

–¿Le sorprende la pregunta? Muchas veces me la he planteado yo mismo y la respuesta no ha sido siempre igual. ¿Sabe?, mi padre estaba obsesionado en darme una educación lo más completa posible. Estudié Derecho, Economía, Química y Biología en diferentes universidades, si bien lo que de verdad me gustaba era escribir y pintar. Recuerdo que una vez le llegué a plantear la posibilidad de dedicarme solo a eso. Mi padre me miró con ojos benevolentes y me dijo: «¿No has entendido todavía, Eusebio, que lo importante no son las partes sino el todo? En la relación está el secreto de la sabiduría. Hay que saber relacionar, ver los puntos de encuentro, por ejemplo, entre una sinfonía de Beethoven, la filosofía de Fichte y la evolución del derecho en la época de



Napoleón. Por muy culto que uno pueda llegar a ser, siempre le queda un libro, un cuadro, una composición, una lengua por conocer. Aquel que deja pasar un solo día sin haber aprendido algo nuevo se acerca sin remedio a su final. Por lo tanto deberás formarte en una amplia variedad de materias y solo entonces determinar qué quieres hacer con tu vida.»

»Recuerdo también (yo debía de tener doce o trece años) cuando decidí cerrar el Vapor Vell, su mayor empresa, y marcharse a Nîmes con su familia. Lo hizo pensando fundamentalmente en mi educación. No quería que creciera en un ambiente enrarecido, en el que los ricos parecían no encontrar otra alternativa que la especulación y la explotación. Tenía un espíritu ilustrado, un sentido del deber austero con impulsos filantrópicos que pocos conocían, y creía que el empresario, además de ganar dinero, debía hacer otras cosas. Siempre le gustó la utopía, no en vano su libro de cabecera era *La nueva Atlántida* de Francis Bacon.

»¿Conoce la Provenza? Ahí, la luz es singular; no recuerdo haber visto amaneceres y crepúsculos más hermosos. Uno tiene la impresión de que el tiempo se contrae y la exuberancia de la naturaleza renace día tras día con igual devoción. El peligro está en dejarte cautivar en exceso por esa fatiga que se produce en el alma cuando lo bello no se ve contrastado por disonancia alguna y relaja inevitablemente la voluntad.

»Una de las cosas que más agradezco a mi padre es haberme puesto en manos del cardenal Cabrières, mi tutor durante aquellos años. Era un hombre alto, enjuto, de cejas tumultuosas y ojos que parecían de vidrio; pensaba que todo lo que asciende acaba por converger y, por consiguiente, que todas las religiones son matices de una última y única religión cuyo sentido es el etimológico de la palabra *religare*: volver a unir. Él fue el primero en hablarme de la sinarquía. ¿Sabe lo que es? ¿No? Es el gobierno ejercido por una aristocracia económica dotada de ideas altruistas y humanitarias, con capacidad para conducir a la sociedad hacia un modelo equilibrado. En el año 510 antes de nuestra era, Clístenes, abuelo de Pericles, instauró en Atenas un sistema de gobierno colegiado al que llamó sinarquía, compuesto por sabios que creían en una “ciudad justa”. Reformó la constitución pitagórica y logró mantenerse en el poder durante varias décadas. Desde entonces el deseo de aunar poder religioso, económico y cultural no ha dejado de reaparecer. *La República* de Platón, los templarios de la Edad Media, los humanistas del Renacimiento, los iluminados

de Baviera, la masonería, los socialistas utópicos constituyen distintos eslabones de un proyecto similar.

»La mayor parte de pensadores utópicos tienen algo difícil de rebatir: su férrea voluntad de perseguir el desarrollo humano más completo; pero también, y esto es fundamental, ese sentido común que dice que para que una sociedad alcance un grado de perfección, debe mejorar a la clase dirigente. Todas las utopías están construidas del vértice a la base; es la cúspide la que debe iluminar el edificio social. Ya lo dice Prat de la Riba: “Los pueblos sin aristocracia son pueblos incompletos”.

»Por favor, no se inquiete; déjeme solo un minuto más y pasaré a explicarle cuál es el motivo de haberlo llamado. Mi padre me hablaba a menudo de *La nueva Atlántida*. En ella se describe una isla regida por un rey cristiano en la que se mantienen la propiedad privada y las clases sociales sobre la base de leyes humanitarias, siendo la principal ocupación de sus habitantes el estudio experimental de la naturaleza, así como la aspiración al hombre universal. Los hermanos de la Casa de Salomón gobiernan la comunidad y utilizan el secreto para los asuntos científicos que consideran convenientes, pero siempre en función del bien común.

»Todo lo que le acabo de contar está relacionado con lo que quiero proponerle. He comprado al marqués de Marianao su finca en la montaña Pelada, en el barrio de La Salud. Es un terreno perfecto para llevar a término nuestro próximo proyecto. Ya ve que quiero contar con usted como siempre he hecho. Pero esta vez es ineludible que ponga usted lo mejor de sí mismo, dada la dimensión de la obra que tengo en mente.

Güell tardaba demasiado en decirme de qué se trataba. Disfrutaba dilatando esos instantes previos a la revelación de un objetivo concreto. Era su forma de ser, de la que tanto se hablaba en Barcelona. ¡Si en algún momento me intrigó fue precisamente en ese! Estaba sentado frente a él, con la mirada atenta, sin perderme una sola de sus palabras, algo confundido, esa es la verdad, cuando de repente exclamó:

–Se lo diré sin rodeos: vamos a construir un parque, una morada filosófica, una ciudad jardín, un santuario de Apolo, llámelo usted como quiera, cuya finalidad sea el cultivo del hombre en su pura y completa humanidad. Recuerde la máxima latina: «Nada de lo humano me es ajeno.» Ese debe ser el lema que

presida el parque.

Como siempre que se me presenta una noticia inesperada, permanecí en silencio. Prefería reflexionar antes de manifestar lo que pensaba. Güell me sonrió dejando claro que era consciente del efecto que me había provocado su proposición. Luego siguió a lo suyo: preguntaba sin necesidad de obtener respuesta, hablaba, elucubraba, soñaba despierto.

—¿Me permite hacerle una pregunta? ¿Ha tenido usted relación con la masonería?... Es igual, no hace falta que conteste, ya conozco la respuesta. Durante mi prolongada estancia en Nîmes, entablé una buena amistad con Valentí Almirall; juntos pusimos en marcha dos iniciativas de envergadura: la Associació Jove Catalunya y años más tarde el Centre Català, primera organización política catalanista, que acabó por convertirse en La Lliga Regionalista. Almirall, un masón relevante, no dejaba de adoctrinarme con sus convicciones iluministas; fue tan insistente que a punto estuve de entrar en la Orden, si bien al final deseché esa opción, aunque esto no obsta para que sienta un gran respeto por los masones que conozco. Mi suegro estaba obsesionado con ellos; según él eran peores que los ateos; pagó grandes sumas de dinero para combatirlos. Era un hombre tozudo; cuando se le metía una idea en la cabeza no había forma de hacerle entrar en razón. Yo, le repito, valoro la masonería. Como decía mi maestro, el cardenal Cabrières, cualquier afán espiritual acaba por converger en una última y definitiva religión.

¡Ah, era eso!, pensé yo. Darme a entender que conocía mi antigua vinculación con la masonería. Güell avanzaba por un territorio en el que estaba seguro de convencerme, pues sabía muy bien que su invitación no podía rechazarse.

—Nuestro parque —continuó, cada vez más exaltado— deberá ser un refugio para la élite industrial, cultural, religiosa y política. Sé que es un proyecto de gran envergadura y que por tanto necesitará tiempo para llevarlo adelante. Tómese el que necesite. Pero quiero que sepa una cosa: ese parque será algo así como mi testamento, mi contribución definitiva a la ciudad, porque aspiro a que logre reflejar en él todos los afanes que han dado sentido a mi existencia: liberalismo, tolerancia, exaltación de la fe católica, defensa de la identidad catalana, cultura clásica y adhesión a la sentencia latina *Labor omnia vincit*. Hablemos ahora de algunos detalles importantes.

»Voy a adquirir los terrenos adyacentes de la finca para que la superficie total tenga quince hectáreas y forme una figura de siete lados, con siete puertas como en la antigua Tebas. Confío en que se pueda parcelar en sesenta triángulos iguales, ya que el símbolo del parque será el triángulo. En el centro de cada propiedad, de una o dos parcelas, construiremos una casa con jardín, lo que dará un total de unas cuarenta casas para cerca de cuatrocientas personas. Por lo tanto, querido Gaudí, debe, en buena lógica, trabar la forma que pueda producir todos estos elementos. Es un buen desafío para usted, ¿no le parece?

¡Vaya si lo era! El Parque Güell es mi obra más extrema. Llevo once años trabajando en él. La imaginación es la facultad anímica de ver formas nuevas y saber, gracias al oficio, convertirlas en obras de arte. La fantasía, por el contrario, es la facultad onírica de inventar absurdos e imposibles. La primera es consciente; la segunda, inconsciente. El Parque Güell forma parte de esta última.

Entre las cuatro paredes de mi cuarto en Puigcerdá, a menudo recuerdo nuestros paseos por sus tres kilómetros de vías y acueductos. No sabes cómo los extraño. Cierro los ojos y me sobreviene una visión: eres tú, Alfonso, sosteniendo mi brazo mientras paseamos. Te hablo de la insatisfacción que me produce reencontrarme con mi propia obra, pero también de la alegría que me proporcionan sus audacias, sus matices sutiles capaces aún de sorprenderme. La arquitectura es vida potenciada, procura goce y dolor al mismo tiempo, si bien consume más rápido que cualquier otra creación artística. Su principal problema es la continuidad entre los elementos sustentantes y los sustentados, su desarrollo tanto en las formas de esos elementos como en las leyes de su equilibrio. Tan solo cuando una forma única coincide con una sola ley de equilibrio se alcanza la síntesis arquitectónica. Esa búsqueda ha sido el principal afán de mi vida y quizá sea, así lo espero si el Señor me concede su gracia, mi principal contribución a este arte esquivo. Mi arquitectura es la más lógica, porque su lógica es la de las cosas mismas; la más racional porque su razón es la razón del propio equilibrio de esas cosas, y la más real porque se desprende no del cálculo abstracto, sino de la experiencia y de la práctica que me ofrece la naturaleza.

Me miras con veneración, y yo trato de que tus ojos no turben la placidez de mis palabras. Tu forma de andar tiene una gracia liviana, tierna y altiva a la vez. Despacio, atravesamos los viaductos con hermosas y atrevidas arcadas. Son petrificaciones de un tiempo sin memoria, del tiempo antiquísimo de una tierra

que contiene la historia, las formas y la técnica. Los pinos, algarrobos y palmeras se alzan entre matorrales leñosos, materia de esa tierra esencial de Virgo, donde el agua no existe. ¿Sabes?, tuve que arrancar el espacio que debía ocupar el relleno de tierras y lo transformé en pórticos que se integran en el conjunto agreste de la montaña, para así recorrer largos trechos al abrigo de la lluvia, el viento o el sol ardiente. Las columnas inclinadas que sostienen el empuje de las tierras tienen una fuerte rusticidad: salomónicas unas, cilíndricas otras, con refuerzos exteriores en forma de estalactitas en las que el capricho de la naturaleza ha esculpido extraños cuerpos, cabezas multiformes, inesperadas momificaciones de cariátide. Te detienes y me preguntas por el significado de esas figuras y yo, como tantas otras veces, no sé qué responder. Entonces, con una muestra de júbilo en tus labios, adviertes que todas las columnas terminan, a modo de capitel, en un cáliz de lirio pétreo.

Llegamos sin apenas darnos cuenta a la entrada del parque. En la parte más baja de la montaña diseñé un pórtico con dos gacelas mecánicas que se abrirían con las puertas, si bien al final no llegué a construirlo. Te llaman la atención los medallones situados en el muro de acceso, con forma de vitolas de puro en cuyo interior se encuentran las letras formadas en *trencadís* de las palabras «Park» y «Güell», y me preguntas por qué en el interior de la P hay una estrella invertida de cinco puntas. No estoy seguro de que sea el momento de revelarte los misterios que encierra el parque, pero de repente pienso que es la mejor ocasión para hacerlo: estamos juntos, tú quieres saberlo y yo, en el fondo, deseo explicarte toda la magia que he sido capaz de crear.

«La estrella de cinco puntas –comienzo a decir– es el símbolo presente en los collares de los altos grados de la masonería, esa antigua orden secreta que busca la fraternidad universal entre los hombres. Por eso, si se mira a la izquierda, se puede ver en una almena sobre el lado exterior de la muralla la inscripción “ALABA POR”. Se trata de un anagrama cuyas letras hace falta reordenar: LABOR PAA. Labor es la tarea, el trabajo que los hombres deben llevar a cabo para sí mismos y para el bien de la humanidad; por otra parte, los miembros de la masonería identifican PAA con la casa de hospedaje, que en inglés es *lodge*, es decir logia, y la logia es el taller en el que se reúnen para realizar sus trabajos. Pero hay muchas cosas más que quiero enseñarte.»

En cada lado de la entrada hay unos pabellones enfrentados como si fueran

dos serpientes, indicando que sus fuerzas se neutralizan y son por ello símbolo de protección, de paz y de salud. Frente al pabellón de la derecha hay una gruta que proyecté como cochera; la recorremos en penumbra y de pronto te detienes y exclamas: «¡Es un elefante! ¡Veó su vientre y sus patas! ¡Y ahora también su trompa y su cola!» «Sí, Alfonso –te digo–, la fuerza, nobleza e inteligencia del elefante siempre me gustaron, por eso está presente en alguna de mis obras. En el parque hay otras representaciones tuyas.» Y contemplamos entonces cómo las cubiertas de los dos pabellones, de suaves y vistosos colores, que a la luz del sol producen reflejos e iridiscencias, tienen forma de sillas de montar. No son de caballo, sino de elefante: mucho más anchas, pueden transportar torres sobre las que se asientan guerreros. Más aún: en el interior del pabellón de la izquierda, el techo tiene la forma de un enorme paladar de elefante, los ventanales parecen sus dos orejas y, a su lado, la torre azul y blanca, coronada con una cruz griega, semeja a su trompa erecta.

«¿No son eso setas?», me preguntas con los ojos como centellas cuando salimos, señalándome las chimeneas. «Sí, amigo mío; se trata de dos ejemplares jóvenes de la especie *Amanita muscaria*, de capucha roja con pintas blancas. Estos hongos tienen efectos alucinógenos, de acción similar al soma de los griegos y al peyote mejicano; los druidas, brujas y chamanes los utilizaban en sus ceremonias para entrar en trance, en estados de euforia y de sopor.»

Entre muros almenados de baldosas cóncavas y convexas, que recuerdan a las celdillas hexagonales de los panales, subimos la escalinata que conduce a la Sala Hipóstila. En el centro de la grada hay tres piletas de agua que cae en cascada. La primera contiene grutas y formaciones rocosas inspiradas en los jardines en miniatura japoneses. A la izquierda hay un compás, con su medidor de grados, y a la derecha, un grueso círculo del que salen dos palos hacia arriba y tres hacia abajo. Son las herramientas de los constructores y arquitectos, las mismas que simbolizan la masonería, ya que «masón» significa «albañil» y la figura que representa a la Orden es la de Dios como Gran Arquitecto que con el compás dibuja el círculo perfecto del mundo.

En la segunda fuente destaca el escudo de Cataluña, con las cuatro barras de sangre sobre oro. El paisaje del parque se abre como un abanico sobre la ciudad extendida hasta el mar. Cada piedra, cada árbol, cada forma orográfica surge como expresión de la patria catalana. Del centro del escudo emerge una cabeza

de serpiente de color bronce. «¿Por qué tiene cuernos?», preguntas. «Así suele representarse en las imágenes alquímicas –te respondo–, y su aire perruno lo debe al can que, junto con la serpiente, acompaña a Asclepio, dios de la Medicina.»

Más arriba, en los bordes de la tercera pileta, vemos cómo apoya sus patas una salamandra, representación viviente del fuego, de cuya boca brota un chorro de agua. En lo alto hay una figura de color marrón cuya parte baja es un trípode como el que usaba la pitonisa de Delfos para revelar el oráculo. Zeus soltó dos águilas desde los extremos del mundo y ambas se cruzaron en Delfos. Allí situó el centro de la tierra, al que llamó *omphalós*. Su recinto, encerrado en un muro casi rectangular, se extendía sobre la pendiente de una colina y en su centro se alzaba el templo de Apolo. Ahí, en efecto, al final de la vía Sacra, se abría una grieta entre dos rocas de la que brotaba la fuente de Castalia, que era considerada la boca de Gea, la madre Tierra. De ella había nacido la serpiente Pitón, a la que Apolo robó el oráculo. Sobre esa grieta se colocaba un trípode de hierro que sostenía un caldero, encima del cual la pitonisa pronunciaba sus vaticinios. Los viajeros, antes de preguntar, se purificaban en las aguas de la fuente y una vez en el templo salpicaban con agua fría a una cabra: si temblaba con todo el cuerpo era sacrificada y el peregrino, autorizado a hacer su pregunta.

En el centro del parque se levantan las ochenta y seis columnas dóricas de la Sala Hipóstila que sostienen la gran plaza superior. Hice esta columnata como la hubieran hecho los griegos de la época clásica. Las columnas exteriores se inclinan hacia dentro para compensar el enorme peso de la plaza. Se clavan en el techo como si este fuese una nube blanda, produciendo una sensación de ingravidez. Ovidio dijo que en los orígenes del mundo la tierra no era sólida, el agua era innavegable y el aire no tenía luz, de manera que los cuerpos fríos luchaban con los calientes, los húmedos con los secos, los blandos con los duros y los pesados carecían de peso.

Nos aproximamos al centro de la sala para ver los plafones de tres metros de diámetro, elaborados con trozos de porcelana, loza y vidrio por mi discípulo Josep Maria Jujol. «Fíjate en este azul verdoso –te digo con voz queda–; tiene un sol de veinte puntas. ¿Ves cómo dentro de él hay una cinta larga, estrecha y blanca que forma un lazo a la derecha y otro, invertido pero simétrico, a la izquierda? Los cuatro soles de los plafones –añado– corresponden a las cuatro

estaciones del año. El primero es el del solsticio de verano: esplendor de la luz y del color; el segundo es el sol del invierno: frío, triste, melancólico, como el de los cuadros de Caspar David Friedrich; los dos del fondo, mezcla de vida y de muerte, reproducen los equinoccios de primavera y de otoño. Observa ahora los medallones pequeños que rodean a los mayores: encarnan los ciclos creciente y menguante de la luna; tienen colores de perla y espejo, de luna pálida y soñadora. Sí, Alfonso, lo has adivinado, la Sala Hipóstila es el templo del sol y la luna; los principios de vida y muerte, de la luz y su reflejo, de la realidad y su sombra, de este mundo y del mundo del más allá.

»Ven; quiero enseñarte otra cosa. Aquí, por debajo, corre un manantial de agua magnesiana, igual que lo hacía en la fuente Castalia, en el templo de Delfos. Güell la ha comercializado y le ha puesto el nombre de Sarva. Su etiqueta, diseñada por mí, tiene un ánfora y las dos iniciales de Siva y Visnú, espíritus venerados por el hinduismo que, unidos, simbolizan el principio y el fin fundidos en la esencia inabarcable de Dios. Hay algo más que no sabes –continúo–. Al proyectar la columnata, era consciente de que esta no podría soportar el peso de la plaza superior cuando, en los días de lluvia, se encharcara. De ningún modo quería dar inclinación a su superficie, pero entonces, ¿cómo conseguir que no se viniera abajo? He dedicado toda mi vida a observar, a aprender de la naturaleza, así que inventé un sistema por el cual el agua se filtra a través de una capa de piedras y arena que no deja pasar la tierra, se recoge en lo alto de las columnas por un tubo interior que horadé en ellas y baja hasta caer en la cisterna que se encuentra en el subsuelo. Está justo aquí abajo. ¿La quieres ver?»

Por una angosta y empinada escalera descendemos hasta la cisterna, que ocupa la parte correspondiente a la mitad derecha de la sala de columnas. Sobre el suelo se levantan pilares rectos y amorfos, de entre dos y tres metros, que soportan las rudas bóvedas de piedra y dejan amplios pasillos, como en un templo primitivo. Las pilastras tienen un color dorado y verdoso, y los capiteles son negros. A la luz de una lámpara, contemplamos cómo el agua reposa en silencio.

«¡Vamos al banco! –exclamas con un aire de júbilo incansable–. Es lo que más me gusta.»

Y entonces nos dirigimos al punto central del parque: la plaza oval de casi



tres mil metros cuadrados que ha de ser el firme asiento de un nuevo teatro lírico mediterráneo. Su parte exterior contiene una cornisa cubierta de gárgolas con forma de cabeza de león, así como triglifos y pequeñas figuras similares a gotas de agua. En el borde, que sirve de balcón a la escalinata y la entrada del parque, Jujol lleva tiempo trabajando en la construcción de un banco ondulado de ciento diez metros de longitud, recubierto con piezas de cerámica y cristal en *trencadís*. En el banco, la naturaleza no es una simple imagen evocativa, sino el principio y el fin de toda técnica. Lo que más me gusta de Jujol es que, al igual que yo, no pretende explicar que la arquitectura viene de la naturaleza, sino demostrar que regresa a ella. Cuando empezábamos a diseñarlo, pedí a un obrero que se quitara la ropa y se sentara con comodidad en un lecho preparado de escayola, con objeto de obtener la forma perfecta del asiento una vez que el material se hubiese endurecido. Jujol, mientras tanto, pintaba y preparaba las cerámicas para su cocción definitiva. Juntos hicimos unos módulos cóncavos y convexos de un metro y medio de largo que fuimos uniendo con las adaptaciones adecuadas a las curvas, ya que no todas eran iguales, y sobre ellas adherimos las piezas de loza, golpeándolas con una maza para que se rompieran y se ajustaran a la forma del módulo. El banco, serpenteante como el mar, es una mezcla de arte humilde y elevado: hay baldosas enteras y otras rotas, conjuntos de *trencadís*, alicatados y puzzles. Forma un cosmos en miniatura, donde la materia fluye hasta desvanecerse. Los colores verdes, ocre, azules, amarillos, rojos, rosas, lilas, morados, blancos estallan como las notas cromáticas de una ópera de Wagner; son puntos de luz, de fuego, agua y aire, desparramados en figuras abstractas pero también en figuraciones que tú, Alfonso, descubres con regocijo: rosas, tréboles, enredaderas, mariposas, conchas, olas, molinetes, círculos, arabescos, hojas, estrellas, cruces, palabras y frases en latín y en catalán: *Angelus Domini nuntiavit Maria. Ay urbs antiga y atresorada. Tum serveixes. Tum sonrius? Sos ulls. Son front. Fora gelosia*. La imaginación exacerbada, el cálculo roto, la sorpresa, la ingenuidad, el azar, el libre albedrío, la emancipación de la forma, el equilibrio perfecto del mundo primigenio, aquel que vivimos dentro del claustro materno: ríos de vida que desembocan en un mar inmenso donde todo se esfuerza por alcanzar lo sublime. Y ¿no es acaso lo sublime una forma de entrar en el cielo?

Sí, Alfonso, añoro nuestros paseos al atardecer, después de la fatiga del día.

En el parque que acoge la casa de tu padre, también la mía. Desde aquí, en esta habitación inhóspita que exagera mis nervios, los veo ya tan lejanos... ¿Cuándo te volveré a ver?, dime, ¿cuándo? Mi frente se oscurece, mi boca se contrae, un rictus de amargura crispa mis labios y mis ojos se pierden en la lejanía de los tuyos: en el mar, ese mar mío, ese mar tuyo, sobre el que nos deslizamos confundiéndonos en su vaporosa monotonía.

Hoy no me quedan ya fuerzas para encontrar una cita que pueda convenirte.

Pensarte me reconforta,

Antón

## Carta XVI

Puigcerdá, hotel Europa  
8 de mayo de 1911

Mi querido amigo:

La urbanización del Parque Güell fue un proyecto fallido. De las cuarenta casas del plan original, solo se vendieron dos: la de tu padre y la mía. ¿Cuáles fueron las razones de este fracaso? Al explicarlo haré un retrato de la burguesía barcelonesa de la época (de la burguesía de todas partes y de siempre).

El último de los propósitos de Güell al realizar el parque era ganar dinero. Al contrario, fue consciente de que costaría una verdadera fortuna pero estaba dispuesto a asumir el riesgo, por eso impuso unas condiciones draconianas en la compra de los terrenos y la construcción de las viviendas: se permitía edificar solamente la sexta parte de la parcela adquirida y el comprador debía pagar un canon para el mantenimiento de la finca; además, no se autorizaban comercios ni talleres ni se podían cortar árboles ni alterar la vegetación en unas parcelas triangulares que eran pródigas en ángulos muertos y zonas baldías. Por otro lado no dispuso de un sistema de transporte para llegar a un lugar tan alejado del centro. Una urbanización similar que se realizó en la avenida del Tibidabo, destinada asimismo a residencia de la clase alta, disponía de un servicio de tranvía. A Güell no le hubiera costado que el Ayuntamiento prolongara alguna de las líneas que recorrían las zonas colindantes. Pero no quiso hacerlo. Nunca me dijo la razón.

Me viene a la memoria cuando tu padre llegó a un acuerdo con él para quedarse dos parcelas y construirse una casa. Güell estaba radiante de compartir su obra con un especialista en cooperativismo, enseñanza y derecho catalán; era

el primero, seguro que llegarían muchos más. No fue así. Los patricios de la ciudad le dieron la espalda; era su manera de demostrarle que no aceptaban su autoridad. ¿Quién era él para asignarles un modelo de conducta cívica? Pensaron que pretendía convertirse en el príncipe de una comunidad de notables con el fin, más o menos encubierto, de transformar las reglas de juego sociales. Es más, creyeron que los objetivos de su proyecto atentaban contra sus creencias religiosas. Se sorprendieron y disgustaron ante los símbolos del parque y, sin llegar a comprenderlos, los despreciaron.

Cuando le pregunté a Güell si no se había sentido decepcionado por la respuesta recibida, extendió las manos y me dijo con resignación:

–Sabe, Gaudí, yo creo en los seres humanos, por tanto algo habremos hecho mal para que nadie haya querido participar en este proyecto. No me quejo. Lo acepto sin más y me dispongo a buscar una solución. Si la montaña no viene a nosotros, nosotros iremos a ella. Abriremos el parque para celebrar actos culturales y fiestas populares, lo llenaremos de actividades filantrópicas que contribuyan al bienestar de nuestros conciudadanos. Una de las cosas que aprendí de mi suegro es a no dejarme abatir por el desaliento.

Güell es así y trato de hacérselo comprender a las personas que trabajan conmigo. Sobre todo a una en particular, Josep Maria Jujol, a quien considero mi mejor discípulo; incluso algo más, pues a veces no sé bien dónde acaba su trabajo y dónde empieza el mío, tal es nuestra compenetración. Voy a revelarte un secreto que nunca he confiado a nadie, ni siquiera a Santaló, que está aquí conmigo, cuidándome: no he querido tener hijos pero ahora, al verme solo en medio de la enfermedad, lo lamento. Es cierto que de haberlos tenido me habría gustado que fuesen como Jujol o como tú. No es la continuidad de la sangre lo que busco, sino la necesidad de dar el relevo a alguien que pueda llevar más lejos los afanes que he perseguido, esos afanes que dejaré incompletos y que necesitarán de otros para acercarse un poco más a su cumplimiento final. ¿Final? ¿Es que acaso existe un final? ¿Es que acaso hay un principio? ¿No es todo un eterno retorno de lo mismo? No tengo la respuesta, y por tanto acepto los designios de la providencia.

Jujol es un artista excepcional. Su obra trasciende la impresión para convertirse en expresión. El flujo arrebatado de sus masas de color, de sus esculturas, de la forja de sus hierros sale de sus manos y no admite correcciones

ni mejoras. No se trata de un trabajo abstracto, sino de la más inmediata de las formas concretas, aquella que se da también en las conformaciones casuales de las nubes o en los nudos de la corteza de un árbol. Ambos tenemos una manera parecida de concebir el arte: diálogo con la naturaleza y su creador, éxtasis en la contemplación, energía, voluntad, misión, luminosidad, cromatismo, diversidad, dolor, redención, júbilo, tristeza; nuestra arquitectura está basada en la visión interior, enemiga de toda representación, ya que actúa vivificando la materia.

En cierta ocasión acompañamos al prelado Vidal i Barraquer en una visita a la Sagrada Familia; cuando este le preguntó si era discípulo mío, tercié con rapidez:

—¡Discípulo no, hermano!

Fue Josep Bayó, contratista de la casa Batlló, quien lo trajo por primera vez a mi estudio. Estaba en el tercer curso de Arquitectura. Me gustó que hablara poco. Bayó no paraba de elogiar sus virtudes. Le corté con impaciencia y le dije que nos dejara solos. Estuvimos un buen rato en silencio. Al cabo, le di lápiz y papel y le pedí que me dibujara lo que quisiera. Con trazo firme, no tardó ni cinco minutos en hacer el esbozo de una extraña ave que no supe identificar. Después, cogió unos colores de la mesa y los mezcló con tal ingenio y habilidad que lo contraté de inmediato para que me asistiese en la fachada, la decoración y el mobiliario de la casa Batlló. Desde entonces hemos aprendido a compenetrarnos de tal modo que los dos sabemos lo que le falta y le sobra tanto a una simple moldura como a un edificio entero.

Sí, Alfonso, tienes que saberlo: Jujol ha llenado de vida y color a mis edificios; a veces me asalta la sensación de que estos, sin su aportación, hubiesen sido si no peores, sí menos brillantes. A él, bendito sea, le debo los chorros de luz que cubren las fachadas de las casas Batlló y Milà, el techo de la Sala Hipóstila y el banco del Parque Güell, la decoración de los espaldares del coro de la catedral de Mallorca y muchas otras cosas.

Hablamos poco. Nos basta con mirarnos para saber lo que el uno espera del otro. Una vez, al verlo dar brochazos de color sobre una superficie de madera, con tal violencia que parecía un loco que luchara por desembarazarse de su camisa de fuerza, le pregunté de dónde venía su inspiración. No me respondió de inmediato; seguía sentado, con la cabeza baja y los ojos iluminados; de pronto los levantó, me observó y con un tono ronco, casi brusco, dijo:

—¿Por qué me pregunta eso, si ya conoce la respuesta? No se trata de inspiración sino de intuición, que es algo muy distinto. La intuición permite ver la inmediatez, la simplicidad de las cosas; cuando lo superfluo que hay en ellas desaparece, la visión es directa, sin elementos intermediarios. Es un modo de conocimiento distinto al de la razón. Mientras el pensamiento roza lo externo, convierte lo continuo en fragmentos separados, analiza y descompone, la intuición se dirige al devenir y se instala en el corazón de las cosas.

Jujol trabajó conmigo por primera vez en la casa Batlló, un edificio en el que la materia orgánica se configura en proyección ascendente, desde las oquedades del mar hasta la bóveda celeste. Me disgusta que se la relacione con el panteísmo. Esa obra, como el resto de las mías, se inspira en la naturaleza pero en modo alguno la sirve.

Josep Batlló, casado con Amelia Godó, perteneciente a la familia propietaria de *La Vanguardia*, me encargó la restauración de un edificio de cuatro mil metros cuadrados en el Paseo de Gracia que había sido construido por mi profesor en la Escuela de Arquitectura, Emilio Sala Cortés. Mi destino me llevaba de nuevo a la remodelación de una casa proyectada por otro.

Me centré en la fachada, el piso principal, el patio de luces y la azotea, así como en un quinto piso que levanté con objeto de albergar los servicios. Sin dibujar una sola línea recta, proyecté curvas, remolinos y espirales, en una configuración que se inspiraba tanto en el oleaje del mar como en la montaña de Montserrat.

En la fachada, de piedra arenisca de Montjuic, tallada en superficies alabeadas, modelé las columnas como si fueran los huesos que sostienen un cuerpo animado. Esto supuso que los cada vez más numerosos detractores de mi arquitectura la llamasen «la casa de los huesos», nombre que por desgracia se sigue utilizando. Conservé la estructura rectangular de los balcones, añadiendo, sin embargo, unas barandillas de hierro con forma de antifaz, o de cráneo humano, que coloqué sobre peanas de piedra similares a conchas marinas. Quería que el edificio tuviera una piel escamada, rugosa, brillante, y crear efectos visuales según cómo incidiese la luz, así que puncé el anterior muro y lo recubrí de mortero de cal, sobre el que incrusté vidrios y cerámicas trabajadas con óxidos naturales.

Una bóveda de arcos parabólicos recubiertos con cristales de tonos rojos,

verdes y azules que recuerdan el lomo de un dragón, corona la fachada y a la izquierda dispuse una torre cilíndrica de aspecto bulboso, que rematé con mi característica cruz de cuatro brazos, orientada a los puntos cardinales.

Mi siguiente proyecto, la casa Milà, podría haber sido mi mejor obra secular y no lo es. Muy al contrario, es un edificio al que le han robado el alma. En cuanto me recupere, iré ahí por la noche, sin que nadie me vea, colocaré explosivos en los puntos estratégicos de su estructura y la demoleré. ¿No me crees? Soy capaz de eso y de mucho más con tal de impedir la desnaturalización que se pretende hacer de ella.

Este conflicto me lleva a una serie de reflexiones de las que quiero hacerte partícipe. A lo largo de la historia el hombre ha seguido los pasos de la naturaleza con objeto de aprender de ella. La valentía, la intrepidez, la imaginación siempre han sido las mejores armas para averiguar lo que somos y sobre todo aquello que podemos llegar a ser. En el pasado los pensadores, artistas, científicos, inventores tuvieron que enfrentarse a sus contemporáneos, que se oponían a sus nuevas ideas. Tenían miedo de ellas porque implicaban cambios radicales, riesgos inoportunos, adentrarse en territorios desconocidos. Esos hombres fueron denostados, denunciados, condenados, mas no por ello dejaron de seguir adelante. Su verdad fue su único motivo; su trabajo, su única meta. Mantuvieron sus convicciones sin tener en cuenta a los que estaban de acuerdo con ellos o a los que no. Vivieron para sí mismos y solo así pudieron lograr las cosas que después se reconocieron como la gloria de la humanidad. Esa es la naturaleza de la creatividad. El hombre no puede sobrevivir si no es a través de su mente y su fe; pero estas son atributos del individuo, no de la colectividad.

El creador se mantiene firme en sus convicciones, el burgués sigue las opiniones de los demás; el creador piensa, el burgués copia; el creador produce, el burgués compra; el interés del creador es la conquista de la naturaleza, el interés del burgués es la conquista de la estabilidad económica; el creador requiere independencia, ni sirve ni gobierna, trata a los demás con intercambio libre y elección voluntaria; el burgués desea complacer, afirma que el hombre ha de pensar como sus semejantes, obrar como ellos y vivir la necesidad conjunta. Fíjate en la historia: todo lo que tenemos, todos los grandes logros que hemos conseguido han surgido del trabajo de mentes independientes y, por el contrario,

todos los retrasos, las dilaciones, los miedos a afrontar el futuro con determinación son consecuencia de los intentos de obligar a la humanidad a perder su fe, su voluntad e imaginación. Es un viejo conflicto. Tiene un nombre: lo individual contra lo colectivo.

Soy arquitecto. Mis ideas son mías. Y me han sido arrebatadas por la fuerza, por la violación de un contrato que especificaba que podría construir la casa Milà según mis propias convicciones. He apelado y aguardo el fallo del tribunal. Hay quien piensa que mi trabajo pertenece a los señores Milà, ya que han sido ellos quienes lo han pagado y, por consiguiente, tienen derecho a adulterarlo. No estoy de acuerdo.

Te confieso que las fechas se me mezclan en un solo fresco en el que se acumulan los acontecimientos, sin embargo, recuerdo con toda claridad el día en el que el contratista Bayó entró en mi despacho acompañado por una pareja de indudable buen aspecto.

Con una sonrisa en los labios que denotaba que tenía una excelente noticia que comunicarme, Bayó me dijo:

–Gaudí, le presento a Pere Milà y a su mujer Roser Segimon. Quieren hablar con usted de un proyecto que estoy seguro le interesará.

Me levanté de mi escritorio y estreché sus manos, observándolos con detenimiento. Siempre he tenido un fino olfato para distinguir a los clientes que acabarán por darme problemas, aunque te reconozco que esa vez me equivoqué. La señora tenía una ligereza forzada que armonizaba con la afabilidad un tanto ampulosa del marido. Como al cabo de un rato pude comprobar, su forma de hablar tenía un toque de afectación que acentuaba su porte imponente, si bien me molestó el aroma dulzón a almendras de su perfume, que resultaba demasiado intenso. El marido era más pequeño que ella y le gustaba gesticular para imponerse a la genuina rotundidad de su mujer, aunque, como inmediatamente comprobé, no dejaba de ser un ganapán con ínfulas.

El silencio prolongado que mantuve durante mi análisis provocó que la pareja se dirigiese una mirada inquieta. Al cabo, el señor Milà, sin poder reprimirse por más tiempo, levantó las manos y sonriendo exclamó:

–Es usted el hombre más diestro que conozco, mi estimado Gaudí. Y créame cuando le digo que he tenido ocasión de tratar a muchos debido a mi profesión.

Torcí el gesto y miré en otra dirección. Cuando alguien te aborda así, lo



primero que tienes que hacer es desconfiar. Pero él seguía a lo suyo:

–Sus edificios tienen algo incomparable; hay más vida en ellos que en todos los demás de Barcelona. Para comprobar lo que digo, solo hace falta caminar un rato por la ciudad. ¿Sabe cómo llaman a esta parte del Paseo de Gracia? La manzana de la discordia. Son cinco arquitectos de renombre los que compiten en este momento con objeto de demostrar sus aptitudes ante una población que ve asombrada cómo su ciudad se convierte en una suerte de observatorio de la arquitectura modernista, aunque tengo entendido que a usted no le gusta esa definición. –Estiró el cuello, tosió un par de veces y prosiguió como si de una lección sobre mí se tratase–: En cierta ocasión mi mujer y yo nos levantamos a las cuatro de la madrugada para contemplar cómo la fachada de la casa Batlló se teñía de rojo bajo el sol naciente del Mediterráneo. Tuve la impresión de que un corazón escupía sangre por las venas de un organismo que atendía a las relaciones de equilibrio, de audacia conceptual y de orgullo desmedido.

Estaba pues atrapado ante un individuo embaucador que me decía lo que yo pensaba o había dicho en alguna confidencia. Con un tono cada vez más ampuloso, continuó:

–Permítame decirle algo más: su arquitectura me recuerda a las grandes faenas que muy de vez en cuando presencio en la plaza de toros de La Monumental, de la cual soy promotor y apoderado. Puede extrañarle la comparación, pero yo veo similitudes entre el arte de la tauromaquia y su arquitectura. En ambas se encuentran las mismas virtudes: técnica, valor, temple, elegancia, gracia, verticalidad...

La verdad es que no daba crédito a lo que oía y mi cara debió de reflejarlo, porque en medio de esa perorata sin sentido, la mujer intervino un tanto nerviosa:

–Debe disculpar a mi marido, señor Gaudí, es un hombre demasiado apasionado. Nosotras las mujeres somos más prácticas. ¿Se ha percatado usted de ello? No somos capaces de anticiparnos así como así al entusiasmo en nuestra imaginación, ni de mantener a raya los sufrimientos con un consuelo presumido. Eso es atributo exclusivo de los hombres. Para nosotras, lo que es, es, y la fantasía tiene un valor secundario. –Se acomodó desmayadamente en el sofá, medio recostada, medio sentada, y aguantando la barbilla con la mano, sentenció–: Mi primer marido, el señor Guardiola, era mucho mayor que yo;

tenía numerosas plantaciones de café en América que heredé a su muerte. Gracias a él, Perico y yo estamos en óptimas condiciones de hacernos una casa a la altura de nuestra posición social. Para tal fin hemos comprado una torre con jardín de unos dos mil metros cuadrados situada en el chaflán del Paseo de Gracia con Provenza. Queremos derribarla para construir una casa de pisos. El principal será nuestra vivienda y los demás se alquilarán. Podríamos pensar incluso en destinar la planta baja a un negocio.

Milà miró a su mujer con devoción y dijo:

–Las personas pueden ser muy diferentes, pero sus sueños no lo son. Una de las cosas que más codician es hacerse una casa que responda a sus sueños. Y el sueño de Roser y el mío, querido Gaudí, es que sea usted quien nos la construya. Tendrá plena libertad para diseñarla como más le guste. Yo, si me permite decirlo, me la imagino como una montaña que irrumpe en el panorama urbano de Barcelona, como una ola silenciosa que se alza hacia el cielo, como un pulmón de piedra que respira con suavidad. –Carraspeó varias veces, movió el bigote y, elevando la voz, continuó–: Sí, Gaudí, transforme para siempre en piedra el espíritu de Cataluña con un edificio poderoso, que hurgue en lo más hondo del inconsciente colectivo para sondear las profundidades de nuestra identidad. Que sea además una explosión en el escenario arquitectónico internacional y que sus formas reverberen a través del mundo del arte. Perdone que me deje llevar por mi exaltación pero, como le he dicho antes, llevo mucho tiempo soñando con este momento. No repare en gastos. Tiene carta blanca para emplear los materiales más costosos, aquellos que estime oportunos. Proyecte rampas que asciendan en círculos alrededor de los muros de los patios interiores, de forma que incluso los residentes del quinto piso puedan llegar en coche hasta su puerta. Que las viviendas sean lo más espaciales posible y que estén dotadas de todo tipo de lujos y detalles: desde calefacción central hasta agua caliente.

Se levantó de un salto y sacó de un portafolios un cuaderno, que me entregó al tiempo que me decía:

–Me he permitido traerle el libreto de *Parsifal*, la última ópera de Wagner; creo que el Liceo la pondrá en cartel dentro una o dos temporadas. Estoy seguro de que le interesará leerlo y quizá quiera inspirarse en él para diseñar las chimeneas de las terrazas. Parsifal, Anfortas, Klingsor, Kundry y las muchachas en flor desparramadas por la superficie que corone el edificio. ¡Ah, Gaudí, mi

sueño...! Mi sueño no tiene límites y solo usted puede hacerlo realidad. Recuerde lo que se dice en el Éxodo: «No harás esculturas ni imagen alguna de lo que hay en lo alto de los cielos, ni de lo que hay abajo sobre la tierra, ni de lo que hay en las aguas debajo de la tierra.» Que Dios me perdone por pretender desobedecer ese mandato... Pero dígame, ¿cuándo podríamos empezar?

¿Empezar? ¿Podía unir mi arquitectura a esa pareja de pretenciosos? Sí, Alfonso, por extraño que te pueda parecer acepté el encargo; era un desafío que debía afrontar. Por fin iba a tener en mis manos un solar lo suficientemente grande para desarrollar todas mis ideas. Podía llegar a ser el punto culminante de mi arquitectura civil. Además, con el encargo obtendría pingües beneficios que invertiría en mi templo. La Sagrada Familia merecía el sacrificio de soportar a unos clientes que no me gustaban.

Las mayores dificultades en la casa Milà vinieron de la construcción de la fachada principal. A pesar de que esta no soportaba peso alguno, el grosor de la piedra de Montjuic exigió que Bayó, en su calidad de contratista, improvisara un sistema de poleas y contrapesos para izar cada piedra hasta su lugar correspondiente. El problema surgió cuando comprobamos que mis mediciones, llevadas a cabo en maquetas, no eran del todo correctas y, en consecuencia, las enormes rocas no encajaban en el lugar previsto. Esto supuso un gran contratiempo para Bayó, que tuvo que levantar y bajar hasta cuatro veces los mismos bloques de piedra, hasta que estos se colocaron finalmente en su sitio. Durante ese tiempo la casa Milà parecía una cantera, y al pasar frente a ella desde la otra acera del Paseo de Gracia la gente comenzó a llamarla, con esa causticidad propia del pueblo catalán, *La Pedrera*.

Tiene tres fachadas de treinta metros de altura: una en el Paseo de Gracia, otra en la calle Provenza y la tercera hace chaflán siguiendo el modelo del Ensanche de Cerdà. Quería que estuvieran encadenadas y por consiguiente les di forma ondulada, igual que una roca desgastada por las olas del mar. Asimismo me serví de entrantes y salientes –ciento cincuenta ventanas y treinta y tres balcones– para dar ritmo al edificio. El paseante, al llegar frente a ella, puede sentir su movimiento: un pulso perpetuo que acaba por convertirse en danza. Sí, Alfonso, el edificio baila al compás de una cadencia producida por el juego de luces y sombras de las horas del día, que se derrite en su piel cromática. Es la representación de un cuerpo surgido de la mano del Creador. Sustancia, arrebató,

júbilo; también sufrimiento y éxtasis místico. Pero, por desgracia, no se entendió así. En muchas publicaciones humorísticas me representaron como un dios pagano tratando de dominar los elementos. Jamás comprendieron la alta espiritualidad católica que me inspiró esta obra.

Una parte importante del efecto que produce se debe al diseño de los treinta y tres balcones que encargué a Jujol. Este consiguió plasmar en el metal disonancias que por la pura vibración de la materia revertían en una delicada sucesión de formas. Su método de trabajo era singular. Para cada balcón desenrollaba tramos de papel a escala 1:1. En ellos esbozaba con carboncillo cada uno de los balcones, únicos pero aun así integrados en el lenguaje general de deslavazadas algas marinas que pendían de las cornisas del edificio. Luego, Jujol entregaba sus dibujos a los profesionales del taller Badía y les animaba a perfilar el metal como si fuera aire y a jugar con su resistencia a la tensión, su elasticidad y su belleza abstracta.

Del interior de la casa quiero destacar el desván, concebido de manera independiente al resto del edificio. Tiene ochocientos metros cuadrados, alberga los lavaderos y zonas de servicios, y funciona a la vez como regulador térmico. Sus doscientos setenta arcos parabólicos crean una estructura que no necesita columnas ni muros de carga, y se proyectan en un espacio diáfano, en forma de corredor.

La azotea es intencionadamente de una gran originalidad. Para construirla me serví del libreto de *Parsifal*, que completé recurriendo a fotografías de las iglesias talladas en la roca por el viento de Capadocia, de las catacumbas de San Pedro en la montaña de Salzburgo y de las torres de grano de arenisca del sur de Sudán. Igual que si estuviera componiendo una ópera de luz, color y materia orgánica en movimiento, proyecté, como «personajes principales», treinta chimeneas, dos torres de ventilación y seis salidas de escalera.

La casa Milà pudo haber sido mi obra maestra; desgraciadamente no lo es. No dudo de su grandiosidad, pero es una herida abierta que todavía hoy no he logrado cerrar. No exagero lo más mínimo. Según el doctor Santaló fue la causa de mi depresión nerviosa, cuyas secuelas me tienen postrado en esta cama desde hace meses. Para entender lo que digo hace falta que captes bien lo que significó para mí ese edificio. Era mi testamento, mi manera de despedirme de lo mundano antes de dedicarme por entero a la Sagrada Familia. Y quería hacerlo

con la verdad esencial que había perseguido a lo largo de tantas luchas y sufrimientos. El edificio debía estar coronado por un grupo escultórico de piedra, metal y cristal de cinco metros de altura, con la virgen del Rosario rodeada de los arcángeles Miguel y Gabriel. El escultor Carles Mani hizo primero un boceto en barro a escala 1:10 y luego otro en yeso a tamaño natural. El conjunto estaba listo para ser fundido en bronce en agosto de 1909. Recuerdo bien la fecha porque unos días antes, los señores Milà vinieron a verme para decirme que de ningún modo estaban dispuestos a colocar una virgen de tales proporciones en su casa. Les contesté que yo tampoco estaba dispuesto a que no se respetara mi decisión y que esta era irrevocable. Alegué que la virgen no era un simple elemento decorativo: sobre ella descansaba toda la simbología del edificio. La virgen, insistí, no solo expresaba la sagrada conexión catalana entre el mar y la montaña, sino también la gloriosa mediación entre la humanidad y Dios. Había que colocarla allí en lo alto para purificar una ciudad dominada por el materialismo y demostrar el triunfo de la humildad sobre el pecado de la vanidad, el más extendido entre la burguesía barcelonesa.

Se hizo un silencio prolongado; los tres estábamos muy tensos, pero yo tenía aún algo más que añadir y, con una voz seca que retumbó como un trueno por toda la sala, les dije que si no me permitían situar a *mi* virgen en el lugar que le correspondía, desde ese momento daba por concluido mi trabajo.

¡Qué placer me invade ahora al recordar ese momento! ¡Qué satisfacción supuso para mí exponer mis ideas, sensaciones y pasiones y defenderlas ante mis interlocutores! Recuerdo en efecto cómo el señor Milà daba vueltas alrededor de una mesa con la cara contraída y los puños cerrados y cómo su mujer, frente a mí, me miraba con desdén, altiva como una matrona romana. Iba a ser difícil llegar a un acuerdo, y más cuando al cabo de unos minutos la señora Milà le preguntó a su marido con una voz que denotaba el reproche que iba seguir a continuación:

–Y bien, Perico, ¿se lo dices tú o se lo digo yo?

No le dejó tiempo para responder. Estaba decidida a hacerlo ella, y con contundencia, sentenció:

–Está bien, Gaudí, le voy a decir lo que pienso. Hemos aguantado sus caprichos, sus salidas de tono, su arrogancia, sus reiterados incumplimientos con las ordenanzas municipales que nos han costado una verdadera fortuna. Lo

hemos aguantado todo, pero no le vamos a pasar ni una más; se lo prometo. En un país en el que la mayoría de las cosas están por hacer y en que lo poco que se hace siempre corre el peligro de que lo echen abajo o lo dejen sin acabar, tiene la osadía de amenazarnos con abandonar las obras y hablarnos de la vanidad de la burguesía de Barcelona, como un vulgar anarquista, cuando es usted la persona más vanidosa que conozco. ¡En mi vida he encontrado una insolencia semejante a la suya! –Ya no hablaba: rugía contra mí. Toda la cólera de la que era capaz se había despertado en ese momento–. No; no, Perico –gritó fuera de sí, al ver que su marido se acercaba y trataba de calmarla–, déjame terminar.

Sí, había que dejarla terminar. Era necesario para que se supiera lo que los Milà pensaban de mí. Con una voz más queda, aunque no por eso menos convencida, dijo:

–¿A quién se le ocurre grabar con letras enormes en mi tocador: «Polvo eres y en polvo te convertirás»? Una cosa así solo se le puede ocurrir a usted, Gaudí, a usted con esas ideas que francamente son simples delirios. Además, ¿sabe que ha triplicado el presupuesto acordado en un principio? Por supuesto que no lo sabe; a usted el dinero le trae sin cuidado. Está por encima de todo eso. Usted es el famoso arquitecto, el genio, el artista que se cree único y trabaja como si la arquitectura hubiera empezado en el preciso momento en el que hizo su aparición en este mundo. Pero no es así, señor mío, hay más arquitectos tan buenos o mejores que usted, como Domènech i Montaner, y si nos sigue creando problemas le contrataremos para que acabe la casa. Esté seguro de ello. Permítame, por último, recordarle un viejo lema muy catalán, que sin duda conoce: «Quien paga manda.»

–No pierdas los nervios, Roser, por favor –intervino el marido con aire pretendidamente conciliador, y, dirigiéndose a mí, dijo–: Mire, Gaudí, después de las barbaridades que acabamos de vivir durante las últimas semanas, tenemos que ser prudentes. Ya sabe lo que les ha pasado a los Comillas y a los Güell, que han tenido que soportar que las hordas les arrojasen a los portales de sus casas los cadáveres de unas monjas que habían sido desenterradas, al grito de: «¡Muerte a los Comillas!» No, de ningún modo podemos provocar a las masas exponiendo una virgen de cinco metros en la fachada de nuestra casa. Sería igual que pedir más guerra y lo que necesitamos ahora es templar los ánimos. Quizá más tarde, cuando todo esto haya pasado...

¡Ah, no! Hasta ahí podíamos llegar. Estaba dispuesto a aceptar los malos modos de una mujer malcarada, jamás las medrosas palabras de un hombre cobarde. Hay una barrera de respeto que no permito que se traspase. Los llamé pequeñoburgueses y les aseguré que de ningún modo cedería a sus prejuicios, ya que tenía la firme convicción de que Cataluña había sido elegida por Dios para continuar con la larga y noble tradición de la arquitectura cristiana durante el siglo que empezaba, y que para mí era una cuestión de fe que no podía traicionar. Me sorprendí de mis palabras. Yo que hablo poco y menos en estas situaciones, ya que no me gusta polemizar. Pero eso no pudo impedir que les reiterara como colofón a mi diatriba que si se me impedían colocar la virgen no continuaría las obras.

El señor Milà endureció entonces la expresión de sus ojos y dijo:

–Como usted quiera. Tenemos un contrato y si no lo cumple me veré obligado a retener sus honorarios. En cambio, si accede a lo que le pedimos le abonaré ahora mismo todo lo que le debo, que asciende a unas cien mil pesetas.

Me quedé con la mirada fija en ellos mientras mi cabeza se movía de un lado a otro en señal de negación. No; no iba a ceder. Estaba muy seguro de lo que hacía. Si he tenido una forma de pensar constante es esta: jamás mostrarse débil ante los ricos. Y en torno a esta forma de pensar, he forjado mi arquitectura.

–¿No quiere reconsiderar su postura? –preguntó el señor Milà como si fuese un ultimátum. Dejó pasar unos segundos y con un tono desdeñoso, añadió–: Pues entonces no tenemos más que hablar.

Y salió del brazo de su mujer.

Así fue como sucedió. ¿Casualidad? No lo creo. Más bien una señal de la providencia que me advertía que debía abandonarlo todo y concentrarme en la Sagrada Familia. Pero por hoy ya está bien de contarte batallas personales, de las cuales, en el fondo, no me siento orgulloso.

Quiero pedirte por último que pienses en la siguiente frase de Epicteto: «Nadie puede forzarme a pensar lo que no pienso.»

Siempre a tu lado,

Antón

## Carta XVII

Puigcerdá, hotel Europa

13 de mayo de 1911

Querido Alfonso:

Por más que el artista se encierre en su obra no puede pretender quedar al margen de las corrientes de fondo que mueven la sociedad de su tiempo. Los temores del señor Milà respecto a la provocación que podía suponer la figura de la virgen en lo alto de *La Pedrera* tenían su razón de ser en los acontecimientos de los últimos años en Barcelona, sobre todo en la llamada Semana Trágica de 1909. Sí, Alfonso, los nuestros son tiempos difíciles. Con frecuencia pienso en ellos y me pregunto cómo te afectarán. La violencia adquiere en ocasiones tal intensidad que me hace desconfiar del futuro de los seres humanos. ¿Sabes? Barcelona tiene el triste privilegio de ser conocida como la ciudad de las bombas. Hay algo horrible en esa denominación, que por desgracia es cierta. La bomba y la blasfemia son una misma cosa: el destructor desahogo de la impotencia. El ángel que quiso ser como Dios, sin conseguirlo, blasfemó; quien siente odio por la sociedad y no se halla con fuerzas para transformarla lanza una bomba en medio de la plaza. El sentimiento es siempre el mismo: impotencia enconada por la ira.

—Fíjese, Gaudí —me dijo Maragall, dando muestras de desánimo, una vez hubieron pasado los acontecimientos de esa semana sangrienta que nos asoló hace dos años—, fíjese en el hecho de que nos hagamos notar tanto en lo de blasfemar y en lo de las bombas, y dígame si en ello no ve un rayo de luz tenebroso. Moscas, mendigos, basura, polvo, alborotos: eso lo tenemos, más o menos, en la proporción que nos corresponde; pero la bomba y la blasfemia son



las cosas en las que más destacamos. Un indicio, pues, de que nuestro mal es la impotencia; una impotencia social superior a la de los restantes pueblos que nos son semejantes y que tanto más se ha venido manifestando en Barcelona a medida que su población ha ido creciendo. He aquí una conglomeración de energías individuales que no han logrado constituir un organismo social proporcionado a su masa, mal incorporada todavía al Estado que la tiene que regir y que padece ese mismo mal sin llegar a sentirlo como nosotros. Y a ese Estado le pedimos, como a un poder extraño, lo más urgente: policía, fuerzas armadas, leyes y más leyes, porque nosotros ya nos cuidaremos del resto. Policía, leyes, represión... ¡Remedios externos! ¿Acaso no vemos que es amor lo que nos falta? Horrible carencia. Lo que en el que está descontento de la vida se traduce en odio, y en el satisfecho de ella, en egoísmo, a lo mismo se reduce: a falta de amor, que es la primera razón de ser del hecho social y lo que regenera los organismos y la única potencia. Si no resolvemos esto, todo será en vano.

Le dije que nuestra actuación durante esa semana de julio me parecía lamentable, y vergonzosa la pasividad mostrada por las fuerzas del orden cuando las masas quemaban iglesias, asesinaban a sacerdotes y profanaban tumbas.

Maragall me miró con ojos inquisitivos y continuó:

—Con respecto a lo primero, permítame preguntarle: ¿qué habría querido usted que hiciera la gente? Si cada ciudadano ha de ponerse a hacer de espía y ha de armarse en su casa para andar a tiros con el vecino o con las turbas por la calle, quizá más le valiera irse a vivir al Rif o, si quiere trabajar en paz, trasladarse a un país más civilizado. Pero sí, le admito que tiene usted razón; aquí todos somos responsables de lo ocurrido: unos por acción y otros por omisión. Y ya es hora de preguntarnos: ¿cómo y por qué ha ocurrido?; más aún: ¿qué es lo que debemos hacer ahora? Lo primero que salta a la vista es el pretexto, aquello que ha sido la causa inmediata de eso que ya se empieza a conocer como la Semana Trágica. ¿Inmediata, digo? No, porque la causa, las causas diría mejor, vienen de lejos. España no aprendió la lección de la fractura producida en el noventa y ocho y eso hemos acabado por pagarlo caro. Todo continuó igual que siempre en esta España cuya permanente desgracia debería dolernos a los catalanes en mayor medida que a otros, porque nos afecta más directamente. Sin cortar su mal de fondo, la corrupción, la ineficacia, el centralismo, el caciquismo siguieron campando a sus anchas.

Le pregunté qué pensaba del gobierno de Maura y de sus medidas en Marruecos. Hizo un gesto brusco con la mano y con un tono encendido, contestó:

—¿Qué quiere que le diga? Creo que fue una torpeza de Maura y su gobierno iniciar una campaña contra Marruecos sin garantía alguna, con el pretexto de proteger los intereses nacionales amenazados tanto por los franceses como por los bandidos del Rif que habían atacado las instalaciones portuarias en Tánger y las minas de Beni-bu-Ifrur. Por cierto, ¿sabe a quién pertenecen esas minas? A un consorcio encabezado por el marqués de Comillas, el conde de Güell y el conde de Romanones. ¿Ha hablado de esto con su amigo Eusebio? ¿No? Pues debería hacerlo; él le podrá explicar muchas más cosas que yo. En fin, por lo que sé, la intervención española fue el detonante de una guerra cuyas primeras derrotas, debidas en buena parte a la falta de preparación en ese tipo de campañas, obligaron a transferir refuerzos. El ministro de la Guerra, en vez de enviar las tropas que su antecesor había organizado de forma preventiva, decidió la movilización general. Esta se podía decretar por unidades completas o por clases y se optó por lo primero, lo que obligó a reclutar a cuarenta mil reservistas, muchos de ellos casados y con hijos, que habían olvidado su instrucción militar. Hubo un agravante: el pago de un canon de seis mil reales permitía quedar excluido de la selección, por consiguiente, los llamados a filas pertenecían a las clases más desfavorecidas. Cataluña se enfrentó a ese decreto a través de la huelga general. Era de esperar que la mayor parte de la sociedad estuviera en contra de la guerra, en contra del poder que arranca del hogar al hijo o al padre para llevarlo a morir por una causa que puede ser justa y noble dentro de una razón nacional o diplomática, pero que no es popular, que aparece remota a la comprensión del pueblo y que en la realidad de su sentir es una atrocidad inexplicable. El pueblo, ante aquello, se rebeló: antes morir en la justa revuelta que permitir que los suyos murieran por una arbitrariedad del poder o por conveniencia ajena. Bien está, o por lo menos, esto resulta explicable. Pero ¿qué tienen que ver con ello los incendios, las profanaciones de tumbas, las rapiñas y los asesinatos de personas indefensas? ¿Lo sabe usted, Gaudí? Yo no.

Permaneció en silencio unos instantes con el ceño fruncido, como si quisiera encontrar alguna respuesta que pudiera explicar lo sucedido. Al cabo, movió los hombros, y con una voz seca, dijo:

–Se me ocurre otra posible explicación: el alzamiento impulsado por un partido político que trata de aprovecharse de una situación levantisca, la que fuere, para injertar en ella su ideal, o avivar su esfuerzo para conseguirlo. Pero no, tal explicación hay que descartarla, lo mismo que la anterior, porque de ser cierta habrían aparecido otras señales de aquella premeditación que no fuesen la quema y el saqueo, otras masas armadas se habrían echado a la calle, otros hombres se habrían puesto al frente de ellas, otros gritos se habrían dejado oír, otra organización se habría manifestado en la revuelta. ¿Cómo se puede conceder que el ideal de un partido político se reduzca a incendiar conventos y a disparar escopetazos desde detrás de los postigos? No, a eso no se le puede dar crédito.

Le dije que de la revolución mal organizada y de las turbas que esta lanzó a la calle sin saber valerse de ellas se habían aprovechado aquellos cuyo ideal es el odio a la Iglesia y toda esa gente cuya pretensión es aún más sencilla: el odio puro, hacer daño sin objeto alguno.

Maragall tardó en responder; me dio la sensación de que le costaba aceptar mi argumento. Bajó la mirada y con el aire de alguien que no quiere darse por vencido, dijo:

–Si es como usted piensa, nos hallamos dentro de la última pastoral de nuestro común amigo, el obispo de Vic, que trata de este tema: Satanás contra Dios, el príncipe del mal contra la redención, el odio contra el amor. Y el remedio contra eso, como él dice, es sencillo y a la vez sublime; consiste en abrazarse a la cruz y sufrir el martirio como una gloria, en devolver bien por mal, amor por odio; en vencer, sencillamente, por el ejemplo de la suavidad en el vivir y la fortaleza ante la muerte. Pero eso, querido Gaudí, hoy por hoy es más un propósito que una realidad. La palabra del obispo habría sido también la nuestra, si nos sintiéramos con capacidad suficiente para seguirla. Pero aún somos tales que, si tanta fortaleza hubiera en nosotros, créame, en la mayor parte de las personas se habría manifestado de muy distinto modo. Y el hecho de que no hayamos dado señales ni tan solo de la valentía requerida para comportarse como hombres ante hombres nos acusa sobradamente de carecer de la que se precisa para comportarse como santos ante diablos. Así pues, sin dejar de proponernos como ideal esta última valentía, por si un día la humanidad puede alcanzarla, lo que nos conviene ahora es empezar por la primera, que es la que

más nos falta. Y así, situándonos en el aquí y el ahora, empecemos por preguntarnos: ¿cómo es que esta y otras cosas que ocurren en Barcelona no ocurren en tal grado en ninguna otra parte? Y que no me salgan con aquello de que quienes hacen en ella el mal son forasteros, porque entonces debería replicarles que infamia mayor que hacer el mal es tolerar que se haga. Dejemos, pues, eso. La responsabilidad es enteramente nuestra.

El primero en arder fue el Colegio Real de San Antón, joya del románico. Poco después, por todo el Ensanche y el barrio de la Ribera, se quemaron capillas, iglesias, conventos y escuelas religiosas. El punto culminante de la violencia anticlerical se produjo durante la noche del martes 27 al miércoles 28 de julio de 1909, en la que se destruyeron más de veinte edificios del centro de la ciudad. Tres sacerdotes fueron asesinados y muchos más sufrieron vejaciones, llegándose al extremo de obligar a una monja anciana a desnudarse con el pretexto de que ocultaba algo entre sus hábitos. En el exterior del convento de las Jerónimas, un grupo de mujeres desenterró los cadáveres de las monjas y los llevó a hombros hasta la plaza de Sant Jaume. Su destino no era otro que las casas de los marqueses de Comillas y de los condes de Güell. Al llegar, los cuerpos en descomposición de las religiosas se expusieron bajo las arcadas del palacio Moja y contra las verjas del palacio Güell.

Los pocos residentes del parque nos hallábamos a salvo, protegidos por la cercanía del puesto de la Guardia Civil abierto tan solo seis semanas antes. Por las noches yo caminaba hasta el Turó de la Menas, que como ya sabes es la parte más alta del parque, y contemplaba cómo ardía Barcelona. Las llamas proyectaban su luz a través de nubes de humo, mezclándose con el fulgor de las estrellas. Un sentimiento de rabia e impotencia mordía mis entrañas. ¿Qué hacer para enfrentarnos a la barbarie, el caos y la desolación? ¿Cómo ayudar a esos hombres y mujeres de Dios que sufrían el desgarró de la revolución? ¿Cómo frenar la destrucción deliberada de obras maestras de nuestra arquitectura? ¿Es que solo podíamos lamentarnos y gimotear? Sí, Alfonso, la verdad es que nos habíamos escondido y, tapándonos los ojos, dejábamos hacer. ¿Impotencia o cobardía? ¿Prudencia o falta de valor? Los agitadores no eran tantos. Si la población hubiera salido de sus casas y se hubiera enfrentado a ellos, los habría sometido con facilidad. ¿Por qué no éramos capaces de actuar? ¿Por qué nos veíamos reducidos a la inutilidad y al deshonor? La razón era el miedo; un

miedo que nos contraía los músculos del estómago, un miedo que nos convertía en títeres a merced de unos cuantos desarrapados que demostraban, al menos, mayor valentía que la nuestra. Y maniatados, hundidos, vencidos por ese miedo, intentábamos justificarlo al pensar que eran otros los que debían poner orden en esa situación.

Recuerdo que durante aquellos días no pude hablar con Güell, porque estaba fuera de Barcelona. A ti, por el contrario, te visité a menudo. Estabas enfermo y yo acudía para animarte, si bien eras tú el que me consolaba. Con objeto de calmarme, te leía un libro sobre el emperador Teodosio en el que se narraba cómo, después de huir de Constantinopla, había visto arder la basílica de Santa Sofía desde el otro lado del Bósforo. Yo temía por la suerte que podían correr mis edificios, en especial la Sagrada Familia. El templo era un símbolo de la cristiandad, de todo aquello que las masas deseaban destruir. En respuesta a mi mirada, permanecías serio, como si adaptaras tu expresión a la mía para demostrar que me entendías. Esa precocidad del que todavía era un muchacho me conmovió hasta tal extremo que no pude evitar estrecharte entre mis brazos. Entonces me dijiste que debía tranquilizarme, que no destruirían una obra susceptible de dar trabajo a muchos obreros, y yo agradecí el vaticinio con un repetido: «¡Dios te oiga!»

Sin embargo, una noche llamaron a la puerta de mi casa. Era Bayó. Lívido, me informó de que un grupo de manifestantes se había congregado delante de la Sagrada Familia. Salimos a la calle. El calor húmedo de julio era sofocante y la atmósfera había alcanzado tal grado de presión que resultaba difícil respirar.

En la travesera de Gracia me pareció oír disparos.

Al llegar a la Sagrada Familia, vimos cómo un grupo de hombres y mujeres se agolpaba junto a la fachada del Nacimiento. Llevaban antorchas, linternas, palos, cuchillos y alguna escopeta.

–¿Qué vamos a hacer? –me preguntó Bayó en voz baja, encorvándose y apoyándose en su bastón.

No supe qué decir en ese momento.

Al acercarnos más a ellos, comenzaron a murmurar. Uno gritó a voz en cuello:

–Aquí tenemos al famoso arquitecto de la catedral de los pobres.

Otro, animado por el primero, le siguió:

–¡Muerte a los Comillas! ¡Abajo los curas! ¡Que vayan a la guerra los ricos!  
Un tercero añadió:

–Tú eres el lacayo de todos ellos, ¿qué haces aquí? Márchate si no quieres tener problemas.

Les pregunté qué querían.

–¿No lo sabes? –repuso un hombre de unos treinta años, alto y corpulento–. Queremos entrar, y no vas a ser tú quien nos lo impida. La ciudad es nuestra y haremos con ella lo que nos venga en gana.

–Sí, sí, acabemos de una vez; es tarde y mis hijos me esperan –intervino una mujer de rostro rectangular y unos labios pequeños y burlones, guiñando el ojo a otra mayor, de aspecto fatigado.

Les dije que abriría las puertas del templo si lo que deseaban era rezar y pedir perdón por sus pecados, pero que de ningún modo estaba dispuesto a dejarlos entrar si sus intenciones eran otras.

La mujer mayor se adelantó. Tenía un busto muy abultado, la nariz como el pico de un pájaro y vestía una bata raída y macilenta; sin embargo, en el conjunto de sus facciones había humanidad y sufrimiento. Permanecimos unos segundos mirándonos en silencio. Al cabo, le pregunté cómo se llamaba.

–Mi nombre es María Llopis, aunque aquí todos me conocen como «La cuarenta céntimos». Sí, señor, eso es lo que tendrá que pagarme si quiere pasar un rato conmigo. Soy prostituta, a mucha honra. Con esa profesión alimento a mis cuatro nietos; o debería alimentarlos, porque los tiempos son malos y los clientes cada vez pagan menos. Empecé cobrando una peseta, después dos reales, ahora cuatro perras y sabe Dios hasta cuánto tendré que bajar. Pasamos hambre, señor, y el estómago, cuando está vacío, se llena de rabia. La rabia es mala y a falta de otra cosa se cuele por las rendijas del alma. ¿Por qué le cuento todo esto? Usted sirve a los ricos y yo, a pesar de ser pobre, no quiero servir a nadie. Siempre ha sido así: unos pocos explotan y chupan la sangre de otros, que son muchos más. Y después vienen los curas y nos dicen que tenemos que ser buenos, que no debemos protestar, que debemos aguantar y que en la otra vida ya nos compensarán. Malos bichos esos cuervos; hasta que no acabemos con ellos no descansaré en paz.

Sus ojos, de un gris azulado, y la blancura de su piel enfermiza tenían más ternura de lo que reflejaban sus palabras.

Le hice la señal de la cruz en la frente.

Enfurecida, me apartó la mano y con un tono de voz agrio exclamó:

–¡Guárdese su compasión! No la necesito.

Y sin añadir nada más, me escupió en la cara.

Una nube oscureció mis ojos, aunque no tardé en pensar que la limitación mayor es la imposibilidad de comprender. Todo lo que se entiende está bien y el dolor es lo más elocuente de los seres humanos. Al enfrentarme a esos hombres y mujeres que tenían la intención de quemar el templo, pude ver cómo de sus corazones brotaba la desesperación. Bombas, pillaje, robo, asesinato y profanación eran sus únicas armas para amortiguar la humillación y el pesar que sentían. Si no podían gozar del pan y la sal de la tierra, la destruirían, la incendiarían hasta que no quedaran de ella más que cenizas.

El sonido de un disparo interrumpió de cuajo mis reflexiones y una voz se impuso sobre el tumulto general:

–Si no quieres que el próximo te alcance, márchate. No te lo repetiré otra vez.

Bayó, que hasta entonces había permanecido apartado, se aproximó temblando y me dijo al oído:

–Por los clavos de Cristo, Gaudí, vámonos de una vez. Aquí todo está en obras y encontrarán poco que quemar. Hágame caso, no vaya a ser que las cosas se pongan aún peor de lo que están.

Le dije que de ningún modo estaba dispuesto a marcharme. Si querían entrar y profanar el templo, tendrían que pasar por encima de mi cadáver. Esto último lo dije en voz alta, de manera que todos lo escucharan. El hombre que me había amenazado se apartó del grupo, se acercó con su escopeta, me apuntó y dijo:

–¿Estás sordo? ¡Sal pitando de aquí ahora mismo!

La resolución de su rostro y su mirada inexpresiva daban frío.

El bullicio resonaba amplificado en mi interior, distorsionando las voces y los ruidos. Nunca había sentido tanto miedo. Era un miedo seco que apergaminaba los músculos de mis piernas y a la vez los hacía temblar. No obstante sabía que por grande que este fuera, tenía que conseguir que no se notara; por tanto me mantuve erguido, con la mirada clavada en los ojos de mi oponente. Pasaron unos segundos que acabaron por convertirse en minutos y la obstinación de aquel que está dispuesto a sacrificarse por su causa acabó por

imponerse. ¿Coraje? No lo creo. ¿Insensatez? Es posible. Aunque lo cierto es que mi resistencia desconcertó a mi adversario y comprobé que no estaba dispuesto a llegar hasta el final; a ello contribuyó también la determinación con la que intervino la mujer:

–Déjalo, Cristóbal; no podemos mancharnos las manos con su sangre; es un hombre de Dios y, aunque lo parezca, no se trata de uno de esos curas. Ya volveremos otro día.

Se dispersaron sin dejar por ello de murmurar y de amenazarme. Cuando nos quedamos solos, Bayó, pálido como un muerto, me dijo:

–¡Ay, Gaudí! Por el amor bendito, ¿cómo se le ocurre provocarlos de ese modo? Le aseguro que pensaba que no íbamos a salir de esta.

A su regreso, Güell vino a verme y le conté mi altercado. Me miró con ojos incrédulos y arqueando su ceja izquierda, exclamó:

–Es usted un insensato. Ya llevamos setenta muertos; ¿qué es lo que quería, aumentar la cifra?... Con todo esto lo único que hemos conseguido es fracturar nuestra convivencia y me temo que esta vez de forma irreversible. Cataluña se ha roto y costará recuperar la confianza. ¿Sabe qué va a pasar ahora? Se lo diré: lo primero será la caída del gobierno de Maura; su irresponsable decisión de declarar la guerra a Marruecos sin tener para ello causas suficientes ha sido la gota que ha colmado el vaso. Sí, ya sé que hay gente que piensa que yo intervine para defender mi participación en las minas del Rif. Nada más lejos de la verdad; llegué incluso a hablar con Maura para manifestarle mi preocupación por lo que consideraba podía desencadenar un conflicto inoportuno que nos traería problemas. El presidente me dijo que no se trataba solo de las minas sino también de proteger otros intereses vitales para el Estado que estaban amenazados por Francia. ¿Qué quiere que le diga? Por desgracia, los acontecimientos que siguieron han acabado por darme la razón.

Hablaba con precipitación, algo infrecuente en él. A pesar de su rotundidad, me dio la impresión de que no estaba satisfecho de su intervención para frenar la guerra. Güell tenía pocas debilidades; una de ellas era que prestaba excesiva atención a la opinión pública, y estoy seguro de que el hecho de que se hubiera cuestionado su actuación en este tema lo atormentaba. Se hundió en la butaca que presidía su despacho en el parque y, ya más tranquilo, continuó:

–En fin, el mal ya está hecho; ahora lo que de verdad me preocupa es la



reacción de la patronal. No será buena, se lo garantizo. El impacto de estos días desactivará en la práctica el catalanismo político y sospecho que también se llevará por delante mi proyecto sinárquico. El paternalismo, la educación religiosa de los obreros, las colonias industriales: nada de eso servirá para frenar la oleada de agitación y, en consecuencia, se renunciará a las aspiraciones autonómicas al pensar que la insurrección, presente y futura, solo podrá conjurarse mediante el apoyo del ejército español. Este prestará sus servicios pero a cambio exigirá un precio: el desmantelamiento de cualquier iniciativa regionalista. ¿Protección o identidad nacional? ¿Seguridad o autonomía? ¿Bonanza económica o independencia política? Esas serán las preguntas, y puede estar seguro de que no se tardará ni un segundo en responderlas.

Todavía me bailaba el miedo en el corazón al recordar mi encontronazo con los amotinados. No sé bien lo que dije, quizá solo me limité a asentir, pero sí recuerdo lo que él me contestó:

–Tengo la convicción, Gaudí, de que el nacionalismo catalán debe estar sustentado por el poder económico; sin su apoyo, aquel no será posible, o lo será de forma incompleta, con lo cual acabará fracasando. Nunca podré estar de acuerdo con aquellos que piensan que patriotismo es sinónimo de revolución; al contrario, creo que las aspiraciones nacionales solo pueden cuajar a través del entendimiento, la generosidad, el compromiso, el pacto y el sacrificio. Además, estoy convencido que a Cataluña le irá mucho mejor dentro que fuera de España. Estamos demasiado vinculados con ella, y no solo por la economía, como para romper una relación que nos aporta muchos beneficios. Lo que tenemos que hacer es liderar el proyecto español. Involucrarnos, dirigirlo y modernizarlo; esa debería ser nuestra principal tarea. Cuando Almirall y yo fundamos el Centre Català, pretendimos establecer las bases de un espacio político abierto, de centro, interclasista, que acogiera a un amplio espectro de la sociedad. Ahora, la Lliga se escorará a la derecha, defenderá intereses más particulares y se someterá a las exigencias centralistas del gobierno. Craso error ya que, de confirmarse mis sospechas, perderán buena parte de su electorado. ¿Quién se beneficiará de eso? No la izquierda; si así fuera entraría dentro del juego político razonable. No, Gaudí, el beneficiario será el populismo y su principal dirigente Alejandro Lerroux. Tengo una pésima opinión de él, pero es un enemigo temible y eso me impide despreciarlo. Que Dios nos asista si Cataluña cae en sus manos.

La revolución duró una semana. Ni un día más. Después llegó la venganza. Una venganza fría y despiadada que demostró que hay pocos hombres en la tierra a los que se pueda llamar justos. Si un poder del cielo hiciese posible intercambiar la suerte de víctimas y verdugos, el resultado seguiría siendo el mismo, ya que las víctimas, convertidas entonces en verdugos, actuarían con la misma falta de humanidad. O por lo menos esta es mi convicción cuando pienso en los miserables sentimientos que nos invadieron durante aquellos días. Se detuvo a varios millares de personas de forma indiscriminada. Daba igual si habían intervenido directa o indirectamente, si habían disparado desde los balcones y barricadas, si habían puesto bombas o si solo se trataba de elementos supuestamente subversivos, sin relación alguna con los hechos. Daba igual, digo, porque la consigna que seguían desde el Ministerio del Interior era cortar de raíz el problema y acabar cuanto antes con todo aquel del que se sospechara la más mínima complicidad revolucionaria. En los juicios sumarísimos, las sentencias no solo fueron brutales, sino también arbitrarias. El resultado: más de doscientos desterrados, casi cien cadenas perpetuas y cinco condenas a muerte.

Habían ajusticiado ya a cuatro. Faltaba el quinto: José Ferrer i Guàrdia. El caso de Ferrer fue revelador porque puso de manifiesto la falta de valores que padecíamos. En los días previos a su ejecución, vi una foto suya en el periódico. Era un hombre bien plantado, voluminoso, con la mirada altiva y el cuerpo echado hacia delante. En su rostro, cubierto por una barba de chivo, destacaban unos ojos profundos, enmarcados por unas cejas encrespadas, una nariz recta y poderosa y unos labios carnosos, muy abultados, que reflejaban determinación, al tiempo que una cierta crueldad. Leí algunos datos suyos: masón, ateo, republicano, de ideas anarquistas, había dedicado la mayor parte de su vida a crear escuelas laicas en Barcelona, en las que se enseñaban materias científicas y humanísticas con objeto de formar a los alumnos en el libre pensamiento. Editor, asimismo, del periódico *La Huelga General*, había sido acusado de participar en el atentado frustrado a Alfonso XIII en la calle Mayor de Madrid, hecho que, a pesar de que no se probó, lo llevó a pasar una larga temporada en la cárcel y a emigrar después a Francia. Poco antes de la Semana Trágica había recalado en Barcelona para organizar la huelga general y los posteriores actos de vandalismo, si bien esto último no se pudo demostrar. Su condena a muerte provocó una encendida protesta en Europa. Las redacciones de los periódicos

escribieron editoriales pidiendo el indulto; manifestaciones multitudinarias recorrieron las calles de Roma, París, Ginebra, Lisboa, Londres y Génova, donde se quemaron banderas españolas y se gritó contra el rey y la Iglesia. Era un nuevo caso Dreyfus que se aprovechó para presentar a España como un país atrasado y brutal, dominado por la Inquisición y una monarquía reaccionaria.

A pesar de la presión internacional, el gobierno de Maura no concedió la gracia y Ferrer fue fusilado. La burguesía respiró tranquila. Habían temblado de miedo y se complacían con que el principal responsable, según el auto, lo hubiese pagado con su vida.

Días antes de hacerse efectiva la sentencia, una voz intentó levantarse en contra de la opinión pública. No le dejaron. Su artículo «La ciudad del perdón», escrito cuarenta y ocho horas antes de que se reuniera el consejo de ministros que debía decidir sobre el indulto, no se publicó por orden expresa de Prat de la Riba. ¿Sabes de quién te hablo? Sí, de Maragall. Él es la voz de nuestra conciencia; una voz lúcida que siempre ha defendido la reconciliación como único medio de establecer los cimientos de una sociedad capaz de lamer sus heridas a través del perdón.

Tiempo después, Maragall me permitió leer el artículo; recuerdo que me causó tanto impacto que le pedí permiso para copiar alguno de sus párrafos.

La cita de hoy no puede ser otra que esas mismas líneas que transcribí entonces y que espero te sirvan para entender el significado de ética, valor, amor y sacrificio.

¿Cómo podéis permanecer tan tranquilos en vuestras casas, ocupados en vuestros quehaceres, sabiendo que un día, bajo el buen sol mañanero, allá en lo alto de Montjuic, sacarán del castillo a un hombre maniatado y lo conducirán por delante del cielo y del mundo, y por delante del mar y del puerto con su tráfico, y de la ciudad que se yergue indiferente, y despacio, muy despacio, le conducirán a un rincón del foso, y ahí, cuando dé la hora exacta, aquel hombre, aquella obra magna de Dios en cuerpo y alma, vivo, con todas sus potencias y sentidos, y sintiendo ese mismo afán que sentís vosotros, se arrodillará frente al muro para que le metan en la cabeza cuatro balas y, dando un brinco, caerá muerto como si se tratase de un conejo..., él, que era tan hombre como vosotros?

Si a ese hombre lo hubieseis muerto, batiéndoos con él como leones, al pie de una barricada o en la puerta de una iglesia, yo no podría haceros por ello inculpación alguna, porque en tal combate habríais demostrado amor por alguna cosa, con exposición de vuestra vida a favor de vuestro ideal, y por el amor de un ideal y la valentía en ello demostrada, se nos puede absolver de muchas cosas. Pero ahora, ¿quién os absuelve? ¿Dónde está vuestro ideal, dónde vuestro amor y vuestra valentía? No queráis, pues, ser cobardes dos veces. Si en aquella ocasión vuestro valor había de manifestarse con las armas, y

no lo tuvisteis, ponedlo ahora, al menos, en el perdón, que esta es la hora de hacerlo.

Y por muchas bombas que después estallen en Barcelona, ya no podrá ser calificada como la ciudad de las bombas, sino que su nombre procederá de algo que es más fuerte que todas las bombas juntas y que todos los odios y toda la maldad humana: este nombre procederá del amor, y Barcelona será denominada la ciudad del perdón, y desde ese instante, desde esa hora, empezará a ser una ciudad.

Tuyo,

Antón

## Carta XVIII

Puigcerdá, hotel Europa

15 de mayo de 1911

Mi querido amigo:

Entre los muchos fantasmas que me amedrantan, el de la materia, encarnada en el pecado, es el primero. La materia no tiene solidez; no es el bloque de piedra inerte bajo el cual se oculta la forma que el esfuerzo descubre, sino que, como en el origen, es la serpiente. La forma siempre provisional que la materia –el hierro, la piedra, el vidrio, el mármol, el yeso, la madera, la cerámica– toma en mi arquitectura es el resultado de mi lucha contra su fascinación, contra sus incitaciones. No, Alfonso, no sé cómo vencer en ese combate desigual que sobrepasa mis fuerzas. El pecado de la carne, la impotencia del espíritu, la negación de uno mismo solo se resuelven en el remanso de una simplicidad purificadora que, por mucho que intento, no puedo aprehender.

Todo esto lo sentí con intensidad cuando emprendí la restauración de la catedral de Mallorca. Fui consciente de que mi misión era devolver al edificio su sustancia original y me propuse darle aquello que necesitaba: espacio y vacío, ausencia de materia, aire transcendente.

El obispo Campins vino a verme a la Sagrada Familia y me encargó el trabajo.

Parecía un hombre impaciente. No lo era, aunque tardé en averiguarlo. Sus ojos desprendían un destello singular. Menudo, barbilampiño, de aspecto añorado, sus movimientos muy pausados contrastaban con su tono de voz autoritario, hasta el punto de dar la sensación de que dentro de él coexistían dos personalidades diferentes: una extraña combinación de debilidad fortalecida sin

embargo por una inteligencia que expresaba mansedumbre y ansiedad al mismo tiempo.

Con tono decidido, me dijo:

–Gaudí, me gustaría que se hiciera cargo de nuestra catedral. Erigida a orillas del mar, en el lugar más alto de la ciudad, es como una profesión de fe que Mallorca hace ante todos los que vienen a ella. Pero tiene una deficiencia: los múltiples cambios que ha debido padecer a lo largo de los siglos. Sí, ya sé que esto es normal en un templo de su naturaleza, más en nuestro caso, estos, en vez de embellecer el conjunto, le han ido sustrayendo su pureza original. El peor fue el último, llevado a cabo entre 1852 y 1886 por un arquitecto cuyo nombre prefiero omitir, como consecuencia del terremoto que destruyó parte de la fachada y el campanario.

»Sin estar iniciado en la ciencia de la arquitectura, permítame decirle lo que pienso que es prioritario: liberar la cátedra, que ahora está oculta al fondo del presbiterio, trasladar el coro de la nave central a cada uno de los lados del altar mayor y eliminar de este el gran retablo barroco. A través de estas reformas restableceremos el ceremonial, rescataremos la piedra en la que se sentó el primer obispo de esta iglesia, restituiremos al pueblo su lugar en el templo y recuperaremos la capilla de la Trinidad, origen arquitectónico de la catedral y mausoleo de los reyes de Mallorca.

Le dije que si lo tenía todo tan claro, no veía para qué necesitaba mis servicios. La expresión de Campins se ensombreció; bajó la voz y murmuró:

–Le repito que yo no sé nada de arquitectura, lo cual no obsta para que sí sepa lo que conviene a nuestra catedral. Le ruego que acepte mi invitación para pasar unos días conmigo en el palacio episcopal de Palma y tener así la oportunidad de ver nuestra hermosa catedral. Conozco y admiro su obra, y le reitero que estoy convencido de que es usted la persona adecuada para hacerse cargo de su restauración, aunque, como es lógico, deberá decidir si le interesa o no mi ofrecimiento.

Quise tranquilizarlo y le dije que aceptaba su invitación con mucho gusto, si bien me reservaba mi decisión final hasta haber visto el edificio y las dificultades que presentaba.

Creo recordar que visité por primera vez la catedral a mediados de 1902, acompañado por Rubió, quien me asistió en los cálculos estructurales. La

impresión fue magnífica. Si todo monumento tiene un rasgo que lo distingue de los demás, el de la catedral de Mallorca es su proporcionalidad, la armónica correlación de sus dimensiones. Decidí aceptar el encargo, estimulado por el reto de conseguir la mayor cantidad de espacio con la menor cantidad de materiales vistos. No se trataba de rehacer unos elementos de un determinado estilo o época, sino de volver a poner las cosas en su sitio, dándoles por tanto su verdadera función. Desmontar y volver a montar: eso era todo. En contra de lo manifestado por Campins, siempre he pensado que la coexistencia de diversos estilos en los templos es algo que les va bien, por consiguiente utilicé elementos platerescos y barrocos, acomodándolos a la confección de los bancos y cantorías, y no dudé en infundir el espíritu moderno dentro de una atmósfera gótica. Hacer arquitectura sin arqueología: ese fue mi propósito.

Tal y como me había sugerido Campins, la primera operación que puse en marcha fue el traslado del coro de la nave al presbiterio. Se trataba no solo de la obra de más volumen sino también de la más efectiva. Una vez removido el coro, la liberación del espacio estaba resuelta y me dispuse a abordar los demás cambios con tranquilidad. Básicamente, estos consistieron en el desmontaje del retablo barroco con la consiguiente emancipación del trono episcopal y de la capilla de la Trinidad, el acercamiento del altar a la nave, la elaboración de su baldaquino, la nueva disposición de los púlpitos y la construcción de las cantorías.

En seis meses, lo sustancial estaba acabado. Campins se mostró satisfecho con el resultado, sin embargo, faltaba más luz, más color, más contraste, más movimiento...

Y entonces pensé en Jujol.

Le encargué que decorara el ábside del presbiterio, el trono episcopal y la sillería gótica del coro. En el primero dispuso ramas y hojas de olivo e incrustó entre ellas piezas de cerámica esmaltada, en las que reprodujo los escudos heráldicos de los sucesivos obispos de la diócesis con tal abstracción que estos resultaron irreconocibles. Igual sucedió con las cintas de hierro forjado situadas a ambos lados del trono. Esa violencia que emborronaba los blasones, convirtiéndolos en manchas, se amplificó en la decoración de los espaldares del coro. Sus pinturas sobre la oscura madera de la sillería hacían brillar con oro las tallas, igual que apariciones espectrales. Tuve que enfrentarme al cabildo

catedralicio para defender su trabajo y explicar que esas manchas de colores, que en efecto desmaterializaban la madera opaca del coro, pretendían manifestar lo oculto y que, en último término, cualquier arte basado en la visión interior era siempre enemigo de la representación. Mis argumentos amortiguaron su disgusto hasta que Jujol grabó en las sillas la inscripción evangélica fragmentada: «La sangre de Él sobre nosotros.» Los canónigos consideraron que la elección de esas palabras podía interpretarse con irónicos comentarios y pidieron cambiarlas por el texto bíblico completo, a lo cual me opuse, recordándoles la máxima de Gracián: «Lo bueno, si breve, dos veces bueno.»

A excepción de Campins, la curia se mostró reticente a nuestro trabajo y nos acusó de pecar de soberbia y de pervertir el contenido sagrado del templo. Cansado de tanta oposición me fui retirando poco a poco de las obras, delegándolas en Rubió, quien, hasta el día de hoy, las dirige con más mano izquierda que yo. Prueba de ello es que evitó informarme de que Alfonso XIII se había ofrecido a financiar la construcción de los mausoleos reales, con la condición de que no se llevaran a cabo según mi proyecto.

No sería esta la última de mis decepciones.

Los catalanes siempre han tenido una extraña debilidad por esa capital europea llamada con cierta exageración «la ciudad de la luz»; debilidad que, dicho sea de paso, yo no comparto. Sin embargo, las obras de la Sagrada Familia languidecían y me pareció oportuno construir una maqueta gigante de ella y presentarla en la exposición de la Société des Beaux Arts de Paris.

Se lo coment   a Güell y me dijo:

–Me parece una idea espléndida. Ya es hora de que los franceses sepan lo que est   haciendo. Estoy seguro de que su respuesta será positiva. Debemos presentar la maqueta en las mejores condiciones; no se preocupe por sus costes, eso corre de mi cuenta.

Quiso que lo acompañara a Paris.

–Esta vez –dijo–, no tiene usted excusa. Pasaremos ahí unos días y le ense  ar   los secretos de esa ciudad prodigiosa.

Construí diversas maquetas. Su complicada elaboración, su traslado en enormes cajas, el revuelo que esto ocasionó costaron un montón de miles de pesetas. En Paris, la sala que nos habían asignado no gustó a Güell al considerarla demasiado pequeña y falta de buena luz; no dudó en pagar una



fortuna para que nos dieran otra más espaciosa y mejor iluminada. En los días previos a la inauguración, me enseñó París, sus museos, edificios, restaurantes, librerías y anticuarios preferidos. Yo, la verdad, demostraba un escaso interés, consecuencia del nerviosismo que, muy a mi pesar, sentía.

Al fin llegó el momento tan esperado. La sala estaba abarrotada. Era una buena señal y tuve la sensación de que la iniciativa sería un éxito. ¡Qué ingenuidad! No tardé en comprobar que la gente pasaba por delante de mis construcciones y, moviendo la cabeza, seguía adelante con objeto de charlar un rato con Güell. Lo cierto es que ni el público ni los críticos mostraron interés alguno. ¿Qué otra cosa podía esperar de los franceses? Imbuidos de racionalismo hasta el tuétano, de neoclasicismo glacial, ellos tenían que ser los últimos en interesarse por mi obra.

Te reconozco, sin embargo, que los que más me irritan son esos catalanes afrancesados que se hacen llamar novecentistas. Pulcros, pedantes, estetas relamidos que rechazan la intensidad romántica, reclaman el arte puro e incontaminado y vociferan contra Verdaguer, Maragall y yo mismo, tildándonos de carcamales trasnochados que no saben lo que es la auténtica belleza. Para ellos no es el contenido sino la forma lo que cuenta. Fanáticos de los sonetos de Petrarca, los frescos de Rafael, la arquitectura de Palladio y de todo aquello que está muerto porque no brota impulsado por un espíritu que lo anima. Afeminados sin alma, reunidos en torno a un pretencioso llamado Eugeni d'Ors que cuando me ve no deja de martirizarme con sus halagos empalagosos y escupe su veneno en cuanto se da la vuelta y se aleja.

Me sorprende la creciente simpatía que un hombre como Puig i Cadafalch, que creía enteramente de los nuestros, siente por estas ideas. Y te lo digo porque me parece recordar que a este respecto tuve con él una clarificadora conversación sobre geografía y arte. Puig insistía en que tuviera presente las magníficas catedrales de Francia, los soberbios palacios de la aristocracia inglesa y, sobre todo, la arquitectura civil hanseática de Flandes, Holanda y Alemania, su fuente de inspiración para la casa Amatller del Paseo de Gracia de Barcelona. Le corté diciéndole que eso nada tenía que ver con el arte verdadero, ya que este se había sacado de matrices más antiguas, más auténticas, cuyo origen era claramente mediterráneo. Entonces me replicó que artistas como Van Eyck, Van Dyck, Vermeer o Rembrandt habían revolucionado la pintura, y que la Europa

del norte había dado vidrieros, ebanistas, tapiceros y alfareros de gran relieve. Al escuchar tales argumentos, perdí la paciencia como me sucede a menudo cuando tratan de justificar el arte del norte y le contesté con un tono un tanto elevado que me estaba citando artistas de comedor burgués, decoradores de tercera categoría sin comparación posible con los que habían trabajado en los países meridionales. Añadí que no buscara la belleza en las brumas del norte, sino en la luz del Mediterráneo, la luz que había hecho posible las mejores obras de arte de Egipto, Siria, Grecia, Roma e incluso el románico que él se había dedicado a estudiar con tanto esmero.

Pero basta de recuerdos de mi profesión con colegas y amigos; ahora quiero hablarte de algo mucho más personal. Mi padre murió en 1906, a los noventa y tres años de edad, pocos meses después de habernos trasladado a nuestra casa del Parque Güell. Siempre tuvo una salud de hierro, debido, en gran parte, a seguir los consejos naturalistas del abate Sebastian Kneipp. Vegetariano convencido, su alimentación era tan exigua como la mía: un poco de lechuga, un vaso de leche, unas gotas de aceite, nueces, confitura de remolacha y pan con miel. Bebía gran cantidad de agua y caminaba entre cinco y diez kilómetros cada día. No eran estos, sin embargo, sus hábitos más singulares. Después de comer, tenía la costumbre de limpiarse las manos con miga de pan mojada en agua y acostumbraba a frotarse los pies con hielo nada más levantarse, así como a andar descalzo sobre la hierba, aduciendo la estrecha relación entre la actividad vasomotora de los pies y el resto de los órganos. Prácticas que yo también he seguido y que me han dado óptimos resultados; mucho mejores, por cierto, que toda esa maldita química que Santaló se empeña en administrarme y que lo único que consigue es empeorar mi salud.

Pasamos su última noche discutiendo sobre los diputados recién elegidos para el Parlamento. Él rechazaba el separatismo. Era un entusiasta defensor de los ideales regionalistas y de la España grande concebida por Cambó; por esa razón se sentía próximo a la Lliga, aunque nunca militó en ella.

A la mañana siguiente, me extrañó no verlo regando las plantas del jardín, operación que realizaba todos los días muy temprano con objeto de frotarse los pies sobre la hierba, aún llena de rocío. Subí a su cuarto y lo encontré tumbado en la cama, boca arriba, con los ojos abiertos. Su rostro tenía una expresión tranquila. No; no era exactamente tranquila, más bien era irónica, como si

hubiera traspasado el último umbral sonriendo, sin sorpresa ni temor alguno. Estaba muerto, aunque la impresión que daba era la de estar dormido. Resultaba hermoso contemplarlo y comprobar cómo la muerte le había sobrevenido con total naturalidad. No siempre es así. He visto morir a muchos que se aferran a la vida con desesperación y temor. A propósito de esto, recuerdo que un viejo actor británico, después de una representación en Barcelona, me comentó:

—¿Sabe, Gaudí?, al recitar el monólogo de *Hamlet* es importante hacer una larga pausa entre «ser» y «o no ser». En una ocasión en la que me entregaban un premio y tenía que recitar dicho monólogo, la prolongué tanto que alguien del público, pensando que había tenido un lapsus de memoria, me apuntó: «O no ser», y como le pareció que yo seguía *in albis*, repitió cada vez más fuerte: «¡O no ser!... ¡O no ser!» Avancé entonces hasta la boca del escenario y, abriendo los brazos, exclamé: «¡Esa es la verdadera cuestión! Y la respuesta es... sin vergüenza, sin arrepentimiento, con alegría, sin ninguna duda... ¡Ser!» Como puede usted imaginar, el público se levantó de sus asientos y prorrumpió en una ovación cerrada.

He perdido el hilo de lo que te estaba contando. Ah, sí, te hablaba de las personas —incluso de aquellas que tienen una gran fe, como fue el caso de mi madre—, que cuando llega el momento de la muerte se asustan igual que niños. No fue el caso de mi padre.

Termino con una nueva reflexión de mi admirado Goethe, que mi padre me repetía con insistencia. «Debemos renunciar a nuestra existencia para existir verdaderamente.»

Te quiere desde el recuerdo,

Antón

## Carta XIX

Puigcerdá, hotel Europa  
17 de mayo de 1911

Mi querido amigo:

Con la cripta de la Colonia Güell he alcanzado el punto culminante de mi arquitectura; ha sido el laboratorio que me ha permitido un nuevo modo de proyectar. Todo está ahí: la necesidad de empezar de cero, de hacer tabla rasa, de vaciarme por completo. Desde el primer momento supe que debía construirla con la emoción y sorpresa de la primera vez, pero también con la cualidad estereoscópica, agudizada con el tiempo, que me permite ver el complejo mundo tridimensional de las cosas con una extraordinaria profundidad de campo. Esa extraña cualidad que los médicos consideran un anómalo exceso de capacidad óptica ha hecho posible que esta obra sea diferente a cualquier otra.

Hay en la cripta de la Colonia Güell un vocabulario perfectamente reglado que marca un avance sustancial en mi larga búsqueda de las formas curvas. Con él he conseguido exponer las bases de un sistema original, circular, cerrado, que afecta por igual al valor estético y simbólico de los elementos constructivos. Es algo parecido a lo que hicieron Wagner con sus motivos conductores y Kant con sus principios fundamentales de la razón pura: una voluntad de síntesis entre estructura, técnica y forma. La diferencia con ellos es que mi sistema no tiene precedentes en la historia de la arquitectura y, aunque sea de una lógica irrefutable, no tendrá continuadores, ya que por lo general me cuesta explicar las cosas, hasta el extremo de mostrarme a menudo tan hermético como Leonardo, quien escribió sus tratados de derecha a izquierda para dificultar su comprensión.

La cripta de la Colonia Güell enciende una nueva forma de hacer arte,

sobrevuela los estilos, desbarata los viejos cálculos, revela en cada uno de sus detalles el valor de la arquitectura como ofrenda a Dios. Y todo eso fue posible una vez más gracias a Güell.

En 1890, Güell ordenó edificar una fábrica para su empresa de panas en unos terrenos adquiridos años atrás por su padre, a unos veinte kilómetros de Barcelona, en el término de Santa Coloma de Cervelló. A su alrededor quiso levantar un pueblo de nueva planta para albergar a mil familias. Cuando me pidió que me pusiese al frente del proyecto, fui consciente de la enorme responsabilidad social que implicaba construir una colonia. De hecho, los obreros allí instalados dispusieron de viviendas unifamiliares rodeadas de jardín que en ningún caso sobrepasaban las dos plantas de altura, así como de todo tipo de servicios: caja de ahorros, dispensario, economato, ateneo, escuelas, teatro y una iglesia parroquial; es decir, era una innovación sin precedentes que afectaba a todos los elementos que la componían, desde las terrazas hasta la cripta. En los estudios previos conté con la ayuda de Francesc Berenguer y más adelante incorporé a Joan Rubió, Josep Canaleta y Eduardo Goetze. Ya ves, querido Alfonso, que creamos un pequeño mundo, una célula en la que toda la sociedad estaba contenida. Es su reflejo en miniatura.

Recuerdo la última conversación que mantuve con Güell sobre la colonia, en la que me expuso los motivos que le habían llevado, como él decía, «a sobrepasar el hecho industrial». Paseábamos por el bosque que rodea la cripta cuando de pronto se detuvo y exclamó:

–Sabe, Gaudí, tengo asumido que no veré concluidas las obras de la colonia y es probable que cuando yo ya no esté mis hijos las interrumpán; me temo que pasará lo mismo con el parque. Debemos por ello darnos prisa para avanzar tanto como nos sea posible. Sí, ya sé que en el arte y más específicamente en la arquitectura las cosas necesitan tiempo, pero a mí ya no me queda mucho y me gustaría ir cerrando algunos temas. He empleado gran parte de mi fortuna en proyectar con usted obras que estoy seguro transformarán la imagen de Barcelona, aunque le confieso que tengo un especial cariño por la colonia; de alguna manera refleja mi forma de entender el hecho industrial y el influjo que este debe ejercer en la sociedad de nuestro tiempo.

Cansado, aunque espiritualmente activo, hablaba, no me atrevo a decir que con desánimo, pero sí con una cierta inquietud. Su forma de andar, tanto por la

postura del tronco como por el movimiento de las piernas y los pies, reflejaba una pesadez desacostumbrada. En ese momento pensé que había envejecido; parecía exhausto; los ojos, ya de por sí saltones, contraían su expresión en una sonrisa que resultaba forzada. La tarde de verano era calurosa y buscamos un banco a la sombra donde poder sentarnos. Las cigarras poblaban el aire con sus chirridos y el jugoso verdor de la hierba nos refrescaba. Güell bajó la mirada y prosiguió con un tono blando que se fue robusteciendo, mientras dibujaba círculos con el bastón en el suelo.

–El dinero siempre me ha interesado, Gaudí. Sin él no se puede hacer nada. Yo, permítame la falta de modestia, he tenido una especial habilidad para ganarlo; también para gastarlo. Entiéndame bien, el dinero no me interesa por sí mismo, sino como medio para hacer cosas; si no fuera así, me dedicaría a comprar y vender rápido, es decir a especular, que es la mejor forma, si uno es listo y no tiene escrúpulos, de obtenerlo. Hay muchos que se dedican a eso. No es mi caso. Más aún: detesto esa forma de enriquecimiento. Desde joven, mi talento para los negocios me proporcionó el respeto y, en algunos casos también, la adulación de la gente. Ya sabía entonces que una de las mayores limitaciones de las sociedades capitalistas es la de evaluar a las personas por lo que tienen y no por lo que son. Defecto extendidísimo, que debería hacernos reflexionar en lo equivocados que están nuestros principios. Lo cierto es que, obligado desde temprano a rendir al máximo, jamás conocí el ocio ni el despreocupado abandono de la juventud. Nuestra generación tenía talento, si bien carecía de la constancia necesaria para florecer; estaba acostumbrada a dar muy pronto lo mejor de sí misma, mas resistía con dificultad el paso de los años. Resistir es una gran cualidad; aquel que permanece en su lugar, sin aflojar la tensión de su esfuerzo, inalterable ante los aciertos y errores, indiferente al éxito y fracaso, por lo general consigue sus propósitos.

Se interrumpió al ver brillar en el suelo un pequeño objeto metálico; se levantó para recogerlo y estuvo unos minutos ensimismado; al cabo, alargándomelo, dijo:

–Es una aguja de las máquinas de tejer de la fábrica; hermosa, ¿no le parece?

Le comenté que pensaba utilizar ese tipo de aguja para construir pequeños hexágonos que cerrasen las aberturas exteriores del muro de la cripta.

–¡Ah, qué interesante! –exclamó–. Usted experimenta sin descanso para

encontrar nuevos procedimientos que mejoren sus obras; le veo cada día trabajar en ellas y me siento orgulloso de financiarlas en parte, porque sé que solo la dedicación completa, obsesiva, a una labor acaba dando resultados. A mí también me gusta buscar nuevos caminos, plantearme nuevas preguntas, no repetirme, y hay algo a lo que no dejo de darle vueltas: ¿cómo armonizar capital y trabajo?

»¿Ha leído usted a Marx? ¿No? Es formidable. Una mente privilegiada que se equivocó al pensar que capital y trabajo están enfrentados, que su relación se reduce tan solo a una tensa operación de intercambio, al cabo, el origen de la lucha de clases. No, querido amigo, el capital no solo es beneficio, también es inversión generadora de riqueza para la sociedad; el trabajo no es esa lacra que padecen los hombres para sobrevivir en condiciones deplorables; eso no es trabajo, eso es explotación, una actividad que por desgracia la revolución industrial no solo ha permitido sino que además fomenta. El trabajo es un medio para vivir dignamente gracias a un salario justo. La gente sufre a nuestro alrededor, Gaudí... Pero ¿qué sé yo de verdadero sufrimiento? He tenido una vida privilegiada sin haber hecho nada para merecerlo. La naturaleza es injusta: a unos les da mucho y a otros bien poco. Cómo amortiguar esas diferencias es lo que todo hombre con conciencia debería plantearse.

Su voz tenía ahora una nueva inflexión; ya no era la de alguien abrumado por el peso de la responsabilidad, sino la de un visionario que tenía la necesidad de aprovechar cada uno de los minutos de su tiempo.

–Cuando puse en marcha la Colonia Güell –continuó– intenté crear un sistema productivo que dignificara el trabajo. Y lo hice pensando no solo en satisfacer las tendencias altruistas que heredé de mi padre, sino también en dinamizar los resultados de la empresa. Cuanto mejores sean las condiciones laborales, mejor será la producción, estoy convencido de ello. Los balances de la colonia son excelentes y me siento orgulloso de que así sea. Mi ambición sería implantar su sistema en Cataluña y si me apura por toda Europa. Supondría una revolución más eficaz que esas otras que padecemos y que son el resultado lógico, como antes le decía, de no haber sabido armonizar capital y trabajo. Si las sociedades quieren tener expectativas de futuro deberán encontrar un arreglo para eso. Sí, ya sé que podría decirme que la concentración de masas obreras en las grandes ciudades lo dificulta. Por eso es necesario extenderlo a centros

rurales, donde, entre otras cosas, el contacto con la naturaleza ayuda a mejorar la vida de las personas. Como dice Prat de la Riba en el libro que me ha dedicado: «La colonia industrial combate la acumulación de la población en las ciudades, la traslada a la campiña, la disemina en pequeños núcleos aislados, contribuyendo de este modo a restablecer el equilibrio del cuerpo social.»

Se levantó del banco y dio una vuelta alrededor; después me dirigió una mirada interrogadora y dijo:

–Tengo las piernas entumecidas; ¿no le pasa a usted lo mismo?; si le parece podríamos pasear hasta mi despacho y continuar ahí nuestra conversación.

Hablar de la colonia le producía tanta emoción que deseaba prolongarla. Sentía la necesidad de practicar la autocrítica; sus gustos, el temple espiritual propio de su edad, el respeto a sí mismo, le estimulaban a conectar los impulsos de su temperamento con sus más íntimos deseos y ver la manera de llevarlos cuanto antes a término. Cogidos del brazo avanzamos por el camino que conducía a la masía, próxima a la cripta, en la que en ocasiones pasaba el día. Del blando cuello de su camisa, que acompañaba a un traje de lino marrón claro, emergía su cara pálida, cuyos rasgos, contraídos por dos arrugas que se abrían entre sus cejas, armonizaban extrañamente con la fuerza del movimiento de sus manos. Sin embargo, lo que más me llamaba la atención, era que parecía preservar su propia atmósfera de misterio, de tal forma que resultaba difícil conocer con certeza lo más hondo de sus pensamientos. Una vez acomodados en su gabinete, pidió que nos trajeran un poco de té; luego, encendió un habano y extendiendo el brazo con el cigarro entre los dedos para que el humo no me llegara, dijo:

–Estoy convencido de que la cuestión social no es solo económica; no basta con difundir el bienestar material, no basta con asegurar al obrero el pan cotidiano, es preciso establecer las bases de una educación que posibilite su desarrollo humano; por consiguiente creo en el potencial reformista de la colonia, en su carácter radicalmente privado y en su valor de «pequeño mundo», entendido como familia. Al fin y al cabo, Gaudí, el núcleo más potente de la sociedad es la familia. Si esta desapareciera, todo lo demás se vendría abajo. Permítame volver al libro de Prat: «En la actual descomposición social el único poder civil que, a pesar de los ataques sufridos, se mantiene robusto y vigoroso, es la *potestas in re*.» Y ¿quién ejerce mejor ese dominio sobre las cosas? ¿Se lo



ha preguntado? No son los dirigentes políticos ni mucho menos el Estado, que siempre ha tenido dificultad para permitir la libertad a sus ciudadanos; no, quien mejor ejerce ese poder es el padre, el patriarca que pone su poder personal, incontestable, al servicio de una doctrina basada en principios éticos y morales. Me agrada pensar en esas comunidades conducidas por patriarcas que viven en el campo, al margen de la inclemencia y sordidez de las grandes metrópolis. Yo creo en el poder transformador de la educación y la cultura, pero también en la familia y la tradición, en la tierra y el trabajo, en la patria y la religión. Es posible que las generaciones venideras me reprochen haber sido un sentimental, o peor aún, que no me recuerden en absoluto, cosa que es más probable. ¿Sabe, Gaudí?, tengo el presentimiento de que pasará a la historia gracias a usted. Sí, se me recordará como el hombre que ayudó a que un gran arquitecto desarrollara su genio y transformara Barcelona, dándole una nueva imagen admirada en todo el mundo. Si eso fuera así, estaría orgulloso de esta misión. Aunque, para decirle la verdad, habría preferido que invirtiéramos los papeles. Pero ¿qué importancia tiene eso? Lo sustancial es que se nos recuerde juntos. ¿No le parece?

Y así, en medio de conversaciones como esta, trabajé durante diez años ininterrumpidos, desde 1898 hasta 1908, en la maqueta de la iglesia de la Colonia Güell, como paso previo a su construcción. Se trataba de una maqueta estereostática de cuatro metros y medio de altura. Para realizarla dispuse de un cobertizo en el mismo lugar en el que debía alzarse la iglesia. En su techo fijé un tablero de madera sobre el cual dibujé la planta del templo; de los puntos que representaban pilares o ángulos de muros, tendí cordeles en los que iba suspendiendo saquitos de lona llenos de perdigones cuyo peso se correspondía de manera exacta con el cálculo preciso de las tensiones. Sometidos a ellas, los cordeles tomaban la forma invertida de la estructura real de la iglesia, proporcionando, además, la dirección de los empujes terminales. Así quedaban definidos de modo instantáneo no solo los perfiles de los arcos, sino también la inclinación de las columnas y los muros sobre los que estas se apoyaban. El resultado era una estructura homogénea en la que cada uno de sus elementos quedaba determinado por la totalidad y viceversa.

La maqueta de la iglesia de la Colonia Güell me permitió no solo construir la cripta, aún inacabada, sino también proseguir con los trabajos de la Sagrada Familia. Nunca habría podido llevarlos a cabo sin los diez años de

experimentación, que corrigieron muchas de las cosas que hasta entonces había dado por buenas y respondieron a las preguntas que durante tiempo me había planteado.

Pasaba horas delante de la maqueta y contemplaba como se vivificaba cada uno de los trazos de su organismo: textura, materia, forma, luz, fuerza, movimiento; todo expresaba una lucha y un triunfo, que no se podía comprender sin acudir a lo sobrenatural. Su estructura vibraba de tal manera, que cada vez que introducía una variación, por ínfima que esta fuera, se requería ajustarla. ¡Cuánto juego, desafío y gozo! Jamás había sentido tanta satisfacción con uno de mis trabajos; era el mismo gozo que debió de experimentar el Creador al abordar la construcción del universo. Impulsada por una sobria pasión, la maqueta liberaba la materia ofreciéndose como imagen y espejo de la belleza. Era la forma como pensamiento, la perfección que vive en el espíritu.

Una vez finalizada, me dispuse a edificar la iglesia. Estaba en condiciones de llevar a término aquello que no había conseguido más que a medias en la catedral de Mallorca: aire, vacío, espacio transcendente. Me serví para ello de materiales desechables: ladrillos requemados que habían apartado de otras obras; vidrios, loza y cerámica encontrados entre escombros; agujas procedentes de las máquinas de tejer de la fábrica. Todo material defectuoso debía ser utilizado para servir a una nueva manera de construir.

En mis edificios anteriores, el arco parabólico había funcionado tanto para decoración como para diseño estructural, pero aquí lo empleé –siguiendo los imperativos de la maqueta– como principio de la totalidad del proyecto. Utilicé paraboloides hiperbólicos para construir las fachadas exteriores, hiperboloides para permitir la entrada de la luz, y la alabeada helicoides –como ya había hecho en el banco del Parque Güell– para conferir movimiento.

La cripta no persigue la imitación de la naturaleza, sino que crea una nueva en la que se fusionan sacrificio y redención. Prueba de ello son las columnas inclinadas para evitar el refuerzo de los contrafuertes; el desarrollo abrupto de arbotantes y nervios; la superficie alabeada de aristas que adquiere una musculatura cuya tensión parece extraída de un cuerpo vivo; el procedimiento que sustrae la sustancia de la materia y la volatiliza; la bóveda revocada con mortero y aplacada con piezas cerámicas triangulares que forman un tupido paisaje de cruces de San Andrés y se concentran en una gran aspa roja; las

formas de los pilares que parten del suelo y, ensanchándose en capiteles, se prolongan hacia otros puntos de la cubierta; los ventanales hiperbólicos cubiertos con vidrios de colores en forma de pétalos de flor o alas de mariposa; las caracolas marinas rebosantes de agua bendita; los bancos con reclinatorio colocados de forma circular en torno al altar mayor, y tantas y tantas cosas más.

Sí, Alfonso, la cripta de la Colonia Güell marca el nacimiento de un nuevo estilo arquitectónico. Un estilo descarnado, brutal, desposeído de cualquier artificio, que tiene sus raíces en las catacumbas donde oraban los primeros cristianos y se sustenta en los principios de claridad, proporción e integridad.

En este esfuerzo que te acabo de describir, adquirió todo su significado una frase que pronunció Güell en una ocasión, mientras visitaba las obras de la Cripta: «Siempre he deseado llegar a viejo, ya que creo que solo es grande aquel que es capaz de realizarse en todas las etapas de su vida.»

*Adeu, mi bien.*

Antón

## Carta XX

Puigcerdá, hotel Europa  
24 de mayo de 1911

Mi querido amigo:

Maragall estaba empeñado en presentarme a Miguel de Unamuno. Decía que era la mejor mente del país y que debía conocerlo sin falta. Yo, la verdad, tenía cierto reparo en reunirme con él, no tanto porque no apreciara sus ideas –había leído su libro *Vida de don Quijote y Sancho* y me había gustado, sin dejar por ello de parecerme exageradas algunas de sus conclusiones–, sino porque mi misantropía me hace sentir incómodo con gente que no conozco. Sin embargo, la insistencia de Maragall me convenció y al final convinimos en que Unamuno vendría con él a visitarme a la Sagrada Familia.

Les esperé delante de la fachada del Nacimiento acompañado por Jujol, quien había mostrado gran interés en conocer al filósofo. Su falta de puntualidad me molestó. Después de aguardar media hora, regresé a mi trabajo y dejé a Jujol para que los recibiera en mi nombre. Al rato, los tres entraron en mi estudio. Maragall se disculpó por el retraso y con su habitual simpatía, me presentó al *Princeps Intelligentia*; luego dijo:

–He esperado este momento largo tiempo. Sí; ya era hora de que se conocieran dos de los hombres más sobresalientes de nuestro tiempo. Me satisface haber sido el impulsor de este encuentro y les confieso que espero mucho de él, así que si me lo permiten les pediría que no defrauden las expectativas de alguien que los estima a ambos por igual.

Unamuno llevaba un sombrero negro, que no se quitó en ningún momento, y un traje oscuro, discreto pero muy bien cortado.

Lo observé con curiosidad.

La primera impresión que daba era de fortaleza. ¿Cómo explicártelo? Era la suya una fuerza como se dice del vino, como se dice de un olor: fuerte porque penetra, porque se hace sentir en derredor, porque invade. Parecía más viejo de la edad que tenía, una característica que también me han atribuido a mí con frecuencia. No se podía decir que fuera guapo, tampoco feo, si bien había una cierta falta de proporción entre la parte inferior y la superior de su cara. Su estructura era igual a la de una pirámide invertida, cortada por la línea descendente del bigote –mucho más tupido que la barba–, que le daba un aspecto triste y colérico al tiempo. Pero lo que más me llamó la atención fueron sus ojos pequeños, saltones, encerrados tras las gruesas lentes de unas gafas de montura muy ligera y que miraban sin disimulo, de arriba abajo y de derecha a izquierda, con movimientos rápidos y críticos, como si no quisieran que se les escapase nada.

–Y ahora, querido Gaudí, enséñenos su maravilloso templo; estoy deseando que don Miguel lo conozca –dijo Maragall echando la cabeza un poco atrás, para añadir dirigiéndose a Unamuno–: A pesar de que no lo parezca, este gran arquitecto gravita hacia la tierra; vive con los pies en el suelo, en eso se le nota que es catalán. Sí, por mucho que el espíritu los eleve a regiones desconocidas, los catalanes tienen un sentido práctico de la vida. Desgraciadamente no es mi caso.

Bajamos a la cripta y les pedí que se fijaran en la gran bóveda donde se unen los arcos de mayor tamaño y en la imagen esculpida y policromada de la Anunciación de María. Íbamos uno al lado del otro: Jujol a la izquierda, los dos visitantes en el centro y yo a la derecha. Unamuno se detuvo ante el retablo de Llimona en el altar central e hizo un gesto de aprobación; después, frunciendo el ceño y con voz seca, dijo:

–Sigan, sigan ustedes adelante; prefiero ver todo esto solo.

Al rato se unió de nuevo al grupo y le escuché murmurar con los labios apretados. Deduje que no le gustaba lo que estaba viendo, mas de ningún modo quería saber su opinión. Cada uno tiene la suya y si no se la piden debe guardársela. Sin embargo Maragall, con su acostumbrada espontaneidad, preguntó:

–¿Qué, don Miguel? ¿No cree que esta munífica obra arquitectónica respira

el espíritu de la naturaleza?

Para evitar que contestara, yo repuse en voz baja, como si hablara conmigo mismo:

–La Sagrada Familia no necesita del espíritu de la naturaleza ni de ningún otro: ella es espíritu en sí misma.

Los cuchicheos de Unamuno se acrecentaron. Miraba a uno y otro lado, pero no decía nada. Maragall parecía intranquilo con la situación; Jujol esbozó una sonrisa.

–¿Se puede saber de qué se sonríe usted? –le espeté, molesto, a mi joven ayudante.

–¿Cómo quiere que no lo haga, maestro? La situación me parece tan singular...

No terminó la frase, porque Unamuno alzó la voz entonces para exclamar:

–¿No se cansa usted de tanto monismo, Gaudí? Su obra lo respira de forma abrumadora. Reconocerá, no obstante, que hay un cierto antagonismo entre Dios y la naturaleza, ¿no?

–¿Cansarme? ¿Cómo me voy a cansar del monismo? ¡Qué cosas dice usted! Pero eso no me impide ver la dualidad de las cosas. El espíritu es dual por su propia naturaleza. La dualidad es el principio activo, el motor apasionado, dialéctico de todo. Dios no es dual, pero el hombre tiene necesariamente que serlo.

Los silencios, las miradas, la forma de preguntar de Unamuno me incomodaban. En cualquier otra ocasión –pruebas de ello no faltan– habría dado media vuelta, dejándolos solos. No me gusta discutir y mucho menos ser observado, juzgado y condenado al mismo tiempo. Sin embargo, me frenaba mi afecto por Maragall, al cual no quería dar un disgusto provocando una situación desagradable. Además, debo reconocer que me intrigaba saber hasta dónde podía llegar mi enfrentamiento con Unamuno, porque a esas alturas estaba seguro de que no se iba a quedar en silencios, murmuraciones y preguntas y respuestas planteadas con un tono poco cortés.

Llegamos los cuatro al ábside y les mostré las innovaciones que había introducido en el altar mayor y la decoración escultórica; luego pasamos a ver las columnas de la nave central y sus ramificaciones en las bóvedas. Elementos clave de mi última forma de ver la arquitectura: irradiación y metamorfosis.

Unamuno caminaba con las manos en la espalda unos pasos por delante de nosotros. Sus murmullos ya no eran tales, sino tres palabras pronunciadas con un fuerte acento vasco, que repetía una y otra vez:

–No me gusta..., no me gusta.

Maragall me miró consternado mientras yo, parodiando los gestos del filósofo, repetía para mis adentros: «No le gusta..., no le gusta.»

Cansado de prolongar esa situación que al parecer tanto divertía a Jujol, avancé hasta Unamuno y le puse la mano en el hombro.

Se sobresaltó como si lo hubiera sorprendido un mal espíritu.

–¿No le gusta lo que ve? –pregunté.

Se dio la vuelta y arqueó las cejas.

–¿Gustarme?... –Y subiendo el tono de voz, añadió–: ¡Me parece un espanto! Es una copia desquiciada del gótico; una obra delirante, como el efecto de una embriaguez del espíritu. Si lo que pretendía es llenar de zozobra al visitante, lo ha conseguido. Le pido disculpas, pero mi lema es: primero la verdad que la paz.

Acusé el golpe y estuve tentado de nuevo de dar media vuelta y marcharme. Había algo, sin embargo, que me retenía: su presunción al juzgar con dos palabras el trabajo de toda una vida. No tenía problema en aceptar que no le gustara el templo, tampoco en escuchar un juicio severo, lo que me molestaba era su tono altivo y displicente. No; a eso no podía dejar de responder. Sentía el flujo sanguíneo apretar mis sienes, la respiración irregular, la boca pastosa. Nos miramos sin decirnos nada mientras la tensión aumentaba de nivel. Maragall quiso intervenir, pero con un gesto de la mano le obligué a que me dejara hablar y salté como no debí haberlo hecho:

–¿Y usted qué sabe del gótico?; ¿qué sabe de arquitectura, para juzgar con precipitación y frivolidad un trabajo de casi treinta años y venir aquí a darme lecciones como si yo fuera uno de sus alumnos? Usted no sabe nada, y su jactancia nunca podrá ocultar su incompetencia en esta materia. Y además, ¿de dónde saca usted que a mí me gusta el gótico? El arte gótico es imperfecto, resuelto a medias; es el estilo del compás, de la fórmula, de la repetición; es un cuerpo defectuoso que se sostiene con muletas y yo una de las cosas que he hecho durante mi vida ha sido tratar de superarlo. Pero ¿usted qué sabe de todo eso?

–Lo que sé o no sé solo lo sé yo. Y eso me basta. Pero como filósofo debo distinguir lo real de lo racional, y en ese sentido su arquitectura no es original, o si lo prefiere es de una singularidad externa, ruidosa, sin sustancia. Hueca.

Entré en el debate y me equivoqué. El orgullo fue mi perdición.

–¿Qué es ser original? La originalidad consiste en volver al origen, de modo que original es aquel que con los nuevos medios vuelve a la simplicidad de las primeras soluciones, por tanto no hay que ser original; todos tenemos que apoyarnos en lo que se ha hecho antes, y si no lo hacemos no conseguiremos nada y caeremos en los mismos errores de los siglos pasados. ¿Acaso se cree usted original?

–Trato de serlo y cuando menos no copio modelos de hace más de quinientos años.

–¿No? Pues entonces peor para usted, porque las mejores copias son las de mayor antigüedad.

Maragall permanecía callado, sin apenas moverse, pero las venas hinchadas de sus sienes denotaban una fuerte tensión. Nos miraba incrédulo, consternado, como si asistiese al combate de dos boxeadores medio sonados. Jujol, con semblante más serio, ya no parecía disfrutar tanto.

Unamuno, sin darse ni mucho menos por vencido, arremetió de nuevo con un fuerte rechazazo.

–Permítame decirle algo más...

–¿Más aún?; ¿es que no ha tenido ya bastante? Yo, por mi parte, si no le...

–Lo siento, pero no quiero irme de aquí sin haberle dicho antes lo que pienso y más en este momento en que le doy vueltas al sentimiento trágico de la vida con vistas a escribir un libro. En su basílica, estimado Gaudí, lo que me ha parecido de una extrema banalidad son las figuras que ornamentan la fachada y que en mi opinión contradicen el espanto que produce el interior. Permítame que lo aclare: empleo el término «espanto» no en el sentido de espantoso, sino de aquello que produce miedo, incluso terror. Le digo esto porque creo que antes no me he explicado bien, aunque no pretendo ahora dulcificar mi opinión sobre el templo que, a todas luces, es decididamente negativa. Lo que he querido decir es que si el exterior y el interior de esta basílica son las dos facetas de un mismo mundo, son también la imagen de la imposibilidad de que ese mundo sea uno en sentido transcendente. En el exterior no hay polifonía, ni siquiera variedad, sino



simplemente exceso de piedra, de tal manera que las dos caras que presenta el templo hacen que deje de ser lo que habría podido ser: terrible, misterioso, lleno de espanto, para mostrarse como una suntuosidad estéril o, si lo prefiere, superficial.

–Ay, Unamuno, ¿qué quiere que le diga? Ustedes los del norte son, respecto a nosotros los meridionales, lo que los cíclopes eran con respecto a los griegos. Los cíclopes no tenían más que un ojo. Así les sucede a ustedes: se percatan de la existencia de las cosas pero no adivinan su justa situación, no ven la imagen clara sino un fantasma de ella. Su cabeza está llenas de brumas, de bajas temperaturas, y eso provoca que su visión se vea afectada. Ustedes son buenos para las abstracciones metafísicas, para el pensamiento racional, para la música, para las artes del tiempo, pero en absoluto para las del espacio. Nosotros poseemos la imagen, es decir, la imaginación. La fantasía que proviene del fantasma les pertenece a ustedes. La imagen es del Mediterráneo. Orestes sabe bien adónde va; Hamlet divaga perdido.

–Lo que dice me parece una vulgar generalización indigna de un hombre como usted. En mi vida he oído las cosas más peregrinas, pero estas las superan con creces. Estos días en Barcelona he podido comprobar que es una ciudad bullanguera y jactanciosa, en la que hay muchas nueces, pero más ruido que nueces. En todo caso me duele el desconocimiento mutuo que tienen unas y otras partes de España. –Y dirigiéndose a Maragall, sentenció–: ¿Podrán ustedes, los espíritus serenos, encauzar eso? Creo que por lo pronto hay que dejar pasar la riada. Vale más la acción lenta e íntima. La labor de hombres como usted debe arraigar en el silencio y el silencio queda cuando se desvanecen en él las voces de bullanga.

Entonces Maragall intervino para cerrar nuestro diálogo de sordos:

–Desde luego son dos colosos a los que no se puede dejar solos. Permitan que un hombre menos genial que ustedes ponga un poco de paz y, por qué no decirlo, de reconciliación. Me gustaría que de la rivalidad de este encuentro surgiera una sincera amistad. No perderé ocasión para seguir intentándolo, aunque deberemos esperar a otro momento.

Ese fue, más o menos, el contenido de mi conversación con Unamuno. Algunas de las cosas que me dijo no dejaron de perturbarme durante mucho tiempo. Mis ideas son de una lógica indiscutible, por eso me sorprende que

grandes hombres no las entiendan. Más aún: el hecho de que no hayan sido aplicadas antes y que tenga que ser yo el primero me hace vacilar.

Te mando, para terminar, un poema de Unamuno.

Pese a todo, a mí me parece hermoso:

#### EN EL DESIERTO

¡Casto amor de la vida solitaria,  
rebusca encarnizada del misterio,  
sumersión en la fuente de la vida,  
recio consuelo!

Apartaos de mí, pobres hermanos,  
dejadme en el camino del desierto,  
dejadme a solas con mi propio sino,  
sin compañeros.

Quiero ir allí a perderme en sus arenas,  
solo con Dios, sin casa ni sendero,  
sin árboles, sin flores ni vivientes,  
los dos señeros.

En la tierra yo solo, solitario,  
Dios solo y solitario, allá en el cielo  
y entre los dos la inmensidad desnuda  
su alma extendiendo.

Que duermas bien, niño mío.

Antón

## Carta XXI

Puigcerdá, hotel Europa  
30 de mayo de 1911

Mi querido amigo:

–¡Gaudí ha muerto! –oí que decía el enfermero que me cuida estas semanas al director del hotel.

Poco antes, me encontraba en el baño y sentí una repentina subida de tensión. Estaba mareado y con náuseas, aunque no podía decir que hubiese perdido del todo la conciencia, ya que era capaz de percibir confusamente los objetos que me rodeaban e incluso notar mi propia respiración. Me quedé postrado en el suelo sin poder moverme ni hablar.

No sé cuánto tiempo permanecí en ese estado, recuerdo que todo era muy borroso a mi alrededor, que me molestaba la luz y solo podía ver mis manos sobre mi cabeza iluminadas por un brillo anaranjado que las deformaba. Me dejé llevar en una dulce caída hacia el abismo y sentí una profunda calma; por fin me reunía con el Creador.

De pronto, como si saliese de una larga agonía, pude escuchar con toda claridad la sentencia que pronunció el enfermero al verme en el suelo:

–¡Gaudí ha muerto!

Es fácil entender que me sobresaltara al pensar que en efecto estaba muerto y que las imágenes que me asaltaban no eran más que la impresión que debemos de tener en el momento de transitar al más allá.

Todo cambió, sin embargo, cuando apareció el médico. Certificó que había sufrido una crisis hipertensiva y me dio una pastilla para bajar la tensión y otra para quitarme las náuseas. Me quedé dormido. Esa noche no soñé.

A la mañana siguiente, llegó Santaló con cara de preocupación; no pude evitar que regañara al enfermero, reprochándole haber alarmado a todo el mundo con su absurdo diagnóstico. Este aguantó el chaparrón sin haberse repuesto aún del susto. Yo me encontraba bien y quise levantarme, a lo que Santaló se opuso aduciendo que a mi edad una hipertensión podía derivar en una rotura del aneurisma y que, en consecuencia, debía permanecer en cama al menos durante un par de días, sin hacer nada.

Sí, Alfonso, esta ha sido la causa de mi silencio. Pero la mente de tu amigo no es capaz de permanecer inactiva ni un segundo y he podido meditar sobre la fachada de la Pasión, y cuando pasó el tiempo de reposo impuesto por el doctor, hice un dibujo de ella.

Ahora que lo tengo delante de mí, el dibujo me parece magnífico: expresa la verdad y el dolor de la vida, el sufrimiento de Cristo en la Cruz, su Pasión ofrecida a los hombres como muestra de compasión. Mi intención es que la presencia del Cristo crucificado dé miedo; para conseguirlo agotaré el claroscuro, los salientes y los vaciados, doblegaré la propia construcción, forzaré los arcos, cortaré las columnas. Todo tendrá el más terrible efecto, para dar una idea de cuán cruento fue el sacrificio del Hijo de Dios. En contraste con la decorada y turgente fachada del Nacimiento, la de la Pasión será dura, pelada, brutal. Quedará orientada al poniente porque la muerte es el sol en su ocaso. Tengo la intención de sostenerla sobre seis enormes columnas inclinadas, iguales a los troncos de la secuoya; encima de esas columnas me arriesgaré a edificar un monumental cimacio con forma de hueso, rematado por una gigantesca cruz. No será menor el esfuerzo en la construcción de los campanarios, que contendrán imágenes de los apóstoles Santiago el Menor, San Bartolomé, Santo Tomás y San Felipe. De igual modo, para los tres portales dedicados a las virtudes teologales he previsto una solución que sorprenderá y que incluso podrá escandalizar: quedarán dentro de un pórtico de cinco arcos cubiertos con un palco de gran amplitud que representará los limbos, el mundo entre los vivos y los muertos. Tengo ya tan clara en mi cabeza la fachada de la Pasión, que en este caso no haré la maqueta habitual y pasaré a construirla directamente.

Quiero contarte ahora cómo será el interior de la Sagrada Familia. Lo veo, Alfonso; ¡al fin he conseguido verlo!

No habrá nada tan hermoso como el interior de *mi catedral imaginada*; será

un bosque encendido por la llama espiritual que reunirá al pueblo para alabar a Dios; una Biblia de piedra que asombrará y conducirá al éxtasis místico.

Sus formas helicoidales, infinitas, se prolongarán sin acabarse, como la eternidad; representarán la vida de las almas que contemplan a Dios. El ilimitado número de columnas dará a los fieles la impresión de estar ante árboles petrificados cuyas copas abrazan el cielo, expandiéndose en cinco soportes y estos en otros, y así hasta el triforio más alto, donde se unirán las últimas ramas lamiendo las bóvedas. Los pilares de la nave central serán palmeras, árboles de la gloria, del sacrificio y del martirio; los de las naves laterales, laureles, árboles de la inteligencia. En ellos representaré símbolos evangélicos en mosaico, en los que se glosarán los domingos del año: como son cincuenta y dos, cada una de las veintiséis columnas repartidas por el templo tendrá dos domingos. Encima de cada pilar, labraré las semblanzas de Jesucristo, y los más elevados contendrán imágenes dedicadas al Espíritu Santo.

Adornaré las bóvedas con hojas, de las cuales surgirán pájaros de nuestra tierra catalana, que en verdad es nuestro propio paraíso. En el zócalo de los muros simularé corrientes de agua con peces de cara al altar y otros, invertidos, con la sagrada forma en la boca. Las bóvedas estarán proyectadas por una recta que se moverá sobre otras dos puestas en diferente plano. Ángeles enlazarán el cielo con la tierra a través de arcos que se extenderán hasta hacer desaparecer el tiempo y el espacio. El cimborio exaltará la naturaleza sagrada del templo, proyectando una luz directa sobre el altar. Y encima de él, coronaré el edificio de modo que se acentúe su forma de gran pirámide.

Nueve barandas, repartidas en diferentes alturas, rodearán el templo encarnando las nueve jerarquías angélicas: ángeles resplandecientes de seis alas, según las visiones de los profetas y del Apocalipsis.

Las vidrieras tendrán luz gracias a los arcos voltaicos e iluminarán el templo durante la noche con colores maravillosos, y los reflejos de los mosaicos conseguirán que el templo se llene de tal incandescencia que la noche se transfigurará en el día más radiante.

La Sagrada Familia es mi vida. Cuando estoy ahí no dejo de pensar en las dificultades técnicas que tengo que resolver, y durante la noche le doy vueltas a mi *catedral imaginada* hasta tal punto que me levanto igual que un sonámbulo e intento dibujar soluciones, detalles, innovaciones, al dictado de una mano

inspirada por fuerzas que no controlo. Así pasa mi vida, trabajando en lo que para mí lo constituye todo. Solo hago una excepción: busco cada día un momento para acudir a la iglesia de San Felipe Neri, oír misa y comulgar. Durante el paseo que me lleva a ella desde mi estudio en la Sagrada Familia, no ceso de pensar en los problemas que debo solucionar y en cómo los resolvería el Creador. Me pregunto si me acerco a Él en las respuestas que voy dando a las diferentes dificultades constructivas. Tengo la convicción de que el templo es *mi templo interior*, esa iluminación que algunos han tenido antes que yo y de la que yo formo parte. Llego así a San Felipe Neri sin darme cuenta de por dónde voy, atravesando las calles, preocupado por el paralelismo que cada vez veo más claro entre la composición plástica del sacrificio de la misa y la tragedia griega. Sí, Alfonso, el diálogo entre el oficiante y el coro, y el sacerdote y los feligreses, es parecido; las actitudes y los movimientos, también, y los recitados de la Pasión, con su dramatismo contenido, alcanzan la máxima belleza plástica.

De rodillas ante el sagrario, se confirma mi certeza de que Cristo es el sumo hacedor del arte. Cristo no solo tiene los elementos esenciales del prototipo de artista supremo, sino también sus obstinaciones, arrebatos y dudas. Y no es únicamente que en Él se revele esa unidad de personalidad controvertida y perfección que es lo que de verdad distingue al artista, sino que la propia base de su explosiva naturaleza es la misma que la del artista. Al ver al sacerdote elevar la sagrada forma se hace visible el hecho de la naturaleza del artista, que para lograr sus objetivos tiene que entender en todo su alcance el misterio de la transustanciación. Lo mismo que Cristo en la Última Cena dijo que «este trozo de pan es mi carne y esta copa de vino, mi sangre», el artista convierte la materia en una obra de arte a mayor gloria de Dios.

A veces paso horas delante del crucifijo que preside mi cuarto. Es una talla gótica del siglo XIV, de una belleza espiritual extraordinaria. No se encuentra en ella esa tendencia a embellecer tan propia de las representaciones del Crucificado de épocas posteriores: nada de coronas de rey ni del majestuoso triunfo sobre el mundo y el martirio de la muerte. Todo en ella revela de manera radical el sufrimiento y la debilidad de la carne. Contemplo el crucifijo para extraer de él la experiencia del dolor. Los músculos contraídos, la piel desgarrada, el rostro demacrado, la sangre brotando de un cuerpo mancillado por los pecados del mundo... Intento sentir su dolor, identificarme con él con toda la

intensidad que permiten mis sentidos. No es bastante. Necesito más. Utilizo entonces un instrumento para golpearme la espalda, los hombros, el pecho. Despacio, primero; más rápido, con golpes secos, fuertes, después. El dolor del cilicio vivifica. Los santos lo empleaban como medio complementario de la oración. La autoflagelación en los tiempos en que la espiritualidad llegó a su máximo grado no era un fin en sí mismo, una forma de anestesia, sino un ejercicio necesario, puramente ascético, una parte de la disciplina de la penitencia, un remedio contra las tentaciones de la carne ya que mataba la sensualidad, aquello que perturbaba la visión de lo espiritual y lo degradaba.

Mientras me flagelo, sin dejar de contemplar la talla, mi cabeza se llena de formas, luces, colores, imágenes de gran pureza. Trato de aprehenderlas y así, después, poderlas plasmar en el templo. No hay nada más aterrador que la falta de ideas. Recorro a la fuente del martirio como vía para ver representaciones fraguadas en el éxtasis del dolor. La realidad, por intensa que sea, no logra satisfacerme, por eso el alimento espiritual que me proporcionan estas sesiones de castigo tiene para mí un altísimo valor. Nunca he confesado esto a nadie; una vez más me remito al compromiso que contraí contigo de decirte toda la verdad de mi vida.

Es probable que tus próximos años sean difíciles; lo que es seguro es que serán decisivos. Deberás templar tus nervios y abrir tu corazón para afrontarlos con determinación. Sé muy bien, porque yo también la padecí, que a tu edad la soledad desemboca en melancolía —esa pregunta hecha a destiempo que pretende descubrir la causa de los afanes del mundo—, sin tener presente que las cosas se alcanzan a fuerza de sacrificio, aunque para ello se tenga que doblegar el cuerpo.

El tiempo que recibimos es un regalo; de la misma manera que nos lo dan, pueden quitárnoslo. Desde la intensidad del presente se puede evitar la inquietud del porvenir. Y piensa además que mientras perdemos el tiempo, la vida pasa. Cuanto mejor emplees tus horas, menos dependerás de esa melancolía que conduce a la infelicidad. ¡Hay tantos infelices en el mundo! Un poeta cómico de la antigüedad dijo: «No es feliz quien no piensa que lo es.» De igual modo podría haber dicho: «No es infeliz quien no piensa que lo es.» Qué importa cuál sea tu verdadera situación si a ti te parece mala. Basta con querer ser infeliz para serlo.

Si nos fuera posible ver más allá de lo que alcanza el entendimiento, tal vez

soportaríamos las tristezas mejor que las alegrías, ya que es en esos momentos de pesar cuando empezamos nuestra verdadera transformación. Y en esa evolución, cuanto más callados, pacientes y abiertos estemos tanto más rápido brotará lo más íntimo que hay en nosotros. Por eso es importante estar solos cuando estamos tristes. Sí, amigo mío, piensa que esos días en los que la soledad y la tristeza crecen como el comienzo de la primavera son los que ahora más necesitas. Recógete en tu interior, trata solo con los que creas que pueden hacerte mejor y acoge a quien pienses que puedes mejorar. Si tuviera que aconsejarte el nombre de un amigo, ese no sería otro que el tuyo propio. En el fondo la soledad no es algo que se pueda aceptar o rechazar. Nacemos y morimos solos, y entre el amanecer y el ocaso, surcamos mares turbulentos donde tantas veces sufrimos, dudamos, desfallecemos. No importa. En la vida como en la naturaleza no hay líneas rectas. Lo sustancial es acallar el ruido que nos impide escuchar la voz del Señor. Esa voz que truenan en nuestro interior y nos compele a servir a los demás. Servir sin desmayo, ese es el fin del hombre justo. Pero antes hace falta llenar el granero. Quien nada tiene, nada puede dar. Y estos años que estás viviendo tienen un único objetivo: almacenar.

Sé que a tu edad se piensa a menudo en la muerte. En eso, querido mío, no puedes ser una excepción. La mayoría de los seres humanos fluctúan miserablemente entre las penas que se ven obligados a sufrir y el miedo a la muerte. Mas peor aún que el miedo a la muerte es el miedo a la vida. La vida del miedoso es ingrata porque se proyecta con esperanza incierta hacia el futuro, sin tener en cuenta que el tiempo se extingue en la eternidad de nuestro primer principio, que no es otro que el amor.

Estas cartas, escritas con el rubor del que a veces se resiste a decir lo que siente, han querido expresar lo único en lo que de verdad creo: el camino del amor conduce inevitablemente a Dios. Este es el mensaje que pretendo que recojas como el tesoro más preciado que tiene que ofrecer un viejo que, en la soledad de su alma, te quiere.

Mi intención ha sido instruirte aun a riesgo de desagradarte; ofrecerte sobre mi vida y mi obra un relato libre de falsedades que respetase lo que fue y no lo que pudo haber sido. Más allá de eso, he pretendido que este examen de conciencia sirviese para definirme en mayor medida que para juzgarme o, por lo menos, me ayudase a conocerme un poco mejor, antes de tener que abandonar



este mundo.

Durante estos meses he sentido que el Señor me enviaba el delirio que produce la amistad, con objeto de amortiguar la dureza de mi corazón. Sí, Alfonso, el delirio también viene de Dios, es más noble que la sabiduría que viene de los hombres y sobre todo anima el espíritu, descubriéndole el camino para crear. Aquel que se acerca al arte sin estar agitado por el éxtasis jamás encontrará la perfección. Sin la chispa del ardor, nada en la vida tiene sentido; de ella dependemos en mayor medida que de ninguna otra cosa.

He sido un amante apasionado de la arquitectura, hasta el punto de no haberme importado perder buena parte de mi propio juicio por ella; he aborrecido todo sentido de la medida, de contención, de proyección fría y calculada; he abrazado tempestades y sentido cómo la sangre se helaba en mis venas al ver brotar esa esencia sin color, sin forma, impalpable, que no puede contemplarse sino por la guía del alma; he querido alcanzar la estrella más alta, la más perfecta, donde se reúnen los sueños, y sobre ellos edificar la inmensidad de mi templo; he creado un nuevo sistema arquitectónico, una nueva geometría, un universo morfológico sometiendo las discontinuidades al efecto de lo continuo, y logrando así, con una inevitable intensificación de lo irracional, proseguir lo que parecía incapaz de tener evolución: los impulsos ascensionales que hoy se juzgan como la esencia del gótico; con ello he querido traspasar el límite, romper la barrera, empujar la piedra hasta la cima más alta, aun sabiendo que, igual que Sísifo, al final no podré coronarla. Mi alma, aguijoneada por el deseo de la belleza, no ha encontrado reposo. ¿Por qué nos turba tanto la belleza? ¿Por qué estamos tan indefensos ante ella? En presencia de lo bello siento un calor suave, pero cuando me lo arrebatan, el desasosiego me consume y los poros de mi alma se cierran de tal manera que me cuesta trabajo hasta respirar. En la belleza hay algo abrumador, incomprensible, salvaje; nadie en este mundo es digno de poseerla por completo.

Sócrates dijo a Fedro que el hombre debía comprender lo general, que debía elevarse desde la multiplicidad de las sensaciones hasta la unidad racional y que esa facultad no era otra cosa que el recuerdo de lo que nuestra alma había visto antes de encerrarse en el cuerpo. También le dijo que cuando un hombre reconoce la belleza, su alma despliega sus alas y desea volar; que de todos los géneros de entusiasmo el que produce la belleza es el mejor en sus causas y en

sus efectos, y que el hombre que desea y se apasiona por ella recibe el nombre de amante. Así es. El amante no quiere separarse de la persona que ama, porque nada le es más valioso; padres, hermanos, amigos, fortuna, deberes, atenciones: todo lo olvida sin experimentar el menor desconsuelo; consiente en ser esclavo, en adormecerse con tal de ver cerca el objeto de sus deseos, y si adora al que posee la belleza es porque solo en él encuentra alivio a sus tormentos. Cuando está en su presencia, se le abre el cielo; cuando ausente, le echa de menos con tal intensidad que, aturdido, no alcanza a comprender su sufrimiento; desea verlo, tocarlo, abrazarlo, compartir su lecho, ya que siente una afección que es como la imagen del amor, pero a la cual no da el nombre de amor sino que la llama amistad.

Sabes, Alfonso, yo no he conocido la emoción que produce un beso. ¿Por qué Dios no me lo ha permitido? ¿Por qué me inunda de tanto arrebató incompleto? ¡Ah, si hubiera podido amar! Liberarme. Deshacerme. Temblar. No ser más que aire. Vivir y viviendo morir; morir y muriendo vivir. Quietud en la quietud... Por todas partes veo abierto el límite: espacios que llegan mucho más lejos de lo que mi razón es capaz de imaginar; líneas paralelas que por fin se abrazan; almas que se afanan por conquistar el vacío, la armonía, el resplandor venido de alguna parte; nada, nada, nada podrá perderse en el equilibrio del universo. Todo retorna, todo fluye, todo vuelve sobre sí mismo. El alma, querido mío, es origen y principio del movimiento; todo lo que comienza a existir debe ser necesariamente producido por un principio, y el principio mismo no puede ser producido por nada, porque si lo fuera dejaría de ser principio. Pero si nunca ha comenzado a existir, no puede tampoco ser destruido; por eso el alma es inmortal.

A veces, en medio de la noche que se extiende como un mar de olas blancas, oigo el murmullo de tu voz. ¡Oh, Alfonso, quiero seguir escuchando ese murmullo, que siga, que no cese jamás! Es el murmullo de las aguas que bañan la quilla y los costados de mi barca. Remar juntos reposando el aliento, reposando los remos... ¿Cuándo, amigo mío, cuándo?...

¡Qué frío hace esta noche!

Al terminar la lectura de las cartas, el doctor Santaló se queda petrificado sintiendo tan solo el soplo de su propia respiración. Cierra los ojos mientras por encima de él un globo de luz suspendido brilla con un resplandor fijo, igual que en una casa en la que todos sus habitantes estuviesen muertos. Tiene la impresión de haber asistido a una confesión dolorosa y después de escucharla se siente liberado. A medida que avanzaba en la lectura, la caligrafía se volvía más insegura, los trazos, más débiles y alguna palabra emborronada era indescifrable. Sí, su amigo había librado una batalla feroz con objeto de poder llegar al final. En la última carta, sobre todo, se vaciaba de tal modo que parecía imposible que la hubiese escrito él. ¿Quién podía descifrar la verdadera naturaleza de su temperamento artístico? ¿Quién podía comprender su profunda e instintiva fusión de disciplina y desenfreno? Gaudí había sido siempre un hombre pudoroso, reacio a mostrar sus sentimientos, escueto de palabra, tanto hablada como escrita, seco y expeditivo en el trato y de un hermetismo extremo. Sin embargo, ahí se abría en canal y confesaba hasta el último de sus anhelos. Santaló conocía bien a Alfonso. Recuerda cómo era entonces, a los quince años: el perfecto óvalo de la cara, las facciones dulces y delicadas, graciosamente enmarcadas por una cabellera sedosa; la nariz rectilínea, los labios muy finos y unos ojos profundos que reflejaban una intensidad impropia para su edad. Ahora Alfonso es médico. Había ayudado a Gaudí, poco antes de que muriera, en sus últimos estudios de anatomía, diseccionando con él cadáveres con objeto de que pudiera conocer mejor la morfología del cuerpo humano para aplicarla a sus esculturas. Sí, Alfonso siempre fue el hijo que a Gaudí le hubiese gustado tener. De hecho, las veintiuna cartas tenían un trasfondo paternal. Estaban llenas de cordialidad y nobleza, de sabiduría y bondad. Es verdad que de vez en cuando asomaban fragmentos que podían resultar desconcertantes, si bien eran

excepcionales y no enturbiaban en absoluto el contenido general.

Pero ¿por qué eran veintiuna cartas? ¿Por qué no veintitrés o dieciocho? ¿Era una casualidad? Santaló sabe que no; conoce la respuesta. A Gaudí siempre le gustó el mundo secreto de los números, su simbología y significado. El veintiuno es el signo de la totalidad, del encuentro entre el hombre, el universo y Dios. En la Biblia es símbolo de la perfección, espejo de la luz eterna que penetra toda gracia. El *Libro de la sabiduría* enumera los veintiún rasgos del conocimiento: quien consigue interiorizarlos alcanza la madurez espiritual. Hay algo más que a Santaló no se le escapa. Las cartas están divididas en tres secciones bien diferenciadas: «El cuerpo», que cuenta con seis, «El alma», con ocho y «El espíritu», con siete. Gaudí conocía los misterios de la Cábala. Para esta, el seis representa la indecisión, la duda, la contradicción. El ocho es lo infinito en constante movimiento, el ciclo de la muerte y la resurrección. El siete es el triunfo, la espada que atraviesa todo desbordamiento hasta retornar al punto de origen. Seis, ocho, siete. Cuerpo, alma, espíritu. Las tres gradas ascendentes que alcanzan la comunión perfecta entre el hombre, la naturaleza y Dios. «¡Sí, Gaudí sabía bien lo que hacía!», exclama Santaló, satisfecho al comprobar con qué facilidad ha resuelto el enigma.

Pero de pronto se sobresalta y, tras levantarse, empieza a dar vueltas alrededor de la habitación. Le arde la cabeza y siente un deseo irreprímible de beber agua. Al no encontrar un vaso, se dirige al lavabo, situado en un extremo del cuarto, y bebe directamente del caño. «¿Por qué no envié las cartas? –se pregunta–. ¿Qué sentimientos, qué dudas lo atormentaron? ¿Existía algo velado, inconfesable y poderoso al tiempo, ante lo cual no había podido o querido enfrentarse?» Él sabe que quien está fuera de sí nada aborrece tanto como tomar decisiones y Gaudí, en aquella época, estaba casi siempre en plena tensión nerviosa. Con una sonrisa confusa recuerda entonces antiguos sentimientos, penas del corazón que asfixiadas por el severo oficio de toda una vida retornan a él extrañamente transformadas. «¿Y ahora qué debo hacer? ¿Se las doy o no? –se pregunta, inquieto–. ¡Demasiado tarde!... –se dice–. ¿Demasiado tarde? ¿Lo es realmente?», se vuelve a preguntar. Con la cabeza erguida, de suerte que su nariz adquiere mayor realce en el magro cuello que emerge de la camisa, escruta en su interior sin encontrar una respuesta. «No; de ningún modo puedo entregárselas –se dice por fin con determinación–. Si él no lo hizo (y tuvo dieciséis años para

hacerlo), ¿por qué tengo que hacerlo yo ahora? Sería una traición a nuestra amistad.» Recoge las cartas esparcidas por la mesa, las ordena con cuidado siguiendo su numeración y vuelve a meterlas en la caja. Pero no tarda en volver a dudar: «Si no quería enviarlas, ¿por qué no las destruyó? ¿Por qué razón las ocultó junto al testamento, sabiendo que yo como albacea las encontraría? ¿No es acaso una señal, una indicación precisa para que yo haga lo que él no se atrevió a hacer?»

En medio de este mar de dudas, llaman a la puerta. Santaló coge la caja con las cartas y la vuelve a depositar en el cajón secreto; cierra la trampilla, ordena la mesa, pone un libro encima de ella y dice:

–¡Adelante!

Entra mosén Gil Parés.

Tras haber permanecido más de seis horas entregado al mundo de Gaudí, la abrupta irrupción del sacerdote le incomoda. Gil Parés, al ver su expresión entre inquisitiva y molesta, baja la mirada y simplemente balbucea:

–Está aquí Alfonso Trías; quiere hablar con usted.

Santaló vacila unos segundos; su cara se contrae y dice:

–Está bien; dígame que pase.

## Agradecimientos

En la redacción de esta novela me ha ayudado mucho el libro de Juan José Lahuerta, *Antoni Gaudí 1852-1926. Arquitectura, ideología y política* (Madrid, Electa, 1993). Este formidable trabajo profundiza en la obra del arquitecto como pocas veces se ha hecho pero además tiene la gran originalidad de ponerla en relación con los personajes y acontecimientos de su tiempo. El lector reconocerá mi deuda en numerosos pasajes sobre la Sagrada Familia, el Palacio Güell, la Catedral de Mallorca, la Colonia Güell y el Park Güell.

Mi interés por la revisión de los testimonios de Gaudí, así como por la toma de conciencia de la sociedad civil catalana en su deseo de transformar la Barcelona modernista, debe mucho a la lectura de un buen número de libros, de los que a continuación cito los que podrán ayudar al lector si quiere profundizar en la materia de esta novela: *Antoni Gaudí* de Gijs van Hensbergen; *El pensamiento de Gaudí. Compilación de textos y comentarios* de Isidre Puig Boada; *Escritos y documentos* de Antoni Gaudí; *Park Güell. Utopía de Gaudí* de Josep Maria Carandell; *Gaudí. Introducción a su arquitectura* de Juan Eduardo Cirlot; *Dalí, Gaudí, Nonell* de Josep Pla; *Gaudí. Símbolos del éxtasis* de César García Álvarez; *Gaudí y la Masonería. Los pasos perdidos del arquitecto (1870-1882)* de Ernesto Milà; *Gaudí y el conde de Güell* de Carmen Güell; *El gran Gaudí* de Joan Bassegoda; *Gaudí, Jujol y el Modernismo catalán* de Carlos Flores; *Gaudí esencial* de Daniel Giralt-Miracle; *El mundo enigmático de Gaudí* de Tokutoshi Torii; *El Park Güell* de Eduardo Rojo; *La metáfora de la colmena: de Gaudí a Le Corbusier* de Juan Antonio Ramírez; *Antoni Gaudí* de Xavier Güell; *Pepeta Moreu: el gran amor imposible de Gaudí* de Agustí Soler; *Barcelona* de Robert Hughes; *El drama de Mosén Jacinto* de Jesús Pabón; *En defensa propia* de Jacint Verdaguer; *Dimonis* de Jacint Verdaguer; *Vida íntima de Mosén Jacinto Verdaguer* de Joan Güell; *Epistolario y escritos complementarios*

de Miguel de Unamuno y Joan Maragall. De todos ellos he aprendido. A todos ellos estoy agradecido.

Además, cuatro textos me han acompañado permanentemente durante los casi dos años de redacción de esta novela: *Epístolas morales a Lucilio* de Séneca, *De profundis* de Oscar Wilde, *Muerte en Venecia* de Thomas Mann y *Memorias de Adriano* de Marguerite Yourcenar. Sin ellos este libro hubiera sido diferente.

Por último, quiero dedicar *Yo, Gaudí* a mi amigo José Enrique Ruiz-Domènec. Él sabe bien por qué.

# Índice

12 de junio de 1926

## EL CUERPO

Carta I  
Carta II  
Carta III  
Carta IV  
Carta V  
Carta VI

## EL ALMA

Carta VII  
Carta VIII  
Carta IX  
Carta X  
Carta XI  
Carta XII  
Carta XIII  
Carta XIV

## EL ESPÍRITU



Carta XV  
Carta XVI  
Carta XVII  
Carta XVIII  
Carta XIX  
Carta XX  
Carta XXI

Al terminar la lectura  
Agradecimientos